

el
GRAN

Proyector

MENSUAL

HISTORIAS REALES Y EMOCIONANTES

1'25
Pesetas

Detectivismo
Procesos
Reportajes

EN ESTE NÚMERO:

Vida novelesca de
Madame Hanau

El esqueleto de la
calle Vaugirard

Robo y falsificación

La firma de los
criminales

Los ratas de los
pantanos

Ojos muertos, etc.



Ayuntamiento de Madrid

ACABA DE PUBLICARSE

EDGAR
WALLACE

EL CIRCULO

EDGAR
WALLACE

ROJO

EL CIRCULO ROJO



Es imposible no
sentirse emocionado
leyendo a Wallace!

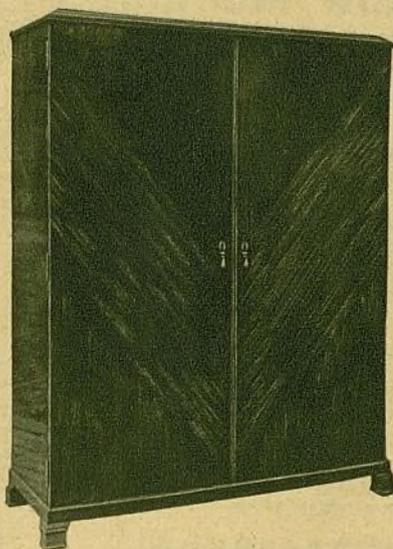
5 Ptas.

EDITORIAL JUVENTUD - Aribau, 109. - Barcelona

? C O M O D O N

Modelo para Señora

CADA COSA EN SU SITIO Y UN SITIO PARA CADA COSA



Aspecto exterior del «Comodón»

MEDIDAS: 1'80 metros alto; 1'40 metros ancho;
0'50 metros fondo.

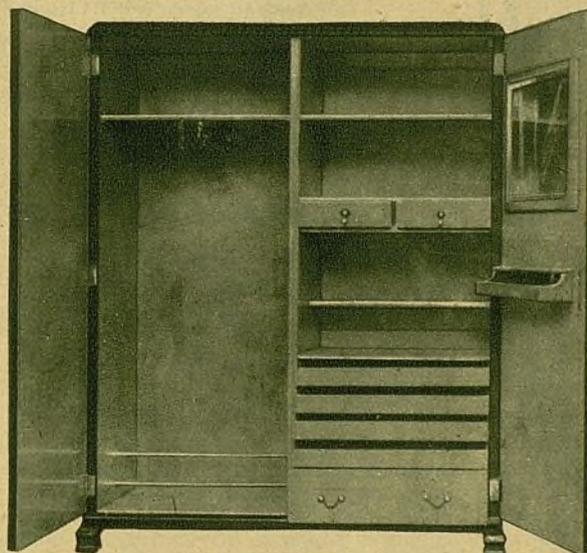
UN **Comodón** no es un ropero, ni un armario espejo, ni una cómoda, con sus estantes, perchas o cajones. Es algo más práctico, es un conjunto de todos estos muebles, presentado en forma elegante y en construcción muy esmerada y resistente. Tener en casa un **Comodón** es signo de casa distinguida, y usarlo da idea de :-: :-: señora elegante y ordenada :-: :-:



Comodón no tiene más inconveniente, que no está al alcance de todo el mundo, pues su espléndida construcción en maderas finas, (roble o caoba), plafones de maderas exóticas de gran fantasía, molduras rizadas, metales de gusto refinado y espejo de primera calidad; lo hacen un mueble de lujo :-: :-: :-: :-: :-: :-:

DISTRIBUCIÓN:

- 1 estante de 27 centímetros alto; 65 centímetros ancho y 47'5 centímetros fondo.
- 1 aparato extensible de metal niquelado para trajes y abrigos.
- 2 tubos niquelados para colocar los zapatos.
- 2 estantes de 27 centímetros alto; 65 centímetros ancho y 47'5 centímetros fondo.
- 2 cajones de 7'5 centímetros alto; 29 centímetros ancho y 40'5 centímetros fondo.
- 1 estante de 25 centímetros alto; 65 centímetros ancho y 25 centímetros fondo.
- 1 estante de 16'5 centímetros alto, 65 centímetros ancho y 44'5 centímetros fondo.
- 4 gavetas de 6 centímetros alto; 63 centímetros ancho y 41'5 centímetros fondo; luz interior.
- 1 cajón de 13 centímetros alto; 63 centímetros ancho y 40 centímetros fondo; luz interior.
- 1 luna biselada de 54. por 42 centímetros.
- 1 estante para objetos de aseo, tocador, etc.



Modelo para señora, abierto

Precio del COMODÓN
Completo para señora, 850 Ptas.



Un gasto para toda la vida, logrando la máxima comodidad y elegancia deseables.

PIDA UN COMODÓN EN CUALQUIER ALMACÉN DE MUEBLES DE ALGUNA IMPORTANCIA Y EXIJA LA MARCA

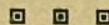
AMERICAN CONFORT



PIDA CATALOGOS DE LA SECCION SELECT STYLE a

AMERICAN CONFORT

GRANDES TALLERES MECÁNICOS MODERNOS



Urgel, 118. — BARCELONA

Exposición y venta: CASA OLAYA. Cortes, 549.-Barcelona

Ayuntamiento de Madrid

¿Sabe Usted que El Gran Problema Mundial es la Ética y la Pedagogía Sexual?

Todas las naciones están preocupadas tanto por las consecuencias que pueden traer a la Humanidad las sofisticadas teorías que han encontrado eco en los pueblos — especialmente en los grandes núcleos ciudadanos —, como por las dificultades de la moderna vida cara, que conducen a errores indudablemente funestos para la marcha del Mundo.
En España se han publicado dos completísimas obras sobre este tema, que deben ser conocidas por

PEDAGOGOS, MÉDICOS, MAESTROS, ESTUDIANTES, ETC
así como por todas las personas a quienes convenga conocer este problema sin grandes estudios previos.

NUEVAS EDICIONES DE

LA HIGIENE SEXUAL

Y SUS CONSECUENCIAS MORALES,
por el *Doctor S. Ribbing*. Profesor de la Universidad de Lunh (Suecia).

Un tomo de 500 páginas en tela, 5 pesetas.

LA VIDA SEXUAL,

NORMAL Y PATOLÓGICA, por el
Doctor E. Mesonero Romanos.
(Estudio médico de vulgarización).

Un tomo de 200 páginas en tela, 4 pesetas

Estos libros están escritos en forma clara, aun dentro de los principios científicos que los han motivado, resultando así su lectura recomendable para toda persona culta.

Obsequio a los compradores de PROYECTOR

Los editores de estas obras — de las que se han vendido ya varias ediciones — deseosos de divulgarlas todavía más, ofrecen

COMO REGALO

un tomo de la obra del Doctor José de Eleizegui

* * * PARA EDUCAR AL NIÑO * * *

en la que tan renombrado doctor señala normas y reglas para que los padres conozcan moral y físicamente a sus hijos, a fin de atender mejor a su educación.
Para obstar a este regalo es indispensable acompañar el adjunto cupón, o copiarlo literalmente, y remitirlo a nuestra dirección con el importe de *nueve pesetas*, y a vuelta de correo se recibirán las tres obras.

La cuestión sexual es una cuestión moral. — Ziegler.

La castidad es la fuente de la fuerza y de la belleza en ambos sexos. Bernardino Saint-Pierre.

La cuestión sexual, es a la vez la raíz y la flor, el principio y el fin de toda moral. — Hoffding Etik.

El ideal desde el punto de vista de la Ética sexual es el matrimonio. — Dr. Mesonero Romanos.

Calle de la Diputación, 211.-Barcelona **PROYECTOR** Calle de Valverde, 21 duplicado. - Madrid

D.

Calle

Población Prov

remite nueve pesetas por giro postal n.º en sellos de correo

para que se le envíen libre de todo gasto las obras
LA HIGIENE SEXUAL (5 ptas.), LA VIDA SEXUAL (4 ptas.)
y PARA EDUCAR AL NIÑO (gratis).

Nuevas Ediciones - 1930

GRAN PROYECTOR

Año I

JUNIO 1930

MENSUAL
Núm. 1

SUMARIO

La Verdad es más Emocionante que la Imaginación..... (Programa de «Gran Proyector».)	5
Ojos Muertos, por Jerry Ralston (Extraña historia de los ojos de un Buda que causan la muerte.)	6
El Camarero Millonario, por Lowell Ames Norris (Captura de un habilidosísimo estafador que pretendía escapar a la Justicia.)	10
Robo y Falsificación, por Henry Garrison (Un caso sin precedentes de falsificación contra el Banco de Inglaterra.)	15
Hazañas del Detective Tim Yesyés, por Moreno (I. La pista de la banda del «Ciempiés».)	17
Vida Azarosa y Novelesca de Madame Hanau, por Miguel Capuz (Novísimos detalles biográficos de la «Presidenta» de «La Gaceta del Franco».)	18
El Caso de los 60,000 dólares por un Pinchazo, por T. V. S. Petersen (Una modelo que pedía 60,000 dólares de indemnización por un rasguño de alfiler.)	22
Delitos Tragicómicos (Comentarios cómicos.)	26
Fotografía de Charles Morris, en Ronda nocturna Fotografía de Wallace Beery, en Mendigos de vida Fotografía de Fred Kahler, en Santos del infierno Fotografía de Lon Chaney, en Mientras la ciudad duerme	27 28 29 30
Cargamento Humano, por Pat Kinsella (Descubrimiento de un caso de trata de blancas.)	31
El Esqueleto de la calle de Vaugirard (Proceso famoso, al descubrirse el autor de un crimen cometido doce años antes.)	35
Del Robo de la Biblioteca Nacional de Madrid (Fotografías de actualidad.)	38
La Firma de los Criminales, por David Lindsay (Curiosas consideraciones sobre las impresiones digitales.)	39
El Cuarto de las Sombras Olvidadas, por León Kirby (El caso parecía un suicidio, pero el detective descubrió que...)	42
El Enigma de la Ley del Talión, por Maurice Wahlmers («Ojo por ojo, diente por diente...», pero...)	46
Los Ratas de los Pantanos, por El Dunn (Peligrosa aventura de un detective en la captura de una banda de criminales.)	49
La Guillotina (Datos históricos sobre su invención y funcionamiento.)	54
La Novela partida en dos (Bases del primer concurso de «Gran Proyector».)	55
El Robo de los Cien Millones de Rublos, por Angel Marsá (Novela del concurso.)	57
El Hombre de la Litera Número 10, por Mary Roberts Rinehart (Novela en folletín encuadernable.)	59



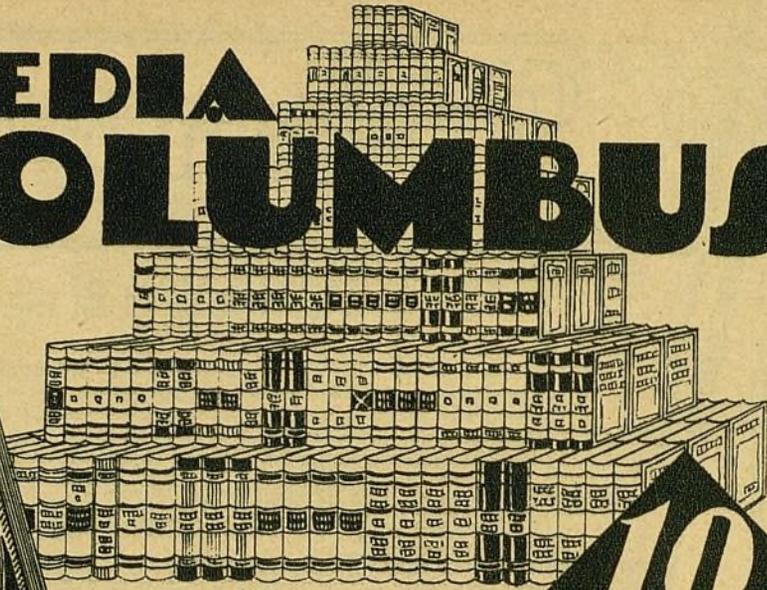
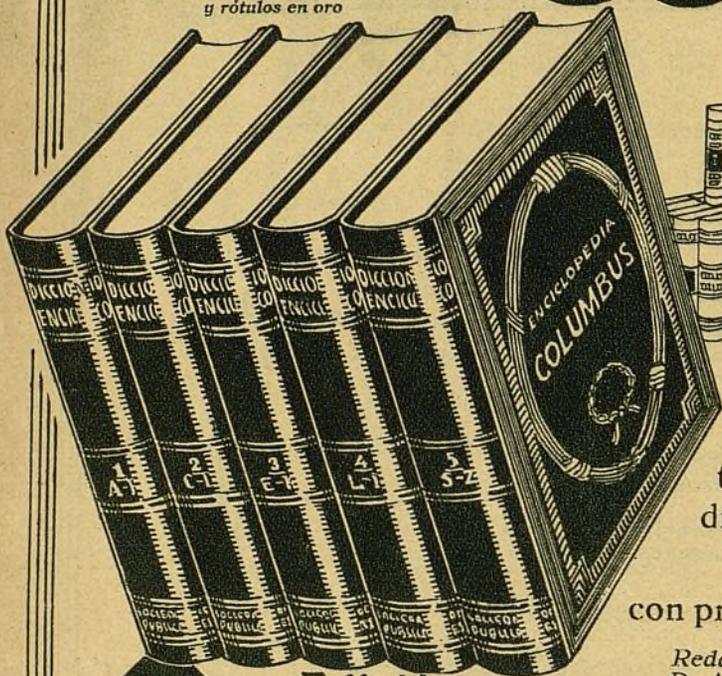
Ejemplar suelto... 1'25 pesetas
POR SUSCRIPCIÓN
ESPAÑA: Un año, 15 pts. AMÉRICA: Un año, 19 pts.
OTROS PAÍSES: Un año, . . . 25 pesetas.
Combinada con el semanario PROYECTOR
ESPAÑA: Año, 20 pts. AMÉRICA: 30 pts.
OTROS PAÍSES: Un año, 40 pesetas.

REDACCIÓN
Diputación, 211. - BARCELONA
ADMINISTRACIÓN
Diputación, 211. - BARCELONA
Valverde, 21 dup. - MADRID

Administración de Publicidad en esta Revista
PUBLICITAS, S. A.
ORGANIZACIÓN MODERNA DE PUBLICIDAD
BARCELONA: Plaza Cataluña, 9, 1.º
Teléfono 16406. - Apartado 228
MADRID: Gran Vía, 13
Teléfono 16375. - Apartado 911

ENCICLOPEDIA "COLUMBUS"

Cinco Grandes Tomos
completamente terminados
Encuadernado en tela, en relieve
y rótulos en oro



**10 Ptas
al mes**

Todo el **SABER humano**

todo el contenido de cien obras
diversas condensado en

5 magníficos volúmenes

con profusión de grabados, mapas y láminas en color

Redactado por reputados especialistas bajo la dirección de
D. ALBERTO DEL CASTILLO Profesor de la Universidad de Barcelona

Desde un principio recibe usted la obra completa, sin estar expuesto a
dificultades de publicación ni a que se le haga anticuada.

Cada uno de los cinco tomos consta de cerca de mil páginas impresas a tres columnas. En conjunto
varios millones de palabras, cuidadosamente ilustradas con millares de dibujos intercalados en el
texto, y con láminas en colores y en negro, y hermosísimos Mapas Generales y de todas las naciones,
confeccionados expresamente para esta obra por la Casa Columbus, de Berlín, especializada en ediciones
cartográficas.

Edición cuidadosamente compilada y revisada, que contiene: Todas las voces de la última edición del Diccionario de la R. Academia Española. — Homónimos y sinónimos: galicismos y barbarismos. — Los americanismos generalmente usados en la América de habla española. — Locuciones latinas, francesas, italianas e inglesas, usualmente empleadas en España y América. — Los términos técnicos de los últimos inventos aceptados por el uso.

**20
meses de
crédito**

Edición definitiva

NADA DE PAGO ADELANTADO

Es imposible saberlo todo:

Pero en la vida moderna es indispensable que en cualquier momento podamos adquirir o mostrar nuestros conocimientos sobre determinados asuntos o materias.

Este es el objeto de la ENCICLOPEDIA COLUMBUS

Todas las ramas del saber, todos los conocimientos modernos están incluidos en ella. Y está todo tratado de modo que haya siempre

CONCISIÓN y CLARIDAD en todas las materias

Hemos puesto especial cuidado en que la ENCICLOPEDIA COLUMBUS sea

La más moderna. Por eso damos, puestos al día, mapas generales y de todas las naciones a todo color, mapas de todas las provincias de España.

La ENCICLOPEDIA COLUMBUS contiene una verdadera Historia del mundo, Biografías, Historia Natural, todas las Ciencias y Artes. Es el Diccionario Enciclopédico más moderno, más práctico, más completo y más económico.

Como obra de estudio, como obra de consulta, la ENCICLOPEDIA COLUMBUS puede ser llamada sin exageración EL LIBRO DE LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS

No vacile en aprovechar las ventajas que para su adquisición le ofrecemos.

Compuesta en tipo cinco de imprenta que, a pesar de ser el más pequeño, resulta muy claro para su lectura, esta obra contiene tal cantidad de texto que en otra forma ocuparía diez gruesos volúmenes. Es un alarde de condensación, compatible con la extensión de los artículos y la claridad del texto.

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A., un ejemplar del diccionario ENCICLOPEDIA "COLUMBUS" por el precio de ptas. 200, que me comprometo a pagar a plazos mensuales de 10 ptas., el primero a la recepción y los otros cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe total de la obra, la consideraré en calidad de depósito en mi poder. AL CONTADO 180 PTAS.

FIRMA

Nombre y dos apellidos

Edad

Profesión

Dirección del empleo

Calle

Población

Provincia

¿Qué administración de correos más próxima tiene giro postal?

ENVÍO INMEDIATO FRANCO DE PORTE Y EMBALAJE

Móvil de
10 céntimos

Córtese el boletín y mándese a los ESTABLECIMIENTOS QUILLET, S. A., Apartado de Correos 476. - Barcelona

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis - BARCELONA

DELEGACIÓN EN MADRID: CHURRUCA, 15, BAJOS



LA VERDAD

es más emocionante que la imaginación

Este ha sido, lector amigo, el lema que, al proponernos publicar una revista del género de GRAN PROYECTOR, nos ha señalado el camino que habíamos de seguir para llegar al resultado positivo que apetecíamos en nuestra empresa, cosa no tan fácil, por cierto, como a primera vista pudiera parecer.

El empeño y la dificultad de nuestra empresa ha estado en querer darte, lector, narraciones que, sin faltarles el interés de lo novelesco, tuviesen todo el vigor realista de los hechos auténticamente sucedidos. Queríamos huir a toda costa del campo de la imaginación—ya que la emoción mayor de la historia es la que en sí misma encierra la Verdad—y creemos haberlo conseguido plenamente recogiendo en GRAN PROYECTOR las historias reales del género sensacional que más han interesado o conmovido al mundo entero.

Nuestros colaboradores, por tanto, no serán novelistas más o menos reputados por sus invenciones, sino experimentados hombres de mundo, policías, detectives o letrados que te irán contando, lector, los casos más sensacionales de sus actuaciones en el acato de los fueros de la Justicia.

Nuestro programa puede así reducirse, en esencia, a tres puntos capitales:

- 1.º Relatar, en forma nueva y sugestiva, casos sucedidos en los anales del delito, ilustrados siempre con fotografías documentales. En estos casos narraremos el hecho en su aspecto emocionante, atendiendo en lo posible al problema criminalógico que hoy tanto interesa al mundo, pero huyendo siempre de las notas macabras, que juzgamos—y creemos que tú, lector, las juzgarás también como nosotros—repugnantes en todo momento.
- 2.º Descubrir, dentro de la forma narrativa, los ardides de que se vale la gente maleante para perpetrar sus fechorías, lo cual tendrá, en último término, un fin moralizador, ya que cada estratagema que aquí descubramos será un recurso menos de que podrá valerse el que delinque por hábito.
- 3.º Exponer los procedimientos que siguen la policía y los organismos de justicia para llevar a cabo su alta misión de proteger al inocente y perseguir al culpable. Nuestro gusto será dar la mayor importancia a los profesionales españoles e hispanoamericanos, pero, de momento, empezaremos publicando trabajos de los especialistas extranjeros cuya ciencia criminalógica está, indiscutiblemente, más desarrollada y cuenta con mayor cantidad de elementos para responder a la especialidad de GRAN PROYECTOR.

Como ves, lector, nuestro programa—tan amplio y sencillo como la misma realidad—tiene un aspecto completamente nuevo dentro de la prensa española. En todas las naciones cultas se ha dado extraordinaria importancia a este sector de la literatura periodística, y no hemos querido que faltase en la nuestra.

¿Lograremos nuestro intento? Pondremos en ello todo nuestro interés y esperamos que el apoyo del público de habla española nos permitirá desarrollar estos asuntos con todo el interés que hoy les concede la curiosidad mundial.

LA DIRECCIÓN

OJOS MUERTOS

En realidad no hay nada que pueda llamarse oriental en esta historia sorprendente y extraña. Este hecho asombroso ocurrió a las diez y diecisiete minutos de la noche del 23 de abril de 1922, cuando Ernesto Burleson, hombre ya casi cuarentón, hijo y heredero de Juan Burleson, el más excéntrico de todos los millonarios, fue muerto de un tiro en la vivienda de una mujer llamada Susana Weber en la Calle Veintitrés, entre las Avenidas Novena y Décima de Nueva York. A las diez y veintinueve minutos la noticia llegó a la redacción del periódico en que yo trabajaba,

Por **JERRY RALSTON**

y produjo en uno de mis compañeros una sorpresa tan grande como la que experimen-

tó, pocos minutos después, el mismo Juan Burleson, padre de la víctima. Guillermo Harrison estaba en su escritorio cuando Magán, el encargado de la información política, telefoneó. Habría entonces veinte hombres en la sala, contando a los correctores. Algunos de ellos conocían a Guillermo hacía bastantes años y todos le vieron siempre rodeado de cosas interesantes. Pero medio minuto antes todo el mundo hubiera asegurado que no existía en la tierra cosa alguna que pudiese impresionar a Guillermo Harrison, empezando por los propietarios del periódico y acabando por la entrada de Dempsey o Tunney en la sala de redacción.

— ¿Qué hay, Magán? — le oímos decir ante el aparato telefónico. De pronto se puso en pie y se le cayó de la mano el auricular, que chocó contra la mesa. Entonces se fijó en que le miraban veinte pares de ojos excitados por la curiosidad e inmediatamente se puso de nuevo al aparato y empezó a disparar preguntas, como si fuesen tiros, al otro extremo de la línea.

— ¿Dónde está ella? ¿Qué dice? ¿Dónde recibió el balazo? ¿Quién lo ha descubierto? ¿A quién pertenecía el arma? ¿Quién había allí en aquel momento? ¿Quién está ahora?

Y colgó el receptor telefónico antes de que Jaime Magán pudiese entender ni siquiera la mitad de sus preguntas. Me hizo una seña para que acudiese a su lado, y antes de llegar junto a él, habíase apoderado de Hollister y le había hecho sentar en su propio sillón. Inmediatamente me cogió por el brazo diciendo:

— Vente conmigo, Pedro. Y salimos de la sala.

No dijo una palabra mientras nos dirigáramos al ascensor ni tampoco cuando nos metimos en un taxímetro. Tan sólo habló al chofer, para ordenarle que, a toda prisa, se encaminase al cuartelillo de la calle Dieciocho hacia el oeste; pero pude observar, que los músculos de su mejilla y de su mandíbula trabajaban sin cesar para contener el temblor de sus labios.

— ¡Alto! — gritó al chofer cuando llegamos.

Saltó a la acera, subió a todo correr los escalones y se encaró con O'Brien, que estaba de guardia.

— Deseo ver a Susana Weber.

Tal vez el sargento de policía vió o descubrió algo particular en Guillermo, porque pareció quedarse indeciso.

— Hágame el favor de llevarme junto a la señorita Weber — rogó Guillermo en un tono rudo que sobresaltó al policía.

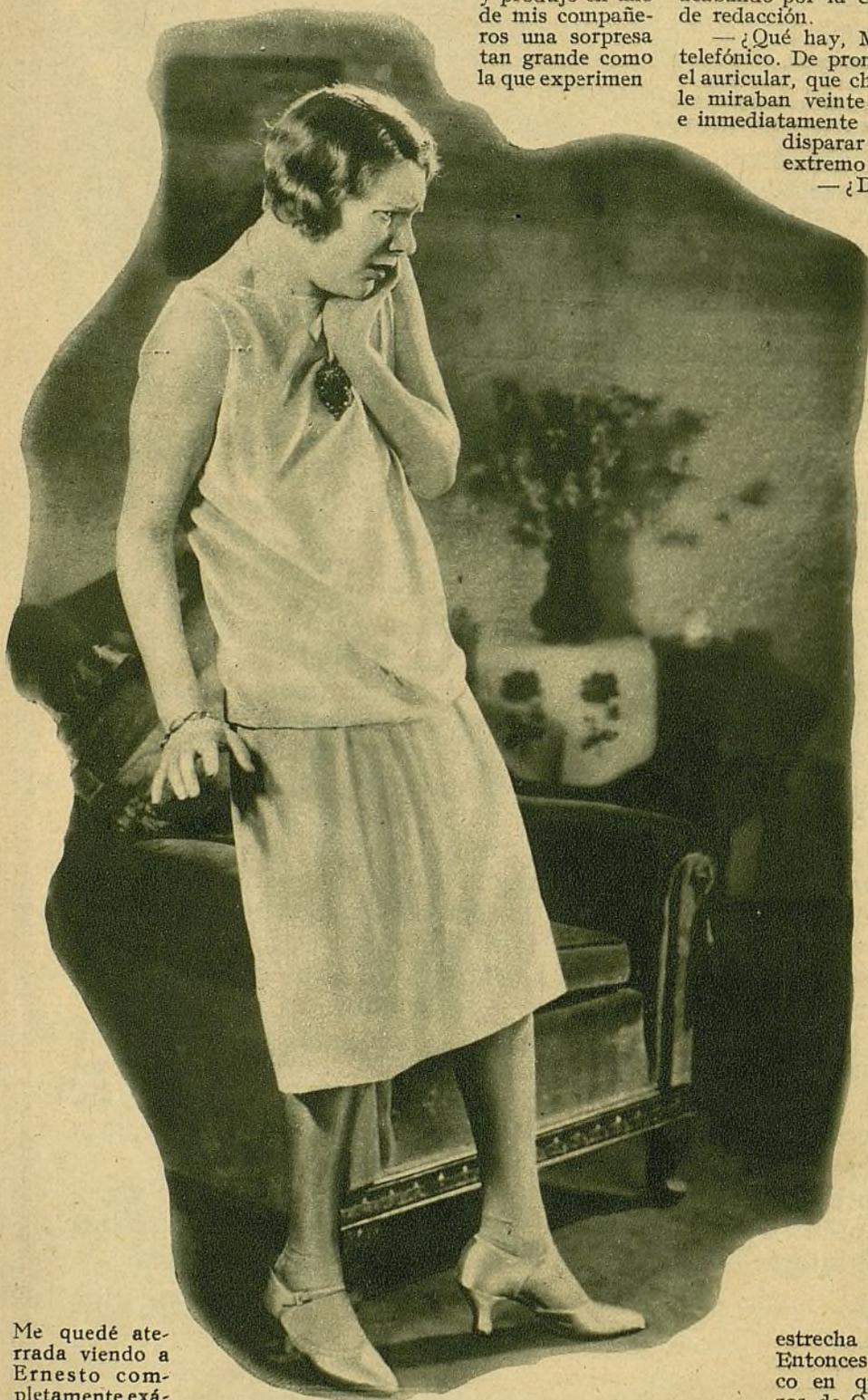
— Sí, señor Harrison, en seguida — contestó guiándonos hacia donde estaba un policía de paisano.

Una vez en el corredor, Guillermo se tambaleó e hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Un segundo después llegamos ante un calabozo guardado por una pareja de agentes. Su mano atravesó la reja y dijo autoritariamente:

— Abran esta puerta.

Inmediatamente se abrió la puerta del calabozo, pero él fué más rápido todavía, pues pareció meterse en la estrecha celda antes de que resonase el cerrojo. Entonces vi que una mujer se levantaba del banco en que estaba sentada y se echaba en brazos de Guillermo.

Y aunque ella se abrazó a mi compañero,



Me quedé aterrada viendo a Ernesto completamente exánime...

“—Dios mío— exclamó Guillermo Harrison—. Ayúdame a exculpar a la mujer a quien amo.” Y entonces un rayo de luz atravesó el impassible rostro de Buda, revelando el extraño secreto de la muerte de Ernesto Burleson.

éste no correspondió tomándola, a su vez, en sus brazos.
— ¡Guillermo! ¡Guillermo! — exclamó. — ¡Soy inocente!

— Ya lo sé — contestó él con acento jamás oído en él. — Ya sé que eres inocente.

Al oír estas palabras, los brazos de la joven se estrecharon en torno de mi amigo.

Y poco después, muy cariñosamente, la hizo sentar de nuevo en el banco y empezó a hablarle con acento dulce y tranquilo.

— Dime cómo ha ocurrido todo eso, Susana.

— No lo sé, Guillermo, no lo sé — exclamó ella casi sollozando.

— ¿Que no lo sabes?

La mujer hizo un esfuerzo para recobrar el ánimo.

— Voy a contarte todo lo que sé, Guillermo. Acababa de acostar a mi hijito Juan, a eso de las siete,



cuando oí que sonaba el timbre.

— ¿En la planta baja?

— No, en mi puerta. Abrí y vi que Félix estaba allí.

— ¿Félix? — replicó Guillermo, extrañado.

— Sí, el hermanastro de Ernesto — balbuceó.

— ¿Aquel imbécil? — exclamó sorprendido.

— Sí... Ya había venido dos veces a verme. La primera siguió a Ernesto hasta mi casa. En aquella ocasión...

— y al decir esto cerró los ojos y apenas se oyeron sus palabras, — Ernesto le pegó y le volvió a llevar al sanatorio. Cuando vino por segunda vez

yo no sabía qué hacer. Le tuve en mi casa durante la mayor parte del día y luego telefoneé al doctor para que viniese a buscarle. Esta mañana, cuando volvió a escaparse del sanatorio, vino a casa. Ernesto estaba allí, y quiso echarle escaleras abajo. Tengo la impresión de que debió de haber una escena violenta entre ellos, pues cuando Félix vino a mi habitación tenía sangre alrededor de la boca y, al parecer, una muñeca dislocada.

— ¿De veras? — exclamó Guillermo con voz reanimada por la esperanza.

Sin embargo, comprendí que el caso no sería tan sencillo como él creía, ni muchísimo menos.

— Entonces le presté algún cuidado y le metí en la cama.

— ¿Dónde?

— En la misma habitación de mi Juanito.

— ¿Y no tuviste miedo por el niño?

— No. Debes tener en cuenta, Guillermo, que a mí Félix siempre me pareció algo semejante a un animal inofensivo y ni siquiera me produjo la impresión de que fuese un ser humano.

— Adelante.

Ya sabes lo que quiero decir. «Lo ignoro», contesté. «¿Te figuras — me dijo — que no estoy enterado?»

— ¡Oh, Guillermo, jamás seré capaz de decirlo! — exclamó cubriéndose la cara con las manos.

— Continúa — indicó Guillermo con voz ronca.

— Pues te mencionó a ti, Guillermo.

— Adelante — repitió tranquilamente, después de una pausa.

— El caso es, Guillermo — siguió diciendo la joven — que no pude continuar con él en la misma habitación después de lo que acababa de decirme. Sin acordarme siquiera de mi hijo Juan ni de Félix, salí. Al bajar la escalera, de pronto, recordé que mi hijo estaba durmiendo en su cama. Temí algo, y por eso volví y escuché a la puerta que conduce a la cocina. Apenas oí como Ernesto abría la puerta del dormitorio, me encaminé a la sala familiar. Al verme salió del dormitorio con una mirada que me asustó mucho. Se acercó a mí y yo me apresuré a retroceder.

«He de añadir otra cosa — me dijo —. Procuraré que mi hijo sea educado como debe educarse un hijo mío. Tú no tienes condiciones para eso». Y tuvo el valor de decirme eso, Guillermo, a pesar de que yo estaba perfectamente enterada de aquella otra mujer.

LENTA pero resueltamente, una figura encogida, deforme, que se parecía al fatídico Buda, cruzó la estancia en dirección a la chimenea... Y vi cómo una mano flaca aparecía en la tranja luminosa del rayo procedente de la cocina y se apoderaba del revólver.

— Una hora más tarde se abrió la puerta desde el vestíbulo a pesar de que no había oído ningún ruido en el exterior.

— ¿Era Ernesto?

— Sí, era él. Me parece, Guillermo, que había bebido. Me figuré que buscaba a Félix. Miró a su alrededor de un modo muy raro, según me pareció; pero no hizo la menor tentativa para entrar en el dormitorio, por lo menos entonces. La puerta estaba cerrada. Hay allí una cerradura de muelle y la llave estaba puesta. Le dió media vuelta y dijo: «Estoy ya cansado, ¿me entiendes? Cansado a más no poder. Nuestro matrimonio no es más que una comedia y ha de terminar de una vez». Y repitió varias veces esta frase.

Yo estaba tan atontada, que no sabía qué contestarle. Comprendí que debía de haber ocurrido algo grave que le hizo considerar sin valor alguno incluso la religión que ambos profesamos.

Enpezó a dar vueltas por la habitación, hablando consigo mismo. En la mejilla tenía un arañazo, que supuse se lo habría hecho Félix. Ignoro la razón de haber creído tal cosa. Esperaba a cada momento que me preguntase si Félix había estado en casa, o que se metiera en el dormitorio. No me atrevía a pensar siquiera en lo que había dicho de nuestro matrimonio.

Un día Ernesto me dijo: «Mi padre ha decidido que me case. Y ya me tiene elegida la novia. ¿Me comprendes?»

La pobre mujer, al decir esto, se echó a llorar. Guillermo levantó la mano y la apoyó ligeramente en su hombro.

— Bien sab: Dios — exclamó la desgraciada — que deseaba libertarme de él, pero no del modo que él quería.

La mano de Guillermo se apoyó con más fuerza en ella y la joven prosiguió:

— Me constaba que su padre hubiera hecho todo lo posible para separarle de mí en cuanto se hubiese enterado de lo que ocurría, pues era hombre que no habría consentido a su hijo casarse con una mujer que él mismo no hubiese elegido. Pero también me consta que antes hubiera preferido que se muriese Ernesto a permitirle solicitar el divorcio. «Lo he dispuesto todo para obtener una anulación secreta» me dijo Ernesto, «y de este modo mi padre no podrá enterarse nunca de lo ocurrido». «Pero ¿y yo? ¿y tu hijo? ¿No crees que también tenemos derecho a hablar?» le pregunté. Él echándose a reír me dijo: «¡Oh, ya sé que no podréis dificultades! En otra religión cualquiera podría divorciarme de ti muy fácilmente».

«Jamás supiste lo que significa ser mi esposa — continuó diciendo — ni ser la madre de mi hijo. Fíjate en este cuchitril. ¿Crees que mi esposa viviría aquí? ¿Crees que habría sido capaz de criar a un niño, que ya tiene seis años?» — «Ya sabes muy bien por qué vine aquí — le contesté. — Tampoco ignoras que no me casé contigo por el dinero. Cuando supe que no podría usar tu nombre y que a ti te importaba mucho más el dinero de tu padre que mi felicidad y aun que tu palabra, cuando me enteré de que no querías que tu padre y yo nos conociésemos, entonces fué cuando vine aquí, porque así podría pagar un alquiler proporcionado con mis posibilidades».

«Pues bien — me contestó — creo que mi hijo no está en su sitio viviendo en un lugar como éste y con una madre que tiene unas ideas tan especiales acerca del dinero. Por esto quiero solucionarlo todo de una vez». — «¿Qué vas a hacer? — le pregunté, porque sus palabras me atormentaron. — «Sacar ahora mismo de aquí a Juan».

Eché a correr en dirección al dormitorio y traté de cerrar la puerta, pero él la abrió de un empujón. «No te atreverás a llevártelo — dije. «¿Que no me atreveré? — contestó. — Trata nada más tú de impedírmelo y verás lo que pasa. Tengo ya preparado algo para el caso de que te resistas».

Me figuré que se había vuelto loco y hasta pensé en telefonarte a ti, Guillermo. Di una vuelta a su alrededor y me dirigí a la habitación de la parte delantera, pero me arrancó el teléfono de las manos y de un empujón me mandó al otro lado de la estancia. Luego se inclinó sobre mí como si quisiera pegarme, pero se limitó a maltratarme de palabra y entonces me acabé de convencer de que se había vuelto loco, porque de lo contrario no me habría dicho lo que me dijo.

Por fin se volvió al dormitorio y al atravesar el vestíbulo, pensé en la señora Corrigán. Salí de la estancia y llamé a su puerta, pero no estaba en casa. Al salir dejé mi propia puerta abierta y por esto pude oír como Ernesto atravesaba la estancia y abría la ventana. Gritó a su chófer y luego la volvió a cerrar.

Yo, mientras tanto, bajé un tramo de la escalera, dispuesta a llamar a la primera puerta que encontrase, cuando oí en mi piso un ruido sordo, el golpe de una caída y algunos vidrios que se rompían. Entonces se abrió la puerta de la calle y alguien, seguramente el chófer, atravesó el zaguán. Eché a correr escaleras arriba y, al llegar a la sala, me quedé aterrada viendo a Ernesto completamente exánime, caído en un sofá

inmediato a la ventana y atravesando con un brazo el cristal.

Supongo que me desmayé, porque lo primero que vi al abrir los ojos fué a los agentes de policía.

— Entonces ¿crees que se suicidó? — preguntó Guillermo.

— No — se apresuró a contestar Susana. — Todos decían que no podía haberse disparado un tiro. Además, parece que no han encontrado ningún revólver. Dicen... ¡oh, Dios mío, Guillermo! Dicen que yo le maté.

Guillermo puso sus manos sobre las de la joven y le miró a los ojos.

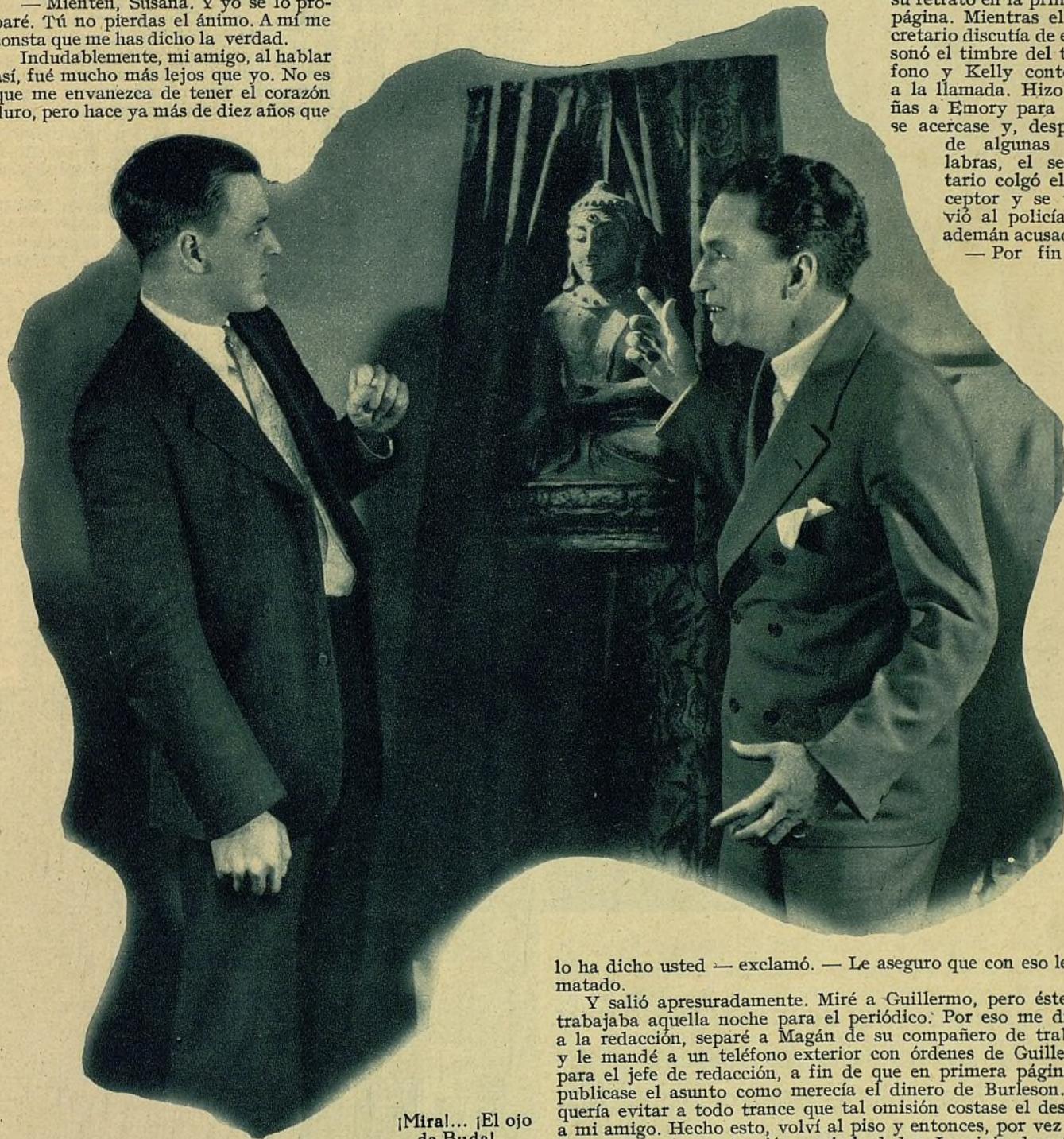
— Mienten, Susana. Y yo se lo probaré. Tú no pierdas el ánimo. A mí me consta que me has dicho la verdad.

Indudablemente, mi amigo, al hablar así, fué mucho más lejos que yo. No es que me envanezca de tener el corazón duro, pero hace ya más de diez años que

cibió un trato distinto. Allí estaban Moreno y Kelly, de la Oficina Central de Policía, y Bromey, el perito dactilógrafo de la Jefatura. Había otras dos personas a quienes no conocía y un individuo muy flaco, con lentes de cristales muy gruesos, que vestía un traje de noche. Se llamaba Emory y era el secretario del viejo Juan Burleson. El pobre estaba muy fatigado, según dijo, a causa de los esfuerzos hechos con objeto de impedir que la noticia llegase a conocimiento del padre del muerto, quien, al parecer, estaba gravemente enfermo. Esto me dió a entender que habíamos perdido una buena información para el periódico, porque incluso un ligero resfriado que sufriese Juan Burleson era más que suficiente para que se publicase

su retrato en la primera página. Mientras el secretario discutía de ello, sonó el timbre del teléfono y Kelly contestó a la llamada. Hizo señas a Emory para que se acercase y, después de algunas palabras, el secretario colgó el receptor y se volvió al policía en ademán acusador.

— Por fin se



¡Mira!... ¡El ojo de Budal...

soy reporter y he oído demasiadas historias que tienden a defender al que las refiere.

Volvimos a tomar el taxímetro y en él nos dirigimos a la casa en que había sido asesinado Ernesto Burleson.

El piso era el segundo de la parte delantera de la casa. El zaguán de la escalera estaba lleno de reporteros, a quienes no se permitía el acceso al lugar del suceso, pero Guillermo re-

lo ha dicho usted — exclamó. — Le aseguro que con eso le ha matado.

Y salió apresuradamente. Miré a Guillermo, pero éste no trabajaba aquella noche para el periódico. Por eso me dirigí a la redacción, separé a Magán de su compañero de trabajo y le mandé a un teléfono exterior con órdenes de Guillermo para el jefe de redacción, a fin de que en primera página se publicase el asunto como merecía el dinero de Burleson. Yo quería evitar a todo trance que tal omisión costase el destino a mi amigo. Hecho esto, volví al piso y entonces, por vez primera, observé con atención a mi alrededor. La vivienda estaba muy lejos de ser la madriguera o el cuchitril que dijera Ernesto Burleson. Era un piso de medianas dimensiones, situado en la parte delantera de la casa, formado por una sala a la inglesa, un pequeño dormitorio, el cuarto de baño y la cocina, que comunicaban con el dormitorio.

Observé que en la puerta de la cocina se había abierto una mirilla que no se hallaba a la altura de los ojos de un hombre.

(Continúa en la página 65.)

EL CAMARERO

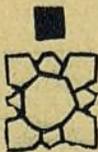


(Arriba.) El inspector de policía Juan F. Mitchell, célebre por su habilidad en la captura de criminales.

(En el centro y abajo.) Fotografía de Carlos Ponzi con el famoso bigotito, gracias al cual se pudo reconocer a un habilidosísimo estafador. Estas fotografías fueron hechas por el servicio antropométrico de Montreal (Canadá) cuando Carlos Ponzi, en agosto de 1908, fué procesado por falsificador de cheques.



La habilidad del criminal pudo más que la pericia de la policía, y así quedó burlada la acción de la justicia. Pero el vil gusano de la vanagloria humana supo preparar el camino para llevar a cabo lo que no habían conseguido las más ingeniosas estratagemas de los hombres.



Carlos Ponzi había huído. Por mar y por tierra los oficiales de la Jefatura de Policía y la oficina del Procurador General de Boston empezaron a expedir numerosos despachos telegráficos e inalámbricos. Ponzi, el elegante italiano, «el brujo Financiero» de la Calle de School, era ya un reclamado de la policía.

En 1919 todo el mundo conocía a Carlos Ponzi. Su nombre se hallaba a flor de labios de todos los habitantes de los Estados Unidos. Había llegado a dicho país con objeto de ganar dinero. Se dedicó a mondar frutas, sirvió en un restaurante, trabajó como empleado de escritorio y, aunque casi nadie lo sabía, también pasó una temporada en la Penitenciaría Federal de Atlanta, en castigo de haberse dedicado a introducir chinos desprovistos de documentos y sin permiso para inmigrar en los Estados Unidos. Pero luego aseguró haber tenido la idea más grande que podía imaginarse. Esta idea enorme era tan vasta, tan audaz en su concepción, que el mundo financiero se quedó asombradísimo. Parecía más bien obra de un cerebro loco.

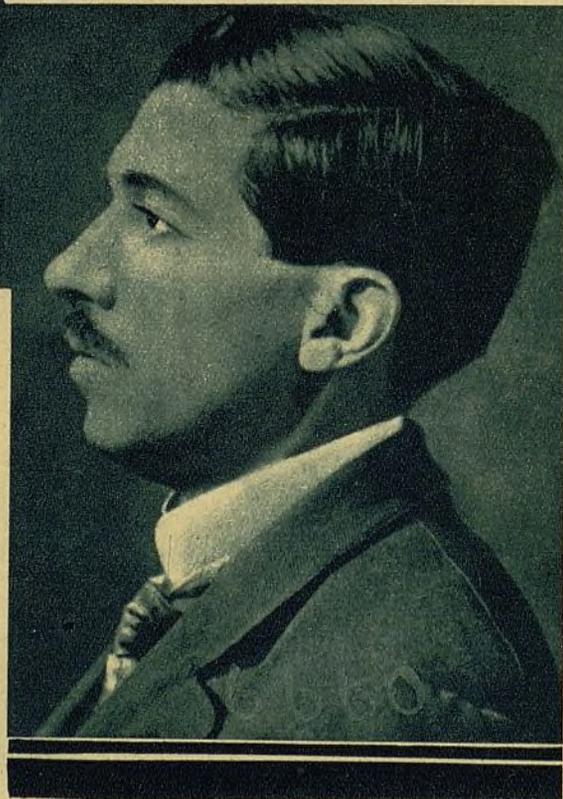
Según se decía, Ponzi había empezado su carrera con un sello de correos de cinco centavos, pero fuese esto verdad o no, el caso es que consiguió organizar un negocio que le rindió en conjunto la enorme suma de catorce millones de dólares.

Carlos Ponzi prometía el cincuenta por ciento en cuarenta y cinco días.

Esta noticia se extendió con pasmosa rapidez. El dinero afluyó a él con tanta prisa, que sus empleados se veían obligados a echarlo en los cestos de los papeles a falta de cajas de caudales. El tráfico de vehículos en la calle de School, donde se había establecido, quedó interrumpido durante varios días mientras los imponentes, con las manos llenas de dinero, luchaban por abrirse paso hasta la oficina de Ponzi.

Se llamó incluso a la policía para que la multitud guardase el debido orden y compostura.

Carlos Ponzi gozaba de una posición estupefante. Compró una casa magnífica en Lexington, ciudad del Estado de Massachusetts. Poseía una *lemosina* lujosa y cara. Instaló un cuerpo de criados en su casa y compró mag-



MILLONARIO

Por **LOWELL AMES NORRIS**
del **SUNDAY HERALD**, de Boston

nificas joyas a su mujer. Hubo fabricante de tabaco que bautizó con su nombre un cigarro puro de cinco centavos, y hasta se decía que Ponzi podría alcanzar el cargo de gobernador de Massachusetts.

En cambio, el Gobierno, que siempre muestra muy poca consideración en casos semejantes, pareció tener sospechas y ordenó hacer algunas investigaciones. Los imponentes que habían hipotecado sus casas y sus automóviles para ingresar su dinero en aquella empresa que prometía beneficios rápidos, empezaron a sentir cierta alarma. Hubo pánico, acudieron algunos a cobrar, pero no se encontró dificultad alguna en hacer efectivos los primeros cobros.

Entonces acudió más dinero a las oficinas de Ponzi. Los mismos policías llamados para imponer el orden, en cuanto se originaba un pequeño alboroto, se quedaban allí e ingresaban su propio dinero. Ponzi aseguraba tener agentes secretos en todos los países, dedicados a comprar los cupones-respuesta internacionales valiéndose de medios que era imposible descubrir. Algunos países extranjeros se preocuparon acerca del particular y parecía como si las bases financieras del interés del dinero pudiesen llegar a sufrir una verdadera revolución. Los mismos inspectores vacilaban en declarar fraudulento



(Arriba.) El sonriente Carlos Ponzi, que se hizo famoso en Boston llegando al pináculo de la riqueza.

(Abajo.) Aspecto de la multitud que diariamente asaltaba la oficina de Ponzi, deseosa de enriquecerse con la mágica fórmula del *Cincuenta por ciento en cuarenta y cinco días*.

el proyecto de Ponzi. Honradamente hablando, ignoraban si había descubierto algún sistema secreto de manipular el cambio extranjero.

Sin embargo, una investigación paciente demostró al cabo que sus operaciones eran fraudulentas y así vino el *crak*. Ponzi quedó convicto de utilizar el correo para sus fraudes y fué condenado a cinco años de presidio.

La Hanover Trust Company y otros bancos de Boston tuvieron que cerrar sus puertas a consecuencia de esas especulaciones criminales. Los imponentes que habían realizado enormes beneficios fueron ob'igados a restituirlos. Ponzi ingresó en la cárcel, pero una vez puesto en libertad fué preso de nuevo para responder de sus conductas ante el Estado. Y como es natural, hubo nuevos juicios y algunos aplazamientos.

Ponzi se dirigió a la Florida y anunció al mundo que ven-

dería parcelas de terreno para edificar casas a diez dólares cada una, a fin de devolver el dinero a los imponentes. De nuevo acudió el dinero a sus arcas y el trastorno general aumentó. Se le ordenó que regresara a Massachusetts para ser sometido a juicio y entonces desapareció de un modo misterioso.

Y aquí empezó la caza del hombre.

Carlos Ponzi se hallaba en rebeldía.

De nuevo el «Brujo» ocupó la primera página de todos los periódicos. Circularon numerosos rumores sobre su paradero. Decíase que se le vió comer en una posada de New-Hampshire. Más tarde desapareció por la frontera canadiense, conduciendo un magnífico y rápido automóvil. Otros aseguraban que estaba en la Florida, o que había sido visto en París, y un corresponsal insistió en que se hallaba en Roma. Decididamente parecía ya evidente que Carlos Ponzi había logrado escapar.

En Boston los enojados y desilusionados imponentes solicitaron que se hiciese algo. Entonces fué nombrado el inspector de policía Juan F. Mitchell para que se ocupase en el asunto.

Mientras tanto en el golfo de Méjico el *Sic Vos Non Vobis*, buque que enarbolaba el pabellón italiano, se dirigía tranquilamente hacia Galveston, antepenúltimo puerto en que tenía que tocar antes de regresar a Italia.

Disfrazado de camarero, iba a bordo el misterioso Carlos Ponzi, que logró, gracias a un plan habilísimo eludir la persecución de que era objeto.

Cuando supo que se le reclamaba de Massachusetts, Ponzi se hallaba en Tampa, en la Florida. Por suerte

encontró a un italiano, amigo suyo, de Boston, llamado José, a quien explicó el apuro en que se hallaba.

— Haré todo lo que pueda por ti, — le prometió José. Ocúltate por algún tiempo y ya veré lo que puedo hacer.

Poco después, José fué en busca de Ponzi.

— Creo que podrá arreglarse todo — dijo. — En el puerto hay un barco italiano, el *Sic Vos Non Vobis*. Dentro de varias semanas estará de regreso a Italia y me parece que podría obtener un cargo de camarero para ti. ¿Quieres que lo intente?

— ¡Ya lo creo! — contestó Ponzi. — Pero apresúrate.

Se hicieron funcionar los resortes necesarios y el perseguido no tardó en verse a bordo del buque italiano.

Carlos Ponzi, el presumido norteamericano, había desaparecido y en su lugar se hallaba Andrés Luciana, que vestía un traje ordinario de marinero. Era un buen disfraz. Se afeitó la cabeza y las cejas, y se dejó largas patillas y bigote, de modo que Luciana era, al parecer, lo que representaba ser, es decir, un extranjero ignorante que ni sabía inglés ni era muy inteligente.

El buque salió de Tampa, y Ponzi dió un suspiro de alivio cuando vió que la tierra desaparecía en lontananza. Aquella noche se puso en relación con el joven telegrafista de a bordo y día por día cultivó la amistad con aquel muchacho italiano, hasta que entre ambos reinó gran intimidad.

Noche tras noche «escuchaba» en la cabina del radiotelegrafista y se enteraba de las pesquisas de la policía para hallar

a Carlos Ponzi. El radiotelegrafista decía que todo el mundo estaba muy preocupado de aquel Ponzi, y al oírlo Luciana se sonreía.

Estaba a salvo. Su plan había alcanzado éxito y se entusiasmaba más a medida que, según se decía, le habían visto acá o acullá.

La imbécil policía norteamericana quedó burlada por él.

Pero Ponzi, que con tanto éxito logró impedir que la policía se informase de su paradero, olvidó el factor más importante de todos, pues no tuvo en cuenta su propio orgullo, que creció en gran manera al decirse que, por fin, había burlado a las autoridades de Massachusetts.

Su entusiasmo aumentó a medida que las llamadas de la policía fueron más insistentes y Ponzi se dió cuenta de su favorable situación. Y por fin estuvo tan satisfecho de sí mismo, que ya no fué capaz de seguir guardando su secreto.

Una noche, mientras se hallaba en la cabina del radiotelegrafista, leyó un largo mensaje que daba cuenta de su paradero en una ciudad del Oeste de los Estados Unidos, y se

enteró con la mayor satisfacción de las medidas que se disponían a tomar para prenderle.

— Ese Ponzi da mucho que hacer a la policía — dijo el operador quitándose por un momento los auriculares. — Se ve que es un hombre muy inteligente.

— ¿Lo cree usted así? — preguntó Ponzi, muy satisfecho, al oír tal lisonja.

El tono de su voz hizo que el operador se volviese.

— Naturalmente — replicó. — No hay duda de que es hombre muy listo.

— Escúcheme usted — dijo Ponzi

después de mirar a su alrededor, para convencerse de que nadie más podía oírle. — Si yo le dijese algo muy secreto, ¿me promete guardar silencio?

El radiotelegrafista lo prometió y Ponzi acercándose más a él, preguntó:

— ¿Sabe usted quién soy yo?

— El camarero Andrés Luciana — replicó sonriendo el telegrafista.

— Nada de eso. Soy Carlos Ponzi el «Brujo Financiero».

El operador se sobresaltó y en sus ojos apareció una expresión de incredulidad y admiración a un tiempo.

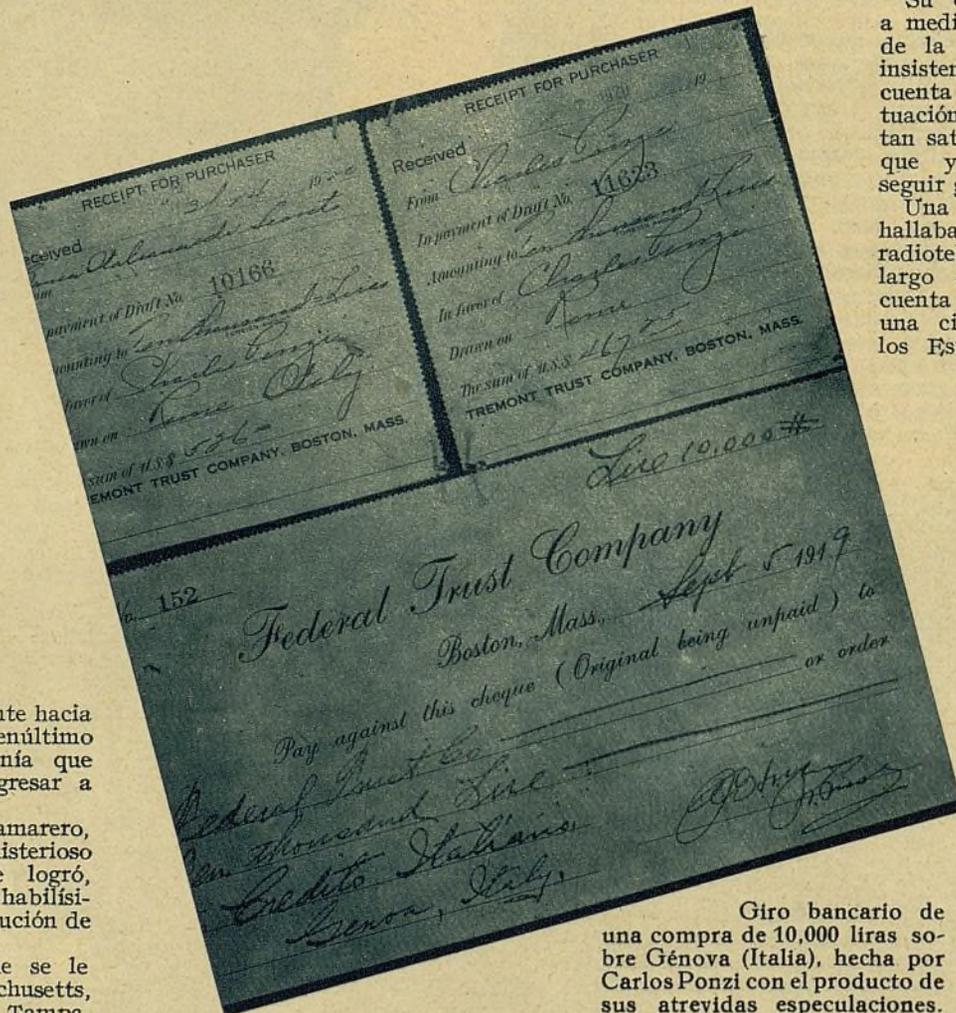
— ¿El mismo Carlos Ponzi que busca la policía?

— El mismo — replicó éste, muy orgulloso. — Pero no diga una palabra a nadie.

El operador juró por todos los santos del cielo que así lo haría, y entonces Ponzi habló.

El Comisario de policía Edwin U. Curtis, de Boston, sabía muy bien lo que se hacía al poner al inspector Juan F. Mitchell a las órdenes del procurador general del Estado cuando se empezó a buscar a Ponzi por todo el mundo, ya que Mitchell gozaba de suma reputación en su profesión. El fué quien descubrió los robos de automóviles que tan frecuentes fueron en Nueva Inglaterra. Y él, también, quien encontró a los autores de varios *chantages* que se realizaron en Boston.

Cuando Ponzi se negó a volver a Massachusetts para



Giro bancario de una compra de 10,000 libras sobre Génova (Italia), hecha por Carlos Ponzi con el producto de sus atrevidas especulaciones.

cumplir su condena, el inspector Mitchell puso en movimiento las ruedas de la justicia sin publicidad, pues habría sido perjudicial para su objeto. Ponzi se jactó de que no volvería a Massachusetts para cumplir su condena y Mitchell se empeñó en lograr que no se saliese con la suya.

El oficial de policía era un experto cazador de hombres y por consiguiente no se desalentó al observar la desaparición de Ponzi, cuyo punto flaco conocía.

Por eso empezó a trabajar despacio. En una conferencia con sus superiores les indicó su deseo de que se mandasen circulares a todas las jefaturas de policía del mundo.

Comprendió que especialmente a Europa era donde debían mandarse en mayor número porque se sospechaba que Ponzi quisiera refugiarse en algún país de este continente. Por vez primera, a partir de la desaparición de Ponzi, los resortes de la justicia, despacio, pero con seguridad, empezaban a cercar «al Brujo». Sin saberlo, Ponzi había cometido otra grave equivocación, pues olvidó que en 1908 se había dejado el bigote. A no ser por esa circunstancia quizás hubiese llegado a alcanzar la libertad.

Mitchell empleó bastante tiempo y reflexionó mucho antes de redactar la circular a la policía. Se celebraron varias conferencias con objeto de encontrar el medio de rodear a Ponzi de circulares, cualquiera que fuese el lugar donde se hallara. En Boston se le conocía como hombre de rostro afeitado, pero el inspector Mitchell recordó que en 1908 al ser detenido en Montreal, por haber falsificado algunos cheques, llevaba bigote.

Este es un disfraz muy corriente y el inspector Mitchell empezó a trabajar suponiendo que Ponzi había olvidado este episodio del año 1908. Después de muchas deliberaciones se decidió que lo mejor para coger a Ponzi era mandar su descripción de acuerdo con la fotografía que se conservaba en los archivos de la Policía de Montreal (véase la fotografía de la página 10) y otro retrato de Ponzi sin bigote.

Uno de aquellos avisos enviados a todo el mundo fué a parar por casualidad al despacho de un periódico de Tejas.

Pero siguió brillando la buena estrella de Ponzi. En Galveston no ocurrió cosa alguna que pudiese despertar sus sospechas. La policía no sabía nada, de eso estaba seguro. Después de tocar en Houston, ya no quedaba más que un puerto norteamericano antes de que el buque italiano pusiese proa hacia Italia.

Ponzi cometió otra equivocación. Dió a entender que comprendía el inglés y el capitán se enteró de ello por casualidad. Sería útil tener a bordo un intérprete en caso de que fuese preciso discutir algo con la Aduana.

Día por día y a medida que las probabilidades de ser cogido iban siendo menores, el amor propio de Ponzi le indujo a cometer nuevas tonterías. Estaba ya seguro de alcanzar la libertad.

— Esos policías norteamericanos son imbéciles — repetía ante el radiotelegrafista, que se había convertido en su

confidente. — Ya no tengo nada que temer, absolutamente nada.

Y el operador le daba la razón, muy satisfecho.

Estaba orgulloso de su compatriota y aun más envanecido de la confianza de que Ponzi le dió pruebas. Leía los mensajes de la policía que a veces interceptaba y le divertía en extremo decirse que él sólo conocía la identidad y el paradero de aquel hombre que había despertado el interés de todo el mundo.

Si hubiese tenido algún compañero con quien desahogarse, dándole a entender lo que sabía, su felicidad habría sido completa. No es frecuente el caso, en efecto, de que un radiotelegrafista llegue a ser el amigo del alma de un hombre tan famoso como Carlos Ponzi. Aunque desde luego estaba dispuesto a guardar silencio. ¿Acaso no dió su palabra?

El buque hizo escala en Houston, en donde había de pasar algunas horas. El radiotelegrafista se proponía ir a tierra a hacer algunas compras y Ponzi le encontró cuando salía de su camarote.

— Acuérdesse — le dijo en voz baja — de no decir una palabra a nadie.

— Descuide — replicó el radiotelegrafista, algo molesto por aquella desconfianza. — ¿No le he dado ya mi palabra?

Con esto tuvo que contentarse Ponzi. Se acercó a la plancha y observó a su amigo mientras se alejaba. Luego se volvió dando un suspiro. Le hubiera gustado mucho ir a tierra con él, pero resultaba demasiado peligroso, en vista de que casi tenía ya la libertad.

Y abandonando de mala gana la cubierta, penetró en el interior del buque. El operador, a su vez, dió un suspiro de satisfacción en cuanto sus pies tocaron tierra y oyó el rumor del tráfico que circulaba a poca distancia. Era muy agradable estar de nuevo en tierra, aunque fuese en una ciudad extraña para él, en la que no conocía a nadie.

Entonces ocurrió una de aquellas cosas inexplicables que al lector le parecerá novelesca, pero que en la vida real ocurren con gran frecuencia. Cuando el radiotelegrafista doblaba una esquina, chocó casi

con un antiguo amigo de Boston, un tal Juan Smith, que había sido oficial de la Aduana de dicha ciudad.

El radiotelegrafista se alegró mucho del encuentro. Enteróse de que Smith residía en Houston y que tenía un almacén de efectos navales. Empezó a hablar de muchas cosas, sintiendo gran amistad por aquel hombre. Y sin pensarlo dos veces, deseoso de hacer confidencias, reveló el secreto que había jurado no descubrir, o sea que Carlos Ponzi estaba a bordo disfrazado de camarero.

Ello pareció no impresionar en absoluto a Smith. Olvidó el asunto sin hacer comentario alguno y empezó a tratar de otras cosas.

Pero Smith reflexionaba mientras sostenía una conversación vulgar con el radiotelegrafista. Sabía que la policía andaba en busca de Carlos Ponzi y también que sería muy difícil lograr la extradición si el criminal conseguía desembarcar en Italia.



(Arriba.) Carlos Ponzi despidiéndose de Boston para ir a cumplir la condena en la cárcel de Plymouth (Massachusetts).

(Abajo.) El público esperando la salida de Ponzi del Tribunal de Justicia de Boston, que le condenó a cinco años de prisión por uso ilegal del correo de los Estados Unidos de América.

— ¿No podría usted acompañarme esta noche a cenar y al teatro? — preguntó por fin Smith.

La cara del radiotelegrafista manifestó cierto desaliento. Lo sentía mucho pero sería imposible, porque el buque zarpaba en cuanto hubiese tomado la carga, cosa en la que se tardaría una o dos horas.

A Smith ya no le interesaba nada la compañía del radiotelegrafista. Sabía ya lo que quería y le quedaba muy poco tiempo para obrar. Consultó el reloj y dijo que tenía algo urgente que hacer. Los dos hombres siguieron hablando unos segundos más y por fin se separaron. Smith esperó a que el italiano se perdiera de vista y luego se apresuró a ir a la oficina del *sheriff*.

— Carlos Ponzi está a bordo de un buque italiano amarrado en el puerto — dijo al entrar.

— ¿De veras? — preguntó el *sheriff*. — Y ¿quién es ese Carlos Ponzi?

Smith lo explicó lo mejor que pudo, pero al *sheriff* no le interesó el asunto y se negó a hacer cosa alguna. Estaba persuadido de que se trataba de un error y dudaba de tener autoridad suficiente para subir a bordo de un buque extranjero.

— Me parece que no podemos hacer nada, Smith. Lo mejor será que no nos metamos en eso. Dejemos que la policía de Massachusetts coja a sus propios criminales, porque ya tenemos aquí bastante con los nuestros.

Sin perder el ánimo, Smith se despidió y se dirigió a la oficina de un periódico. Quedaba ya muy poco tiempo. En la *Houston Press* encontró al editor Webb C. Artz, quien escuchó con atención la historia que le refirió.

— No hay duda de que estoy enterado de lo que ocurre acerca de Ponzi — dijo Artz buscando entre los papeles que tenía sobre la mesa. — Aquí está, por ejemplo, la circular de la policía recibida hace bastante tiempo.

— Ponzi se halla en ese buque — replicó Smith. — Estoy seguro de ello.

— Pues si está allá vamos a prenderle — dijo Artz — tanto si es un buque extranjero como no. Hay que ocuparse de este asunto, porque si, en realidad, está Ponzi a bordo tendremos una magnífica historia que publicar en el periódico. Y puesto que, según usted dice, el barco ha de zarpar en seguida, no perdamos más tiempo. Vamos.

Smith y Artz volvieron al despacho del *sheriff* a quien todavía encontraron, pero entonces fué Artz quien llevó el peso de la conversación; empleó muy pocas palabras, aunque en extremo elocuentes. El *sheriff* le prestó atención y el periodista le amenazó con una campaña si no se hacía en el acto lo necesario.

— Bueno — dijo el *sheriff*. — Yo no tengo tiempo que perder, pero encargaré eso a mi ayudante. — Lacy — llamó, — Artz está convencido de que hay un ladrón a bordo de este barco extranjero que ha fondeado hace poco. Acompáñele y vea si es verdad.

— Es preciso ir muy de prisa — recomendó Smith.

— Venga, Lacy — exclamó Artz. — No podemos perder un momento.

Se cerró la puerta tras ellos, pero no habían terminado las dificultades, porque las calles estaban llenas de gente y de tráfico. Su automóvil tuvo que detenerse porque un camión se había estropeado en plena calle e impedía la circulación. Por fin se hizo un claro y echaron a correr, pero cuando más animados estaban un agente de tráfico hizo sonar el pito y les obligó a detenerse.

En aquel momento se oyó la sirena de un vapor y Artz, profiriendo una maldición, recomendó al policía que pidiera paso, porque quizás fuese aquel el barco que se disponía a salir.

En cuanto reanudaron la marcha se dirigieron a toda prisa al muelle, pero al llegar allí vieron con el natural disgusto que el *Sic Vos Non Vobis* había zarpado ya.

Como ya se comprende, esto causó profunda decepción en los tres hombres. El policía parecía dispuesto a resignarse y a desistir de la empresa; en cambio el periodista, que no quería perder la oportunidad de referir un suceso emocionante a sus lectores, volvió al despacho del *sheriff* y le anunció su propósito de dirigirse por tierra a Nueva Orleans, pues, según le constaba, el barco italiano había de hacer escala allí.

Al mismo tiempo pidió que le permitiesen llevarse a Lacy.

El *sheriff* parecía poco dispuesto a consentir en esto último, pues de ello podían resultar grandes gastos sin lograrse ningún resultado satisfactorio; pero Artz, que se dió cuenta de las razones de la perplejidad del *sheriff*,

ofreció contribuir a los gastos de viaje y entonces el funcionario consintió.

Artz y Lacy llegaron a Nueva Orleans mucho antes que el vapor. En la Aduana justificaron sus personalidades y comunicaron sus sospechas. Entonces se organizó un plan para hacer bajar a tierra al camarero italiano sospechoso.

Cuando el buque llegó al puerto fué recibido por los oficiales de la Aduana de acuerdo con las formalidades acostumbradas. Al enterarse de que Andrés Luciana era el único hombre de a bordo que, según decía el capitán, sabía hablar inglés, el oficial de la Aduana ordenó que se presentase en el edificio de esta última con los documentos necesarios y, por consiguiente, se encomendó la misión al fingido camarero.

Mientras tanto, Smith y Artz paseaban por el muelle muy impacientes. ¿Resultaría bien la estratagema? ¿Desembarcaría Ponzi? Cuando más impacientes estaban los dos, se acercó Lacy y tocó el brazo del periodista.

— Acaba de desembarcar un hombre — dijo —. Por ahí viene, mírenlo. ¿Es el que ustedes sospechan?

Los dos se quedaron mirando hacia un extranjero que avanzaba a lo largo del muelle en dirección a ellos; caminaba con cierto aire de aturdimiento y llevaba bajo el brazo algunos paquetes. Artz y Smith se acercaron a él.

— ¿Cómo se llama este barco? — le preguntó Artz en inglés, señalando el *Sic Vos Non Vobis*. (Continúa en la página 71)



Ponzi (en el centro) al llegar a Tejas custodiado por el *sheriff* Bert Lacy (a la izquierda), que le retuvo en su poder hasta la llegada del inspector de policía Mitchell, de Boston.

ROBO y FALSIFICACION



Por **HENRY GARRISON**

Ex inspector del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard, de Londres

Aquella lista muchacha impuso el secreto a Jorge, pues deseaba que su tío no se enterase de nada.



— Enrique — me dijo el inspector Matthews cuando entré en su despacho, — le he llamado para encargarle un trabajo importante. El comisario ayudante le ha recomendado a usted, porque este asunto entra de lleno en su especialidad.

Después de indicarme que me sentara, me entregó un billete de cinco libras esterlinas del Banco de Inglaterra. Lo examiné detenidamente y al cabo de unos minutos proferí una exclamación de asombro, porque aquel billete era falsificado, pero del modo más perfecto que había visto durante toda mi vida.

— ¿De dónde lo ha sacado usted? — pregunté al inspector.
— Lo ha mandado Winter del Banco de Inglaterra. ¿Qué le parece a usted?

— Es casi perfecto — dije. — Pero en cuanto al papel, juraría que es legítimo. El tejido, el grueso y la marca son exactamente iguales.

— Esto es lo que hay que averiguar ante todo. Lévese consigo al detective Anderson y váyanse los dos a Hampshire.

Eso fué cuanto Matthews pudo decirme, pero era bastante. La famosa fábrica

de Laverstoke, donde se hace exclusivamente el papel de los billetes del Banco de Inglaterra, está situada en el pueblito de Whitchurch, en Hampshire. Como es natural el procedimiento es secreto y el hecho de que los billetes falsificados hubiesen sido impresos en la misma clase de papel presagiaba una merma probable del papel almacenado en la fábrica.

Relato verídico de un caso extraordinario de falsificación ocurrido en Inglaterra, en el cual los agentes de Scotland Yard estaban desorientados por completo

En efecto, trasladados a Whitchurch, paso preliminar de nuestra investigación, Anderson y yo pudimos comprobar que la suposición no había sido temeraria.

Un escrupuloso recuento del precioso papel almacenado en la fábrica, nos demostró que faltaba una cantidad suficiente para hacer billetes falsos por valor de muchos millones de libras esterlinas. Los propietarios de la fábrica estaban fuera de sí y no podían comprender cómo les habían robado aquella cantidad de papel.

Los empleados eran gente elegida por su capacidad y por su honradez. Y, además, se pudo comprobar la casi imposibilidad de que alguno de ellos hubiese podido robar la más pequeña cantidad sin que lo supieran otros compañeros.

Mas, sobre todo esto, lo evidente era que el papel había desaparecido. Se hacía precisa una cuidadosa investigación, empezando por interrogar uno por uno a todos los empleados.

En este primer paso, que no dió ningún resultado directo, nos enteramos de que había habido un escándalo en el pueblo en el que estaba comprometido uno de los jóvenes relacionados con la fábrica, llamado Jorge Symons, y la linda y joven so-



Se vió a Smith entregar con disimulo un paquetito a Jacobs.

brina de un artista forastero llamado Pablo Flemming. Este, pocas semanas antes tomó en alquiler una casita del pueblo y mientras el tío se ocupaba en pintar paisajes por las cercanías, su sobrina, la señorita Flemming, empezó a flirtear con Symons, quien se enamoró locamente de ella.

Como los Flemming parecían gozar de buena posición, pronto contrajeron amistad con las familias principales. La joven, conocida con el nombre de Rosa, dió pruebas de ser muy ligera de cascos, porque empezó a flirtear con todos los chicos guapos de la localidad y entre ellos con Jorge Symons. Y parece que el asunto llegó a tomar tales vuelos, que Flemming se llevó a su sobrina. Así lo aseguraban los chismosos de la localidad.

Interrogamos a Jorge, quien confesó haber sostenido relaciones amorosas con Rosa, de la que aun estaba enamorado. Era un muchacho joven, rubio y agradable, que parecía estar muy triste por la marcha de los Flemming y por las murmuraciones de sus convecinos.

— Pero ¿qué tiene que ver Scotland Yard con Rosa y conmigo? — preguntó. — No creo que ustedes se figuren que yo robé el papel.

Estaba muy nervioso, o porque todo el mundo estaba en-

terado de sus amores o porque deseábamos relacionarle con la desaparición del valioso papel.

— No se preocupe de lo que pensemos — repliqué. — Límitese a decirnos lo que sepa de Rosa Flemming y cuándo la vió por vez primera.

— ¿Qué tiene que ver Rosa con Scotland Yard? — protestó mientras se le enrojecían las mejillas. — Sólo puedo decir que nos amábamos y que habíamos convenido en casarnos dentro de un año. ¡Malditos chismosos! No parece sino que los dos seamos criminales.

— Es mejor que nos cuente usted todo lo que se refiera a sus relaciones — le dije — por-

que, de lo contrario, podía pasarlo mal. ¿Cuándo conoció a esa joven?

— Hará unos dos meses. No recuerdo la fecha con exactitud.

— Adelante — le dije con severidad.

El joven suspiró, resignado.

— Está bien. Pero ya se ha hablado demasiado de este asunto y no quisiera que los periódicos lo publicasen.

— Las investigaciones de Scotland Yard — le repliqué secamente — no aparecen nunca en los periódicos. Usted la conoció. ¿Dónde? ¿En la calle? ¿Quién empezó a flirtear, usted o ella?

— Ella — respondió, nervioso. — Me sonrió. Tal vez yo la miré antes, porque, como ustedes saben, es muy bonita. Yo salía entonces de la fábrica, después de terminado el trabajo, y en la calle pasé junto a ella. Volví a verla más tarde, nos encontramos un día en casa de unos amigos y pronto contrajimos amistad. Yo continué yendo a aquella casa donde nos enamoramos.

— ¿Y le propuso usted casarse?

De las declaraciones del joven se deducía que fué ella quien hizo la proposición.

Rosa confesó a Jorge su amor, diciéndole que heredaría unas treinta mil libras esterlinas cuando cumplierse los veinticinco años y entonces podrían casarse. (Continúa en la página 73.)

HAZAÑAS DEL DETECTIVE

TIM YESYÉS

I. - La pista de la banda del «Ciempiés», historieta por Moreno



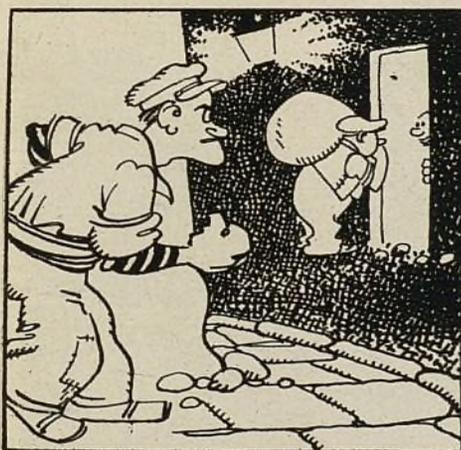
El detective Yesyés, que es hombre de mucha vista, se empeña en hallar la pista de la banda del «Ciempiés».



Su ayudante, disfrazado, logra dar con la guarida, y va y le cuenta en seguida a Yesyés lo que ha encontrado.



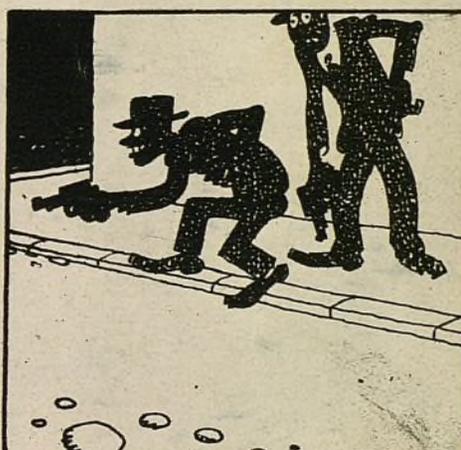
Una estratagemia burda se le ocurre al detective, y adonde la banda vive va, fingiendo que está curda.



Convenientemente oculto, cuando la noche ha cerrado, ve que en el sitio indicado entra un hombre con un bulto.



Y otro después, y más tarde tres más sucesivamente, ¡y aun entra luego más gente! Está la cosa que arde.



Lanza un agudo silbido y llegan dos ayudantes. El uno es hijo de Nantes, el otro en Cuba ha nacido.



«¡Echemos la puerta abajo!», grita iracundo Yesyés, y el negro cubano es quien se toma este trabajo.



Y al entrar «¡Ay, madre mía!», dice Yesyés confundido. «¡Nos hemos introducido en una panadería!»

La Vida Azarosa y Novelesca

Novísimos detalles biográficos,

EN UNA CALLEJA DE PARIS

Sucia y lóbrega y en unos bajos sórdidos, vivía allá por el año 1912 este matrimonio de judíos — Hanau-Bloch — cuyas figuras ocupan hoy la atención primordial de la gran Prensa de todo el mundo. Vivía, cierto es. Pero mal. Pobremente. Arrastraba una existencia humilde, humildísima. Braceando en todo momento en las aguas cenagosas de la miseria. Porque no les daba para más el miserable comercio de mercería que, inspirado por el espíritu estrecho del marido — Lázaro Bloch —

Marta nunca pudo resignarse. Y en su mente febril danzaban constantemente las mayores audacias encaminadas a hacer cristalizar sus sueños dorados.

LO QUE NO SE HA DICHO

— ¿Que la mercería no da bastante? — se dijo un día Marta —. ¡Pues a otra cosa de más provecho. —

Y así lo hizo. Antes de quince días Marta la Mercera se había convertido en madame Thaïs, la vidente egipcia. Y el



La «foto» representa a madame Hanau, en una de las sesiones del proceso que — como hijuela del de *La Gaceta* — se ha seguido, a su instancia, contra sus antiguos colaboradores, a los cuales acusa de estafa...

pero regentado por la mujer — Marta Hanau — tenían abierto en el más pobre de los barrios parisinos.

El matrimonio era conocido por toda la vecindad como monsieur y madame Hanau; nunca por el apellido Bloch — el del marido — como era lógico. Por la evidente paradoja de temperamentos que ofrecía la pareja: débil, apocado y pobre de espíritu, el jefe legal de la familia; fuerte, audaz, enérgica y autoritaria Marta la Mercera. Ella, acariciando y proponiendo constantemente los más atrevidos proyectos. El — aterrado — haciendo de contrapeso a las audacias de su mujer con su pesimismo y sus terrores invencibles.

Pero Marta no se resignaba. Aun cuando procedía de pobre cuna y toda su infancia y toda su juventud no habían sido otra cosa que una lucha a muerte con la miseria, siempre soñó reinar en los palacios dorados de Boulogne, cuyos esplendores había vislumbrado cuando — consagrada a la venta ambulante, aun adolescente — perdió muchas horas del día embobada ante los suntuosos zaguanes...

pobre Lázaro — a la fuerza — en M. Shika, el secretario de la infalible pitonisa. Un negocio que Marta planteó maravillosamente, basando sus cálculos y su optimismo en la credulidad de sus semejantes. Un negocio que, por otra parte, le produjo muchos miles de francos durante unos meses. Porque ¿quién es el ciudadano de buena fe — y en París abundan extraordinariamente — que no paga gustoso cincuenta francos por saber exactamente su porvenir? ¿Cuál es el amante despreciado que le regateaba a madame Thaïs los cien francos que importaba la fórmula infalible para hacer entrar en razón a la bella desdénosa...?

Y esta fué, durante unos meses, la profesión y la rica mina de Marta Hanau. Hasta que tuvo la mala ocurrencia de vaticinar ciertos desagradables augurios de carácter político que iban en perjuicio de un influyente personaje. Pocos días después los agentes de la «Sûreté Générale» irrumpían en el «consultorio» de la pintoresca madame Thaïs, cuando la «vidente egipcia» leía en las líneas de la mano de un conocido financiero.

de Madame Hanau

por MIGUEL CAPUZ

su «crack» inminente. Un «crack» que, por cierto, no se ha producido hasta la fecha...

Ya entonces, madame Hanau — bajo el nombre de madame Thais — ocupó una celda de pago de la cárcel de Saint Lazare.

PARA CATEQUIZAR INFIELES

Pero no fué mucho tiempo pupila de Saint Lazare. Antes de tres meses estaba en la calle, por no aparecer contra ella pruebas concluyentes de delito alguno.

do. Porque la tal denuncia advertía a la policía que la organizadora de aquella lotería no tenía en su poder el importe de los premios prometidos.

Fracasó, pues, de nuevo; pero en esta ocasión ni entró en la cárcel. Porque con su formidable dialéctica pudo convencer al juez instructor que su acción estaba provista del más puro altruismo.

Había sido sólo — le dijo — un gesto — un rosario de sacrificios — de excelente devota, que quería contribuir a la difusión de un amado ideal...



Madame Hanau saliendo de las oficinas de *La Gaceta del Franco*, después de asistir a las investigaciones que hizo la policía en el domicilio social.

Y volvió a las andadas. A reanudar el camino que ella se había trazado para alcanzar la cumbre del poder. Un camino difícil, sembrado de obstáculos, pero que era el más recto...

¿Qué hacer, entonces? Un nuevo truco. Basado, esta vez, en el fervor religioso de las masas. Explotando la buena fe de los católicos que estaban en la mejor disposición de ánimo para ayudar a la fructífera labor de catéquisis que ciertas órdenes religiosas llevaban a cabo en las tierras del Extremo Oriente.

Organizó una lotería. Cien mil billetes a diez francos. Con veinte premios desde 50,000 hasta 500 francos. Total 125,000 francos de premios y 50,000 francos más de gastos. Beneficio neto: 825,000 francos...

El negocio estaba bien planteado. Magníficamente calculado.

Sin embargo, una denuncia anónima que llegó a manos del jefe de la «Sûreté» cuando madame Hanau apenas llevaba vendidos 20,000 billetes, dió al traste con su magnífico tingla-

AQUELLO DEL «TUBO DEL SOLDADO»

1914. Gran Guerra. París pelagra bajo la amenaza del imperialismo alemán. Vibra de fervor patriótico toda Francia. Y en todos los hogares franceses se nota el vacío doloroso de los hombres hábiles para empuñar las armas. Una ausencia la de estos hombres — hijos, esposos, hermanos, novios simplemente — que tiene en constante zozobra el ánimo de los que tuvieron que quedarse. Que acongoja, particularmente, a las mujeres. A pesar de que son ellas las que, en los momentos inolvidables de grave peligro para la seguridad de Francia, han empujado a sus hombres hacia el frente voraz.

Y las acongoja esta ausencia porque saben que en la guerra incruenta, sus «poilus» han de sufrir, no sólo el fuego arrasador de la «Berta», sino todo el horror de la vida de trincheras.

— ¿Qué no hará — se dijo un día madame Hanau — una mujer francesa para hacer más llevadera esta vida de «topos» que habían de soportar sus soldados? —

Y ya está. De esta reflexión brotó la idea de otro de sus

grandes negocios: la venta del «tubo del soldado». Era un «nécessaire» del «poilu» ideado por la ex mercera. Un conjunto de cosas útiles, indispensables para el soldado, en todo momento: hilo, agujas, tijeras, papel, sobres, plumas, tinta, yodo, algodón hidrófilo y un frasquito de coñac... Y todo ello ¡por veinte francos! ¿Qué madre, qué esposa, qué hermana, qué novia amante de «su» ausente iba a regatear estos veinte francos que de tanta utilidad podía serle al que luchaba por la Patria?

Durante muchos meses — más de año y medio — madame Hanau hizo un soberbio negocio. Porque no podía atender las numerosas demandas de «género». Y, además, porque aquello que la ex mercera vendía a un luis no le costaba a ella ni cinco francos.

Ganó en aquellos dieciocho meses más de trescientos mil francos. Y hubiera ganado algunos millones, de no haberse interpuesto otra vez en su camino la mano enemiga — anónima siempre — que descorre ante los ojos de la autoridad el velo encubridor de sus audaces trapacerías. Alguien — ¿quién? — denunció a las autoridades que aquel frasquito de «coñac» contenía, simplemente agua coloreada con unos polvos perjudiciales para la salud del sagrado «poilu»...

Y como la denuncia era cierta, madame Hanau no pudo escaparse de ocupar, por segunda vez, una celda de la cárcel de Saint Lazare.

OTRA CARGA AL SOLDADO

Marta Hanau cumplió su condena: seis meses de cárcel. Y ya en libertad reanudó su vida de negocios. Pero entonces — dominada, quizás, por el miedo a la conocida silueta de Saint Lazare — quiso encauzar sus actividades por las vías de la legalidad. Cierto es que proyectó otro plan audaz. Pero en esta ocasión no ocultaba truco alguno.

Organizó la venta del «paquete de Navidad» para los soldados que operaban en el Ejército de Oriente. A base de fiambres, dulces y tabaco. Mas todo ello de excelente calidad, calculando su ganancia a base de una venta muy considerable.

Y fracasó. Pero esta vez, no por haber sido denunciada por su enemigo fantasma — ya que no había motivo para ello — sino, simplemente, porque el público no correspondió a las ventajosísimas condiciones de su oferta excepcional...

UN LARGO ECLIPSE

1917. 1918. Últimos estertores del terrible conflicto, el armisticio, la paz y cinco años más. 1923.

Durante este tiempo, madame Hanau no da señales de vida. Su conocida figura se ha eclipsado. Parece como si, al fin, hubiera renunciado a sus ambiciosos sueños para recluírse en retiro claustral, para meditar sobre sus culpas pasadas.

Su existencia durante estos cinco años permanece todavía en el misterio. Se sabe poco. O mejor, no se sabe nada. Porque todo cuanto se ha dicho a raíz de su última y ruidosa hazaña, está basado, todo ello, en simples conjeturas.

¿Qué hizo madame Hanau de 1917 a 1923? Nada resonante. O nada, por lo menos, que haya salido, hasta ahora, a la luz pública. Se dice...

Se dicen multitud de cosas. Contradictorias y algunas absurdas. Que se dedicó a estudiar y probar la combinación infalible para saltar la banca de Monte-Carlo. Que ha vivido en la Mesopotamia organizando una explotación agrícola a base de plantaciones de algodón. Que ha estado en el África Central a la busca de cierto yacimiento de oro, situado — según el

texto de un documento autógrafo del siglo XVIII — en el cauce del Níger, al norte de la Costa de Marfil. Que se ha dedicado, simplemente, a vivir del producto de aquel «tubo del soldado» en un rincón apacible del Norte de Francia...

Sobre su vida durante aquellos cinco años, persiste el misterio. Lo único cierto — evidente — es que fué durante este eclipse cuando madame Hanau se divorció de ese pobre diablo que se llama Lázaro Bloch. Se divorció de él, cuando ya le había servido, sugestionado, de cómplice — de comparsa inconsciente — en sus turbios negocios, durante la gran guerra.



He aquí a M. Dominique, el defensor de Madame Hanau, que venciendo los más inverosímiles obstáculos — la presión, particularmente, de ciertas destacadas personalidades de las finanzas francesas — ha conseguido la libertad provisional de la *Presidenta*. Paso, según él, de capital importancia para llegar a la libre absolución de su defendida...

en sus noches de vigilia — en muy pocas — un plan fantástico...

Por unos miles de francos — muy pocos — adquirió la propiedad de unos kilómetros de llanura desierta, situada en un extremo de la Côte d'Azur: en Saint Aigulf. Y tramó, sobre el título de su nueva propiedad, otro formidable negocio: la «Société d'exploitations foncières».

Según la página financiera de *La Gazette du Franc* — prestigiada por las más autorizadas firmas de Francia, las de Poincaré, De Monzie y Barthou, entre otras — Saint Aigulf era uno de los rincones de la Costa Azul que mejores posibilidades ofrecía para la explotación del Turismo internacional. Y esta misma cantinela elogiosa, repitieron frecuentemente otros importantes periódicos de París, a los cuales madame Hanau retribuía espléndidamente.

Preparado el terreno de esta manera, la ex mercera fundó la citada «Société d'exploitations foncières», cuyo fin era, pre-

«LA GACETA DEL FRANCO»

Las actividades—las ambiciones— de la ex mercera trascienden de nuevo al público en 1923.

Publicábase entonces, en París, un humilde periódico quincenal titulado *La Gazette du Franc*. Una revista que, subvencionada por la Sociedad de Naciones, consagraba todos sus esfuerzos a realizar una intensa propaganda del alto organismo de Ginebra.

Pero vivía mal. Humildemente. Su tiraje era muy corto y su publicidad nula. Y las subvenciones de la Sociedad de Naciones no alcanzaban, tan sólo, a cubrir los gastos. Por esto, quizás, madame Hanau — que no había abandonado sus proyectos financieros — puso sus ojos en el pequeño periódico quincenal. Y lo compró por muy poco dinero. Y consiguió, poniendo en juego su simpatía personal y sus amistades que la Sociedad de Naciones le aumentara considerablemente la citada subvención y, además, que le concediera una, no poco importante, el Ministerio francés de Negocios Extranjeros. Poco después hizo de *La Gazette* un periódico diario. Usando «sus» armas particulares, logró nuevas y fuertes subvenciones. Contrató al conocido literato Pierre Audivert como director literario de *La Gazette*. Dióle un sueldo fabuloso. Y Audivert, a su vez, atrajo al diario — con la garantía de su figura prestigiosa y el anzuelo de las altas remuneraciones, desconocidas en la Prensa francesa — a las firmas de Francia más destacadas en la política y el periodismo.

De esta manera, *La Gazette du Franc* adquirió rápidamente sólido prestigio y una indiscutible autoridad financiera.

EL MÁS FABULOSO NEGOCIO DE MADAME HANAU

Montada la eficaz y magnífica plataforma del diario, la ex mercera vislumbró la posibilidad de ir inmediatamente a la realización de sus máximas aspiraciones. Y urdió, en sus noches de vigilia — en muy pocas — un plan fantástico...

cisamente, valorizar los citados territorios de Saint Aygulf. Emitió varios empréstitos por muchos millones de francos. Y paralelamente, organizó unas Cooperativas de ahorro, muy singulares — en contacto con la «Société» — que llevaron a las Cajas de madame Hanau, en muy pocos meses, un río de millones de francos. Y es que el pequeño capitalista que entregaba a la «Société» sus Bonos del Tesoro, recibía en cambio unos magníficos títulos de accionistas de Saint Aygulf, de 500 francos, que — según el decir de *La Gazette* y el de los otros periódicos subvencionados — se cotizaban en Bolsa a 775...

Era evidente — de acuerdo con estos autorizados informes — que el ciudadano que conseguía el señalado favor de suscribir algunas de estas acciones, había hecho, en un momento, un formidable negocio.

Claro está que, a la hora de la verdad — cuando el comisario M. Pachot se entrometió en la marcha de la «Société» — resultó que tales acciones tenían una cotización efectiva muy inferior a su valor nominal. Muy inferior, en consecuencia, a la que le atribuían, falsamente, *La Gazette du Franc* y los periódicos subvencionados...

Y este M. Pachot averiguó, además, que una parte muy considerable de los



Detención de Lázaro Bloch (a la izquierda) codirector de *La Gaceta del Franco* y ex marido de Madame Hanau.

ingresos de la «Société» iban a parar a otros negocios de madame Hanau, ajenos a la explotación de Saint Aygulf. Como se supo que Saint Aygulf seguía siendo — después de tres años de haberse cubierto la primera emisión de acciones — un desierto pelado e inhabitable.

OTRA VEZ LA MANO ENEMIGA

Y bien. ¿Quién advirtió a M. Pachot — Comisario-jefe de la Sección financiera de los Juzgados — las posibles anomalías en el funcionamiento de la «Société d'exploitations foncières»?

Muchos han querido ver la misma mano misteriosa que, en el curso de la vida azarosa de madame Hanau, ha proyectado la luz sobre las actividades de la ex mercera en los momentos en que más le convenía permanecer en tinieblas. Pero, los que se dicen bien enterados, aseguran que, en esta ocasión, ha sido el mismo Poincaré. Instigado — añaden — por la gran banca de París que veía en madame Hanau la amenaza de un temible rival...

MIGUEL CAPUZ



La madre de madame Hanau — que se y, de momento, no lo consiguió —

trasladó a París para abrazar a su hija saliendo del Palacio de Justicia.



El CASO de los 60,000

Dos minutos después las seguí, yendo a sentarme a una mesa inmediata.



Petersen, mundial como uno de los tives de América, mente cuando puso ingeniosísimo para perchería de la co

Por T. V. S.
PETERSEN

Ex Detective de Scotland Yard, de Londres.

tias mentales y haciéndole gastar grandes sumas de dinero en servicios médicos; viéndose finalmente precisada a abandonar su profesión de bailarina y modelo de un establecimiento de modas. Cuando se celebró el juicio — añadió el abogado dejando de consultar el documento — el tribunal le concedió una indemnización de sesenta mil dólares. Hemos apelado de esta sentencia al Tribunal superior y nuestro jefe desea que lleve usted a cabo una investigación completa acerca de esta muchacha, antes de que se celebre la nueva vista. Aquí tiene usted todos los papeles referentes a este asunto.

—¿Por qué no ordenaron ustedes la investigación antes de que se juzgara este caso por vez primera? — pregunté.

— Pues verá usted. Ocurre que la Compañía Blanc es uno de mis mejores clientes y una entidad sumamente respetable, de manera que el caso me pareció uno de tantos — contestó el abogado. — Además, la muchacha cambió de abogado en el último momento y contrató los servicios de Corday, que, como ya sabe usted, es uno de los que se hacen pagar mejor en Nueva York. No es que pretenda dividirse la indemnización con el cliente a partes iguales, pero quiere cobrar muy bien sus servicios. Esto nos infundió algunas sospechas, además de que el importe de la indemnización es exagerado, porque esa muchacha no tiene ninguna fama profesional que justifique tales perjuicios. En una palabra, que en todo eso vemos algo raro.

Cuando el abogado se marchó de mi oficina, examiné los documentos pasando rápidamente la vista por algunas páginas en que sólo se trataba de preguntas y respuestas. Así supe que, cuatro años antes de entrar como modelo en la Compañía Blanc, la muchacha ganó un premio de belleza en un concurso que se celebró en una pequeña ciudad situada al oeste de Nueva York. Luego se trasladó a esta capital e ingresó en un teatro del Broadway, tomando parte en una representación que alcanzó gran éxito. Más tarde fué modelo de artista, modelo de fotógrafo comercial, bailarina en una revista de *cabaret* y, finalmente, modelo de una casa de modas.

El accidente ocasionado por el pinchazo ocurrió la segunda semana de hallarse trabajando en esta última ocupación. Un tío de la joven, el doctor Harris, con quien ella vivía en un piso situado en la calle Ochenta y tantos, hacia el oeste, fué el primero en curarle la pequeña herida y más tarde, cuando se presentaron algunos síntomas alarmantes, se apresuró a mandarla a un especialista. Y había, en efecto, algunos certificados médicos describiendo el proceso de la infección.

En conjunto, el caso parecía correcto. A causa del pinchazo del alfiler, Mabel Harris quedó incapacitada para su trabajo

Una de las mayores compañías de seguros de Norteamérica, que forma parte de mi clientela, me ha dado permiso para publicar esta historia, aunque con la condición de que no mencione los nombres verdaderos de las personas que intervinieron en el caso. De no guardarse esta reserva podría resultar un grave perjuicio para una familia inocente, uno de cuyos miembros fué víctima de una chantagista poco escrupulosa. Y su lucha por evitar sus malas mañas fué el origen de lo que he llamado el caso de los 60,000 dólares por un pinchazo de alfiler.

Una mañana de marzo se presentó en mi oficina un representante de la Sección Legal de la Compañía de Seguros. Después de encender un cigarrillo, el joven abogado, con voz nerviosa y rápida, me refirió los siguientes hechos:

— Mabel Harris, que, según dice, es bailarina profesional y, a la vez, modelo, demandó judicialmente a la Compañía de Importación Blanc por daños y perjuicios, que ascendían a ciento cincuenta mil dólares. Esto ocurrió hace cosa de tres años. Reclamó esta cantidad porque mientras actuaba de modelo en beneficio de dicha compañía se arañó con un alfiler que descuidadamente dejaron en el traje de noche que mostraba a unos compradores forasteros. El arañazo en cuestión se infectó y resultó una septicemia aguda que requirió la intervención quirúrgica. —

El abogado leía estos datos de una nota que sacó del bolsillo interior de la chaqueta y prosiguió:

— Esto, según alega la parte querellante, le ha causado graves perjuicios y daños permanentes en su cuerpo y en sus miembros, obligándola a sufrir grandes dolores físicos y angus-

dólares por un PINCHAZO

mente conocido más hábiles Deteclo demostró plena- en juego un plan descubrir una su- rista Mabel Harris.

de un modo permanente, de la misma manera que un violinista por la pérdida de un dedo de la mano izquierda. Por esto, el caso se redujo a preguntar a los jueces qué valor atribuían a su belleza y ellos contestaron indicando la cantidad de sesenta mil dólares.

Mi problema consistía probar, a ser posible, que los directores de la Compañía Blanc no eran responsables del veneno que destruyó la belleza de Mabel. En caso contrario, la compañía de seguros veríase obligada a pagar la suma de sesenta mil dólares.

Como, al parecer, resultaba evidente la responsabilidad de la Compañía Blanc, mi tarea había de consistir en buscar y encontrar algún punto flaco.

Oprimí el botón del timbre para llamar a mi secretaria, la señorita Wylie, que apareció casi instantáneamente provista de un libro de notas.

— No quiero dictar ahora — le dije —. Sólo deseo que llame por teléfono al doctor Arturo Harris, que vive en la calle Ochenta y tantos, para averiguar cuáles son sus horas de visita. Tráigame la respuesta cuanto antes. —

Tan pronto como salió de mi despacho me apresuré a llamar por teléfono al domicilio particular de Elena Clinton, mi ayudante femenina, residente en Nueva Jersey. Esta muchacha, pues aun es muy joven, fué primero corista, se casó y quedó viuda de un hombre muy rico. Es una de las muchachas más inteligentes que he conocido y la descubrí cuando vino en busca de mis servicios para que persiguiese a un hombre que trató de hacerla víctima de un *chantage*. La labor del detective parecía fascinarla y, cuando la felicité por algunos consejos que me dió con respecto a su propio caso, me ofreció ayudarme cuantas veces necesitase de ella. Y a pesar de haberme hecho este ofrecimiento en broma, yo lo tomé en serio. Ella no necesitaba dinero alguno, porque disfrutaba de una espléndida renta vitalicia, aunque con la condición de que no volviese a pisar las tablas. En cambio, no tenía inconveniente en trabajar para mí en los casos interesantes a título de pasatiempo, contra el tedio de la vida de sociedad que llevaba y para la cual sentía muy poca inclinación.

Antes de que la central me hubiese puesto en comunicación, llegó la señorita Wylie con su respuesta.

— El doctor Harris está ausente y no regresará hasta dentro de unos días — dijo. — El doctor Tracy ha quedado al

Con cuidado-
so descuido la
señora Clinton
miró hacia don-
de yo
estaba.



cuidado de sus clientes. Las horas de despacho de Harris son de nueve a doce de la mañana.

— ¡Magnífico! — exclamé, y la señorita Wylie sonrió —. Ahora suba usted a la sala de mis agentes y diga a la señorita Caster que vaya a estas señas y averigüe las costumbres de la señorita Mabel Harris, es decir, las horas que trabaja, las tiendas donde compra, si es cliente de algún peluquero o de algún salón de belleza y todo lo demás que le parezca interesante. Necesito esas noticias a las tres y media de la tarde. —

Antes de que terminara de hablar sonó el timbre de mi teléfono y la central me avisó que me había puesto en comunicación con el número pedido de Nueva Jersey. Por teléfono invité a la señora Clinton, nombre supuesto que doy a mi auxiliar, para tomar el té conmigo en el restaurante Astor, a fin de discutir un plan benéfico para los niños pobres. Ya se comprenderá que este pretexto tuvo por objeto evitar que alguien, casualmente, pudiese sorprender la conversación en el otro extremo de la línea. En el oficio de detective las precauciones son el principio elemental de toda buena investigación.

A las cuatro de aquella misma tarde, mientras estábamos tomando el té, expuse el caso a la señora Clinton. La señorita Caster había averiguado ya que Mabel estaba en la ciudad, que una criada negra iba a comprar lo necesario para la familia

Harris, a eso de las once de la mañana, y que la joven era asidua cliente de un salón de belleza situado tres puertas más allá de su propia casa.

Como sus actos parecían regirse por las circunstancias, sólo pude esbozar ligeramente el plan que me pareció mejor para que la señora Clinton lograra aproximarse a Mabel.

Consecuente a este plan, un poco antes de las once de la mañana, mi ayudante — vestida con un abrigo de piel de foca, con puños y cuello de piel de zorro azul — entró en el salón de belleza citado por la señorita Caster y se sentó a una de las mesas de la manicura.

Esta entabló una de aquellas insulsas conversaciones peculiares entre las de su oficio. La señora Clinton habló muy poco, pero cuando las manecillas de un reloj que había en la pared señalaron las once, dió un respingo y se llevó el pañuelo a los labios.

— Me encuentro muy mal — murmuró —. Me parece que voy a tener un ataque de indigestión. ¿No podría tenderme un ratito? —

Antes de hacer tal pregunta utilizó perfectamente sus ojos para convencerse de que allí no había ningún sitio en que poder tenderse. Aquella era la primera fase del plan de tan lista mujer.

— No señora, lo siento mucho — replicó la joven, y con el *polissoir* en alto se quedó mirando a mi auxiliar con los ojos muy abiertos por la ansiedad. — Pero muy cerca de aquí, a tres puertas de distancia, hay un tal doctor Harris y si él no está en casa tal vez su sobrina, la señorita Mabel, podrá auxiliar a usted. Tiene la carrera de enfermera. Dígale usted que la manda Tillie. —

Fingiéndose encontrarse muy mal, la señora Clinton se puso el abrigo, ayudada por la doncella negra del salón de belleza, a la que dió una buena propina.

Casi tambaleándose salió de la tienda y se dirigió a la casa del doctor Harris. Llamó a la puerta del primer piso, en la que se veía una placa con el nombre del doctor, y, en cuanto se abrió, levantó la mano hacia su boca, de manera que las luces del *hall* hicieron resplandecer los brillantes de sus sortijas y de su reloj de pulsera.

Una muchacha muy linda, de ojos muy oscuros, con el cabello rubio cortado a la *garçonne* y vestida con un *négligé* de seda de color coral, la miró con expresión interrogadora.

— ¿Está en casa el doctor? He tenido un ataque de indigestión en el salón de belleza inmediato y Tillie me ha recomendado al doctor Harris... —

— Mi tío no está en casa — dijo la muchacha fijándose, de una mirada, en las joyas de su interlocutora. — Pero si quiere usted entrar y descansar un momento, tal vez yo podré prestarle algún cuidado.

— Es usted muy amable — murmuró la señora Clinton con voz débil —. Tengo grandes náuseas y me siento incapaz de dar un paso. —

Mabel Harris extendió la mano izquierda y ayudó a la fingida enferma a entrar en la habitación.

— Venga usted a la sala y échese un poco en el diván — dijo con voz acariciadora —. Mientras tanto, voy a prepararle un poco de bicarbonato y esencia de menta que, según espero, la repondrá por entero. ¿Ha comido usted algo que haya podido hacerle daño? —

— Anoche salí con unos amigos — contestó la señora Clinton con la misma voz debilitada. — Bebimos un poco de vino... ¡Oh, con qué gusto voy a tenderme! —

Y se tendió en el diván, reclinándose en los almohadones de vivos colores y mirando a su interlocutora con los ojos medio cerrados.

En los brazos de ésta, cuando los levantó para alcanzar un estante y las cortas mangas se encogieron, aparecieron muy visibles las cicatrices. Eran feas y desagradables y formaban unas manchas arrugadas y purpúreas en su cutis blanco y terso.

— ¡Qué magníficas joyas tiene usted! — exclamó Mabel una hora y media más tarde.

El bicarbonato había dado buen resultado y, por invitación de la dueña de la casa, la señora Clinton tomó una copa de *whisky* con un amargo, que le fué recomendado como muy conveniente para terminar su curación.

FINGIENDO una ligera embriaguez, la señora Clinton empezó a mostrarse indiscreta y locuaz.

— Sí, son muy bonitas — murmuró. — A mí las joyas me vuelven loca. Tengo un amigo, hombre del Oeste, muy aficionado a los caballos. A veces hace buenos negocios y entonces se siente muy generoso. Mi marido es incapaz de comprender que no hay nada malo en tal amistad y por esta razón le digo que son imitaciones. —

Así estuvieron charlando por espacio de otra hora, poco más o menos. Cuando la señora Clinton se levantó para despedirse, dijo:

— Ha sido usted tan bondadosa y amable, que me gustaría mucho corresponder a su hospitalidad. ¿Quiere ir a verme alguna mañana, cuando quiera almorzar fuera de casa? Iremos al Ritz o al Park Lane, como usted prefiera. —

Mabel se mostró encantada con tal ofrecimiento.

A juzgar por el brillo de sus ojos — observó la señora Clinton cuando me daba cuenta de la entrevista — comprendí que se disponía a robarme a mi rico amigo y tal vez se dijo que yo era tan tonta que, en realidad, merecía perderlo.

— Pues bien — repliqué — cuando Mabel vaya a visitarla, aplase la ocasión de ir a almorzar para un par de días más tarde. Diga que está resfriada o algo por el estilo, de modo que yo tenga la oportunidad de estar preparado. No tenemos demasiado tiempo. Tal vez se celebrará la vista dentro de un par de meses y antes tendremos necesidad de manejar a esa muchacha con el mayor cuidado.

Transcurrió una semana sin que se tuviesen noticias de Mabel Harris. Era posible que hubiese hablado a su tío o a su abogado de la visita de la señora Clinton y que éstos le aconsejaran desistir de aquella nueva amistad. Sin embargo, yo no creía que la muchacha sospechara ni un solo momento de que mi auxiliar tuviese otras intenciones. Las mujeres que ayudan a los detectives no suelen llevar joyas caras, ni tienen medios para vivir en el barrio elegante, como vive la señora Clinton.

Dejé de ocuparme en aquel caso mientras tanto... De acuerdo con la prueba, el nombre de Mabel Harris había figurado en la nómina de la Compañía Blanc por espacio de cuatro semanas, y dos modelos atestiguaron que estaban presentes en el momento en que recibió el arañazo del alfiler. Me enteré de que su tío era amigo de algunos políticos influyentes, pero por su parte no gozaba de gran reputación en su carrera. Me pareció adivinar que allí se había cometido un fraude y que pronto nos enteraríamos de lo que ocurrió en realidad.

Diez días después de su visita, la señora Clinton me llamó por teléfono, anunciándome que tenía noticias de quien sospechábamos y, de acuerdo con mis instrucciones, había aplazado el almuerzo para dos días más tarde.

— Soy víctima de un desagradable ataque de laringitis — explicó a Mabel con voz ronca y ahogada —. Eso me obliga a permanecer en casa. Sin embargo, me alegro mucho de que haya usted llamado. Mi amigo estará en Nueva York pasado mañana, pues así me lo anuncia en un telegrama recibido ayer. Iremos a almorzar al Ritz y me gustaría mucho que nos acompañase usted. ¿Quiere? —

Mabel aceptó en seguida, aunque manifestó el sentimiento hipócrita de no poder estar las dos solas para conversar a su gusto.

Convinieron en encontrarse en la sala de recepción del Ritz, cerca de la entrada de la calle Cuarenta y seis, y eso me permitió instalarme en el extremo más lejano de la sala, desde donde podía observar a las dos jóvenes.

Mabel había telefoneado un lunes a la señora Clinton. A las

— **M**E encuentro muy mal — murmuró. — Me parece que voy a tener un ataque de indigestión. ¿No podría tenderme un ratito? Antes de hacer tal pregunta utilizó perfectamente sus ojos para convencerse de que allí no había ningún sitio en que poder tenderse.

doce de la mañana del miércoles vi como se reunían las dos mujeres y subían la escalera, en dirección al comedor. Dos minutos después las seguí, yendo a sentarme a una mesa inmediata, desde la cual podía observar a Mabel. Sin embargo, mi objeto era evitar todo aquello que no conviniese con mi papel de «amigo» que se dedica a una mujer casada; y, viéndola acompañada de otra joven, debía suponerse que yo ignoraba si era alguien de la familia u otra persona a quien mi amiga no quisiera enterar de que tenía relaciones con un hombre que le regalaba brillantes.

Con cuidadoso descuido la señora Clinton miró hacia donde yo estaba y dijo unas palabras a su compañera, que afirmó enérgicamente. Y como resultado de aquella breve consulta me mandaron un camarero para decirme que no había cuidado, pues estaba con una amiga y deseaba que fuese a reunirme con ellas.

ME acerqué a la mesa y fui presentado, después de saludar a mi «amiga» con una franqueza y un acento risueño, que se suponía propio de mi condición de occidental.

— Mándeme usted al *maitre d'hôtel* — ordené al camarero que servía a nuestra mesa.

Cuando aquél se acercó saqué del bolsillo un puñado de monedas de oro y, dándole una de diez dólares, le dije en tono pomposo:

— Necesito que me mande usted el mejor camarero que tenga.

— Perfectamente, señor — dijo inclinándose obsequioso y señalando a un individuo de aspecto muy cortés, que estaba cerca. — Este camarero va a servir sólo al señor y así tendrá usted el mejor servicio posible. —

El camarero me preparó un cubierto en la mesa de la señora Clinton y pedí un almuerzo muy refinado, compuesto de los platos más caros.

Dediqué muy poca atención a Mabel, pues me dirigía con preferencia a a mi auxiliar. En el curso de la conversación le pregunté:

— ¿Dónde está su sortija de la perla rosa?

— Se aflojó una de las abrazaderas del engarce y la dejé en casa de Tiffany para que la arreglasen — me contestó con tono ligero. — Esta tarde iré por ella. —

De nuevo eché mano al bolsillo y saqué un puñado de monedas de oro. Tomé algunas de ellas y se las entregué con ostentación.

— Aquí tiene usted, querida mía, para pagar esa reparación — dije en broma. — Hoy es mi cumpleaños y me siento generoso.

Durante todo el almuerzo observé disimuladamente a Mabel. Era una muchacha muy linda; pero su boca muy pequeña, sus dientecitos agudos y la barbilla puntiaguda, indicaban sus sentimientos avariciosos, capaces de cualquier cosa para obtener dinero y joyas. Interiormente me regocijé de ello y me felicité al notar cuánto parecía disgustarle mi indiferencia.

Por consiguiente, me figuré que no sería necesario usar de demasiadas precauciones con aquella muchacha.

— ¿A qué teatro quieren ustedes ir? — pregunté afablemente.

Mabel mencionó una revista de mucho éxito. En vista de ello, ordené al camarero que procurase obtener las mejores butacas.

Cuando salimos del Ritz di mi nombre al mozo encargado de los carruajes y le dije que mi coche me esperaba por allí cerca. Para aquella ocasión había alquilado un automóvil con *chauffeur* y lacayo.

Llegamos al teatro de un modo regio y pude observar que Mabel parecía estar a cada momento más impresionada.

Al bajar del automóvil dije a la señora Clinton:

— Si no necesita usted el coche después del teatro, creo que no habrá necesidad de que nos aguarde.

— No, no lo necesito — replicó ella —. Tomaré un taxi para ir a casa de Tiffany y luego me vendrá mejor ir en el Metro. He de volver temprano a casa.

— ¿Podrá usted cenar conmigo mañana por la noche?



— le pregunté cuando entrábamos en el vestíbulo —. Quiero darle una sorpresa.

— No lo sé. Si puedo, le telefonaré... ¡Oh, ya ha empezado la función! Me molesta mucho entrar cuando ya ha principiado. ¿Le sabrá a usted mal que la señorita Harris y yo vayamos a casa de Tiffany para volver al empezar el segundo acto?

— Pues a mí me gustaría mucho ver el primero — exclamó Mabel —. No me importa nada saltar por encima de la gente. Es una revista magnífica y estoy loca por verla. —

A pesar de haber expresado tal entusiasmo por la obra, no pareció dedicarle mucha atención después que la señora Clinton nos dejó ya instalados en nuestras butacas. Aunque sus palabras, al hablar de mi auxiliar, eran en extremo dulces, no dejó de hacer algunas alusiones acerca de sí misma. Era evidente que le extrañaba mucho mi amor por una joven a la que no juzgaba demasiado inteligente.

— Elena es una muchacha maravillosa — insistí, en respuesta a una ligera insinuación de Mabel —. Es muy bonita y alegre. Además, tiene la inteligencia de un hombre. —

VARIOS vecinos exteriorizaron su disgusto por nuestra incesante charla. Yo fingí quedar corrido y durante el resto del acto tan sólo repliqué con monosílabos a las observaciones de mi compañera.

(Continúa en la página 79.)

DELITOS *Tragicómicos*

UN «RECORD»

Carmen Rodríguez Vuelta, de treinta años, natural de Cangas de Onís y con domicilio en Madrid, calle del Castillo, número 37, ha presentado una denuncia contra su esposo Manuel Cerezo Martínez, de treinta y un años, empleado, que sabe que actualmente se encuentra en Barcelona.

Expone Carmen que contrajo matrimonio con Manuel Cerezo el 18 de mayo del año pasado y que después de la ceremonia se trasladaron al cuarto que habían alquilado, donde permanecieron unos tres cuartos de hora juntos, pues Manuel Cerezo salió, alegando que tenía que hacer una diligencia urgente, y desde entonces no le ha vuelto a ver.

Supone Carmen que su esposo se fugó con una tanguista llamada Matilde Zapico y se llevó cinco mil pesetas que eran los ahorros de la esposa.

(De La Vanguardia, de Barcelona.)

Manuel Cerezo ha sabido comprender la época en que vive. Siglo de electricidad, de radio, de aviación; siglo de records. Se baten records de todo. La estrella de la pantalla se casa en Hollywood a las diez, filma una escena en el Canadá a las once, almuerza en Nueva York, toma el té en Méjico, y a la hora del vermut está de nuevo en los Estados Unidos para divorciarse. Pues bien, Cerezo es mucho más sobrio y rápido. Se casa ahora y dentro de tres cuartos de hora celebra sus bodas de plata — o de billetes — y toma el tren. España debe estar orgullosa de poseer el record de la infidelidad conyugal.



POR LA OBRA DE LA PAZ

Madrid. — Consuelo Esteban Sanz, de cincuenta y siete años, se presentó ayer en la casa número 5 de la calle del Calvario y cuestionó con el inquilino de uno de los cuartos.

Con el propósito de apaciguar los ánimos intervino Segunda Martínez Ramos, de treinta y cuatro años, quien procuró por todos los medios terminar la disputa, y al ver que con buenas palabras no era posible reconciliar a los contendientes, cogió a Consuelo en brazos y la arrojó por la escalera.

(De Heraldo de Madrid)

Hemos de descubrirnos ante esta gran pacifista. La Guerra Europea ha dejado en las almas anhelos de paz. Briand, Kellog, la Sociedad de Naciones, la Conferencia del desarme, todo muy alto y muy hermoso. Pero más hermoso y más alto todavía el caso de esa Segunda Martínez, obscura mujer del pueblo, que labora en el anónimo por la obra de la paz. ¡Y qué fe, qué entusiasmo el suyo! Ella fracasa por el sistema diplomático, como están fracasando todos

los pacifistas, pero, en vez de resignarse como ellos, recurre a un procedimiento heroico: arroja por la escalera a uno de los contraventores de la paz. Sirva ello de ejemplo a los pacifistas oficiales.

CON SUS MANOS LAVADAS

La Coruña. — En el lugar de los Castros, Pedro Vázquez Tenaguillo, de veintiocho años, natural de Villarejo del Valle, provincia de Avila, intentó asesinar a su esposa, Josefa Cotos Pandolo, de veintinueve años.

Los esposos riñeron, y el marido se dirigió a la cocina, de donde cogió un cuchillo, con el que dió a su mujer varias cuchilladas. Pedro, después de herir a su esposa, se lavó las manos, pues las tenía manchadas de sangre, y se dirigió a un campo distante unos cien metros, en donde se tumbó tranquilamente, hasta que fué detenido por la autoridad.

(De La Unión Mercantil, de Málaga.)

Pedro debió decirse: «Si Pilatos, porque estaba libre de culpa, se lavó las manos, si yo me lavo las manos estaré libre de culpa». Y, para reforzar su inculpabilidad, se echó a dormir, cosa en que sin duda no cayó el gobernador de Judea.

«...ASI COMO NOSOTROS PERDONAMOS...»

San Pablo. — Un individuo llamado Abilio Santos, que habla cometido el delito de bigamia, hallándose en la cárcel y, sin duda, arrepentido de sus actos, intentó suicidarse ahorcándose. En gravísimo estado fué conducido al hospital.

Enterado del hecho su segundo suegro, Albino Campanelli, se dirigió al hospital, y una vez ante el lecho de Abilio, sacó súbitamente un revólver que llevaba oculto y le disparó tres tiros en la cabeza, causándole la muerte instantánea.

(De La Voz, de Madrid.)

He aquí un hombre que ha sabido perdonar. Albino Campanelli debió de sufrir mucho al saber que había entregado su hija a un hombre casado, pero al verle arrepentido, su noble corazón se ablanda. El yerno ha intentado suicidarse y no lo ha conseguido. Entonces Albino se dirige al hospital y, para demostrar a su hijo político que lo ha olvidado todo, le dice:

— Quieres morir y no puedes. Pero no te preocupes, hijo mío, que aquí estoy yo para ayudarte.

Y se toma el trabajo de dispararle tres tiros en la cabeza.



EL NEGOCIO ES EL NEGOCIO

León. — La vecina de esta capital Saturnina Cuervo Alonso, de treinta años, denunció que su marido Eusebio de

Bueis, habla vendido hace días a su hijo Felipe, de cuatro años, a un matrimonio de vendedores ambulantes. Practicadas las correspondientes diligencias, se comprobó que los esposos, de común acuerdo, habían vendido a su hijo y que Saturnina presentó la denuncia quizás por estar separada de su marido. Se busca al niño, que debe de estar en Astorga.

(De La Unión Mercantil, de Málaga.)

El caso de Guzmán el Bueno arrojando desde el castillo de Tarifa el cuchillo con que los sitiadores habían degollado a su hijo, ya no será único en la Historia. Guzmán vivió en una época de guerras y heroísmos y sacrificó a su hijo por el honor militar y el bien de la patria. Eusebio vive en una época esencialmente comercial y sacrifica a su hijo al comercio. ¿Cuánto le dieron por él? Eso depende de la propaganda que hiciera. Lo que no se explica es que estuviera separado de su esposa completamente gratis. Un hombre de negocios de su talla es capaz de colocar artículos de más difícil salida.



CATEGORIAS

En un establecimiento de ultramarinos de don José Gómez Rebollo, los ladrones, aprovechándose de la madrugada, violentaron la cerradura y el candado, penetrando de esta manera en la tienda.

Ya en ésta, se apoderaron de importantes cantidades de chocolate, leche condensada, café, morcilla, salchichón, chorizos y huevos.

Cuando, en las primeras horas de la mañana, el señor Gómez Rebollo acudió a abrir la tienda, se encontró con que ésta había sido saqueada.

Como prueba elocuente de la osadía y tranquilidad con que habían operado los «cacos», encontró el citado comerciante, sobre el mostrador de su establecimiento, tres vasos, en cuyo fondo podían apreciarse los residuos del vino que habían consumido, mientras «trabajaban», los ladrones.

(De La Unión Mercantil, de Málaga.)

Hasta en el gremio de los «cacos» hay clases, como puede verse. El carterista dice orgulloso al bandido de los montes y al landrú de las capitales: «Yo robo, pero no hago ningún daño al individuo». Pero todavía hay quien dice al carterista: «Yo no arruino a nadie: me conformo con llevarme la ropa tendida de las azoteas». Pues bien, aun ha surgido una categoría más suave y sencilla, la de estos hombres que se conforman con asegurarse el alimento por unos días y que, así como los príncipes del asesinato dejan en el lugar del crimen su tarjeta atravesada por un puñal, tienen el inocente cinismo de colocar en un lugar visible los vasos que han utilizado para el ágape.

CHARLES MORRIS
en RONDA NOCTURNA
de Artistas Asociados





WALLACE BEERY
en **MENDIGOS DE VIDA**
de la Paramount



FRED KAHLER
en **SANTOS DEL INFIERNO**
de la **Universal**

LON CHANEY

en *Mientras la ciudad duerme*
de la Metro-Goldwy-Mayer



Por el Detective
PAT QUINSELLA



—Le llevaré a ver algunas muchachas—dijo Andrade—y, si hacemos negocio, espero que su jefe me dará buena comisión.

CARGAMENTO HUMANO

COMO miembro de la Compañía de la Oficina Central, encargado de la busca de personas cuyo rastro se ha perdido, he centralizado mis gestiones en los hoteles femeninos, en los clubs de obreras y en las pensiones sostenidas por filántropos. La experiencia me ha demostrado que las muchachas fugitivas prefieren ocultarse entre las personas de su sexo. Esta circunstancia me ha proporcionado la ocasión de presenciar un crimen que me puso en la pista de uno de los bandidos más grandes que jamás tuve que perseguir.

Un simpático individuo estaba dispuesto a pagar buenos sueldos a hermosas muchachas norteamericanas que supiesen bailar...

Un jueves por la tarde, cuando por no estar de servicio, me dedicaba a asuntos particulares en la Plaza de la Unión de Nueva York, me dirigí a la calle Dieciséis del Oeste, con el fin de preguntar al portero del «Hogar de Ana Bradford para muchachas jóvenes», si había observado algo anormal en alguna inquilina. Cuando llegué a la puerta de esa benéfica institución bajaba muy aprisa la escalera una jovencita que llevaba un abrigo ligero adornado con pieles de color pardo en el cuello y en las mangas y una toca

de terciopelo ajustada con un precioso broche. No pude distinguir su rostro, sólo vi que portaba una maleta de mano.

Dirigióse a la Quinta Avenida. La seguí. Cuando estábamos a media manzana, subió a un automóvil particular parado junto a la acera. Yo me hallaba a tres metros de distancia. El coche arrancó con una velocidad mayor de la permitida. No obstante, pude oír un grito femenino muy agudo que partía del interior y el ruido producido por la rotura del cristal de una ventanilla.

Aldar la vuelta, disminuyó un poco la mar-

— Ya la vió usted marcharse en el automóvil — dijo la encargada en tono quejumbroso. Aquí ya estamos acostumbrados a la ingratitud. ¿Qué se puede esperar de estas muchachas?

— No se preocupe por eso — la interrumpí —. Es inútil hablar cuando hay que obrar con actividad. Dígame cuanto sepa de la señorita Godard. ¿La conoce usted?

— Vino hace cuatro semanas, diciendo que procedía de una ciudad del Oeste, de donde tuvo que huir a causa de un formidable escándalo. Nosotros procuramos que los solicitantes nos digan toda la verdad de su vida, pues de otro modo no podríamos ayudarlas.

— ¿De qué escándalo se trataba? — pregunté.

— Estaba comprometida con un banquero local, por quebrantamiento de la ley de la trata de



Los rostros de las muchachas cuando me miraron parecían asombrados.

chia, y luego, por la Quinta Avenida, se encaminó al Norte.

De los fragmentos de vidrio, hallados en el suelo me guardé uno esperando que me pudiese servir para hallar la pista.

El coche no llevaba matrícula ni faros. Este ardid es muy corriente. Volví al «Hogar», a cuya encargada pregunté por la muchacha en cuestión, declarándole que mi interés por ella era oficial, pero amistoso.

— Si la señorita Natalia Godard — así se me dijo que se llamaba — no duerme aquí esta noche, haga el favor de avisarme por teléfono, le rogué.

A las nueve de la mañana siguiente me comunicaron del «Hogar» que Natalia Godard había quebrantado el Reglamento, durmiendo fuera del establecimiento. Convencido de que se trataba de un rapto, me volví a la casa de la calle Dieciséis.

blancas — me contestó la encargada bajando la voz. — Cruzada la frontera del Estado para entrar en Indiana, en el hotel se inscribieron como marido y mujer. El banquero fué condenado a cuatro años de trabajos forzados, y la señorita Godard quedó a merced de sí misma, pues su familia la abandonó por completo. Ya sabe usted lo que pasa en estos casos.

De labios de la encargada supe además cómo era físicamente la señorita Godard, cuáles eran las señas de su casa, en qué empresa comercial trabajó como mecanógrafa suplente desde su llegada a Nueva York, etc. Examiné luego cuanto había dejado en su cuarto: un baúl, artículos de tocador, fotografías de parientes, cartas sin importancia, a excepción de una que no tenía fecha y firmada sólo con una «T». El papel era de un block barato, pero el sobre de buena calidad, cuadra-

do, de poco peso, de color azulado exteriormente y forrado por dentro con papel de seda rojo. Como no había pasado por Correos, no tenía ninguna indicación oficial. Aquella carta decía:

«Le agradecería infinito que me hiciera el favor de venir a cenar conmigo en el Grill B. a las siete de la tarde. Le beso la mano. T.»

De todo lo precedente deduje que el raptor de Natalia Godard era extranjero y, según creo, español, pues la frase «le beso la mano» es muy propia de los españoles.

En Nueva York hay dos barrios muy frecuentados por los españoles: el uno en torno de la calle Catorce y el otro en la parte alta de la ciudad. Además conocía en la calle Quince el «Hotel Hispánico», a donde me encaminé inmediatamente. Allí observé que en las mesas de escritorio destinadas a los huéspedes había sobres cuadrados, semejantes al usado por el corresponsal de Natalia. En el libro registro encontré el nombre de Tomás Andrade, inscrito seis semanas antes. El carácter de letra era igual al de la carta de Natalia.

concubinariamente sin que nadie pueda intentar cosa alguna contra ellos; mas si atraviesan la frontera que separa dos Estados, pueden ser detenidos, siendo el hombre acusado de trasladar a una mujer con propósitos inmorales, sin que importe nada el hecho de que ella le haya acompañado libremente.

La ley quiere impedir así el tráfico inmoral.

En el caso de Natalia Godard pensé que tal vez Tomás Andrade se especializara en raptar a las mujeres que hubiesen caído bajo

Las muchachas del diván estaban sin duda narcotizadas.



Con fundamento podía afirmar ya que no se trataba de ningún crimen de sangre. En siete casos recientes de mujeres desaparecidas, cinco de ellas fueron víctimas de la trata de blancas, de parte de extranjeros.

Según la ley yanqui un hombre y una mujer pueden vivir

la ley contra la trata de blancas. Los nombres de las mismas los copiaría de los relatos periodísticos. Una vez que estas muchachas llegasen a Nueva York, no le sería difícil acercarse a ellas, puesto que habían de considerarse mujeres deshonradas. Primero ganaría su confianza, luego las raptaría y probablemente las sacaría de la nación para que terminaran su vida en los antros del vicio sudamericanos.

El asunto era urgente. Había que salvar cuanto antes a una muchacha raptada o de lo contrario se perdería irremediamente.

Alquilé, pues, una habitación en el Hotel Hispánico, donde a eso de las seis, el empleado de la oficina, con quien había trabado amistad, me señaló a Andrade en el vestíbulo.

(Continúa en la página 83.)

El Esqueleto de la Calle de

SERIAN las diez de la mañana del 26 de abril de 1833. El silencio que casi siempre reinaba en la calle de Vaugirard fué interrumpido por varios coches que se detuvieron delante de la casa número 81.

De uno de los coches bajó un individuo delgado y de porte severo, llevando debajo del brazo un legajo de papeles. Tras él se apearon dos personajes, demostrando una inquietud que apenas podían dominar; uno era grueso, de baja estatura, vestía con esmero y ocultaba, tras los cristales verdes de sus gafas, unos ojos que se movían nerviosos continuamente; el otro era seco, demacrado, y vestía como un acomodado artesano. Su aspecto era triste y en sus ojos aparecía el espanto.

De estos dos individuos no se apartaban un guardia municipal y dos agentes de policía de rudo aspecto.

De otro coche bajaron dos individuos, uno llevando un estuche de cirujano. El que le acompañaba era nada menos que el sabio decano de la Facultad de Medicina, monsieur Orfila. Este se acercó al del legajo y estrechando familiarmente su mano le dijo:

— Aquí nos tiene a sus órdenes, señor procurador. ¿Se trata de envenenamiento o de autopsia?

— No, señor — respondió el procurador sonriendo; — se trata de algo relacionado con la arqueología.

— Entonces debería usted haber llamado a monsieur Letronne y no a mí.

Hablando de este modo penetraron en el jardín de la casa por una puertecilla pintada de negro.

En un ángulo y bajo un viejo albaricoquero, habían colocado, sin duda para los visitantes, una mesa de cocina, varias sillas, un gran cofre de madera blanca, tintero, papel y plumas.

Apoyados en la tapia se veían dos trabajadores con azada y pala en mano.

El procurador del rey, los dos hombres de ciencia, un escribano, el guardia municipal y el siniestro grupo que formaban los agentes de policía con los hombres de aspecto inquieto, se acercaron al árbol donde estaba la mesa.

El escribano extendió sobre ella un plano y entonces el procurador llamó a los dos trabajadores, indicándoles una cruz trazada en el papel con tinta roja.

— Comenzad aquí — les dijo.

Después de algunos minutos de trabajo, notó uno de los jornaleros, que su azadón se hundía en un agujero.

El hombre de las gafas verdes hizo un movimiento brusco, y su compañero no pudo disimular la llamarada que brotó de sus mortecinos ojos.

El guardia y los policías les aseguraron los brazos temiendo sin duda que se les pudieran escapar.

— Es preciso que trabajen ahora con el mayor cuidado — les dijo el procurador a los cavadores, — poco a poco y sin romper nada.

Al fin quedó al descubierto una especie de bóveda formada por una simple capa de cal. Quitada ésta, se dió con una fosa en forma de embudo, en cuyo fondo se veía un esqueleto con una cuerda al cuello. Aun conservaba el pelo y los dientes, brillando también en una de sus falanges un anillo de oro. Monsieur Orfila fué el primero que habló.

— Este cadáver — dijo con reposado acento — fué cubierto con cal viva, pero sin duda se les olvidó rociarla con agua. De aquí que en vez de consumir el cuerpo como esperaban, lo haya conservado tanto tiempo. La carne ha desaparecido. El esqueleto está intacto.

Y dirigiéndose al procurador, continuó:

— ¿Ahora qué tenemos que hacer con esta antigualla?

— Un milagro. Hay que formar de nuevo este cuerpo comido por el tiempo y averiguar quién fué. Es necesario precisar su sexo, la edad que tenía cuando fué enterrado y decir también cuántos años han transcurrido desde su enterramiento.

El anatomista Dumontier, tomó en sus manos el cráneo del esqueleto y después de examinarlo detenidamente habló:

— Voy a decirles cuáles fueron los pensamientos habituales, las pasiones, las virtudes, y los vicios del alma que animó esta cabeza.

Los médicos cambiaron una sonrisa de incredulidad ante las afirmaciones de Dumontier, que era uno de los adeptos

por G. P. M. más decididos de esta ciencia inventada por Gall, por cuyos estudios empezaban a apasionarse los más célebres doctores.

Los huesos fueron trasladados al comedor colocándolos sobre una mesa y la cal y la tierra extraída de la fosa se pusieron con gran cuidado en el cofre de madera, donde la fueron reconociendo los otros médicos.

Pronto reconocieron, por la pequeñez de los huesos y por la forma de la cabeza, que tenían ante sí un esqueleto de mujer; y comprobaron que su estatura no podía tener más que cuatro pies y ocho pulgadas.

El estado del cráneo con sus huesos soldados entre sí y algunas vértebras inclinadas, demostraban una edad avanzada. También los cortos mechones de cabellos blancos indicaban la vejez. Los dientes eran largos. Las uñas aparecían intactas, anunciando que aquellas manos no se habían dedicado a trabajos penosos.

El procurador se animaba a cada una de estas observaciones científicas.

— Quedamos — dijo al fin monsieur Orfila — en que la edad de la muerta debía de ser de unos setenta años.

— Pero no basta saber la edad que tenía cuando murió — siguió el procurador — sino la época de su muerte.

— Eso es ya más difícil de precisar — contestó otro de los médicos que había hecho venir el procurador del rey, — pero entre todos estudiaremos el caso y puede que vengamos a un acuerdo.

En efecto, de deducción en deducción concluyeron por asegurar que la muerte debió de ocurrir diez o doce años atrás. La causa de la muerte la ponía de manifiesto la cuerda que encontraron rodeada al cuello del esqueleto. No admitía duda que había sido por estrangulación. Toda idea de suicidio, carecía de fundamento, porque las vueltas de la cuerda de adelante a atrás y de alto a abajo acusaban a una mano extraña.

— Ya lo ven los acusados Bastien y Robert — habló el procurador. — Estos señores no sabían de lo que se trataba al venir aquí; y en muy poco tiempo, han hecho el retrato de vuestra víctima. No falta más que el nombre de la víctima, el de la viuda Huet.

— Un momento — intervino el anatomista. — Este nombre que para nosotros no significa nada, voy a decir lo que representaba para los que conocieron al ser humano cuyos huesos contemplamos. La viuda Huet a quien pertenece la cabeza que tengo en mis manos, fué desconfiada, avara y, al mismo tiempo, tímida y colérica.

Estos detalles dados por Dumontier, parecía que daban vida al esqueleto, presentándolo como estaba al perpetrar el crimen. Robert, sugestionado y presa de una tremenda alucinación, retrocedió unos pasos helado de terror, y tuvo que apoyarse en el hombre rechoncho de las gafas verdes; mas al momento reaccionó y se apartó de Bastien con un movimiento de horror y de odio.

Poco a poco fué recobrando su actitud de hombre tranquilo.

— La identidad es abrumadora — dijo el procurador. — La prueba, completa. Señores, os he pedido un milagro y lo habéis hecho.

ANTECEDENTES

La viuda Huet, desapareció de su domicilio el día 13 de septiembre de 1821. Habitaba en la calle de Mathurins y tendría de sesenta y siete a setenta años.

En el momento de su desaparición tenía cerca de 6,000 francos de renta, habiendo heredado de su hermano, el señor Lebrun, un capital de 43,000 francos. Tenía dos hijos, uno casi idiota y una hija que se casó en 1813 con un tal Robert comerciante en vinos y grabador de cristales.

Las desavenencias entre suegra y yerno eran continuas, pues no cesaban las violentas discusiones siempre sobre el mismo tema: los intereses.

La señora Huet le tenía miedo a su yerno, hasta el punto que tenía la costumbre de decir:

— Se me antoja que he de morir a sus manos.

El jueves, 13 de septiembre de 1821, fué Robert a casa de

UN curioso proceso de 1833 que conmovió al mundo entero, al descubrirse el autor de un crimen cometido doce años antes.

VAUGIRARD

la viuda a eso de las seis de la mañana y la invitó a almorzar.
— Iré — le contestó su suegra.
A las siete llegó la criada Ledin Jussón, y la señora Huet



partió con verdadera precipitación después de algunos minutos.

Parecía agitada y hablaba entre sí nerviosamente. Se la vió atravesar la calle de Mathurins y la de Harpe perdiéndose de vista cerca de la casa que habitaban los esposos Robert.

La mujer de Robert fué a buscar a su madre a eso de las once de la mañana en vista de que no se había presentado para almorzar. Al mediodía volvió a buscarla y como tampoco la encontrara, no quiso esperarla y se marchó.

Al día siguiente fueron unas vecinas a decir al matrimonio Robert que la viuda Huet no había parecido.

Robert se hallaba solo.

— No se lo digan a mi mujer — manifestó con gran tranquilidad. — Esto la inquietaría. Ya se lo diré yo después.

Dos días después recibió un tal Her lle una carta para entregar a la criada Jussón, que había sido echada en el correo de París. La viuda Huet anunciaba en la carta un viaje de algunos días y prohibía a la criada hablar a nadie de este viaje.

Un tal Vincent, inquilino de una de las casas de la viuda, recibió otra carta con sello de San Germán de Laye. Los términos de dicha carta podían hacer pensar que la viuda se había suicidado.

Pero en seguida se vió por la letra y por el estilo que el escrito no era obra de la viuda.

Se trataba de un crimen, pero no con el móvil del robo, puesto que, practicado un registro en casa de la desaparecida, se encontraron seis billetes de 1,000 francos y 710 francos en monedas de oro y plata.

Las sospechas de la justicia recayeron en el yerno.

Robert había tenido mala suerte en sus negocios y en el momento de la desaparición de su suegra se veía obligado a trabajar de grabador.

Considerada aún como ausente la viuda Huet, obtuvo Robert sobre los bienes de su suegra una pensión de 1,500 francos; y esto indicaba su interés en la perpetración del crimen.

Además la justicia había descubierto algunos indicios. A la misma hora en que la viuda se dirigía a la calle de la Harpe se vió a Robert medio escondido en la puerta cochera de su casa y en actitud de esperar a alguien. También infundió sospechas su tranquilidad al saber la desaparición de su suegra y más que nada al ocultar la noticia a su esposa durante varios días.

Después de un sumario que sólo arrojó presunciones, declaró el Tribunal de primera instancia su sobreesimio, atendiendo a que era imposible conocer las causas de la desaparición.

Pero mientras la magistratura daba este golpe en vago, se acumulaban sobre Robert los elementos de un nuevo sumario.

Robert salió de París en los primeros meses del año 1822 viviendo con su esposa en la casa de Dannemoine.

En febrero de 1823 volvió a París y fué con un tal Veron a ocupar el cuarto de la calle de la Harpe, que había conservado hasta entonces; y allí ocurrieron escenas con un nuevo personaje que excitaron muy pronto las sospechas de la justicia.

Un tal Bastien recibió un día por conducto de Veron un billete de 250 francos suscrito a su favor por Robert.

Días después volvió Bastien y le dijo a Veron que tenía que hablar a solas con Robert, con el cual se encerró minutos más tarde.

Entre ellos dió principio una acalorada discusión, que llegó hasta la habitación inmediata donde se había quedado Veron.

Minutos después se oyó a Robert gritar:

— ¡Ladrón, asesino... que me matan!

Cuando Veron entró para socorrer a su amigo, se encontró a Bastien y a Robert revolcándose por el suelo. Robert estaba rojo como si le estuvieran ahogando y Bastien pálido y amenazador.

El segundo se marchó amenazando sordamente al que parecía su enemigo.

Sobre el escritorio vió Veron una obligación de 20,000 fran-

cos a favor de Bastien, pero sin la firma que sin duda debía estampar Robert.

Tanto Veron como algunos vecinos que acudieron al ruido de la lucha aconsejaron a Robert que denunciase el hecho a la justicia, pero el aludido manifestó que había jugado y perdido y que aquellas disputas eran puramente personales.

Una vez a solas con Veron, cuya equívoca conducta autorizaba a ciertas confidencias, le dijo Robert que las continuas persecuciones de Bastien eran ya intolerables, y acabó por proponerle que lo atrajera hacia una de las casas de Versalles y que le asesinara enterrándolo en el jardín.

¿Quién era este Bastien y qué misteriosa influencia ejercía sobre Robert?

Sólo se sabía que desde la desaparición de la viuda Huet ambos tenían una íntima amistad.

Transcurrido algún tiempo después de la escena que acabamos de relatar, se encontraron en Versalles Robert y Veron. El primero le contó llorando que había encontrado a Bastien y que le había hecho firmar por valor de 30,000 francos, poniéndole una pistola en el pecho. Veron le volvió a indicar la intervención del juzgado y Robert se negó, como si temiese mezclar a la justicia en sus asuntos.

Robert prefirió ocultarse, mas no tardó mucho tiempo en ser encontrado por su implacable perseguidor, el cual se hizo aceptar por el matrimonio Robert doce letras de cambio que ascendían a 6,000 francos.

Aquella misma noche tuvieron una entrevista borrascosa en una posada de Germigny, donde Robert se había refugiado esperando que su mujer acabara de arreglar la casa que habían tomado en Villeneuve-le-Roi.

El posadero oculto en una habitación contigua oyó el siguiente diálogo:

— Vamos. ¿Hice yo el hecho, o lo hice hacer?

— Sí, es verdad — contestó Robert.

— Pues entonces debes pagarme.

— ¡Oh, Dios mío... es verdad... no tengo más remedio que pagar!

Antes que amaneciera buscó al posadero y entregándole una moneda de seis francos, le dijo:

— Tome usted; aquí hay un hombre a quien le he firmado unas letras y que aun me pide más dinero. Yo le llamaré a usted para decirle que no tengo un cuarto y entonces usted me entregará este escudo como si me lo prestara.

El posadero no sólo se negó a representar la farsa, sino que se lo comunicó a Bastien.

— Está bien — dijo Bastien, — puede usted decirle que todo cuanto hay en su casa es mío, y que si quiero, me instalaré allí y le echaré a la calle.

A pesar de todo, pagó Robert los gastos que Bastien había hecho en la posada y ambos salieron juntos.

Estos y otros detalles habían hecho sospechar a los testigos que presenciaron las diferentes escenas; y en 1824 dirigieron al procurador del rey una denuncia anónima en la que se acusaba a Robert y a Bastien de complicidad en la muerte de la viuda Huet. Tampoco entonces se encontró la prueba definitiva, por no haberse hallado el cadáver de la víctima, y se decretó no haber lugar a la formación de causa.

ROBERT vivió algún tiempo en la casa que tomara en Villeneuve-le-Roi, cuando sin saber cómo volvió a presentarse Bastien. Había dado con la pista y llegaba pidiendo una renta de 1,200 francos. Dijo que estaba cansado de correr mundo y que deseaba retirarse al campo para poder vivir tranquilamente.

Pero Robert se negó rotundamente a esta petición.

Era indudable que a estos dos hombres les unía un secreto que les hacía esclavos el uno del otro.

La cuestión puso a Bastien fuera de sí y gritó con toda la fuerza de sus pulmones, al ver que nada podía conseguir de aquel hombre:

— ¡Asesino! ¿Quieres que me suba a los tejados y que grite: ¡Robert es el asesino de su suegra!?

Robert escapó sobrecogido de espanto y una vez en la escalera tropezó con un tal Fleury, vecino y consejero suyo, que acudía a los gritos.

— Vamos a buscar al comisario — le dijo a Robert. — Es preciso encerrar a ese pillo.

— De ningún modo — contestó Robert.

Y corriendo hacia el granero, encontró una bulardilla, por la cual escapó sin que Bastien pudiera perseguirle.

Pasaron unos días y entonces se dió otro paso por un agente de negocios, Gouvernant, a quien conoció Bastien cuando

estuvo detenido en la cárcel. Ambos se entendían muy bien haciéndole Bastien algunas singulares declaraciones. En ellas le hizo comprender que se hallaba Robert a su disposición, a causa de un crimen que cometieron juntos.

Gouvernant fué últimamente encargado de dar un paso definitivo y le hizo partir con documentos irresistibles, según Bastien; entre ellos una nota con nombres y direcciones, y el plano de un jardín, en uno de cuyos ángulos había trazada una cruz roja.

Ya Gouvernant ante Robert, le enseñó los documentos a cuya vista palideció el yerno de la viuda Huet.

— ¡Ah! ¡Bribón! ¡Infame! — murmuró dejándose caer sobre una silla. — Pero aun cuando le dé cuanto poseo, ¿quién me dice que no me denunciará para que me corten la cabeza?

Gouvernant, viendo el estado de ánimo de aquel hombre, lo dejó dándole cita en una posada; mas Robert no acudió temiendo encontrarse con Bastien.

Este esperó en vano, y furioso al ver que no llegaba, tomó un trozo de greda de la posada y escribió en la puerta de la casa de su perseguido:

Robert ha asesinado a su suegra

A causa de esto desaparecieron los esposos Robert dirigiéndose a la Borgoña.

Más enloquecido que nunca fué Bastien a ver a los administradores de los bienes de la viuda Huet y les declaró que el asesino de aquella señora era su yerno Robert.

Inmediatamente quedó arrestado Bastien, al cual se le encontró una cartera conteniendo documentos importantes, y la siguiente nota:

«Junio 1821. Monsieur Robert:

Alquiler de una cueva en la calle de las Dos Puertas.

Calle de Vaugirard, casa modesta con hermoso jardín de frutales.

Corriente en julio. Alquilada mediante 700 francos. El alquiler a mi nombre.

Dinero recibido para comprar una pala, azada y regadera.

En el mismo día compra de media medida de cal.»

Detrás de esta nota se leía:

«Proyecto de destrucción de la viuda Huet por los esposos Robert, con cuyo objeto se alquila la cueva y la casa de la calle de Vaugirard.»

En la cartera de Bastien hallaron también borradores de cartas dirigidas a Robert en que se leía:

«Desgraciado Robert: está escrito que no habéis de escapar del castigo que merece un crimen tan repugnante. ¿Habéis olvidado el sitio de la calle de Vaugirard que guarda en su seno la víctima que debe acusaros?»

Los demás borradores acusaban y amenazaban a la vez.

Se encontró otra nota que decía así:

«La Cámara del Consejo ha declarado respecto a Bastien, no haber lugar a procedimiento, y en cuanto a Robert, no haber lugar a proceder por ahora. Esta decisión es irrevocable para Bastien, el cual no puede ser perseguido. Aun cuando se confesara culpable, no puede ser molestado; así se decidió definitivamente.»

Esta última nota explica la audacia de Bastien.

EL PROCESO

SE abrió un nuevo sumario y se probó que Bastien había alquilado la casa y el jardín de la calle de Vaugirard y que, pasado algún tiempo, se despidió sin haberla habitado y pagando otro plazo del alquiler vencido sin haberse aprovechado ni de la fruta del jardín.

Mientras se coordinaba el sumario con estas noticias se arrestó en Bourbonne a los esposos Robert.

La esposa de éste fué puesta en libertad a los pocos días de su prisión y sólo quedaron a disposición de la justicia Luis Robert y Leandro Bastien; y el día 12 de agosto de 1833 se desarrolló este misterioso asunto ante el Tribunal criminal del Sena, presidido por monsieur Hardouin.

En esta vista, era un terrible y particular atractivo, la presencia en la mesa de los cuerpos del delito, del esqueleto de la viuda Huet armado por el hábil anatómico Doumotier. Allí estaba la víctima, como el primer testigo del crimen.

Todas las miradas las atraían los acusados.

Bastien se presentó con un traje muy limpio. Sus ojos estaban ocultos por los cristales verdes de las gafas.

Robert, se mostraba inquieto y no apartaba la vista del banco que ocupaban los jueces.

Primero se interrogó a Bastien, al que le ordenaron que se quitara las gafas.

Este negó obstinadamente haber visitado a Robert desde que éste dejó la calle del Cementerio de San Nicolás por la calle de la Harpe.

P. — Supo usted la desaparición de la viuda Huet?

R. — La supe por Robert, tres o cuatro días después.

P. — ¿Desaparecida esta señora, recibió usted 250 francos de Robert?

R. — Después del asesinato he recibido de él varios billetes.

P. — ¿Qué relaciones ha tenido usted con Robert?

R. — Convine en alquilar con él una cueva en la calle de las

P. — ¿Y no hizo usted preguntas a Robert? ¿No le dijo que la casa era para hacer un negocio clandestino? ¿No le prometió participación en un asunto tan famoso? Sin embargo, la casa continuó desierta, sin señal alguna de comercio y sin una botella de vino. ¿Y usted no dijo nada? Esto no tiene explicación y además, no entregándose Robert a este fraude, ¿por qué seguir ocultando su nombre?

A estas apremiantes preguntas apenas si pudo contestar Bastien.

P. — ¿Compró usted una pala y una azada? ¿Por qué se encargó usted de estas compras? ¿No tenía ya estos útiles el jardinero?

R. — Robert le despidió.



Dos Puertas para almacenar vino. Más tarde me habló de tomar una casa en la calle de Vaugirard, para esconder contrabando. No quise pensar mal y alquilé la casa.

P. — ¿No hicisteis firmar a Robert en 1823 billetes por valor de 30,000 francos?

R. — Sí, señor; pero eso fué un poco antes.

Después confiesa que en 1824 recibió de Robert una vez veinte francos, otra cuarenta y otra cien, y que en 1826 arrancó a los esposos Robert un reconocimiento de 17,000 francos. Que después volvió a hacer muchas tentativas; y da como único motivo de estas persecuciones el conocimiento que tenía del crimen cometido por Robert.

Presidente. — Voy a decirle lo que le ha envalentonado y por qué ha llegado usted a acusar abiertamente a Robert. Governat le dijo que no tenía nada que temer y lo del auto de *no ha lugar* que le ponía al abrigo de todo procedimiento. Esto era un error en hecho y en derecho... y ahora empieza usted a verlo.

Bastien. — Yo quería decir que no tenía nada que censurarme, y no nada que temer.

P. — ¿Alquiló usted a su nombre la casa de la calle de Vaugirard?

R. — Sí, señor; pero Robert me esperaba en la calle.

P. — La propietaria afirma que no vió más que a usted.

R. — Puede ser; pero es que Robert me colocaba siempre delante y el se quedaba tras el telón.

P. — ¿Le entregaron a usted la llave?

R. — Y yo se la di a Robert.

P. — ¿Pero no fué usted varias veces a la calle Vaugirard?

R. — Pocas veces, y éstas durante la época de la fruta.

P. — ¿Para qué compró usted la cal?

R. — Me dijo que era para blanquear la cocina.

P. — ¿Y comprasteis tan poca cantidad para blanquear dicha habitación? Eso no es posible; además ¿cómo estaba usted tan enterado para poder precisar dónde estaba el cadáver y asegurar que había sido estrangulado?

R. — Primero no tuve más que sospechas; después me cautó de plano y se arrojó a mis pies llorando y diciendo que no le perdiera. Andando el tiempo me serví de su confesión para sacarle dinero.

P. — ¿Dónde le hizo esas confesiones?

R. — En el mismo sitio donde enterró a su suegra.

P. — ¿Y cómo cometió el crimen?

R. — No me lo dijo.

P. — En cierta ocasión le dijo usted a Robert que iban a caer tres cabezas.

R. — Estaba enloquecido y quise decir que caería su cabeza, la de su mujer... y... y hasta la mía. Los hubiera muerto a los dos y yo me hubiera suicidado después.

Presidente. — Eso no es verosímil.

R. — Pues lo es.

Cuando terminó este largo interrogatorio volvió a ser condescendiente Robert, el cual empezó a responder con bastante calma.

P. — ¿Es cierto que no le quería su suegra?

Robert. — ¿Y quién puede asegurar eso?

P. — Usted mismo lo ha declarado.

R. — Lo que dije es que no quería a mi mujer porque se le parecía a su padre.

P. — ¿No se quejó su suegra de la conducta que usted seguía?

(Continúa en la página 85.)

Del ROBO en la *Biblioteca Nacional de Madrid*

En abril de 1928 fué descubierto que, en fecha todavía no bien esclarecida, fueron sustraídas de la Sala de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional, de Madrid, gran cantidad de láminas de Rembrandt, Dürero y Lucas, que los técnicos evalúan en 20,000 duros. Después de pacíficas investigaciones, la mayoría de estas láminas han sido encontradas por la policía alemana en una tienda de antigüedades de Berlín.



(Arriba).—He aquí una de las más hermosas láminas al aguafuerte de Rembrandt que, junto con otras del gran artista flamenco, fué sustraída de la Sala de Bellas Artes y vendida luego en Berlín.

(Abajo).—Los agentes Sres. García Vallejo y Mayor que prendieron a Antonio López Santos — autor principal del robo—después que intentó inútilmente hacer efectivo un giro de 53,000 pesetas librado en Berlín.



Ayuntamiento de Madrid

ARCO
1



LAZO
2



ESPIRAL
3



MIXTO
4

Fotografía que demuestra los cuatro tipos principales de huellas digitales y su designación respectiva.

Por
DAVID
LINDSAY



La FIRMA de los Criminales

La inmutable diversidad de las líneas que aparecen en la yema de los dedos de la mano es el testimonio de identificación más seguro y contundente de que dispone la justicia. Es como una firma con rúbrica, infinitamente más inconfundible que la hecha con pluma.

MUCHO más que a los más famosos policías del mundo, los criminales temen a los que trabajan en el departamento de identificación de la Jefatura de Policía de Nueva York. Allí están archivadas más de 750,000 fichas con sus correspondientes huellas digitales, y constantemente, de día y de noche, se reciben preguntas procedentes de todo el mundo.

Por ingeniosos que sean los criminales modernos, que incluso recurren a la cirugía para alterar sus facciones y en algunos casos hasta su estatura, no por eso pueden cambiar a la Madre Naturaleza, que nunca se repite a sí misma. Jamás se han encontrado huellas digitales duplicadas entre las numerosas personas que existen en el mundo y este hecho es tan importante para los tribunales de justicia, que con mucha frecuencia el jurado se basa en él para pronunciar su veredicto.

Las huellas digitales han salvado a muchos inocentes a pesar de las pruebas que se acumulaban contra ellos y como ejemplo de esta afirmación podemos citar el caso de Jorge Vaneck, referido por Gerardo Kuhne, jefe del Departamento de Identificación de la Policía de Nueva York.

«Una tarde me llamaron por teléfono desde Wilkes-Barre, ciudad del Estado de Filadelfia, para comunicarme que en

aquella ciudad se había cometido un crimen, del cual se acusaba a un individuo llamado Jorge Vaneck que, según informes oficiales, estaba precisamente en la cárcel de Nueva York en el momento de cometerse el crimen. La contradicción era evidente, pero las deposiciones de varios testigos coincidían de modo contundente en acusar como culpable a Jorge Vaneck. Unos aseguraban haberle visto en compañía de la víctima aquella misma mañana y la tarde anterior al día de autos; otros daban como cierto haberles visto dirigirse los dos hacia el puente de las afueras de la ciudad bajo el cual apareció el cadáver horrorosamente desfigurado a puñaladas.

Explicué al abogado que me telefoneaba que los nombres no tienen ninguna importancia, porque tanto éstos como los rostros pueden cambiarse con la mayor facilidad y que el único modo de probar si su cliente era el que aseguraba ser, consistía en examinar sus huellas digitales. Prometí enviarle todas las que tuviésemos pertenecientes a Jorge Vaneck, que había estado en la cárcel en aquella época, y él me prometió por su parte hacer imprimir las huellas digitales del acusado para compararlas con aquéllas.

Gracias al permiso del comisario de mi departamento,

pude ir a dicha localidad con los datos necesarios, y, una vez allí, se me preguntó si el hombre que estaba preso en la cárcel de Nueva York era realmente el Jorge Vaneck que constaba oficialmente en los registros o era otro individuo cualquiera que se hacía pasar por Jorge Vaneck. En este caso, quedaría perfectamente comprendido que cometiese el crimen de Wilkes-Barre al mismo tiempo que estaba preso en Nueva

York. De momento me limité a contestar que eso sólo podía afirmarse o negarse después de compulsar las impresiones digitales de nuestro archivo con las del preso en cuestión. Yo se las tomé allí mismo y, al examinarlas, vi que eran idénticas a las que yo tenía. Es decir, podía darse como cierto que aquel hombre era el propio Jorge Vaneck, y, por tanto, era imposible que hubiese cometido el crimen que se le imputaba.

Sin embargo, siendo el jurado lego en esta materia, no se resolvió a creer completamente mis afirmaciones. Entonces, recordando que en el dorso de las fichas existe una casilla destinada a las cicatrices y señales que en su cuerpo puede tener un individuo, la consulté y vi que el tal Jorge Vaneck tenía unos tatuajes en los brazos. El juez le ordenó arremangarse y como, en efecto, aparecieron estas señales, se salvó la vida de aquel hombre.

A pesar de lo referido, por regla general los tribunales aceptan las huellas digitales como prueba positiva para acusar o exculpar a un hombre. En efecto, estas impresiones son tan personales y tan claras, que resultan tan evidentes como las letras impresas de un escrito.

Conviene decir aquí que las impresiones digitales se toman pasando una ligera capa de tinta de imprimir sobre los dedos, los cuales se aplican luego sobre una tarjeta y de este modo quedan impresos en ella los surcos y las líneas salientes. Todas estas huellas se dividen en dos grandes grupos, que representan cuatro tipos, a su vez subdivididos en ocho dibujos diferentes, cada uno de los cuales recibe un nombre distinto según la forma o dibujo que representan las distintas formas de las líneas o surcos de la epidermis.

En cuanto a las huellas digitales dejadas por el contacto de las manos de una persona en cualquier objeto, por regla general son imperceptibles sin la debida preparación, que consiste en proyectar sobre

DETROIT POLICE DEPARTMENT (W) Classification 250 10
JOHN MAYSE, alias JOHN MANGONE 200

RIGHT HAND				
1. Right Thumb	2. R. Fore Finger	3. R. Middle Finger	4. R. Ring Finger	5. R. Little Finger
LEFT HAND				
6. Left Thumb	7. L. Index Finger	8. L. Middle Finger	9. L. Ring Finger	10. L. Little Finger

18.7 15.0 11.7 24.3 43.5 59.1

\$500.00 REWARD
WANTED FOR MURDER
 and the
HOLD UP OF JEWELRY STORE
IN DETROIT

December 13, 1926, this man, in company with Pete Mazinski and Leo Micicche (alias Mack), held up Jewelry Store at 3141 Fenkell Avenue and shot and killed Mike Vanzak, a customer.

DESCRIPTION: Italian, 31 years old, 130 pounds, 5 ft. 3 in. tall, black wavy hair, brown eyes, two vaccination scars below left elbow, dark complexion.

\$500.00 reward will be paid by the County Auditors for information leading to arrest and conviction.

Address all communications to
JAMES SPROTT,
 Superintendent of Police Detroit, Michigan.

Circular No. 2509.
 Detroit, Mich., Dec. 23, 1926.

Muestra de las fichas de identificación criminal que se extienden en los Estados Unidos de América para cada individuo sospechoso. Contiene no sólo el retrato y la impresión digital de cada dedo, sino también una descripción del fichado y un breve relato del crimen cometido.

Estas fichas son las que se remiten a todas partes del mundo y permiten a las jefaturas de policía reconocer a los criminales extranjeros.

Por eso, por más que el delincuente se esconda bajo innúmeros seudónimos, o se disimule el pelo con tintes o pelucas, o se disfigure el rostro con hábiles operaciones de cirugía, o pretenda pasar inadvertido en esferas distintas a la suya, bastará a la policía una mirada a las huellas digitales para reconocer al hombre que se desea capturar.

La primera ficha de esta página está extendida por la policía del Estado de Detroit y la segunda por el presidio del Estado Oriental de Pensilvania, lo mismo que las otras dos que figuran en la página del frente.

EASTERN STATE PENITENTIARY of PENNA., Philadelphia.

PRISONER'S SIGNATURE: *Charles Prince Black* CLASSIFICATION: 1 A I 14
 PRISON REG. NUMBER: 0 3074 BY: 17 a A I 12 DATE: 9-10-25
 COMMITTED AS: CHARLESPRINCE BLACK TAKEN BY: THOS. S. COLLINS DATE: 9-10-25

RIGHT HAND				
1. Right Thumb	2. R. Index Finger	3. R. Middle Finger	4. R. Ring Finger	5. R. Little Finger
LEFT HAND				
6. Left Thumb	7. L. Index Finger	8. L. Middle Finger	9. L. Ring Finger	10. L. Little Finger

WANTED **PAROLE VIOLATOR** **WANTED**
 CHARLES PRINCE BLACK, alias Clyde Onza, sentenced on September 8, 1925, from Lycoming Co., Pa., No. C-3074, to the Eastern State Penitentiary, Pa., to a term of 1 year to 2 years, for Larceny, Paroled on Sept. 8, 1925.

DESCRIPTION: - White-male; age, 22-1925; born, Baltimore, Md.; build, slender; complexion, dark; eyes, hazel, hair, dark chestnut; height, 5'8"; foot, 11"; weight, 140; occupation, laborer (painter's helper); Mother's address, Mrs. Amelia Onza, Box #877, Masontown, Pa.; Brother's address, Hookwell Onza, Pa. Industrial School, Morgantown, Pa.

IF FOUND ARREST & WIRE AT OUR EXPENSE,
 COURTLAND BUTLER, PAROLE OFFICER,
 EASTERN STATE PENITENTIARY, PA.
 Circulars issued, 1-9-28

B of I T 1019.

ellas polvos de hollín muy fino, gracias a lo cual éste queda adherido a la impresión más o menos grasienta de los dedos.

Hecho esto, se procede a fotografiar la huella digital, ampliándola en caso necesario, y así se dispone de los elementos necesarios para realizar un estudio completo de los surcos de la epidermis de los dedos en cuestión y es posible la identificación de la persona que haya dejado estas huellas, porque, como se ha dicho, no existen dos impresiones iguales en todo el mundo. Ya se comprende también que el hecho de conservarse perfectamente archivadas las fichas de las distintas y numerosas personas que por una u otra razón se ponen en contacto con la policía, ayuda en gran manera a encontrar un criminal (que la mayor parte de las veces está ya «fichado», como se dice corrientemente en el lenguaje policiaco). Para lograrlo se comparan sus huellas digitales registradas con las que haya podido dejar en el lugar del crimen.

Por esta razón, el experto en huellas digitales no aventura teorías más o menos verosímiles, como ocurre, por ejemplo, con la grafología, sino que se limita a exponer hechos indudables e innegables, sobre los cuales no cabe siquiera la discusión.

Como ejemplo del cuidado que ha de tener un criminal con sus actos después de haber sido fichado, citaré un caso ocurrido recientemente. Se detuvo a un hombre acusado de haberse embriagado (1) y se le condenó a diez días de cárcel en Brooklyn. Siguiendo la costumbre establecida, se tomaron sus huellas digitales, y así se vino a descubrir que aquel hombre estaba reclamado por asesinato. Había vivido sin peligro alguno, usando incluso su propio nombre, durante cuatro años, en varias ciudades de los Estados Unidos y el Canadá; mas por fin sus huellas digitales le hicieron traición y le condenaron.

Hace algunos años, también ocurrió un

(1) Téngase presente que el caso ocurre en los Estados Unidos, donde rige la ley seca.

caso que se hizo famoso. Se encontró en los sótanos de un edificio de la calle del Canal el cadáver, en parte quemado, de un viajante en joyería, llamado Guillermo Vogel, que se ganaba la vida llevando grandes cantidades de piedras preciosas a un taller que se dedicaba a limpiarlas y pulimentarlas. El registro que hizo la policía condujo al hallazgo de las piedras preciosas que llevaba Guillermo en su poder en el

Eastern State Penitentiary of Pennsylvania

Name: CHARLES C. HILL
 Alias: _____ Classification: 1 10 9
 Prison Register No.: 3 0 16

RIGHT HAND

1.—Right Thumb	2.—R. Fore Finger	3.—R. Middle Finger	4.—R. Third Finger	5.—R. Little Finger



WANTED **PAROLE VIOLATOR** **WANTED**

CHARLES C. HILL, alias Charles Coleman Hill; alias Chester C. Ruthial (R), sentenced on September 17, 1920, from Northampton Co., Pa., to the Eastern State Penitentiary, Pa. No. C-448, to a term of 5 yrs to 7 yrs, for Larceny of Automobile. Paroled 9-17-26, Delinquent on January 1, 1928.

DESCRIPTION:—White-male; age, 41-1920; born, Detroit, Mich.; build, medium slender; complexion, medium dark; eyes, hazel; hair, gray; height, 5'8 1/2"; foot, 9 1/2"; weight, 127; occupation, electrician; Mother-in-law's address, Mrs Herman, 928 North St., Bethlehem, Pa.

IF FOUND ARREST & WIRE AT OUR EXPENSE,
 COURTLAND BUTLER, PAROLE OFFICER,
 EASTERN STATE PENITENTIARY,
 PHILADELPHIA, PA.

Circulars Issued, 1-9-28 B of I. 75-48

EASTERN STATE PENITENTIARY of PENNA., Philadelphia.

PRISONER'S SIGNATURE: Samuel T. Shockey CLASSIFICATION: 5 A = 5
 PRISON REC. NUMBER: C 2481 BY: 5 DATE: _____
 COMMITTED AS: SAMUEL SHOCKEY TAKEN BY: _____ DATE: 6-9-24

1. Right Thumb	2. R. Index Finger	3. R. Middle Finger	4. R. Ring Finger	5. R. Little Finger
6. Left Thumb	7. L. Index Finger	8. L. Middle Finger	9. L. Ring Finger	10. L. Little Finger



WANTED **ESCAPED PRISONER**

SAMUEL SHOCKEY; alias Samuel Thomas Shockey (T), born on June 6, 1924, from Franklin Co., Pa., to the Eastern State Penitentiary, Pa. No. C-2481, to a term of 2 yrs for Burglar of the 2nd Degree. ESCAPED FROM PENITENTIARY, PHILA., 1-10-28.

DESCRIPTION:—White-male; age, 26-1924; born, _____; build, slender; complexion, fair; eyes, blue; hair, _____; height, 5'4 1/2"; foot, 9 1/2"; weight, 132 lbs.

SCARS & MARKS:—Large ragged scar of operation on _____

CORRESPONDENCE:—Mrs E.H. Shockey, R.F.D. _____, Ind.; J.A. Feiss, Keyesboro, Pa.; Del _____, Summit, Pa.; Mrs Claude Martin, R.F.D. _____, Pa.; Mrs Samuel T. Shockey, _____, Pa.

IF FOUND, ARREST, HOLD, & WIRE TO _____

momento de ser asesinado, las cuales aparecieron escondidas en una habitación desocupada del mismo edificio en que se cometió el crimen.

Se interrogó primero a todos los trabajadores de la casa, y luego se espolvoreó hollín sobre las piedras preciosas para examinar las huellas digitales en el departamento de identificación de la Jefatura.

En aquella colección de objetos valiosos figuraban varias pitilleras de plata, y en una de ellas se encontró la huella de un dedo ensangrentado.

Esta señal se comparó con otras del archivo, y así se descubrió que pertenecía a un negro llamado Teodoro Roberts, contra el cual habían caído las sospechas, varios años antes, de un robo cometido en la joyería donde trabajaba.

Los detectives tomaron en aquel entonces las huellas digitales de todos los empleados de la joyería denunciante, pero como el importe de lo robado era relativamente escaso y las pruebas no eran muy convincentes, se limitaron a despeñar al negro Roberts renunciando a hacerle prender.

Esta identificación de huellas se entregó a los detectives encargados de las investigaciones sobre la muerte del viajante Vogel, y, gracias a un proceso de eliminación, descubrieron que el encargado del ascensor de la casa, que era negro, tenía las huellas digitales idénticas a las del Roberts expulsado de la joyería y a la que aparecía en la pitillera robada al viajante.

(Continúa en la página 88).

EL CUARTO de las

Ya fuese suicidio o envenenamiento involuntario, el caso parecía de que todas las personas más o menos relacionadas con un

HABIANSE tomado ya las últimas declaraciones. El taquígrafo del tribunal, cerrando su libro de notas, puso en torno de sus cubiertas flexibles una tira de goma elástica. Los jurados se miraron mutuamente, cambiaron una palabra de conformidad y guardaron silencio.

El forense Marcos Stanley era hombre alto, que vestía de negro elegantemente. Tenía la costumbre de golpear el respaldo de una silla para imponer silencio. Pero eso era innecesario en el depósito de cadáveres, cubierto de azulejos hasta el techo. El resplandor de una poderosa bombilla que colgaba del techo, balanceándose, daba al rostro envejecido del méli o un tono blanco verdoso, que le hacía parecer un espectro de mal agüero.

Teniendo en cuenta la posibilidad de que se produjera algún inesperado efecto moral en los varios testigos, Marcos Stanley solía abrir en presencia de los cadáveres el sumario de los casos de muerte en circunstancias misteriosas. Entonces, ante él, estaba tendido en la mesa de mármol, el cadáver de un hombre corpulento cubierto con una sábana que le ocultaba el rostro, contorsionado como si aun sufriese la agonía de los últimos momentos de su vida. Rodeaba la mesa de mármol un grupo de detectives, reporters, médicos y otros testigos con la cabeza descubierta. A alguna distancia y apoyadas en la pared, a la derecha del forense y con las caras sonrojadas por el llanto y los nervios excitados, estaban la viuda del difunto y su doncella.

— Mi veredicto es que el doctor Jaime Alberson ha muerto suicidado — afirmó Stanley.

Se oyó un sollozo de la pobre mujer y un fuerte suspiro de la doncella; luego el silencio se apoderó un momento del grupo entero, antes de que los detectives, reporters y demás asistentes se retiraran de aquel lúgubre lugar.

Yo salí con la sensación desagradable de que se había cometido una injusticia, pues la muerte del doctor Alberson me pareció deberse a un accidente.

Regresé a mi casa, pensando en el asunto; pero no pude dormir porque no lograba alejar de mi mente los sucesos de los dos últimos días. Mientras me revolvía en el lecho, se presentaban a mi imaginación los más pequeños detalles del



Al verle acurrucado en el suelo con las manos en la garganta y la boca abierta...

asunto. Me enteré de la muerte del famoso especialista la mañana anterior al llegar al cuartelillo de policía.

— El doctor Alberson está muerto — me dijo el sargento cuando yo pasaba por su despacho al dirigirme al departamento de los detectives —. Esta mañana, a las seis, ingirió cierta cantidad de lisol. Creo que el jefe quiere encargarme a usted la investigación del caso.

Esta tragedia me impresionó enormemente. El doctor Jaime Alberson era el especialista en huesos más notable del Estado, un hombre a quien las revistas médicas citaban como una autoridad. Muy estimado por sus compañeros, no tenía ninguna avaricia en el ejercicio de su profesión. Su salud era excelente. Era improbable de todo punto que se hubiera sentido tentado a suicidarse.

— ¿Dónde está ahora? — pregunté con alguna incredulidad.

— En la casa de socorro. El doctor Isaac telefoneó llamando a la ambulancia poco después de las siete y han transcurrido muy pocos minutos desde que llegó a la casa de socorro.

Esta se halla en el sexto piso de la Casa de la Ciudad, pero yo me dirigí en el acto a la oficina del jefe para recibir la orden de encargarme del asunto.

— Usted y Scotty se ocuparán de este caso — dijo el jefe —. Parece que se trata de un vulgar suicidio, aunque carecemos de noticias oficiales.

Scotty era otro detective del cuerpo. Le envié a que el doctor Isaac le refiriese su historia en tanto que yo me dirigía a casa del doctor Alberson, con objeto de adquirir todos los informes que me fuese posible.

Encontré a la señora Alberson, mujer de unos treinta y cinco años, medio tendida en un diván y en una habitación suntuosamente amueblada. La cuidaban su doncella y la señora Henderson, que vivía en el piso inmediato.

Pidiendo disculpas ante la necesidad de hacer una investigación oficial, rogué a la señora Alberson que me refiriese todo lo que supiera acerca del suceso. Con voz quebrantada y con los nervios muy excitados, refirió lo que sigue:

— Mi dormitorio está separado del de mi marido por un cuarto de baño, al cual se puede llegar desde ambas habitaciones. Esta mañana me desperté al oír que mi marido andaba

Sombras OLVIDADAS

estar terminado. Pero el detective Kirby llegó a convencerse caso de muerte repentina pueden ser consideradas sospechosas

por el cuarto de baño. El ruido que produjo el vaso de agua al ser depositado de nuevo en su soporte metálico fué lo primero que llegó a mis oídos. Un momento después mi marido empezó a toser con violencia y a respirar con fuerza, como si le faltase el aire. Oí algo que caía al suelo y supuse que sería el vaso.

La cerradura de la puerta que da a mi habitación giró dos o tres veces, pero la puerta no se abrió. Entonces oí caer a mi marido. Le llamé varias veces, pero no contestó. En vista de eso, salté de la cama y me dirigí a la puerta del cuarto de baño. Estaba cerrada por el otro lado. Salí al vestíbulo y por el dormitorio de mi marido entré en el cuarto de baño.

Al verle acurrucado en el suelo con las manos en la garganta y la boca abierta, sentí un olor muy fuerte de lisol y en el acto comprendí que lo había tomado por equivocación. ¡Mi marido se moría envenenado ante mis propios ojos! Traté de ponerle en pie, de hacer algo con objeto de auxiliarme, pero perdí las fuerzas y el sentido. Lo primero de que me di cuenta a partir de aquel momento fué de que la señora Henderson me ponía paños mojados sobre el rostro.

— Y ¿por qué se figura usted que su marido se envenenó por error? — pregunté. — ¿No es posible que se trate de un sui...?

— ¡Oh, no! No es posible — me interrumpió sollozando al mismo tiempo.

— Se debió a un error.

El estaba muy bien, en posición desahogada. Eramos tan felices, que no existe razón alguna para que hubiese querido suicidarse. Fué una equivocación. Tenga usted en cuenta que acostumbraba usar listerina para enjuagarse la boca y la botella de lisol se parece mucho, en su aspecto exterior, a la de la listerina. Pero, en fin, sea como fuere, jamás creeré que mi marido haya querido suicidarse. ¡Es demasiado horroroso!

— Haga el favor de darme algunos detalles acerca de las costumbres del doctor — rogué.

— Mi marido — siguió diciendo la señora Alberson — es, o mejor dicho, era... ¡Oh, me parece imposible que se haya separado de mí para siempre!... Era hombre de costumbres metódicas. Sus libros, sus instrumentos y todo lo que usaba, se

Según relato del Detective LEÓN KIRBY

hallaba siempre en orden perfecto y en el lugar debido. Estoy segura de que habría podido ir con los ojos cerrados en busca de cualquier objeto en esta casa, a excepción, tal vez, de la cocina, de mi habitación o de la de Margarita, mi doncella.

Todas las mañanas se levantaba a las seis, no porque tuviera necesidad de ello, sino por haberse acostumbrado así cuando seguía la carrera de medicina. Después de hacer algunos ejercicios gimnásticos, se dirigía al cuarto de baño, tomaba un buche de listerina y se afeitaba. Mientras Margarita preparaba el desayuno, él se dedicaba a leer el periódico. Yo desayunaba con frecuencia en la cama, porque hace un año que no estoy muy bien, y cuando me levantaba el doctor casi siempre se había marchado ya a hacer sus visitas a los hospitales. Sus horas de despacho eran de diez a doce y de dos a cuatro. Solía almorzar en algún club profesional. Jugaba al *golf* durante la primavera y el verano, y en invierno iba por las tardes al Club de la Ciudad. Volvía a casa

Mi marido se moría envenenado ante mis propios ojos.



a cenar hacia las seis y, por regla general, se acostaba a las diez.

— ¿Está usted enterada de algún contratiempo económico o de otra naturaleza que hubiera podido inducirle a suicidarse?

— ¡Oh, no diga usted eso! — rogó aquella mujer. — Es imposible que se haya suicidado. No existía ninguna razón para ello. Estoy persuadida de que tomó la botella de lisol por error cuando quería enjuagarse la boca con listerina. Las dos botellas son muy parecidas. ¡Ojalá nunca hubiese permitido yo a Margarita guardar la botella de lisol en el botiquín del cuarto de baño —

La señora Alberson se echó a llorar con gran desconsuelo y yo me volví a Margarita, diciendo:

— Si su señora me lo permite, quisiera rogarle que me acompañase al cuarto de baño para examinarlo.

— Vaya usted con este caballero, Margarita — logró ordenar la señora. — Si quiero algo ya está conmigo la señora Henderson. —

La doncella tendría unos veintitrés años y su tipo era el

aquellos detalles. Imaginándome que yo era el doctor Alberson, repetí los movimientos que, muy probablemente, hizo antes de encontrar su temprana muerte. Me figuré que acababa de salir de la cama, aun soñoliento y en parte deslumbrado por el resplandor de las luces del cuarto de baño, ya que el dormitorio estaría alumbrado sólo por la lamparilla de noche. Tomé un sorbo de agua y puse de nuevo el vaso en su soporte metálico, a la izquierda del lavabo. Se oyó el ruido semejante al que oyó la señora Alberson. Hecho esto, levanté la mano para tomar la listerina, que se hallaba en el segundo estante. Entonces noté que, levantando la mano diez centímetros más, podía haber tomado la botella de lisol que se hallaba en el estante superior, pero que ya no estaba allí. Y me pregunté por qué dos botellas de forma semejante ocupaban unos lugares que, por lo inmediatos, resultaban peligrosos.

— ¿Por qué se guardaba el lisol en el cuarto de baño?

— pregunté a la joven que me observaba desde la puerta.

— El doctor ordenó que todas las mañanas se desinfecta-

ME quedé asombradísimo. Luego pregunté:

— ¿Era el brazo de hombre o de mujer?

— Precisamente eso mismo pregunté a mi esposa — replicó Henderson —, pero ella no está segura, porque el movimiento del brazo fué rapidísimo.

corriente entre las camareras alemanas. Llevaba un delantal blanco immaculado.

— Dígame todo lo que sepa acerca de lo ocurrido — le rogué cuando estuvimos junto a la puerta que separa el dormitorio del doctor del cuarto de baño.

— Yo estaba en la cocina, señor — explicó con marcado acento alemán, — cuando oí que la señora daba un grito. Corrí a su cuarto, pero vi que no estaba allí. Entonces fui al dormitorio del doctor. La luz del cuarto de baño iluminaba la cama, en la que no había nadie. Me acerqué, pues, al cuarto de baño y vi que la señora estaba tendida en el mismo lugar en que ahora me hallo, de tal manera que no pude pasar adelante sin saltar por encima de su cuerpo. El doctor estaba también tendido en el suelo, con la cara contraída y con expresión de gran dolor. Entonces salí a pedir auxilio al piso inmediato y llamé a la señora Henderson, que se asomó a la ventana. En cuanto llegó, me ordenó que llamase al doctor Isaac mientras ella iba a auxiliar a la señora. Después de telefonar, volví y entre las dos transportamos a la señora a la cama del doctor. El médico no tardó en llegar. —

Dediqué entonces mi atención al cuarto de baño. Con gran disgusto mío, la doncella, que era una muchacha meticulosa, se había apresurado a quitar todas las huellas de la botella de lisol en el suelo, cubierto con losetas hidráulicas, y a recoger todo el veneno derramado. Aquel lugar estaba limpiísimo. Me explicó que formaba parte de sus obligaciones hacer limpieza del cuarto de baño cada mañana, una vez el doctor y su esposa habían terminado su tocado matutino; y aquella mañana se dedicó también a ello en cuanto se hubieron llevado el cadáver de su amo. La bañera, el lavabo y el suelo brillaban a la luz de dos bombillas que había en unos brazos fijos en la pared, a ambos lados del armario del botiquín. El espejo que había en la pertecilla de este armario había sido limpiado y en ninguna parte pude descubrir la más leve huella digital.

— Dígame dónde estaba guardada la botella de lisol — dije mientras abría el armarito.

— En este lugar desocupado que hay en el estante superior — contestó la joven.

Dentro del armario había los acostumbrados artículos de tocador, todos ellos de excelente calidad y en perfecto estado. Había tres estantes. El espacio del superior, que, según me indicó la doncella, fué ocupado por la botella de lisol, estaba a la sazón vacío. Y en el segundo estante y precisamente debajo del lugar desocupado se veía una botella de listerina.

Por espacio de unos momentos me quedé estudiando

taran con lisol las tuberías de desagüe. Como en la casa no hay niños, la señora me dijo que podía guardar el lisol donde yo tuviera más a mano.

— ¿Cuánto tiempo estuvo la botella en ese estante?

— Por lo menos desde que yo entré en la casa, hace cosa de tres años. Aquí todo se pone siempre en un mismo lugar.

Como otras preguntas que le hice no aportaron mayor luz acerca del particular, regresé a la habitación en donde había dejado a la señora Alberson, en compañía de su vecina.

— Si me lo permite, señora Henderson quisiera dirigirle un ruego. ¿Quiere usted hacerme el favor de repetir todos los actos que realizó esta mañana?

La señora Henderson era una mujer humilde y apacible. Asintió tan conmovida como si fuese la viuda del difunto.

— Yo estaba todavía en la cama cuando Margarita fué a llamar a mi ventana — explicó — diciendo que el doctor Alberson y su esposa estaban muertos en el cuarto de baño. Mi marido está ausente. Me cubrí precipitadamente con una bata y salí. Cuando los vi a los dos tan inmóviles, no supe de momento qué hacer. Mandé a Margarita a la biblioteca con objeto de que telefonease al doctor Isaac, pero comprendí que, mientras tanto, yo debía hacer algo. A mi vez me vi a punto de perder el sentido, mas por fin humedecí una toalla en el lavabo y empecé a frotar con ella el rostro de la señora Alberson, pues no se me ocurrió otra cosa. Había recobrado casi el sentido, cuando Margarita volvió de telefonar y entre las dos la acostamos. El doctor estaba tan inmóvil, que comprendí la imposibilidad de hacer nada en su auxilio, pues sin duda había muerto. En cuanto llegó el doctor Isaac, recetó algo a la señora Alberson para tranquilizarla y me encargó que no la dejase salir de la cama. Luego, en cuanto hubo examinado el cuarto de baño, fué a la biblioteca a telefonar. ¡Todo esto es terrible! En cuanto llegué a este piso percibí en seguida el olor del lisol y por un momento me figuré que ambos se habrían sui... es decir, que lo habrían tomado por equivocación — se apresuró a añadir, observando la mirada de dolor que apareció en los ojos de su compañera.

— Es muy posible que ello se deba a una equivocación — repliqué — porque la botella de lisol se hallaba precisamente encima de la de listerina y, como dice la señora Alberson, ambas se parecían mucho en tamaño y en forma.

— Me alegró en extremo de oírle decir eso — exclamó la viuda — porque no puedo creer que mi marido quisiera suicidarse, a pesar de todas las preocupaciones y disgustos que pudiera tener.

Después de hacer algunas preguntas de carácter general, comprendí que no se presentaría ningún dato de especial interés y me volví a mi oficina.

Allí estaba ya Scotty con la relación de la historia que le contó el doctor Isaac, que se limitaba a confirmar lo que ya sabía yo. Sin embargo, Isaac estaba persuadido de que no hubo error de botella por parte del difunto. Según aseguraba el doctor, no existía en todo el Estado un hombre más cuidadoso en todos sus movimientos que el doctor Alberson, quien, además, era famoso por la minuciosidad y por la delicadeza de sus operaciones quirúrgicas, hasta el punto de que, según se decía, habría sido capaz de ejecutarlas a oscuras.

como hora apropiada para ello. Mientras tanto hizo practicar una investigación minuciosa del estómago de la víctima con objeto de averiguar la cantidad de veneno ingerido. También solicitó la declaración de los médicos que solían relacionarse con Alberson, para que le diesen cuenta del equilibrio mental de éste, de sus tratos, costumbres, etc. El veredicto, atribuyendo la muerte a un suicidio, se debió en gran manera al doctor Isaac.

Cuando aquella noche estaba sin poder dormirme y repasando mentalmente los más pequeños detalles del caso, me arrepentía de mi apresurada declaración, porque, como es natural, me molesta mucho equivocarme. Estoy seguro de que a nadie se le ocurrió la idea de que pudiera tratarse de un asesinato. Por fin me dormí, pero durante el resto de la noche me vi atormentado por extrañas pesadillas, en las cuales yo me veía otra vez en el cuarto de baño de los Alber-son, bebiendo una botella tras otra de lisol y preguntándome, extrañado, cuándo me caería muerto.

A la mañana siguiente los periódicos publicaron los resultados obtenidos en la investigación del foren-



— Ahora no diga usted nada de mi visita de hoy.

¡Tanta era la seguridad que de sí mismo tenía! Lo ocurrido era, pues, un suicidio y nada más. Alguien o algo que el mundo desconocía ejerció intensa influencia en la mente de Alberson, que seguramente se refugió en el suicidio como único modo de evitarlo.

A pesar de la opinión del doctor Isaac, yo di cuenta a mis superiores de que el doctor Alberson tomó sin duda el lisol por error. Sin embargo, como el forense era hombre difícil de convencer — y así conviene que sean los forenses — éste, que ya tendría sesenta años, ordenó hacer una investigación sobre el cadáver, señalando las siete de la tarde del día siguiente

se. Se efectuó el entierro y la tragedia se olvidó completamente. Semanas después, un domingo lluvioso, repasaba mi libro de recortes, en el cual suelo pegar las noticias periodísticas de los casos en que he intervenido y, al llegar a los correspondientes al asunto del doctor Alberson, me llamó la atención este título de un artículo de tres columnas: LA ESPOSA CREE QUE SE TRATA DE UN ERROR.

Y a continuación se relataban los primeros detalles de la muerte de Alberson, dando importancia al hecho de que, según creía su esposa, el doctor ingirió el veneno por equivocación.

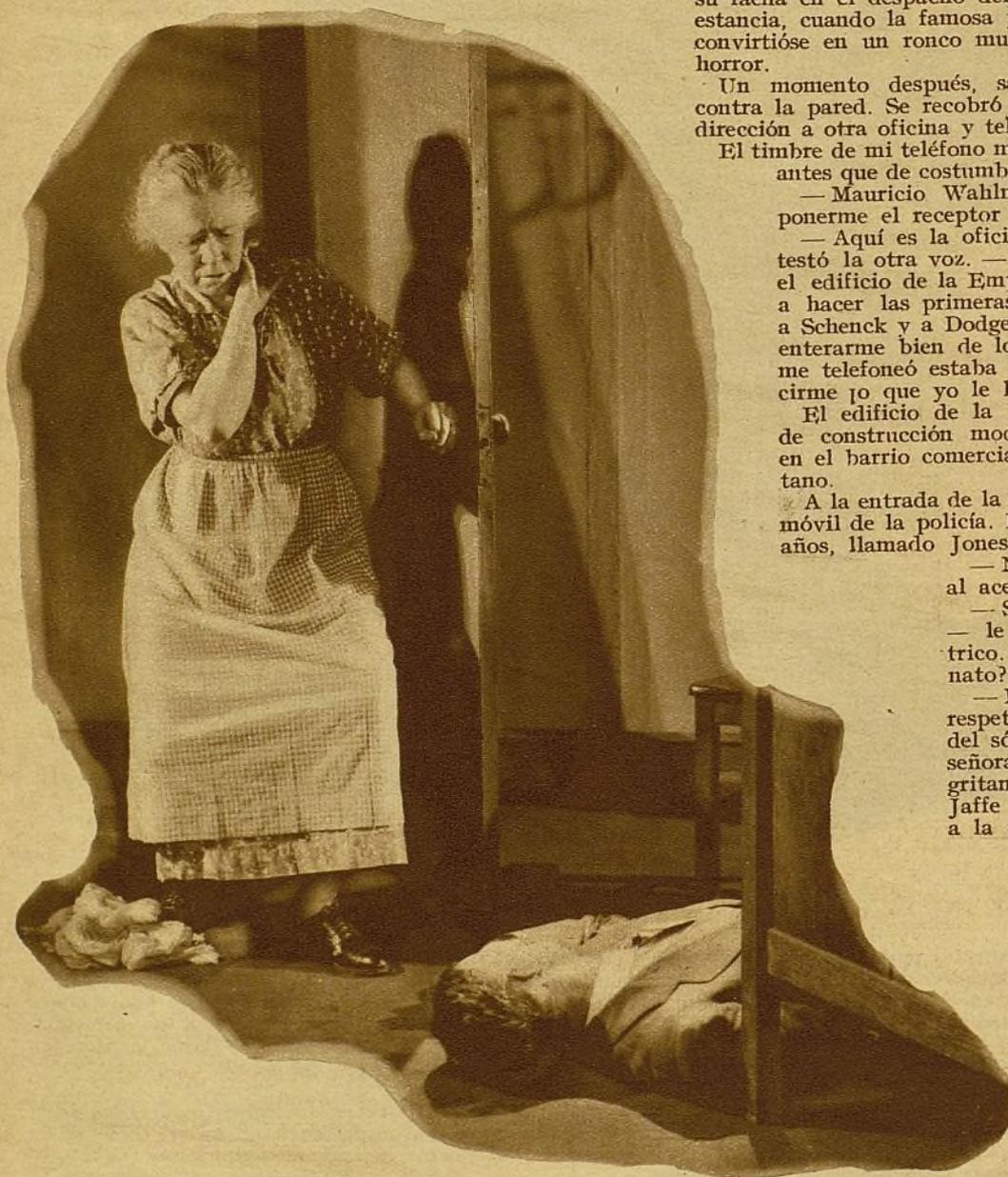
(Continúa en la página 89.)

El *ENIGMA* de la *LEY* del *TALIÓN*

"La venganza es mía", dijo el Señor. Pero aquí verá el lector a un hombre que se figuraba saber más que el Todopoderoso

Por el Detective *MAURICE WAHLMERS*

Al abrir la puerta del despacho le sobreco-
gió un frío terror...



La señora O'Toole, encargada de la limpieza de las oficinas de la Empire dejó en el suelo cubos y bayetas, para abrir la puerta en la que había una placa de cristal con letras de oro que decían: «Jaffe Investment Company Inc., Luis Jaffe, Presidente. Particular». La buena mujer disponíase a empezar su faena en el despacho del jefe, situado en el centro de la estancia, cuando la famosa y antigua canción que tarareaba convirtiéndose en un ronco murmullo, seguido por un grito de horror.

Un momento después, salió al corredor tambaleándose contra la pared. Se recobró en parte, atravesó el vestíbulo en dirección a otra oficina y telefoneó al cuartelillo de policía.

El timbre de mi teléfono me hizo saltar de la cama una hora antes que de costumbre.

—Mauricio Wahlmers está hablando — dije, al ponerme el receptor al oído.

—Aquí es la oficina del sargento Garrity — contestó la otra voz. — Se ha cometido un asesinato en el edificio de la Empire. Salga usted inmediatamente a hacer las primeras investigaciones. Luego mandaré a Schenck y a Dodge con el automóvil. No he podido enterarme bien de los detalles, porque la mujer que me telefoneó estaba tan excitada, que sólo pudo decirme lo que yo le he dicho.

El edificio de la Empire que tiene catorce pisos, de construcción moderna e incombustible, se halla en el barrio comercial, cerca del teatro Metropolitano.

A la entrada de la calle vi que ya estaba allí el automóvil de la policía. El sereno, hombre de cincuenta años, llamado Jones, se paseaba ante el ascensor.

—No puede usted subir — me dijo al acercarme. — Orden de la policía.

—Soy un detective de la Jefatura, — le dije oprimiendo el botón eléctrico. — ¿Qué sabe usted del asesinato?

—Muy poco — me contestó con respeto. — Yo estaba en las calderas del sótano cuando la portera, la vieja señora O'Toole, bajó en el ascensor, gritando como una loca: «El señor Jaffe ha sido asesinado. Voy a llamar a la policía». «No puede ser», le contesté yo. «El señor Jaffe nunca viene a la oficina tan temprano. Sólo son las seis de la mañana».

«Sin embargo es él», insistió. Yo mismo fui a verlo. Ella, mientras tanto, se quedó junto al ascensor y cuando entré en la oficina y miré...

En aquel momento apareció la cabina del ascensor, dentro de la cual iban la portera y el agente Dodge.

— Quédese aquí, Dodge — le ordené — para impedir la entrada a los curiosos. La oficina no se abre al público hasta dentro de una hora. Si ve usted algo sospechoso, llame tres veces con el timbre del ascensor.

Metí a Jones en la cabina, cerré la puerta de acero e hice seña a la mujer para que nos hiciera subir. Entonces empezó a relatar lo acaecido. Cuando llegamos al piso undécimo, detuvo el ascensor y abrió la puerta que daba al corredor.

— Es por ahí — dijo la señora O'Toole limitándose a señalar con el dedo el corredor en el cual Schenck daba guardia ante la puerta de la oficina.

— Vengan ustedes dos conmigo — ordené —. Tal vez necesitaré hacerles alguna pregunta.

— ¡Dios me proteja! — gimió la buena mujer.

— No tiene usted necesidad de volver a entrar en el despacho — le dije para tranquilizarla. — Sólo deseo que se sitúe al alcance de mi voz. Venga usted conmigo, Jones.

La Jaffe Investment Company ocupaba dos grandes salas: una para recibir al público y otra que Jaffe usaba como despacho particular. Separadas por una puerta, tenían, también, salida independiente al corredor.

pero a menudo echo un sueñecillo en una litera que hay en el cuarto de las calderas antes de ir a casa a desayunar.

— ¿Estaba usted dormido esta mañana cuando la portera fué a llamarle?

— Sí, señor.

Terminada mi inspección en la estancia, me quedé de espaldas a la abierta ventana, resumiendo la situación. La señora O'Toole había encontrado cerrada la puerta del vestíbulo; las ventanas del sur y la puerta de comunicación con la oficina exterior también estaban cerradas. Asomándome a la ventana del oeste no vi ninguna repisa que permitiese el paso de una a otra ventana. Las paredes exteriores, que se hallaban a once pisos de altura, eran de estuco, tan lisas como la cáscara de un huevo. Nadie habría sido capaz de escalar tal edificio.

Al fijarme en la posición del cuerpo pensé que Jaffe debió de estar sentado a su mesa cuando un ligero ruido a su espalda le obligó a volver la cabeza para ser muerto antes de que pudiese hacer el más ligero movimiento de defensa. Este detalle era importantísimo.

Dejando la estancia exactamente igual que la encontré

SIN cambiar la posición del papel que había sobre la pierna del muerto, observé que alguien había subrayado con lápiz esta frase: "Ojo por ojo, diente por diente"...

— ¿Ha estado usted ahí dentro? — pregunté a Schenck señalando el interior de la oficina.

— No — me contestó. — Sólo miré. Cuando llegué, la puerta estaba abierta.

Ya en el despacho particular, me fijé en el aspecto general de la estancia pero no vi nada notable. La habitación, situada al sur y al oeste, tendría unos dieciséis pies de lado, porque ocupaba la esquina del edificio. En el centro se hallaba la mesa escritorio. En vez del sillón giratorio acostumbrado, había otro tapizado de terciopelo con el respaldo vuelto a la ventana del oeste cuya vidriera inferior estaba cerrada. Entre ambas ventanas, apoyado en la pared del sur había un armario de acero para clasificar documentos. Y fuera de un perchero de tres patas y de un sillón destinado a las visitas, la habitación no contenía ningún otro mueble.

Seguido por Schenck y por Jones, me dirigí al lado opuesto del escritorio.

Entonces comprendí el frío terror que sobrecogió a la señora O'Toole al descubrir el cadáver que yacía en el suelo de aquel despacho particular. Tenía las mandíbulas abiertas y los ojos congestionados. Aquel era el cuerpo de Luis Jaffe, presidente de la Compañía que llevaba su nombre. Una contusión rojiza que se extendía desde la ceja derecha hasta el cabello demostraba el lugar en que recibiera el golpe mortal dado indudablemente con un tubo de plomo o algo semejante por un brazo vigoroso, porque mi experiencia me dió a entender que el cráneo del desgraciado Jaffe estaba fracturado.

¿Quién podía desear la muerte violenta de aquel hombre? El motivo no era el robo, porque allí no se advertía el menor indicio de que el asesino tuviera ese móvil.

— Oiga usted — exclamó de pronto Schenck señalando un trozo de papel que había junto a la pierna del muerto. — ¿No es ésto una página arrancada de la Biblia?

— Exactamente — afirmé, asombrado, inclinándome para examinarla mejor.

Sin cambiar la posición del papel que estaba sobre la pierna del muerto, observé que alguien, había subrayado con lápiz esta frase:

«Ojo por ojo, diente por diente.»

— ¡La ley del tali6n! — ¡La ley de los antiguos hebreos! — exclamó Jones cogiéndose nerviosamente las patillas. — Esto es seguramente la mano de Dios...

— ¿A qué horas está usted de servicio, Jones? — le interrumpí para no continuar oyendo aquella que a mí me pareció explosión de fanatismo.

— Desde las ocho de la noche a las cuatro de la mañana,

volví al vestíbulo para interrogar a la mujer encargada de la limpieza. Era una de las seis mujeres que iban de un piso a otro, fregando, barriendo y quitando el polvo.

La sala de recibo de Jaffe, inmediata al despacho particular, tendría unos treinta pies de largo por seis de ancho. Había allí una pizarras para anotar las oscilaciones de los valores de la Bolsa, mesas, máquinas de escribir, aparato telegráfico, etcétera.

A las ocho llegó el forense. Examinó superficialmente el cadáver, dictaminando que la muerte había sido producida por golpe de un objeto romo manejado por un asesino desconocido, acaso en venganza. Afirmó que aquel hombre estaba muerto desde las cinco o las seis de la tarde anterior. Autorizó el traslado del cadáver al depósito, me dirigió algunas preguntas sobre mi investigación y se marchó.

Poco después de las ocho empezaron a llegar las mecanógrafas y los contables, y a las ocho y media estaban ya todos trabajando. Pasé la mañana interrogándoles uno a uno y por grupos.

El gerente de la oficina, el señor A. L. Kierstead, hombre de unos cincuenta años, inteligente, macizo y de cabello gris, estaba al servicio de Jaffe quince años hacía. He aquí substancialmente la declaración que me hizo en el despacho particular de la víctima:

Kierstead conoció a Jaffe poco después de la muerte de su esposa, que tenía muchos años menos que su marido. Ella murió de una enfermedad cardíaca, poco después de su casamiento. Jaffe no tenía enemigos conocidos. En los últimos diez años no había despedido a ningún empleado. Como sufría de asma, fuera del tiempo malo, tenía siempre la ventana abierta.

— ¿Quiere ayudarme a reconstituir el hecho? — pregunté a Kierstead cuando hubo terminado.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Por ejemplo, que tome usted el asiendo de Jaffe, y así yo realizaré los movimientos que, según creo, ocasionaron la muerte de ese hombre.

— Con mucho gusto — dijo encogiéndose de hombros y sentándose en el sillón que había ante la mesa.

— Acuérdesse — continué — de que las puertas y las ventanas, exceptuando ésta, están cerradas. ¿Cuál sería su primer impulso si oyese un ruido raro dentro de la habitación?

— Pues volverme hacia la ventana abierta.

— Perfectamente. Sírvase hacerlo.

Kierstead, al volverse, se encontró con que yo estaba tras él con los puños levantados, como si me dispusiera a golpearle.

— ¿Qué haría usted ahora? — le pregunté.

— Trataría de evitar el golpe levantándome y retrocediendo hacia la puerta del corredor.

Le hice ejecutar el movimiento.

Al levantarse, le di un leve golpe en la ceja izquierda. El, fingiendo perder el sentido, se dejó caer entre el sillón destinado a las visitas y la mesa del despacho, es decir, en la misma posición en que la mujer encargada de la limpieza encontró a Jaffe. Entonces recordé que la señal en la frente de éste se hallaba en la ceja derecha. Esto podía significar que el asesino hiriese con la mano izquierda, ya que él y Jaffe debieron de estar frente a frente en aquel momento.

Repetimos esta escena del crimen, pero esta vez le di con la mano izquierda, la cual fué a caer exactamente en el lugar en que aparecía la contusión



No encontré señal alguna ni polvo siquiera en el antepecho de la ventana.

de la víctima del asesinato, o sea en el ojo derecho. Kierstead aprobó con un movimiento de cabeza:

— Ha adivinado usted. Pero ¿cómo habrá podido el asesino entrar por la ventana? ¿Cómo podría ir y venir sin que le viesen desde la oficina exterior?

— No tengo la seguridad de que el asesino entrase por la ventana — dije — aunque estoy inclinado a creerlo. Desde luego existe la posibilidad de que tuviese una llave y entrase por el corredor. El asesino casi no hizo ningún ruido. El golpe del arma podía ser fácilmente apagado por el ruido de la oficina exterior, es decir, el de las máquinas de escribir, el del aparato

telegráfico, etc., eso aun cuando las paredes no fuesen malas conductoras del sonido. Y ahora que me acuerdo, ¿quién, además de la mujer que hace la limpieza, tiene llave de esta oficina?

— Nadie, a no ser el encargado del edificio. Tengo entendido que posee llaves dobles de todos los pisos.

Al visitar al encargado del edificio me enteré de que guardaba los duplicados de todas las llaves en una caja de acero que nunca estaba abierta y que todos los inquilinos debían depositar cinco dólares como garantía de la devolución de las llaves a la expiración de su contrato de alquiler. El encargado no recordaba que ningún inquilino hubiera dejado de devolver las llaves ni de reclamar su depósito. Por tanto volví de nuevo a la hipótesis de la ventana.

Sin que lo supiese nadie más que el encargado del edificio, concentré mi atención en la oficina del piso duodécimo, precisamente encima de la de Jaffe; porque si el asesino entró por la ventana de éste, el piso superior le ofrecía más facilidades para ello. La Pacific Coast Insurance Company ocupaba las oficinas situadas encima de las de Jaffe, y el agente general, un tal señor Verry, había salido de la ciudad para asistir en Denver a la reunión de la Asociación Nacional de los aseguradores de vida.

Durante su ausencia sus empleados, que eran dos mecanógrafas y un contable, habían ocupado sus puestos en la sala exterior como de costumbre. También había nueve agentes aseguradores, que se pasaban casi todo el día en la calle, en busca de nuevos contratos. Al examinar la probabilidad de que el asesino usara una escala de cuerda desde la oficina de Verry, comprendí que podía realizar tal cosa sin ser visto el que hubiese hecho un estudio detenido de los hábitos de Verry y de sus empleados. En tal suposición era necesaria la presencia del asesino en el lugar del crimen durante semanas o meses antes de cometerlo.

No encontré señal alguna ni polvo siquiera en el antepecho de la ventana de Verry, como habría ocurrido si allí se hubiera instalado una escalera de cuerda. Para convencerme por completo, saqué un pañuelo blanco del bolsillo, lo pasé hasta por todos los rincones del antepecho y el pañuelo quedó perfectamente limpio. Este detalle era muy raro, porque el humo flotante en la atmósfera mancha todas las ventanas de la ciudad.

Como al repetir el experimento en las ventanas de los pisos trece y catorce, el pañuelo quedó negro de polvo y carbón, comprendí que me hallaba en una buena pista. El asesino para no dejar huellas en la oficina de Verry tomó la precaución, después de cometido el asesinato, de limpiar perfectamente la ventana.

Entonces me imaginé el tipo de hombre capaz de realizar esta hazaña. Sólo un maripachimeneas o un loco podían descolgarse de noche por una escalera de cuerda a más de treinta metros de altura. Que el asesinato no había sido la consecuencia del primer impulso, lo probaba la página arrancada de la Biblia, al parecer, llevada en un tarjetero o en un monedero durante algún tiempo. El detallar las pistas falsas que seguí alargarían excesiva e innecesariamente este relato. El asunto no progresaba nada. Sin embargo, dominaba en mí una idea que llegó a convertirse en obsesión. Tratábase de una circunstancia trivial que ocurrió mientras realizaba mi investigación en la Pacific Coast Insurance Company. (Continúa en la página 91.)

Los RATAS de los PANTANOS

Sólo un gemido apagado — tras una cuchillada certera — y la desgraciada víctima de la cuadrilla de La Rocque era arrojada a la ciénaga, donde se hundía lentamente hasta desaparecer en el lodo negruzco de los pantanos de Luisiana

No eran frecuentes los asesinatos cometidos por los ratas de los pantanos, y si alguna vez lo hacían era cuando encontraban resistencia en las víctimas que señalaban para sus robos.

De aquí que el jefe de policía Long sólo les atribuyera media docena de asesinatos en unos dos o tres años; pero se desquitaban con los robos de tal manera, que no había casa segura en el radio donde tenían su campo de operaciones.

Los registros policíacos, aunque muchos y con no mala fortuna, aun no habían dado los resultados que todos deseaban.

Resultaba casi imposible obtener pruebas contra ellos, no sólo porque la gente tenía miedo de hablar, sino porque la banda tenía un jefe muy inteligente. En los asesinatos no quedaba indicio de ninguna clase; el cuerpo mismo de la víctima desaparecía. Hay pantanos en la Luisiana, conocidos de pocas personas, en los que un objeto de cualquier peso arrojado a la distancia de seis pies desaparece para siempre, sobre todo un cadáver, a causa de las ratas que infestan aquellos lugares. La citada banda de ladrones, de ellas heredó su nombre.

Como todos los detectives, yo tenía instrucciones para disparar contra cualquier miembro de los ratas de los pantanos siempre y cuando hiciera algún movimiento sospechoso. Conocíamos a algunos de ellos: al mestizo Jaime La Rocque, jefe de la banda, al ex marinero Pynn y a tres o cuatro más.

Pero en una cuadrilla de gente así el personal cambia casi constantemente. En las tierras pantanosas aquellos bandidos solían combatir entre sí tan encarnizadamente, que su lucha acababa algunas veces en festín para las ratas.

A la mañana siguiente de haberse cometido un robo audaz en el antiguo barrio francés, el jefe Long me llamó a su oficina.

— Dun — me dijo.

— Es preciso acabar con esa cuadrilla de criminales.

— Estoy dispuesto a trabajar con el celo de siempre — le contesté.

— Me consta; y por eso cuento con usted en primer término.

— ¿Qué he de hacer?

— Que sea esta la última hazaña que cometan en Nueva Orleans.

Yo me incliné como esperando más órdenes.

Long continuó:

— Desde este momento queda usted relevado de todo servicio, para que se pueda dedicar de lleno al asunto; ya me irá usted dando noticia de sus investigaciones.

— Bien. Ahora necesito dinero.

Long extendió

Por ED DUNN

Ex Detective de Nueva Orleans

una orden para el Tesoro y me la entregó.

— Si no recibo noticias tuyas dentro de cinco días, le buscaré en el último punto desde donde me haya escrito. ¿Estamos entendidos?

— Perfectamente. Sí, señor.

Y ni el jefe ni yo hablamos de los peligros de aquella empresa. ¿Para qué? Tanto él como yo estábamos acostumbrados a jugar la vida y no nos preocupaban las consecuencias. La cuestión era llegar a donde nos proponíamos valiéndonos de cuantos medios teníamos a nuestro alcance.

En aquella región pantanosa la llegada de un forastero era un acontecimiento resonante. Por tanto, decidí vivir una temporada entre los negros y mulatos de aquella malsana región.

Al salir de la Jefatura bajé por la calle Real para adquirir noticias de la última hazaña de los ratas de los pantanos. Aunque ya me figuraba cómo la habían realizado, existía la posibilidad de encontrar algún detalle útil.

Los periódicos la referían en sus primeras páginas y las autoridades andaban a la pista de los autores.

Averigüé que fueron tres los individuos que entraron en el almacén de antigüedades del viejo Francisco Vollet, que guardaba un verdadero tesoro en la trastienda de su establecimiento.

También supe que el día antes de cometerse el crimen había estado en la tienda una señora joven, la cual, después de tener una larga entrevista con el anticuario, volvió a salir a la calle, sin demostrar inquietud alguna.

— ¿Conoce usted a esa mujer? — le pregunté al policía que me daba estos detalles.



Supu que había estado en la tienda una señora joven.

— No, señor. Los que la vieron manifestaron que tenía el porte extranjero.

Aquello no tenía nada que ver con el suceso que tanto me preocupaba y descarté a la señora de los recelos que abrigué al principio. De seguro era una de las muchas personas que acudían al establecimiento para desprenderse de alguna joya o para adquirir un objeto de arte creyendo que allí lo encontraría por poco dinero. En el lugar del suceso encontré a algunos reporteros que iban de un lado a otro buscando informes y a numerosos curiosos que observaban con el mayor silencio.

La única arma de fuego que se disparó pertenecía a Vollet, pero la bala, de un calibre algo mayor, se atascó en la boca de la vieja pistola. Toda la vecindad convino en que sólo se había oído un disparo. Aunque el suelo estaba salpicado de sangre, no había huellas del vendedor de antigüedades. La habitación que utilizaba como comedor y dormitorio estaba convertida en una verdadera ruina.

Dos personas nos dijeron haber visto salir corriendo de la tienda a tres hombres, dos de los cuales llevaban a otro como muer-

to. El tercero empuñó el volante de una camioneta en la que se alejaron los cuatro. Según observaron nuestros agentes, de la tienda no había desaparecido ningún artículo, pues los ladrones se limitaron a saquear la habitación que servía al anticuario de dormitorio y comedor.

Así, pues, todos los detalles del crimen parecían acusar a los ratas de los pantanos. A juzgar por la cantidad de sangre, hubo un verdadero combate al arma blanca. Además se habían llevado a su víctima aun después de haberse dado la alarma. Los merodeadores estudiaron de antemano las costumbres del viejo y el terreno en que se disponían a trabajar. La cantidad de dinero que se llevaron nadie la sabía.

Yo tenía que trabajar en vista de estos hechos. Un agente me indicó que la vieja camioneta en que los bandidos escaparon había sido conducida a la Jefatura desde las afueras de la ciudad donde la encontraron. El *tonneau* todavía estaba manchado de sangre. Se suponía, pues, que trasladaron a su víctima a un bote.

Aun después de marcharse los demás detectives y los reporteros, yo me quedé allí para hablar con alguien que hubiese conocido a Vollet o le hubiera tratado íntimamente. Y como viera a una anciana que andaba de un lado para otro demostrando que conocía la casa, me decidí a preguntarle:

— ¿Trataba usted al señor Vollet?

— Sí, señor; desde hace tiempo — me contestó con una mezcla de inglés y francés.

— ¿Tenía parientes?

— Una hija que se marchó hace muchos años, según creo, para casarse.

— ¿Y a dónde fué?

— En este momento no recuerdo; pero era así como... como... no recuerdo el nombre.

Yo le nombré algunos pueblos de la Luisiana, pero la pobre mujer se encogía de hombros demostrando que nunca los había oído.

— ¿Opelousas? — dije al fin.

La anciana se animó y repitió:

— ¡Opelousas, *oui, oui!*

— ¿Sabe usted si el señor Vollet recibía correo?

— No, señor.

Entonces me volví a la tienda de antigüedades para examinarla. Había un policía de guardia. Allí estudié curiosos objetos grabados en hueso y en marfil, procedentes de China, numerosos relojes suizos con despertador de complicada maquinaria, encajes y brocados, barcos y tallas, todo aquello, en que Francisco Vollet comerciaba.

En un estante lleno de curiosidades heterogéneas vi un lugar vacío, cosa que me llamó la atención por lo raro, pues no había en toda la tienda otro sitio desocupado. Subí sobre una silla antigua, bastante insegura, y examiné el estante. Observé que allí había habido un objeto de superficie plana, de unas cuatro pulgadas de ancho. Por la gruesa capa de polvo que lo rodeaba y por lo relativamente limpio que estaba el espacio que ocupaba, deduje que debió de permanecer allí mucho tiempo.

Aquel detalle no tenía nada de particular, porque Vollet podía haber vendido el objeto en cuestión, olvidándose de reemplazarlo por otro cualquiera. Sin embargo, el instinto me dijo que convenía averiguar qué objeto era el que estuvo allí. El estante sólo se usaba, al parecer, para guardar objetos que no interesaban a los parroquianos.

Hice otra visita a la vieja. Tal vez



— ¿Qué haremos con él? — preguntó Palmer.

recordase el objeto que ocupó aquel lugar vacío del estante. Me acompañó de buena gana, deseosa de contemplar el lugar en que ocurrió el misterioso robo.

— ¿Sabe usted, por casualidad, qué solía haber aquí? — le pregunté señalándole el lugar vacío.

Hizo un esfuerzo para recordar. Miró alrededor de la tienda y de repente, con los ojos iluminados, dijo con aplomo:

— Un barco dentro de un fanal de vidrio.

— ¿Sabe usted si quería venderlo?

— No lo sé, pero me parece recordar que perteneció a su hija antes de casarse.

— Y ¿cómo lo adquirió?

— Creo que se lo regaló un marinero que fué novio suyo.

— ¿Se casó con el marinero?

— *Non, non.* El viejo Francisco no quiso consentir aquel noviazgo.

— ¿Observaba el marinero mala conducta?

— No lo sé, porque apenas si llegué a verle.

— ¿Le quería la hija del anticuario?

— Tampoco lo sé... pero el señor Vollet no podía verle ni en pintura.

— ¿Presenció algún altercado entre el viejo y el marinero?

— No uno, sino varios, mas siempre el señor Vollet acababa por ponerle de patitas en la calle.

— ¿Y desde cuándo no volvió a presentarse el novio desairado?

— Desde que la joven desapareció de su casa.

— ¿Y está usted segura de que no se fué con él?

— Segurísima, sí, señor.

Continué despertando la memoria de la vieja, pero poco más pude averiguar. Los informes que me dió, inútiles al parecer, habian, sin embargo, de tener gran influencia en los sucesos posteriores.

Me fuí a hablar con el jefe y luego me dirigí a Opelousas en busca de la hija de Francisco Vollet.

Como a nadie había referido nada de su vida ni de su persona, tardé tres días en encontrarla.

Su casita no menos que el cuidado jardín contiguo acreditaban el gusto artístico de su dueña. Casada con un obrero de una fábrica de tejidos, tenía de él dos hijos.

Llamábase María d'Altoi, pues su marido, como muchos habitantes de aquel pueblo, era de origen francés.

Me presenté como portador de malas noticias, pero sin darme a conocer como detective.

— ¿Qué ocurre? — me preguntó la joven con algún recelo.

— ¿Qué sabe usted de su padre?

— Nada; ni mi esposo ni yo nos tratamos con él.

— Pues han asaltado su casa y le han robado.

— ¡Oh!...

— Y no es eso lo peor, sino que ha desaparecido y se teme que haya sido asesinado. En fin, sus huellas no aparecen por ninguna parte.

La joven no pudo dominar un estremecimiento de horror; mas al instante se repuso y continuó:

— No he vuelto a verle desde que salí de mi casa — dijo mirándome con los ojos extremadamente abiertos. — El no me quería.

— ¿Por qué?

— Lo he ignorado siempre.

— ¿Y usted le tenía cariño?

— Se lo hubiera tenido seguramente si él me lo hubiese permitido.

Después de una corta pausa volvió a decir:

— ¿Y cómo ha podido usted encontrar mi casa?

— He preguntado a varios vecinos y al fin he dado con ella.

— Gracias por su interés.

— ¿Trabaja su esposo?

— Sí, señor — me contestó mientras acariciaba a sus dos pequeñuelos que se habían cogido a su falda.

— Me consta — continué — que la policía sigue buscando a los criminales; y es casi seguro que vendrán aquí para que usted les suministre detalles, y sea su acción más segura.

— Perderán el tiempo... yo no les podré ayudar — manifesté tranquilamente.

— ¿Su padre era rico?

— Ahorró mucho, por lo menos.

— Una vieja de la calle Real me habló de usted. Me dijo que los ladrones se habían llevado una cosa que le pertenecía a usted cuando estaba en su casa. Creo que se trataba del modelo de un buque.

— Sí, ya me acuerdo. No valía nada.

Fijándome en sus ojos me convencí de que hablaba con sinceridad. Por esta razón decidí poner las cartas boca arriba.



El gesto de La Rocque indicaba bien a las claras que me cortarían el cuello y luego me enterrarían en el lodo.



— Antes de casarse, tenía usted un novio marino, ¿no es verdad?

— Sí — respondió sobresaltada, — pero...

— ¿Fué él quien le dió aquel modelo de buque?

— Sí, señor.

Entonces le mostré mi insignia.

— Soy detective — continué. — No quise decirselo hasta estar seguro de su sinceridad.

Entonces me refirió la historia de su noviazgo con el marino. Cuando le describió, y sobre todo cuando me mostró un descolorido retrato en el que estaba sentado al lado de un bote, me convencí plenamente de que era Pynn, el lugarteniente de Jaime La Rocque. Sólo que entonces se llamaba Palmer.

— No estuvo mucho tiempo en Nueva Orleans — dijo la joven con voz fatigada. — Siempre se ausentaba para ir a las Indias Occidentales, o a la América del Sur.

Le di las gracias por sus noticias y me volví a Nueva Orleans.

Di cuenta del resultado de mi viaje al jefe Long y le bosquejé mi plan.

— Ha tenido usted una buena idea, Dunn — me dijo aprobándolo.

De acuerdo con el plan formado me compré unos trajes

Hecha una señal de aprobación, dejé caer mi equipaje sobre la cubierta.

— A ver los papeles — imperó extendiendo su manaza roja.

— Los he perdido — mentí.

El piloto se alejó gruñendo. Me volví para mirar a Pynn, que estaba apoyado en la barandilla vigilando sin duda la posible aproximación de algún detective.

Me acerqué a él llevando la pipa en la mano.

— ¿Tienes tabaco, compañero? — le pregunté.

Palmer me miró con indiferencia.

— ¿No me has oído? — insistí.

— No tengo ganas de hablar — dijo al fin mirándose con cara de pocos amigos.

— Y yo tengo muchas, muchas de fumar — contesté tomándolo a broma. — Estoy sin un cuarto.

— ¿Y a mí qué me importa?

— Es que una vez en la Habana, tendré dinero.

— ¿Qué dices? — preguntó codicioso.

— Que tendré bastante dinero.

Entonces me alargó un paquete de tabaco, demasiado caro para que lo fumase un simple marino.

— Hace más de un año que no he navegado — le dije mientras cargaba la pipa, concienzudamente. — ¿Y sabes por qué?

TODO fué obra de un momento. Tres de aquellos hombres se arrojaron sobre mí, sin que yo opusiera la menor resistencia, pues de otro modo no hubieran tardado en degollarme como a un cordero.

usados de marino y me pinté los brazos y el pecho con una solución capaz de darme el aspecto de estar curtido por la intemperie. Cuando me dirigí a la calle del Canal, cerca de los diques, parecía un marino hecho y derecho. Sin embargo, dije la verdad en las agencias de vapores, porque necesitaba su auxilio en la misión que iba a desempeñar.

Ante todo quería averiguar a dónde se dirigía después de cometido el robo un hombre que respondía a la descripción de aquel Palmer o Pynn. Por el conocimiento que tenía de los marineros y por la indicación que me hizo la hija de Vollet, deduje que, en cuanto había peligro, Palmer se dirigía instintivamente al mar. Además, después de haber recibido la parte del robo que le correspondía, sentiría un gran deseo de gastar dinero, lo cual constituye otra debilidad de los marineros. También tuve en cuenta que no se atrevería a permanecer en Nueva Orleans más de lo estrictamente necesario por temor a las investigaciones de la policía.

En cuanto a los otros, era posible que se hubiesen ocultado en sus escondrijos o que, después de haberse librado del cadáver de su víctima, se hubiesen separado para marcharse a otras ciudades, cada uno por su lado, para vivir en grande mientras les durase el dinero. Y luego, seguramente volverían a reunirse para organizar otra expedición, conforme hicieron en otras ocasiones, a pesar de que nunca pudimos cogerles con las pruebas necesarias de sus delitos.

Fuí de un buque a otro observando a las tripulaciones con la mayor atención y especialmente a las de los barcos que se dirigían a algún puerto del sur. Averigüé que un barco frutero, que saldría aquella misma mañana, acababa de contratar la tripulación para un viaje a la Habana. Me pareció que aquella sería la mejor oportunidad para el hombre que perseguía, pues no había otro lugar más apropiado para quien, disponiendo de dinero abundante, deseaba marcharse de Nueva Orleans.

Al llegar al buque, busqué al primer piloto. Cuando me acercaba para hacerle unas preguntas discretas, entraron algunos hombres y entre ellos reconocí a Palmer.

Sin prestarle ninguna atención, seguí acercándome al piloto.

— ¿Embarca usted hombres? — pregunté con rudeza.

— Ya tenemos nuestra tripulación — contestó mirándome.

— Aunque es fácil que alguno deje de presentarse. Si quiere usted venir, firmaremos un contrato.

— No.

— Porque en tierra tenía mejores negocios.

— ¿De modo que tienes dinero en la Habana?

— Sí; pero no lo sabe ningún agente de los Estados Unidos

Palmer sin demostrar el interés que le causaban mis palabras, siguió tranquilo sin hacer comentario alguno. Sin embargo, yo tenía esperanzas de captarme su confianza durante el viaje.

AL amanecer emprendí el viaje, porque, como se temía, a última hora faltaron algunos de los tripulantes, tal vez por haberse extraviado en Nueva Orleans o por haber olvidado el compromiso contraído en el buque.

Durante la travesía logré entablar amistad con Palmer.

En la Habana pude separarme de él el tiempo suficiente para telegrafiar al jefe, rogándole que, a fin de impresionar a mi amigo, me mandase una buena cantidad de dinero. En pocos días lo derrochamos.

Cuando de nuevo empezamos a navegar contra la corriente del Missisipi con rumbo a Nueva Orleans, le sugerí esta idea:

— ¿Te parece que trabajemos juntos? Tengo buenos golpes preparados, pero dos cabezas son siempre mejor que una.

— No quiero saltar a tierra — contestó. — El clima de Nueva Orleans no me sienta bien. Tú vete. Tal vez puedas empezar a trabajar.

Palmer abrió un saco donde metió varias prendas. En su interior pude ver un paquete bastante grande, envuelto en periódicos. Por un agujero de la envoltura me pareció distinguir un objeto de cristal.

— ¿Sería el modelo de buque que hubo en el estante de la tienda de antigüedades?

Una vez en el puerto, nos pagaron. Palmer subió a un bote bastante viejo provisto de motor, que apareció entonces en el puerto. Como no tuve tiempo de telefonear a la Jefatura, seguí a Palmer a la embarcación. Había en ella tres individuos mal vestidos de fiero aspecto que recelaron de mí.

— No hay cuidado — dijo Palmer para tranquilizarles. — Y si a alguno de vosotros no le gusta, que me lo diga.

— No hay necesidad — dije persuadido de que cuanto más criminal les pareciese, más me honrarían en su compañía.

Uno de ellos, entre maldiciones y palabrotas se esforzaba sin resultado en poner en marcha el motor.

— ¡Demonio! — exclamó Palmer impaciente y preocupado.

— ¿No puedes ponerlo en marcha?
El compañero le contestó con una blasfemia y se acercó de nuevo al motor, en tanto que Palmer iba por la cubierta murmurando entre sí y dando puntapiés a todo cuanto se le ponía por delante.

Al fin el motor se puso en marcha con un estrépito formidable que inmediatamente cesó para adquirir un movimiento rítmico. La embarcación navegaba sin luces. El timonel debía de tener ojos de gato. Palmer se echó a dormir sobre un banco junto a la borda. Yo me recliné a su lado, pero continué despierto.

Algo después de las doce de la noche cruzamos con el faro encendido una estrecha corriente tributaria del río. Durante más de una hora el bote avanzó con lentitud por la tortuosa corriente. La aventura no me resultaba nada agradable. Cuando alguien hablaba lo hacía en tono gutural. El haz luminoso del faro parecía hacer más negra la oscuridad de la noche. La atmósfera estaba cargadísima con emanaciones de vegetación putrefacta y de cosas muertas.

— Al pelo — exclamó el timonel de pronto.

Yo me sotresalté. Calló el motor. El bote se deslizó como una serpiente entre plantas acuáticas. Y de pronto nos encontramos en un pequeño lago.

A no mucha distancia divisé las luces de unas linternas. Nuestro maquinista impelía la embarcación con una pértiga. Palmer se incorporó. Al volverme observé una extraña expresión en su semblante. Atracamos junto a una especie de embarcadero donde la lancha quedó amarrada.

— ¡Eh, Jaime! — exclamó Palmer dirigiéndose a un hombre fornido, casi gigantesco, que avanzaba hacia nosotros.

El aludido se acercó más y Palmer continuó:

— Mira lo que te traigo.

Y diciendo esto me empujaba hacia el gigantón, en el cual pude reconocer a La Rocque.

— ¡Valiente regalo! Una boca más — dijo bárbaramente el compañero.

— ¿Pero no le reconoces?

— ¿Qué diablos quieres que reconozca yo a estas horas y con esta luz?

— Te creí hombre de más memoria.

— Pero...

— Sí, hombre. Es Dunn, el policía de Nueva Orleans.

Yo mismo me había metido en la boca del lobo, y al querer tomar una resolución extrema como aconsejaban las circunstancias, el puño de Palmer me golpeó con tal violencia que, perdiendo el equilibrio, fui a parar al suelo.

Todo fué obra de un momento. Tres de aquellos hombres se arrojaron sobre mí, sin que yo opusiera la menor resistencia, pues de otro modo no hubieran tardado en degollarme como a un cordero.

Sin moverme del sitio donde había ido a parar, procuré defenderme con palabras.

— Palmer — exclamé del modo más natural que pude.

— Estás confundido y no sabes lo que dices.

El bandido soltó una estrepitosa carcajada.

— ¿Pero te figuras que estabas tratando con un tonto. Vamos, eres más animal de lo que yo me había pensado. Has de saber, imbécil, que te reconocí el mismo día que te presentaste a bordo.

Dicho esto, me registraron, me quitaron la pistola y el mismo Palmer se encargó de amarrarme los brazos.

— ¿De modo que te ha acompañado a la Habana? — preguntó La Roque en tono de chunga.

— Ya lo creo; y nos hemos divertido mucho con el dinero que le enviaba su jefe.

(Continúa en la página 93.)

— ¿Pero no te has dado cuenta de que ya no eres más que una miserable piltrafa?



La GUILLOTINA

DATOS HISTÓRICOS SOBRE SU INVENCION Y FUNCIONAMIENTO

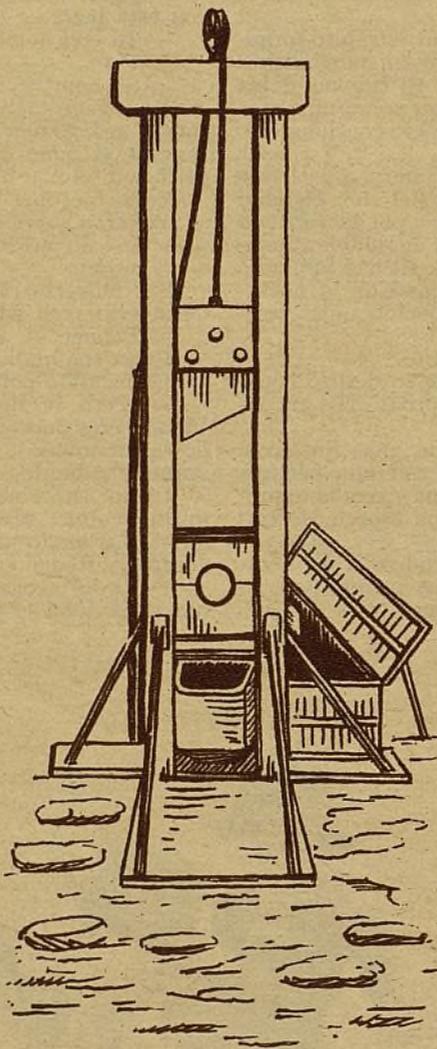
Entre el número infinito de instrumentos de suplicio que, en el transcurso de la Historia, ha concebido el ingenio humano, ninguno habrá seguramente que provoque el horror y la repugnancia que instintivamente produce la sola evocación de la *guillotina*.

Y, sin embargo, por más que el macabro destino de esta máquina haga suponer que nació a impulsos del odio sanguinario y del afán de venganza que tanto caracterizan la turbulenta época de su aparición, lo cierto es que la invención de la guillotina respondió más a un verdadero sentimiento de humanidad que al feroz ensañamiento contra la odiada nobleza.

Lo mismo que en todas las naciones de Europa, la pena de muerte se aplicaba en Francia, durante el reinado de los últimos Luises, con bastante frecuencia y de distinta manera, según la clase social a que pertenecía el reo y la especie del delito que se castigaba. Si el condenado era noble, moría decapitado; si plebeyo, sufría el infamante suplicio de la horca; los magos y hechiceros purgaban su delito en la hoguera, y a los grandes criminales se les reservaba la rueda y el descuartizamiento.

Las numerosas y sangrientas ejecuciones que se llevaron a cabo durante las borrascosas jornadas de la Revolución francesa — principalmente de personajes nobles, entre los que abundaban las mujeres y los niños — indujeron a un médico francés, el doctor Guillotin, a presentar a la Asamblea Constituyente, en 1789, un proyecto de decapitación a máquina, cuya finalidad era evitar en lo posible al reo la ocasión de sufrimiento, al mismo tiempo que sirviese para la ejecución de todos los condenados a la última pena sin distinción de clases ni de delitos.

La Asamblea no prestó, de momento, gran atención a la máquina, pero su autor insistió al año siguiente y, después de ensayar su funcionamiento con cadáveres y animales, logró que fuese aprobada. Guillotin construyó su máquina inspirándose en otra por el estilo, ya



existente en el siglo XVI. La primera guillotina tenía la cuchilla de filo horizontal, la cual substituyó el doctor Louis por la de forma oblicua, que actualmente conserva. De aquí que en un principio se llamase *louisette* al artefacto que más tarde se llamó *guillotina*, del nombre de su presunto inventor.

Este tétrico instrumento de patíbulo — usado aún en Francia y en alguna otra nación europea — apenas difiere del modelo que presentó Guillotin. Consiste en dos montantes paralelos de 2,80 metros de altura, que se levantan sobre dos maderos colocados en el suelo en forma de cruz. Entre los dos montantes desciende la cuchilla, sujeta a una pieza de plomo que pesa 60 kilogramos. Colocadas entre los montantes, a la altura de un metro aproximadamente, se hallan dos piezas verticalmente opuestas, de

las que sólo la superior tiene movimiento de arriba abajo. Como ambas piezas presentan una hendidura de semicírculo, al juntarse forman un perfecto orificio circular, llamado *lunette*. El reo se coloca sobre una plancha móvil, denominada *báscula*, de modo que el cuello le quede sujeto por la *lunette*.

La ejecución se lleva a cabo al soltar el verdugo la cuerda — hoy substituída por un resorte mecánico — que sujeta la cuchilla; ésta, al quedar libre, cae rápidamente por su propio peso y, con una seguridad aplastante, le separa al reo la cabeza del tronco sobre la cuarta vértebra cervical. La cabeza cae en un recipiente colocado al pie de la *lunette* y el cuerpo es arrojado en una cesta forrada de cinc, situada al lado de la báscula.

Para darse cuenta de la rapidez de la ejecución, basta considerar que el esfuerzo que realiza la cuchilla al caer desde la altura de 2,80 metros con su peso de 60 kilogramos, es el mismo que realizaría un cuchillo de 16,800 kilogramos cayendo desde la altura de un centímetro. La duración de la caída está exactamente calculada en tres cuartos de segundo. La muerte, pues, es instantánea.

La guillotina funcionó por primera vez el 27 de mayo de 1792, decapitando a un salteador de caminos. Desde aquella fecha ¡cuántas han sido las vidas segadas por su cuchilla fatal, que ha mezclado la sangre del noble aristócrata con la del más repugnante facineroso! Su silueta ha dejado en la Historia de la Humanidad una sombra fatídica que causa a la vez repugnancia y miedo, sobre todo al recordarnos que, durante la época del Terror, estuvo constantemente levantada en la Plaza de la Grève, de París, dispuesta a satisfacer en cualquier momento el odio y la venganza que encendía la Revolución.

Bajo su filo rodaron la testa coronada de Luis XVI y la humeante de sangre de Robespierre. Y aun se ha dicho que, por amarga ironía del Destino el propio Guillotin pudo comprobar en sí mismo la fatalidad de su invento...

La NOVELA partida en DOS

primer concurso organizado por

GRAN PROYECTOR

para acertar el final de

EL ROBO DE LOS CIEN MILLONES DE RUBLOS

bajo las
siguientes
bases

1.^a El presente concurso se planteará y resolverá durante los meses de junio, julio y agosto. Y en adelante de dos en dos meses se irán planteando otros concursos a base también de acertar el final de La novela partida en dos.

2.^a El autor ha dividido en dos partes el relato de su trama novelesca, titulada, en este primer concurso, El robo de los cien millones de rublos. En la primera parte — que publica GRAN PROYECTOR en la página 57 — sienta los puntos esenciales del argumento y corta el autor el relato dejando las cosas de tal forma, que la trama ya expuesta admita sin esfuerzos diversas soluciones.

3.^a El lector debe remitirnos la solución que, a su juicio, crea más apropiada. Bastará para ello una cuartilla — escrita a ser posible a máquina — en la cual ate los cabos sueltos del relato y dé «su» final a la breve novela.

Pero no debe hacer literatura, sino limitarse a decir lo que sea necesario para comunicarnos sencillamente su solución.

4.^a Al entregarnos esta primera parte de El robo de los cien millones de rublos, Angel Marsá ha depositado en la Gerencia de GRAN PROYECTOR — dentro de un sobre cerrado y lacrado — «su» segunda parte.

5.^a GRAN PROYECTOR publicará la solución del autor en el número correspondiente al mes de agosto del presente año. El lector debe enviar su solución antes del 15 de julio, por correo y con la indicación en el sobre de «Para el concurso La novela partida en dos».

6.^a GRAN PROYECTOR premiará en cada una de estas competiciones con ciento cincuenta pesetas al concursante cuya solución coincida con la que le dé el autor. Sin embargo, como no está en el ánimo de la Gerencia de GRAN PROYECTOR declarar desierto ninguno de

estos concursos, en el caso de que no se dé aquella coincidencia, el premio se adjudicará al concursante cuya solución tenga más puntos de contacto con la original del autor. Y en el caso de que hubiera varios en las mismas condiciones, el premio se sorteará entre ellos.

7.^a El resultado de cada concurso se dará a conocer en el mismo número en que se publique la solución del autor.

8.^a Por cada una de las soluciones que se acierten en estos concursos se concederá un punto. Y los tres concursantes que en la fecha del primer aniversario de GRAN PROYECTOR reúnan mayor número de puntos, recibirán — según su puntuación — los tres premios siguientes:

- 1.º 500 pesetas en metálico.
- 2.º Una magnífica bicicleta marca «Quillet» o bien una lujosa gramola.
- 3.º Una «Enciclopedia Columbus», cuyo precio es de 180 pesetas.

En el caso de que en este «concurso anual» resulten con igual puntuación dos o más concursantes, el empate se resolverá asimismo por medio del sorteo.

9.^a No se mantendrá correspondencia acerca de los fallos e incidencias de estos concursos.

10.^a Toda solución deberá venir necesariamente acompañada del cupón que para este concurso de La Novela partida en dos publicamos a continuación.

Gran Proyector

destina 2,000 pesetas en metálico y en objetos valiosos y útiles para sus concursos anuales

Ejercita, lector, tu ingenio y podrás llegar a ganarlas

En el actual concurso, por ejemplo, de

LA NOVELA PARTIDA EN DOS

¿qué solución te darías al enigmático relato de Angel Marsá

EL ROBO DE LOS CIEN MILLONES DE RUBLOS

Tienes un caso misterioso en que se ha cometido en Leningrado, el doble crimen de robo y asesinato; sabes que los autores y cómplices, con el botín a cuestas, han embarcado en un transatlántico con rumbo a Nueva York; has presenciado cómo, ya en el puerto de Nueva York, han arrojado al mar, desde la borda del tr. sat'ántico, a una hermosa joven humildemente vestida; has visto cómo, inopinadamente, la ha salvado un detective ruso cuando se dirigía al buque para dar con la pista de los criminales rusos...

¿Quién crees que robó y asesinó?...

¿De quién se valió como cómplice?...

¿Por qué se intentó asesinar a una muchacha que parece ajena al crimen cometido en Rusia?...

Lector, aquí es donde tu ingenio puede hacerte ganar las 2,000 pts. que destinamos para premios

VALE

para tomar parte en el concurso de
La Novela partida en dos
organizado por

GRAN PROYECTOR

dando solución a la novela
de Angel Marsá titulada
EL ROBO DE LOS CIEN MILLONES DE RUBLOS

USTED SABE...

por las informaciones de la prensa diaria, que ha sido cometido un crimen sangriento, que se ha descubierto una quiebra fraudulenta, que existen grandes asociaciones de malhechores, que la policía moderna dispone de grandes medios para la represión de la delincuencia....

PERO USTED IGNORA...

cómo es el mundo de pasiones y miserias que se agita alrededor de los protagonistas de un delito de sangre; cómo extienden sus tentáculos las bandas internacionales de los que viven fuera de la ley; en qué forma se plantean las estafas y los *craks* escandalosos; de qué manera se propagan los grandes azotes de la sociedad moderna, tales como la trata de blancas y el contrabando de drogas heroicas; cuál es la formidable organización y manera de actuar de los centros policíacos de los estados más avanzados...

Todo esto lo encontrará en las páginas de la gran revista semanal impresa en huecograbado

PROYECTOR

Reportajes sensacionales de todo el mundo

Los mejores y más ágiles reporters de España y del extranjero informarán al público, cada sábado, por medio de PROYECTOR, de los hechos más palpitantes de la actualidad mundial y, asimismo, revelarán al lector ciertos

SECRETOS SENSACIONALES

que mantiene ocultos la tela de araña de los intereses creados.

PROYECTOR, publica, además, en forma de folletín encuadernable, la interesante obra

Los Grandes Procesos de la Historia

y el no menos interesante, original y sugestivo concurso titulado

LA NOVELA PARTIDA EN DOS

con importantes premios en metálico y en objetos valiosos.

DE VENTA EN TODOS LOS QUIOSCOS



**Cada sábado
20 céntimos**

SOLICITE UN NÚMERO DE MUESTRA A

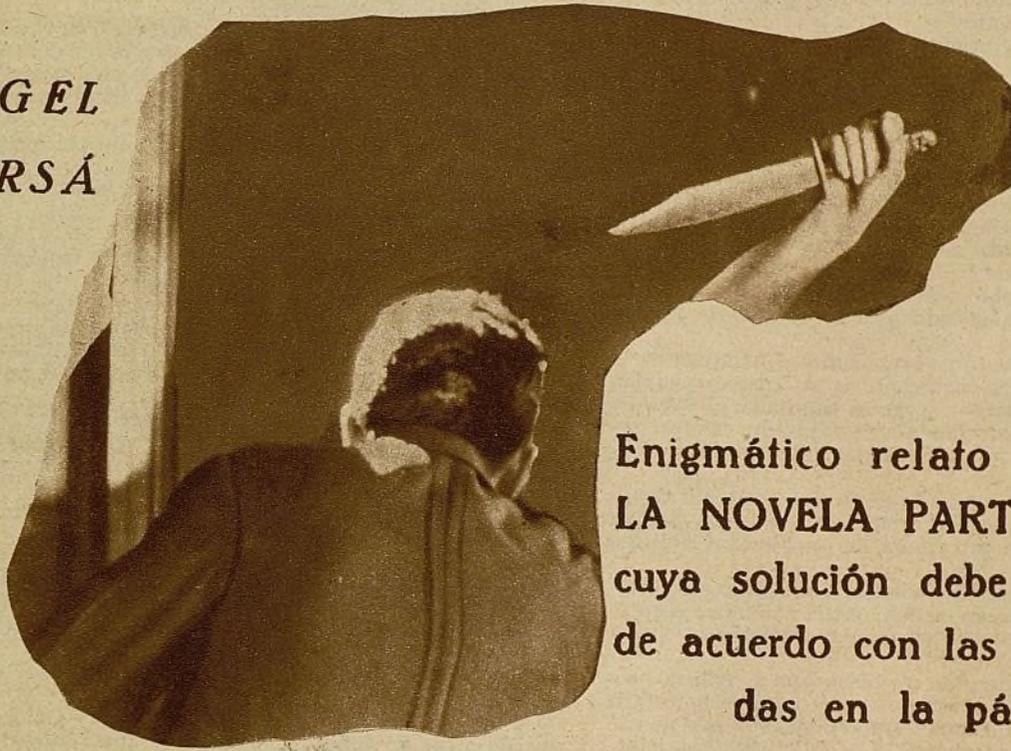
Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Calle Diputación, 211. — BARCELONA

Librería "El Hogar y la Moda"
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

El ROBO de los Cien Millones de RUBLOS

por

ANGEL
MARSÁ



Enigmático relato del concurso
LA NOVELA PARTIDA EN DOS
cuya solución debe dar el lector,
de acuerdo con las bases publica-
das en la página 55

SONÓ varias veces el toque de la campana de a bordo. Señales de maniobras y, por fin, la orden de que parasen las máquinas.

Un trasatlántico de gran porte deslizóse aún, casi insensiblemente. Cinco minutos después, la enorme mole quedó inmóvil en el antepuerto.

La noche caía en densos jirones de sombras sobre el muelle. El agua — acero fundido — rielada de reflejos lejanos, era como un gran campo sembrado de luces.

A quinientos metros se erguía la Libertad iluminando al mundo. En realidad, apenas si iluminaba una zona del puerto de Nueva York; pero como símbolo no estaba mal.

El cielo, color de tinta de estilográfica, también empezaba a encender sus luces propias.

Recostada sobre la borda de babor, cercana a la proa, una mujer humildemente vestida, miraba un punto lejano. En seguida se echaba de ver que era una joven perseguida, esa joven bella y desgraciada que asoma al principio de todas las novelas de aventuras y de todas las películas de series.

No lejos de ella, un hombre, con un gorro peludo, que le daba un sombrío aspecto de fiereza, se le iba acercando con paso cauteloso.

Vestía el desconocido el traje característico de los emigrantes rusos, y en sus facciones — verde aceituna, pómulos salientes — adivinábase una dilatada expresión de ansiedad y de odio. ¿Era el traidor, ese traidor que asoma después de la joven perseguida, al principio de todas las novelas de aventuras y de todas las películas de series?

Sus ojos, pequeños, apretados, eran astutos, y esa astucia, como una flecha, se proyectaba casi corpóreamente sobre la desprevenida muchacha.

Con elástica lentitud, con cautela pavorosa, fué acortando la distancia que le separaba de su presa inminente.

Los ojos del misterioso emigrante se redondeaban. Su boca, sumida y ancha, parecía dispuesta a morder.

Había cerrado la noche por completo. Era la hora propicia al asesino. Aquel silencio confidencial invitaba al delito... Aquella hora le daba sazón al crimen. De noche, y en el mar, el crimen sale siempre sazonado.

Una quietud vibrante, llena de tantos rumores apagados, envolvía al siniestro desconocido y a su futura víctima.

El enorme trasatlántico, como un pueblo en día de romería, parecía desierto. Todos sus habitantes estaban en la romería, una romería insospechada, pero cierta. A bordo se esperaba la visita de los empleados de sanidad, encargados de decretar la entrada del buque, limpio de toda infección.

Hasta el vigía había abandonado su atalaya. Sólo el canto monótono de un grumete asomaba de vez en cuando, taladrando el silencio como un berbiquí musical.

Sin duda alguna aquél era el momento del crimen, y así el autor del hecho no iba a resultar el hombre, sino el momento.

Por eso, como obediendo a un resorte — el resorte de la hora criminal —, aquel desconocido se irguió con una maravillosa elasticidad, con un movimiento rápido y brusco de felino, y dando un formidable salto de tigre — tan Douglas Fairbanks —, se arrojó sobre la joven.

Fué un instante. La víctima ni tiempo tuvo de lanzar un grito.

La hoja de un puñal, en violento zigzag, reverberó junto a la cabeza blanca de la muchacha; luego dibujó un descenso rapidísimo y fué a hundirse en el busto breve, de virgen de retablo primitivo, de la confiada joven.

Un momento después, su cuerpo, levantado en vilo por el desconocido, fué lanzado al abismo de sombras de las aguas negras, cayendo a pocos pies del costado del buque y hundiéndose rápidamente en un tímido torbellino de círculos oscilantes.

HORAS antes, cuando el trasatlántico en que se desarrolló el crimen — ese crimen de la hora criminal — hallábase aún en alta mar, en el despacho del jefe superior de la policía secreta de Nueva York celebrábase una importante entrevista.

El jefe estuvo más de dos horas encerrado en su despacho con el primer inspector del Cuerpo.

En la antesala había un hombre joven, de aspecto enérgico y varonil, que estaba leyendo ávidamente un periódico, mientras sacaba grandes bocanadas de humo de una pipa panzuda, una de esas pipas que no pueden ser más que pipas de detective.

Este hombre, que vestía un holgado traje de dril a grandes cuadros, tenía todos los rasgos característicos de la raza eslava.

— Iván — díjole el primer inspector, saliendo —. El jefe le necesita a usted. —

Pasó al despacho. Era una vasta sala rectangular, un despacho claro, situado en el piso treinta y siete de un descomunal rascacielos, con una ancha ventana abierta sobre todos los tejados neoyorkinos.

En todas las películas norteamericanas se ven despachos como aquél.

Era un despacho lleno de sagacidad detectivesca, diríase que alfombrado de astucia policíaca. Los pasos sonaban a hueco. Encima de una enorme mesa llena de papeles había un montón de pistolas relucientes.

El jefe puso a Iván al corriente, en muy pocas palabras, de lo que se trataba.

Hacia poco tiempo que en Leningrado — esta capital de nombre revolucionario, inventada por la revolución rusa, que parece el grado máximo dado a Lenin —, se había cometido un asesinato, acompañado de robo — cien millones de rublos oro — y se tenían fundadas sospechas de que el ladrón y asesino, en unión de sus cómplices y con el botín a cuestas, tomaron pasaje en determinado vapor que debía llegar al puerto de Nueva York de un momento a otro.

El hecho era el siguiente:

Un Comisario del Pueblo, encargado de la Tesorería del Soviet de Leningrado, había sido asesinado misteriosamente en su despacho oficial.

Ni los camaradas que en aquel momento se hallaban en la oficina ni la Guardia Roja encargada de su custodia habían advertido nada. Sin embargo, apareció saqueada el arca de caudales, habiendo desaparecido varios fajos de valores que ascendían a la enorme suma de cien millones de rublos oro.

Dicha cantidad había ingresado en la Tesorería del Comisariado del Pueblo, procedente de una entrega hecha por un grupo financiero yanqui como canon de explotación de unos yacimientos de platino.

De momento no se detuvo a nadie en Leningrado, por carecerse de toda pista. Pero luego se tuvo noticias de que los autores del hecho habían logrado embarcar con rumbo a Nueva York.

Tales fueron las confidencias recibidas por la policía neoyorkina. Tan interesado en el esclarecimiento del hecho estaba el Gobierno de los Soviets como el grupo financiero que aportó la cantidad. En las altas esferas políticas de Washington había un decidido empeño en descubrir a los audaces criminales.

IVÁN, ruso de nacimiento, hacía algunos años que vivía en Norteamérica y prestaba sus servicios como detective en la policía secreta yanqui, donde se distinguía por su valor, realmente temerario.

Por eso, por ser el único de los detectives que tenía el idioma ruso como nativo, fué elegido para perseguir y capturar a los bandidos.

En un momento, una vez recibida la orden, Iván trazó un plan, pensando varias estratagemas audacísimas para apoderarse del ladrón y de los cien millones de rublos oro.

Los detectives parece que tengan un gran almacén de estratagemas para todos los usos, y así, en cuanto se les plantea un caso, en seguida echan mano de la estratagema correspondiente para dar con los delincuentes.

Comenzó por disfrazarse de emigrante ruso, y una vez adoptado el tipo, con esa rara perfección que sólo los detectives poseen para adoptar todo género de disfraces, se fué hacia uno de los muelles, donde tenía la certeza de hallar lo que necesitaba para poner en marcha su plan y su estratagema.

En efecto. A la media hora escasa de haberse separado del jefe, ya Iván había alquilado una gasolinera, que desamarró en dirección a Sandy-Hoole. A los cinco minutos divisaba el gran trasatlántico objeto de sus pesquisas.

La gasolinera se fué acercando lentamente, hasta colocarse a menos de media milla del enorme buque.

Entonces, lanzaron al mar un pequeño bote de remo, en el que se acomodó Iván solo para poder llevar a la práctica la estratagema ideada, que consistía en acercarse sigilosamente al costado del barco, echarse al gua y pedir desesperadamente auxilio.

Calculaba Iván que al pedir socorro le prestaría auxilio la dotación del trasatlántico y al llevarlo sobre cubierta no verían en él sino a un emigrante que se había caído al mar, cosa que ocurre con alguna frecuencia.

Desde luego contaba con las maldiciones de la marinería; pero, ¿qué le importaba eso, si conseguía llevar a cabo su plan y estar en condiciones de inspeccionar cuidadosamente y husmear su presa, sin que nadie se ocupara de él ni le molestara con preguntas impertinentes?

De esta manera quizás llegaría a coger a los que buscaba.

Un acontecimiento imprevisto debía, no obstante, echar por tierra los planes del detective.

EN el preciso momento en que Iván llegaba con su bote al costado del buque, una forma humana se precipitó desde la cubierta al mar, yendo a caer a dos metros del bote y sumergiéndose rápidamente. El detective, que era un experto nadador, se arrojó al agua avanzando hacia el lugar en que se había hundido el cuerpo humano, logrando mantenerlo a flote después de improbos esfuerzos.

Luego Iván, alcanzando el bote, acomodó en él a la víctima y subió a su vez. Era una noche clara y a la luz de la luna pudo darse cuenta Iván de que se trataba de una joven bellísima.

Le prestó los primeros auxilios, y pronto la muchacha comenzó a reanimarse.

Al fin, entreabriendo los ojos, murmuró en ruso:

— ¿Dónde estoy? —

Afortunadamente, el idioma en que se había expresado era familiar a Iván, quien pudo contestar:

— ¡Está usted salvada! —

La joven lanzó un profundo suspiro. Se frotó los ojos y, mirando a su salvador, dijo débilmente:

— ¿Quién es usted?

— De momento eso no importa — repuso el detective —. Lo que interesa es saber cómo ha caído usted al mar... —

La hermosa muchacha, que había recuperado ya los sentidos, rectificó:

— No he caído, señor. Me han arrojado... —

Iván prosiguió el interrogatorio con avidez, pues comprendía la enorme trascendencia de aquellas revelaciones:

— ¿Y sabe usted quién fué?

— Sí: un emigrante con quien trabé amistad durante la travesía. Se llama Nitocha Pantepoff... —

El detective quedó perplejo. ¿Nitocha Pantepoff, el famoso bandido ruso, que, aprovechándose de las incidencias de la revolución, tantos crímenes había cometido al amparo de las tenebrosas organizaciones de la «Checa» y la «G. P. U.»? ¿Sería el mismo?

Pero la joven seguía su extraño relato con voz débil y entrecortada:

— Intentó matarme de una puñalada, y vi el cuchillo levantado sobre mi cabeza... A partir de aquel momento no me acuerdo de nada... —

Un hondo estremecimiento sacudió a Iván. Entonces, la joven a quien acababa de salvar de morir ahogada, ¿estaba gravemente herida, resultando inútil el esfuerzo que había realizado?

Pensó, no obstante, que al sumergirse repentinamente en el agua, después de apuñalada, podía haberse detenido la hemorragia. En tal caso, había que obrar con toda energía y sin pérdida de tiempo.

Urgía llevar cuanto antes a la joven a un refugio, donde pudiera recibir asistencia.

Y el detective se puso a remar con fuerza. A la media hora estaba en el muelle.

FINGIENDO un accidente, llevó su preciosa carga a una taberna de marineros, pidiendo una habitación con toda urgencia.

Cuando hubo tendido a la hermosa joven en la cama, rasgóle la blusa para ver la importancia de la herida. Practicó un rápido pero concienzudo reconocimiento. Y fué enorme su asombro cuando advirtió que la muchacha no había sufrido el más ligero rasguño.

¿Qué había ocurrido? Algo verdaderamente providencial. La víctima llevaba colgando sobre el pecho un medallón de oro de grandes dimensiones, y por una milagrosa coincidencia la hoja del cuchillo había chocado contra la alhaja, evitándose con ello que se rasgara ni siquiera la piel de la joven.

El detective se había sentado al borde de la cama, velando el sueño reparador en que había caído la muchacha.

Iván la inspeccionaba detenidamente. Y observó con sorpresa que sus humildes ropas no estaban en relación con el noble porte y la delicada hermosura de la joven, así como con la riqueza de la joya providencial.

Por fin despertó la muchacha. Iván comprendió que había llegado el momento de esclarecer el misterio.

— El destino nos ha puesto el uno frente al otro — sonrió el detective —, y estoy seguro de que seremos buenos amigos... ¿Quiere contarme su historia?... —

Lector, cuéntanos tú su historia para terminar la novela.

pre los historiadores poco experimentados, como yo. Vamos dando bandazos, sin ceñirnos al viento, ora hacia adelante, ora hacia atrás; si un personaje nos estorba, le tiramos por la borda, se ahoga, y asunto concluido. Nos olvidamos de mencionar la cafetera o la sartén, utensilios poco importantes, pero muy esenciales. Y cuando llevamos entre manos una historia amorosa, murmuramos un fervoroso: ¡Alá sea loado! a la conclusión del último capítulo, cuando hartos ya de aventuras, dejamos a los protagonistas en el puerto de salvación, camino de la iglesia.

Pasé las primeras horas de la tarde sin saber qué hacer. El tiempo se me hacía interminable. Por fin adquirí unas corbatas en un comercio que hallé al paso; después me metí en un teatro. Estaba aburridísimo, pero tranquilo. ¡Qué poco preveía lo que iba a sucederme! ¡Claro, como jamás me había sucedido nada extraordinario...! Mis amigos habían navegado, muchas veces, por los mares de la aventura, sorteando sus riesgos, mas en cuanto subía a bordo una pasajera, naufragaban todos.

De aquí que yo haya dicho siempre: «¡No quiero mujeres!» Y aquella misma tarde torné a repetirlo, fieramente, al descubrir que mis pensamientos giraban en torno al retrato de la nieta del millonario. Reflexioné acerca de esta cuestión mientras cenaba en un restaurante de los barrios bajos.

— Vamos a ver — me decía; — ¿para qué vas a buscarte más disgustos? ¿Te parecen pocos los que tienes? ¿Te olvidaste de que estamos en vísperas de carreras... y «*Bad News*» cojea? ¿No vives desahogadamente? ¿No tienes tu casa en orden? ¿O es que vas a vender el *pony* para poder restaurar la biblioteca y dorar el salón? ¿Prefieres que se cuenten, todas las mañanas, las cajetillas de cigarros que has vaciado?

Acháquese, si se quiere, al hecho de hallarme en una ciudad extraña, al aburrimiento de aquella larga tarde, en fin, a lo que sea; la verdad es que yo me sentía terriblemente solo. Por primera vez en mi vida deseaba apartarme de su tranquilo curso. No cabía duda. Esa aguja del sismógrafo matrimonial registraba unas líneas muy vagas, pero líneas, al fin.

El saco de piel de cocodrilo yacía a mis pies, cerrado todavía. Me recliné sobre el respaldo de la silla y miré distraídamente a los concurrentes mientras aguardaba a que me sirvieran el café. Componíanse, en su mayoría, de asiduas parejas; mi especial estado de ánimo inclinóme a juzgarlas con indulgencia, pero en la mesa contigua, donde un hombre y una mujer cenaban juntos, observábase un ambiente distinto. El rostro de la mujer me llamó la atención. Había estado hablando gravemente, con el perfil vuelto hacia mí, y yo había

MARY ROBERTS RINEHART



EL HOMBRE DE LA LITERA N.º 10

Folletín "Gran Proyector"



Gran Proyector

EDICIÓN DE
Sociedad General de
Publicaciones, S. A.

Calle Diputación, 211
BARCELONA

CAPÍTULO II

UN TELEGRAMA HECHO PEDAZOS

DESPUÉS de almorzar, yo solo, en la mansión del millonario, regresé, inmediatamente, a la ciudad. El sol había disipado la niebla, y una fresca brisa estival se llevaba la negra nube de humo. El *boulevard* estaba lleno de autos, en los que iban alegres muchachas que volaban camino del campo (era sábado, y lo que es igual, media fiesta) para jugar al *golf*, al *tennis* o solazarse por los verdes prados.

Me mordí los labios. Recordaba la visita de McKnight a Richmond y a la muchacha del apellido geográfico. Y entonces asocié, por vez primera, la nieta de Juan Gilmore con aquel *West* que McKnight había disparado con acento irritado.

Yo llevaba conmigo el saco de noche. La visión de McKnight con relación a la ventana de la casa desalquilada había surtido su efecto. Por consiguiente, no varié los billetes de lugar. De todos modos, aunque así hubiera sido, el hecho no alteraba la situación. Aun el otro día McKnight me hablaba de ello.

— Ya te avisé — me recordó — que iban a suceder cosas extrañas; por lo tanto, debiste ponerte en guardia y llevarte un revólver.

— Me hubiera sido de tanta utilidad como un paraguas en... Africa — repliqué. — Aparte de que el resultado hubiera sido el mismo, tanto llevando el dedo apoyado constantemente en el gatillo del «arma mortífera», cual se dice en lenguaje novelesco, como no pegando los ojos ni un instante. En fin, veo que te agradan las emociones y voy a indicarte los medios de que pases por toda una gama de ellas. Principia por meterte en un *pullman*, toma allí una cama y concluirás...

— ¡No me lo digas, porque ya lo sé! — exclamó mi amigo, interrumpiéndome. — ¿Acaso crees que no llevo escrita la historia sobre mi espina dorsal?

Pero estoy divagando... Este es un escollo en el que tropiezan siem-

ción. Mis ojos lo buscaban sin cesar e incluso descifré el nombre, Alison, que estaba escrito en uno de sus ángulos.

El señor Gilmore se había recostado en las almohadas y en esta postura escuchaba la inexpressiva voz de su enfermera, mas sin duda me observaba por entre las tupidas pestañas, porque en cuanto se hubo concluido la lectura y nos quedamos solos, me indicó con un gesto la fotografía.

— Esa es mi nieta, Alison West — dijo, — cuyo retrato he puesto ahí para que me recuerde constantemente que soy viejo.

Manifesté una cortés sorpresa, de rigor en estos casos, y sin duda el viejo la halló muy amable, porque con una sonrisa de contento me declaró sus años. Mayor sorpresa mía esta vez, y no fingida. De este tema pasamos a hablar de lo que desayunaba, de lo que no comía y de sus energías, que reservaba cuanto podía, porque a los sesenta y cinco años es menester andar con tiento. De este modo y describiendo un amplio círculo, volvimos a nuestro punto de partida, o sea al retrato:

— Su padre era un tunante — dijo el señor Gilmore tomando la fotografía en sus manos, — y el día más feliz de mi vida fué aquel en que supe que había muerto en su lecho y no ahorcado. Si la muchacha hubiera salido a él..., pero no; no se le parece. Es una Gilmore de pies a cabeza. Dicen que se parece a mí...

— En efecto, el parecido es realmente notable — repliqué.

Y a continuación le presenté los billetes. El señor Gilmore volvió a colocar en su sitio la fotografía y tomó sus lentes, que estaban junto a ella. Procedía con método, y examinó con sumo cuidado los billetes. Los tomaba uno por uno, dejando el primero sobre la cama antes de coger el segundo, y así sucesivamente. Por último, tornó a reclinarsse en las almohadas y se quitó los lentes.

— No están mal, no están mal — observó, pensativo, — pero debo hacer constar que jamás los he visto. Esta no es mi firma oficial. Me inclino a creer — añadió, como si hablara consigo mismo, — que él pudo hacerse dueño de una carta mía, dirigida, probablemente, a Alison. Bronson era amigo del bribón de su padre.

Tomé nota por escrito de esta declaración del millonario y la puse junto a los billetes, en el saco de noche. Hasta pasadas tres semanas no volví a verlos carbonizados en un cenicero de bronce. Mas en el ínterin, habían sucedido cosas más graves y el caso Bronson perdió importancia junto al inminente y más sensacional misterio del hombre de la litera número diez. Por otra parte, Alison West había entrado a formar parte de esta historia y de mi vida.

CAPÍTULO PRIMERO

MI VIAJE A PITTSBURG

MCKNIGHT va llegando, gradualmente, a la conclusión del pleito criminal en que ahora se ocupa. Por su naturaleza, desagradóme siempre dicha clase de pleitos, mas después de desarrollarse el trágico suceso del coche-cama, mi aversión se ha convertido en repugnancia. Cuando se dan casos, como este de que os hablo, en que por una serie de abrumadoras pruebas tres personas distintas (totalmente distintas) se ven acusadas de un delito del que debiera culparse, en realidad, a una sola, piérdese la fe en la eficacia de los procedimientos legales. Por ello cuando hoy veo la cara pálida de mi preso tras la barra, me estremezco, y mi mente evoca, con horror, los extraños sucesos acaecidos en el *pullman* (1) «Ontario», entre las estaciones de Pittsburg y Washington, durante la noche del nueve de septiembre próximo pasado.

McKnight podría referir esta historia mucho mejor que yo, a pesar de que es incapaz de pronunciar correctamente tres palabras seguidas, pero aun cuando no carece de talento ni de imaginación, es sumamente perezoso.

— Yo no soy el protagonista — protesta siempre que le insto a que lo haga, — y a nadie le interesan las emociones «de segunda mano». Además, tú quisieras que yo hiciese la narración escueta y verídica de los hechos sin tener en cuenta que soy abogado.

También yo ejerzo dicha profesión a pesar de que en más de una ocasión se ha discutido si tengo o no derecho a ostentar tal título. Soy soltero y joven todavía (puedo bailar con las hermanas menores de mis amigas de la infancia sin hacer mal papel); agrádanme el callejeo y los caballos, carezco de afectos y vivo tiranizado (y aun esclavizado) por mi ama de gobierno, viuda de edad madura.

(1) Marca de vagones de lujo. Los grandes talleres metalúrgicos *Pullman*, que construyen material de lujo para ferrocarriles, se encuentran muy próximos a Chicago.

De todos los hombres que conozco, soy el de carácter menos aventurero, el más prosaico, así como también el único que sigue, sin desviarse un ápice, el orden normal de las estaciones pasando del atavío veraniego de dril, al invernal de franela, del *golf* al *bridge*, y así sucesivamente.

De modo que al asociarme a un crimen, inflamando al propio tiempo mi pecho de treinta años en amorosa llama; al impulsarme a emprender el viaje sensacional, y no siempre recomendable, cuyo inesperado desenlace llegó a las tres semanas escasas de haberse comenzado, mientras yo me hallaba en el despacho, es indudable que el Destino quiso hacerme víctima de una de sus jugarretas. Fué esta época la más interesante de mi vida. Sin embargo, aun cuando puede decirse que ella me obligó a desviarme unos metros, tan sólo; del camino fijado, ni renunciaría a ella, ni tampoco quisiera vivirla otra vez. McKnight era el llamado a realizar el viaje. Yo tenía una cita en *Chevy Chase*, a la que pensaba acudir el sábado, y para el domingo había proyectado una excursión en yate. Cuando un hombre dedica toda la semana al estudio de los estatutos, creo yo que bien merece descansar. Pero mi amigo me pidió que le reemplazara. No era esta la primera vez que eludía sus deberes para correr a Richmond, y no estaba furioso; sin embargo, en esta ocasión inventó una nueva excusa.

— Aun cuando fuera — observó, abriendo mucho los ojos con ese aire de franqueza que le es peculiar y que hace que uno se avergüence de dudar de él, — no podría ocuparme del asunto, porque me mareo en cuanto el tren cruza las montañas. ¡Es la verdad, Lollie! (1). Quizás tiene la culpa el vaivén que se sufre al recorrer tanta curva y atravesar tantos barrancos. Te diré que la cordillera Alleghany es algo que deja pequeño a la corriente marítima que bate las islas Bermudas (2).

Finalmente, abandoné su compañía y me fuí a casa a preparar el equipaje. Poco después llegó mi amigo en su *Cannonball*. Venía con objeto de llevarme a la estación y traía consigo los billetes falsificados necesarios para el proceso Bronson.

— Tenlos en tanta estima como a tu vida — me aconsejó, — porque son inapreciables. En tu lugar, yo los guardaría en el pecho, que es el sitio más adecuado, según creo. ¡Como jamás he ocultado cosa alguna...! ¡Uf! ¡Qué ganas tengo de ver cómo baila el *lockstep* (3) el Caballero Andy!

(1) Diminutivo de Lorenzo.

(2) Se refiere a la famosa *Gulf Stream*.

(3) Paso del calabozo, literalmente, con que McKnight aludía a la prisión.

Cuando salí de la estación serían, quizás, las nueve en punto. El *boulevard* era nuestro camino y le seguimos ciñendo la falda de una de las grandes colinas que dominan la ciudad; abajo, muy abajo, y hacia la izquierda, distinguíase la vía férrea y las innumerables chimeneas de las fábricas, cuyo humo gris, o negro, se mezclaba a la blanca niebla del río, dando origen a una niebla semirreveladora, salpicada de chispas de fuego. Era un espectáculo terrible, imponente, digno del pincel de un Whistler por su ternura y majestad. Con todo, el artista no hubiera podido reproducir lo que le hacía tan infinitamente sugestivo, es decir, el sonido vibrante producido por el hierro a' chocar contra el hierro, el estruendo de los rodetes y el golpear de los martillos que ejecutan la soldadura, que unidos al fuego, al calor, y a la fuerza creadora, metíanse por los oídos en forma de palpitante latido.

Algo de esto manifesté al viejo millonario, amo de una parte de aquel tesoro. El señor Gilmore estaba recostado en el lecho de su casa del *East End* y se hacía leer por una enfermera las últimas noticias locales. Mi entusiasmo le hizo sonreír.

— Yo no descubro en eso tanta belleza — observó, — aunque, desde luego, éste es el distintivo de nuestra prosperidad. Aquí, una fiambra bien llena equivale a una boca tan grande como la campana de una chimenea. Por otra parte, Pittsburg sin humo no sería Pittsburg (1), como Nueva York no sería Nueva York sin la «prohibición» (2). Siéntese, señor Blakeley, y aguarde un momento. — En seguida añadió, dirigiéndose a la enfermera: — Prosiga usted, señorita Gardner. «*Westinghouse Electric...*»

Con acento monótono, la enfermera reanudó su lectura. Hacíalo literalmente y sin comprender lo que decía, pronunciando las abreviaturas e iniciales tal y como estaban escritas. Pero el viejo la comprendía a la perfección. Sólo una vez la interrumpió, para explicarle el significado de una abreviación, que ella confundía con otra palabra.

Mientras la enfermera leía en su acento machacón, yo miraba, curiosamente, una fotografía rodeada por un marco de plata, que se hallaba colocada sobre la mesita de noche. Representaba a una muchacha vestida de blanco, cuyas manos se enlazaban en perezoso ademán. Su figura esbelta y juvenil destacábase, graciosa, del fondo obscuro del retrato. Por regla general, jamás suelo fijarme en los retratos de las muchachas, pero debido al ambiente sombrío que lo rodeaba (o quizás a un estado especial de ánimo), éste atraía mi aten-

(1) Así es, en efecto, Pittsburg, la ciudad del acero, es llamada, también, la ciudad negra, a causa del humo de sus fábricas.

(2) Entiéndese por «prohibición» la de bebidas alcohólicas o «ley seca».

De pronto (debía de hallarse próxima la mañana) me desperté sobresaltado, sin saber por qué, y me senté en la cama, dando un bote. Alguien me había mirado fijamente, porque volvía a experimentar la poco tranquilizadora sensación de la tarde anterior. Busqué a tientas, me convencí de que el saco de mano estaba ocupando el espacio que quedaba libre entre mi persona y la ventanilla, y tras echarle un brazo por encima para mayor seguridad, volví a quedarme dormido.

Unificando después los fragmentos dispersos de esta narración, he recordado que más adelante rescaté mi chaqueta del revoltijo compuesto por las mantas, los diarios de la noche y mi corbata. Yo la había doblado colocándola lejos de mi cuerpo, siempre en movimiento, y, sin embargo, había sido desdoblada irrespetuosamente y estaba toda arrugada. Por entonces no se me ocurrió más que protestar escribiendo a la Compañía *Pullman*. Deseaba saber si alguno de sus miembros había viajado alguna vez en sus coches.

— Puesto que los construyen ustedes en gran escala, ¿por qué no toman a un hombre de estatura corriente como modelo? — escribía yo mentalmente. — Yo no puedo plegarme como el vasito de aluminio con que bebo vuestra agua detestable.

Después de tomar una taza de café en el *Union Station*, disipóse parte de mi malhumor. Era temprano todavía para atender a mis negocios y permanecí en el restaurante, oculto tras un periódico de la mañana. Como yo supusiera, se había «olido» mi visita, así como el motivo de ésta; un llamativo epígrafe puesto en la primera plana hablaba de ello, y debajo un telegrama de Washington corroboraba que Lorenzo Blakeley, de Blakeley, y Ricardo McKnight, habían salido la noche anterior para Pittsburg. Desde luego, el diario relacionaba la visita con la próxima vista del proceso Bronson y con la enfermedad de Juan Gilmore, el millonario pittsburgués, que era uno de los principales testigos en contra. Miré, temeroso, en torno mío. A Dios gracias, no había reporteros a la vista; deseando pasar inadvertido, pagué el servicio y salí del restaurante. En la parada de coches elegí el *cabriolé* que me pareció menos deteriorado y dando al cochero la dirección de la mansión Gilmore, sita en el *East End*, metíme en el coche.

Ya era hora. Un joven imberbe, tocado con sombrero de paja, separóse de un pequeño grupo de hombres, y mientras el *cab* daba la vuelta, para arrancar, dirigióse, apresuradamente, hacia nosotros.

¡Eh! ¡Aguardad un instante! — gritó. Mas el cochero no le oyó (o si le oyó no quiso hacerle caso) y salimos trotando, cómodamente, dejándole plantado allí con gran contento mío. Desde que sé lo poco que a un reportero hábil le cuesta sonsacarme, ando huyendo siempre de las *interviews*.

Mientras hablaba, se sentó en una silla, sobre mi cuello recién planchado, buscó mi caja de cigarros y de un solo golpe en la columna de mi lecho de caoba encendió un fósforo.

— ¿Dónde anda hoy el pirata? — preguntó a continuación. Aludía a la señora Klopton, mi ama de gobierno, mujer honrada a carta cabal a la que satiriza, y aun ridiculiza, por la feroz expresión de su mirada y por la forma especial de su nariz «filibustera», como McKnight se empeña en calificarla.

Me llegué a la puerta y la cerré sin hacer ruido.

— ¡Baja la voz, Richey! (1) — le ordené. — Ella está ahí fuera aguardando a que le digas si trajiste el diario de la tarde. Desea saber si va a llover o no y entretanto ha sacado al vestíbulo un impermeable y un paraguas.

Richey abandonó su asiento, dejando el cuello en un estado lastimoso e irreparable, y fué a mirar por la ventana. Contempló durante largo rato la pared de la casa contigua y después observó, volviendo la cabeza:

— Está lloviendo.

Y cerró la ventana y los postigos. Su acento tomó una inflexión tan singular, que levanté la cabeza. Había metido sus ociosas manos en los bolsillos del pantalón y me miraba.

— ¿Quién habita en la casa de ahí al lado? — preguntó, indiferente, luego de una pausa.

En aquel momento, yo guardaba mi navaja de afeitar.

— Nadie; está desalquilada — contesté distraídamente. — Si el propietario hiciera en ella algunas reparaciones...

Richey me interrumpió para inquirir:

— ¿Tienes ya los billetes en el bolsillo?

— Sí — respondí. Comenzaba a impacientarme... — Y con ellos los comprobantes de mi estado civil, fe de bautismo, certificado de vacunación, etc.; quien desee apoderarse de ellos, tendrá que despojarme primero de la chaqueta.

— En tu lugar, yo los guardaría en un sitio más seguro. Hay alguien en la casa de al lado que está ansiando saber dónde los metes: alguien que miraba por la ventana situada frente a ésta.

Tal suposición de mi amigo me obligó a mófarme de él, pero a pesar de ello trasladé los papeles a mi saco de noche, depositándolos bien en el fondo. McKnight observaba mis manejos con aire de inquietud.

— No sé por qué me parece que vas a llevarte algún disgusto — dijo cuando yo cerraba el saquito de noche, que era de piel de coco-

(1) Diminutivo de Ricardo.

drilo. — ¡Que me ahorquen si me agrada comenzar un negocio en viernes!

— El comenzar una tarea te inspiró siempre congénito desagrado, fuera el que fuera el día de la semana — repliqué, porque me dolía aún haber perdido el sábado. — Si conocieras al dueño de la casa contigua tan a fondo como lo conozco yo, comprenderías que la persona que se ha asomado a la ventana paga una renta por disfrutar de semejante privilegio.

Aquí sonaron unos discretos golpecitos en la puerta y la señora Klopton preguntó desde el vestíbulo:

— Señor McKnight, ¿ha traído usted el diario?

— No, señora Klopton. Lo lamento de veras — gritó mi amigo, — mas si le interesa, puedo comunicarle que nuestro *team* ha obtenido la victoria por tres a cero.

Después escuchó, sonriendo. La señora Klopton se alejaba haciendo crujir su traje de seda.

Una vez acabé de preparar mi equipaje, me puse un cuello limpio y declaré que me hallaba dispuesto a emprender la marcha. Entonces apagamos la luz y, procediendo con cautela, abrimos los postigos de la ventana. La de enfrente continuaba sumida en la obscuridad, destacándose como un negro boquete en las tinieblas, y estaba cerrada y sucia. Sin embargo, motivada sin duda por la anterior declaración de Richey, experimenté la poco tranquilizadora sensación de una mirada procedente de la casa. Un instante después nos encontramos los dos en la puerta de la habitación, dispuestos a escapar.

— Tendremos que hacerlo muy de prisa — susurré al oído de mi amigo, — porque «ella» nos espera con un paquete de no sé qué en la mano; probablemente serán *sandwichs*. Además, me amenaza con todo género de impedimentos. Bien; ¿estás dispuesto? Pues a la una..., a las dos..., ¡y a las tres!

La señora Klopton se había situado junto a la puerta de entrada, sosteniendo en sus brazos toda una serie de objetos indispensables, según ella creía, para el viaje. Apenas tuve tiempo de verla y de distinguir a Eufemia, la doncella, que asomaba, sonriendo, el rubicundo rostro por encima de una caja envuelta en papel blanco que se hallaba en sus manos.

— Adiós...; no tengo tiempo para decirnos más...; estaré de vuelta el domingo — grité, volviendo la cabeza; después, la portezuela se cerró detrás de mí y el auto se puso en marcha.

Al pasar por delante de la casa vecina, inclinóse McKnight y miró su fachada. Estaba obscura, misteriosa, como toda mansión deshabitada, y parecía contemplarnos de hito en hito.

— Me agradaría hacer la disección de ese cadáver — observó, pen-

sativo. — ¡Por San Jorge! Me están entrando ganas de apearme e ir a echar un vistazo.

— No te acalores — repliqué con ironía, — porque se trata, sin duda, de un descuidero. Esa casa está desalquilada hace un año y ahí dentro hay cañerías de bronce muy hermosas.

McKnight me tendió su mano libre (la otra ocupábala en manejar el volante) y yo deposité en ella mi pitillera.

— Quizás tienes razón — afirmó, — pero ¿qué tiene que ver esa mujer con las cañerías?

— ¡Una mujer! — me eché a reír a carcajadas. — ¡Vaya! Sin duda has mirado fijamente la miniatura que hay al dorso de tu reloj. Sé de un experimento parecido. Verás: se contempla durante largo rato y...

Pero McKnight estaba ceñudo; su mirada se clavaba de un modo obstinado en el vacío y no volvió a dirigirme la palabra hasta que el auto paró ante la estación. Allí se dignó hacer una leve observación y nada más, penetró conmigo en el edificio y como habíamos llegado con cinco minutos de anticipación, los empleamos en fumar mientras paseábamos por el andén. Escapando a la realidad, di en pensar en un *pony* (1) propio para el juego del polo que hallaba demasiado caro, pero que de todos modos intentaba adquirir..., y en aquel momento sacudió mi amigo su melancolía.

— ¡Por amor de Dios, Lollie! — estalló. — ¡No pongas esa cara de mártir! Ya sé que este verano te tocó hacer todos los viajes y que he echado a perder tu partida de mañana, de modo que no adoptes ese aire de resignación. ¡Sea como fuere, tengo que ir a Richmond el domingo para ver a esa muchacha!

— No te preocupes por mí — respondí con toda cortesía. — No cambiaría mi persona por la tuya, sobre todo tratándose de esa señorita... ¿Invierno...? ¿Verano...? ¿Cómo la llamas?

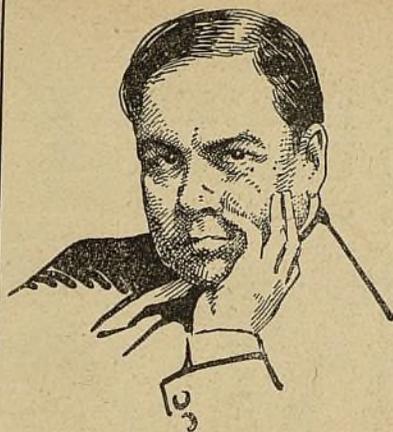
— ¡Miss Wes (2), gracioso! — saltó mi amigo. — ¡Y todo cuanto tengo que decir, es que espero que algún día te enamores para ver cómo haces el tonto!

Estas palabras de McKnight resultaron proféticas, como se verá más adelante.

El viaje al Oeste llevóse a cabo sin incidentes. Durante el camino jugué al *bridge* con un comisionista de *Grand Rapids*, el viajante de una importante firma de Pittsburg y el joven catedrático de cierta Universidad del Oeste. De las cuatro partidas entabladas, gané tres, consumiendo entretanto el remanente de cigarrillos que McKnight me había dejado, y a la una en punto me metía en la cama. El tiempo había refrescado, pero ya no llovía.

(1) Caballo pequeño.

(2) Señorita Oeste.



Rubén Darío

NOVÍSIMA BIOGRAFÍA

POR

Guillermo Díaz Plaja

PUBLICADA EN LA COLECCIÓN

Los Grandes Hombres

La figura de Rubén Darío, tan conocida por el fervor que ha suscitado su obra, estudiada en aspectos parciales por numerosos ensayistas, se encuentra falta de estudios que la enfoquen de una manera global, en la totalidad de su trascendencia. Esta obra constituye quizá la más completa aportación crítica que se ha publicado sobre la obra del gran poeta. Rico de documentación, con una bibliografía abundantísima y difícil de reunir, este libro presta un servicio importantísimo a todo el que se interese por la figura del lírico de Nicaragua.

Se inicia con una biografía del poeta. A continuación una serie de ensayos nos presentan diversos aspectos de su producción literaria; estos ensayos constituyen la parte más interesante del libro. Sigue una «Iniciación a una lectura de su obra lírica» en la que el autor va siguiendo, paso a paso, la evolución poética de Rubén, y cierran el libro unos apéndices sobre aspectos anecdóticos de su obra.

Un tomo con numerosas ilustraciones

En tela y oro..... 4 ptas.

En rústica..... 3 «

Otros volúmenes publicados en la colección **LOS GRANDES HOMBRES**

DANTE, por I. Vázquez Yepes.

NAPOLEÓN, por H. L. Fisher.

CERVANTES, por M.^a Luz Morales.

MDLIERE, por José Escofet.

BISMARCK, por A. Herrero Miguel.

GOYA, por T. Gutiérrez Larraya.

VICTOR HUGO, por A. H. Miguel.

BÉCQUER, por J. Andrés Vázquez.

De venta en todas las librerías de España y América.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

Diputación, 211. - BARCELONA

LIBRERÍA **El Hogar y la Moda**

Valverde, 21 dup. - MADRID

Ojos Muertos

(Continuación de la página 9.)

Era evidente que el piso se había pintado y empapelado muy poco tiempo atrás, y no era difícil advertir que tres horas antes debió de estar muy ordenado. En aquel momento las camas del dormitorio aparecían deshechas; pero tanto el niño en la edad, como el otro niño por su estado mental, ya no estaban allí.

El único adorno de aquella habitación eran dos cuadros de vivos colores representando asuntos infantiles. La chimenea, de color blanco, no contenía absolutamente nada. Contra la pared había una mesita tocador con un espejo ovalado, situada a un lado de la ventana que daba al patio. Al otro lado de la chimenea, había una mesa de niño cubierta de juguetes. El aire estaba saturado de un olor desagradable, rancio y como de hollín.

—¿A qué huele aquí? — pregunté a Kelly.

— Es lo de siempre — me contestó. — Después de cometido el crimen, esa mujer trató de incendiar el lugar y volcó una estufa de petróleo.

Pocos momentos después fui a la sala. Kelly no se separó de mi lado y observó todos mis movimientos, tal vez temiendo que desordenase algo. El cadáver se lo habían llevado pocos momentos antes de nuestra llegada.

En aquella habitación había dos ventanas que daban a la calle y una de ellas tenía el cristal roto. En el ambiente se percibía aún olor de pólvora quemada. El diván sobre el que se encontró el cadáver, había sido trasladado al centro de la estancia, sin duda por la policía. También separaron un baúl y un secreter.

A pesar del desorden de la estancia y de su ambiente de tragedia, advertíase claramente que lo había amueblado una persona de excelente gusto. La sencillez y el estilo moderno se combinaban armoniosamente. Cuatro cuadros, dos de ellos acuarelas originales, y los otros dos grabados japoneses, adornaban las paredes.

También había una curiosa estatua de Buda. Estaba sujeta a la pared más cercana al dormitorio y sus colores oscuros — negros mates y solemnes, pardos desvaídos y rojos algo pálidos — contrastaban singularmente con el tapiz de vivos tonos que servía de fondo a la imagen. Esta, con su fantástico rostro redondeado y grande, presentaba la particularidad de que en el centro de la frente tenía un ojo que parecía mirar con fiijeza.

Me quedé hablando con Kelly. Es curioso hacer observar, y ahora lo recuerdo perfectamente, que, sin darme cuenta de ello, mis ojos se volvían con frecuencia hacia aquella imagen de Buda. Y hasta me acuerdo también de que en un momento determinado me volví de espaldas a ella, decidido a no mirarla, y al poco rato, muy a pesar mío, me vi obligado a contemplarla de nuevo. Era como si hubiese algo vivo en ella, alguna fuerza maldita y enigmática que obligase a prestarle atención. Nunca sentí emoción semejante a pesar de haber estado en un templo de ídolos chinos, y en la habitación de un coleccionista de curiosidades asiáticas, a quien encontraron con un puñal clavado en la espalda.

Salí de allí en compañía de Kelly al advertir que un grupo de detectives

se disponía a registrar de nuevo la habitación. Todavía estaban buscando el revólver.

Kelly me dijo que encontraron a la mujer casi tendida en la cama de su hijo, lo cual probaba que no se desmayó en la habitación delantera, según había dicho a Guillermo. Además, el chófer y el policía tuvieron que abrir violentamente la puerta exterior y la del dormitorio. Y más tarde, encontraron en las manos de Susana las llaves de estas dos puertas.

El chófer aseguraba que no entró en la casa sino después de haber oído que Burleson daba un grito y rompió el cristal de la ventana, desde la cual le había llamado un minuto antes. Añadía que no entendió lo que primero le dijo su jefe, de modo que esperaba verle reaparecer para hacerle repetir la orden.

Las manifestaciones del chófer que daban corroboradas por el agente de policía que entró en la casa con él. Este último se hallaba a media manzana de distancia cuando vio a Burleson asomarse a la ventana. Entonces se encaminó a la casa en cuestión para averiguar si ocurría algo. Y él y el chófer estaban a poca distancia uno de otro, cuando oyeron cómo se rompía el cristal de la ventana y caían a la calle algunos fragmentos. Pero ninguno de ellos vio caer el revólver ni arma alguna, a pesar de que el primer pensamiento de ambos fue que la mujer habría arrojado el arma a la calle. Se buscó en ésta con el mayor cuidado, así como en el patio a donde podría haberlo tirado desde la ventana del dormitorio.

— No hay duda de que ella es la criminal — me dijo Kelly. — En la casa no había nadie más que el matrimonio, un niño de seis años y un tonto; estos dos últimos dormían cuando ocurrió el hecho. La bala abrió un agujero muy limpio en el lado izquierdo de la cabeza de la víctima. El arma debió de ser disparada a algo más de tres metros de distancia, porque el calibre era, por lo menos de 0,44, y si un hombre hubiera querido suicidarse con una arma semejante, se habría destrozado completamente la cabeza. Por otra parte, un hombre que se suicida no se traga el arma después. Por lo menos no se ha visto nunca que nadie lo hiciera. Lo único que me parece misterioso es que Burleson mantuviese secreto su matrimonio durante tanto tiempo.

—¿Quiere usted decirme — pregunté — que el niño y el tonto no fueron despertados por el disparo?

— Nada de eso — replicó. — Nadie oyó el tiro. Estoy seguro de que cuando encontremos el arma, veremos que tiene algún dispositivo para apagar la detonación. No hay duda de que ella ya lo había planeado así.

Se presentó entonces Moreno y llamó a Guillermo desde la puerta del vestíbulo.

— Oiga usted, Harrison — dijo. — El niño de esa mujer dice que le conoce a usted. Tal vez podrá obtener algún dato. Además deseo que vea usted otra cosa que hemos encontrado.

Guillermo se sobresaltó y preguntó sorprendido:

—¿A dónde han llevado ustedes a Juan?

— Al piso de enfrente. Venga usted. Seguí a Guillermo. Vimos que, sentado en una silla y envuelto en una sábana, estaba un niño de cinco o seis años, despeinado. El pequeño se frotaba los ojos, pero dejó de hacerlo en cuanto vió a Guillermo.

— ¡Tío Guillermo! — exclamó. Observé que Moreno se sorprendía al oír estas palabras y que dirigió a Guillermo una rápida mirada. Mi compañero rodeó al niño con uno de sus brazos y trató de hacerle hablar, mas era evidente que no tenía nada que decir o que el suceso le había asustado sobremanera.

Pocos momentos después, Moreno compareció arrastrando algo desde la habitación posterior del piso de Corrigán. Era Félix, el hermanastro idiota del muerto.

Era pequeño, regordete, con un cráneo enorme y una frente prominente. Tenía ojos azules, inexpresivos, y una boca con la que hacía muecas constantemente, en tanto que su mejilla izquierda se contraía sin cesar.

Si el niño no sabía nada de lo ocurrido, Félix estaba menos enterado todavía. Bostezó con toda su alma. No había duda de que estuvo dormido en el momento de ocurrir el crimen.

En esto avanzó Kelly y dejó algo sobre la mesa. Era un revólver del 0,44, provisto de un aparato silencioso. Todos nosotros nos quedamos mirándolo.

— ¿Dónde lo has encontrado, Tomás? — preguntó Moreno.

— En el cesto de los papeles que hay en el dormitorio — contestó Kelly.

— ¿En el cesto de los papeles?

— Sí — contestó Kelly haciendo una alegre mueca. — Sin duda lo ocultó ella. Y fíjense ustedes en eso — prosiguió, colocando junto al arma una bala y una caja de cartuchos vacía. — En el revólver hay seis cartuchos disparados y este otro fué extraído para poder colocar el último que quedaba en la caja. No cabe duda de que ella practicó el tiro durante algún tiempo.

Miré a Guillermo. Supongo que entonces ya estaba enterado de que encontraron a Susana en el dormitorio y no en la habitación de la parte delantera, según había dicho. Lo sentí por él. Movié la cabeza de un modo raro y cerré los labios con fuerza. Retiró su brazo de los hombros del niño, se levantó y se acercó a la mesa para contemplar aquellas pruebas que presentaba el detective, pero sin decir una palabra.

Aun estaba en pie ante la mesa, cuando alguien llamó a la puerta. Como yo estaba más cerca, la abrí. Se presentó un agente de policía y, tras él, un hombre de digno aspecto y una señora de edad madura.

— ¿Qué quiere usted, Rae? — le preguntó Kelly.

El agente señaló en dirección al hombre y a la mujer que le acompañaban.

— Dicen que vienen en busca del niño.

— Con su permiso, caballero — dijo el desconocido dirigiéndose a Kelly. — Soy el mayordomo de don Juan Burleson. El señor Burleson acaba de fallecer y el señor Emory nos ha ordenado a mí y a la señora Simmons que vengamos en busca del niño.

— ¿Que ha muerto? — exclamó Kelly.

— Sí, señor, a causa del sobresalto.

— Sin duda al enterarse de la muerte de su hijo, ¿verdad?

— Creo que no, señor — contestó

el mayordomo. — Me parece que la causa de su muerte fué el enterarse del casamiento de su hijo. Había ignorado esta noticia hasta ahora y puedo asegurar a usted que fué una gran sorpresa para todos nosotros.

Cinco minutos después el pequeño Juan Burleson dejó la que hasta entonces fuera la vivienda de su madre, convertido en señorito Juan Burleson II y en uno de los niños más ricos del mundo. Díjeme que entonces su madre tendría ya la facilidad de poder contratar los servicios de los mejores abogados del país. Y Félix, el idiota, se marchó también con ellos.

Al cabo de media hora, Guillermo y yo volvimos otra vez al cuartelillo, pero Susana había sido ya trasladada a la cárcel. Allí no permitieron a mi amigo que la visitase. Le escribió unas líneas y regresó a la oficina. Dió al redactor encargado de relatar el suceso los datos que aun no conocía y luego se dirigió al despacho del redactor deportivo, donde estuvo solo largo rato.

Se puso en relación con los dos mejores criminalistas de Nueva York y telegrafió a Chicago para lograr el concurso de uno de los mejores del mundo. Entonces me di cuenta de que comprendía la delicada situación en que se hallaba aquella pobre mujer.

— Deseo que me hagas un favor, Pedro — dijo con voz fatigada. — Acompañame durante un par de días, porque tal vez te necesitaré.

— No hay ningún inconveniente, Guillermo — le contesté.

Mi amigo tenía alquiladas unas habitaciones bastante grandes en la calle Cincuenta y Cinco y cuando llegamos allí me comunicó algo inesperado.

— Te voy a hacer una gran revelación — me dijo.

Había en su voz un algo tan profundo e indefinible, que me quedé mirándole con viva curiosidad.

Y él prosiguió en el mismo tono extraño y emocionante:

— El hijo del viejo Burleson estaba casado y era padre de familia, en tanto que todos los periódicos de los Estados Unidos publicaban anualmente un par de fotografías suyas dando cuenta de los rumores de su noviazgo con una u otra muchacha. Seguramente dirás que he hecho traición a mi periódico y te sorprenderá que tenga sentimientos humanos, ¿no es verdad?

Así era, en efecto. Y aunque nada dije, Guillermo debió de leer mis pensamientos, pues aceptaba el juicio con una sonrisa de amarga resignación.

— Conocí a Susana cuando aun los dos éramos pequeños — continuó. — Luego dejé de verla, por espacio de unos veinte años. Hace cinco que volví a encontrarla en Chicago. Yo me había acostumbrado a creer que nunca me había enamorado, que jamás me enamoraría, aunque entonces pude convenirme de que siempre lo había estado. Seis meses antes de encontrar de nuevo a Susana, supe que se había casado con Burleson. Ella le encontró en París, a donde fué enviada por uno de los más importantes establecimientos de modas de la capital. Cuando estubo de regreso en Nueva York fuí a visitarla de cuando en cuando, de modo que la vi muchas veces en la misma casa del crimen. En algunas ocasiones Juan abandonaba la cama y se encaramaba en mis rodillas. Esta es la razón de que me diese el nombre de tío.

En la voz de Guillermo, que estaba

Una colección recomendable de obras de
HIGIENE Y GIMNASIA
Para el campo y el hogar



Salud, Fuerza y Belleza por la Gimnasia Sueca, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 149 páginas, 2 pesetas.

Teoría y Práctica de la Gimnasia Respiratoria, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 152 páginas, 2 pesetas.

Gimnasia de las Profesiones, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 155 páginas, 2 pesetas.

Higiene Moderna, por el Doctor Juan Bardina.

Un tomo de 339 páginas, 5 pesetas.

Los Baños de Aire, de Luz y de Sol en Casa, por el Dr. Monteuis.

Un tomo de 324 páginas, 5 pesetas.

Para ser Fuertes, por William Blaikie.

Un tomo de 417 páginas, 5 pesetas.

La Higiene Sexual, y sus Consecuencias Morales, por el Dr. Ribbing.

Un tomo de 509 páginas, 5 pesetas.

La Vida Sexual Normal y Psicopatológica, por el Dr. Mesonero Romanos.

Un tomo de 200 páginas: en tela, 4 pesetas; en rústica, 2'50 pesetas.



De venta en las buenas librerías de España y América y en la siguientes, que las remiten franco de portes anticipando por giro postal o en sellos de correo el importe de las obras:

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERIA «EL HOGAR Y LA MODA»

Valverde, 21 dup. — MADRID

**DICCIONARIO TECNICO
DE BOLSILLO
EN TRES LENGUAS**

Español-Alemán-Inglés

por **H. OFFINGER**

Cuidadosamente revisado y ampliado por competentes especialistas.

Obra utilísima para conocer la equivalencia en cada una de dichas lenguas de las palabras de uso más frecuente en la técnica mecánica, eléctrica, química, física, metalúrgica, industrial, farmacéutica, agrícola, etcétera.

Cada tomo empieza por el idioma que primero se enuncia y da la equivalencia, en forma clara y simplificada, en los dos restantes idiomas.

**TOMOS DE QUE CONSTA
LA OBRA:**

- Tomo I. **Alemán-Inglés-Español.** (En prensa)
- Tomo II. **Inglés-Alemán-Español.** .. 7'50 ptas.
- Tomo III. **Español-Alemán-Inglés.** .. 7'50 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

Sociedad General de Publicaciones
Sociedad Anónima
Diputación, 211. BARCELONA
EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 dupl.º MADRID

engolfado en sus recuerdos, había tñ acento mucho más elocuente que sus palabras.

— Hará cosa de cuatro meses, — prosiguió — me dijo que sería conveniente dejase de ir a verla. Entonces comprendí que me amaba. Y, a partir de aquella noche, no he vuelto a verla hasta hoy.

Se detuvo. El dolor de los recuerdos le hacía difícil coordinar las ideas. Respiraba profundamente, como si el hablar fuera para él un rudo trabajo físico. En la habitación sólo se oía el jadeo de su respiración y yo respeté aquel silencio.

— La madre de Ernesto Burleson — continuó — se escapó con un individuo llamado Sims, que fué el padre de Félix. Eso, es lo que más disgustó al viejo Burleson, aunque sospecho que era hombre de mal carácter. Sin embargo, hizo lo necesario en beneficio de aquel niño que era hijo de su mujer, pero no suyo, y a su cargo corrieron las mensualidades del sanatorio.

No dijo más. Como me sentía fatigado me acosté y desde mi lecho oí hasta muy tarde el ir y venir de Guillermo por su estudio.

El caso ofrecía muy pocas esperanzas. Cuando nuestros compañeros de profesión empezaron a hacer comentarios sobre la acusada, creí que Guillermo iba a volverse loco. Traté de reanimarle. Ningún jurado la condenaría. La belleza y la femineidad eran dos armas defensivas capaces de contrarrestar todos los ataques de la ley. Además, hasta el abogado más torpe podría utilizar muy bien el carácter de Ernesto Burleson como argumento de defensa de la acusada.

— Es preciso que no sea juzgada — dijo Guillermo por toda respuesta. — Se moriría de vergüenza y de horror.

Sé de muchas mujeres hermosas que han sido juzgadas, pero volví a mentir piadosamente utilizando el argumento de su hermosura.

Gracias a la excitación producida por la muerte y el entierro del viejo Burleson, Guillermo y los abogados lograron evitar que se acusara legalmente a Susana de asesinato, pero, como es natural, esta situación no podía durar mucho. Guillermo parecía el héroe de una historia de duendes. Me lo llevé a casa hacia las siete de la noche, la víspera del procesamiento de Susana, y estaba decidido a hacerlo acostar durante un par de horas, aunque para ello tuviese que apelar a la fuerza. Pero eso equivalía a pretender dominar una tempestad. Guillermo se sentaba, se levantaba, paseaba, volvía a sentarse y se volvía a levantar, y así continuó hasta que me puse tan nervioso como él mismo. Finalmente, se sentó y ocultó la cabeza en las manos. De pronto se puso en pie de un salto.

— Ven — dijo imperativamente.

— ¿A dónde?

— A examinar con atención el piso de Susana — contestó.

Proferí una exclamación de contrariedad. Aquel reconocimiento se había repetido cien veces y no había en la casa un solo centímetro cuadrado que no estuviera grabado en nuestra memoria... Pero ¡sufría tanto el pobre Guillermo! Le acompañé una vez más.

Cuando llegamos al piso de Susana, estaba vacío, pues el lugar carecía ya de interés para todo el mundo. Abrió las puertas y las ventanas y por espacio de un par de horas estuvo examinando el

lugar. La mitad de este tiempo la pasó a gatas.

Le dominaba una extraña y violenta agitación. En sus sienas se marcaban las venas hinchadas y sus ojos parecían a punto de desorbitarse a causa de la intensidad que ponía en el examen de las alfombras, de las paredes, de las sillas y de todos los objetos inanimados que había en el piso.

— ¡Dios mío! — murmuró. — ¡Ojalá pudiesen hablar estas paredes! ¡Decídmelo, decídmelo!

Y paseaba a su alrededor una mirada de imploración y desvarío. Parecía haberse vuelto loco, por lo que empecé a buscar por la estancia algún objeto contundente con objeto de defenderme en caso de que le diera por atacarme. Cuando le volví a mirar estaba de espaldas a la ventana y frente al Buda, mirándolo con fijeza.

— ¡Dios del cielo! — exclamó de pronto con voz extraña y fuerte que me impresionó sobremedida. — ¡Ayúdame a exculpar el nombre de la mujer a quien amo!... ¡Y tú, dios de oriente, verdadero o falso, dime lo que viste con tu único ojo. ¡Dímelo!... ¡dímelo!... ¡Apíadate de mí!...

Se acercó a la imagen, tambaleándose. Dió un traspies y se agarró al Buda con ambas manos.

— Te ruego que me digas lo que has visto — insistió con voz desfallecida. — Tú sabes que ella es inocente. En nombre de todos los que creen en ti, dime...

Su voz fué interrumpida repentinamente por una guturación aguda, al mismo tiempo que su cuerpo experimentaba una fuerte sacudida. Después permaneció un momento inmóvil, como petrificado y al fin vociferó:

— ¡Mira! ¡Dios mío! ¡El ojo de Buda!

Me acerqué, miré el ojo que el Buda tenía en la frente y en el acto se apoderó de mí un frío intenso... ¡El ojo de Buda se movía!

Di un paso atrás. Guillermo me había cogido por un brazo.

— ¡Mira, mira! — exclamó con voz jadeante. — ¿Lo ves? Está roto y el borde de la rotura se proyecta hacia nosotros... Procedió de la otra habitación.

Se alejó en dirección a la otra estancia. Yo seguía mirando el ojo de la imagen, sin comprender. Permanecía inmóvil, como si hubiese echado raíces en el suelo. De pronto, como si un velo cubriera mis ojos y este velo se descubriese, vi y comprendí.

En el centro del ojo de la imagen había un agujero. La bujía cuya llama oscilaba, a causa de la corriente creada por las ventanas abiertas, proyectó su luz de lleno sobre uno de los lados del ídolo y reveló claramente la pequeña abertura.

El agujero fué, sin duda, producido por un balazo y los bordes destrozados del mismo mostraban que el proyectil avanzó hacia el lugar donde yo estaba, es decir, hacia la habitación en que Burleson fué asesinado, por lo que era evidente que le mató alguien que se hallaba en el dormitorio. Oí cómo los dedos de Guillermo rascaban en la pared. Con cuidado levanté el tapiz y separé un poco la hueca imagen del muro. En aquel momento se desprendió un poco de yeso. Precisamente detrás del sitio que ocupaba el ojo había un agujero. Con indecible emoción exclamé:

— ¡Aquí, Guillermo!

— No lo toques — respondió.

Su voz clara y serena fué para mí un nuevo motivo de asombro.

Me encaminé a la otra estancia. Guillermo me hizo ver un agujerito cerrado a medias en el centro de un capullo de rosa pintado en el papel de la pared. Después miró en torno suyo con ojos tranquilos y escrutadores.

— Dame una paja de la escoba — dijo.

Lo hice así y él, con cuidado, la introdujo en el agujero. Luego se sentó y estudió la dirección que indicaba. Creo que estuvo haciendo observaciones con aquella paja en el agujero por espacio de media hora. Después empezó a examinar el cesto de papeles en el cual encontrarán el revólver con atención tal, que acabé por sentir la sospecha de que mentalmente acusaba al pobre cesto del asesinato. Examinó también el mármol de la chimenea con exagerada minuciosidad y algunas pequeñas señales que encontró allí parecieron interesarle mucho.

Se acercó en seguida a una de las camas y la examinó con el mayor detenimiento. Después demostró en su actitud que había dado por terminado el examen. Se sentó en un sillón y permaneció un buen rato pensativo. De pronto levantó la cabeza y comenzó a decir con voz trémula y opaca:

— Aquí había dos personas. Susana estaba en el vestíbulo y Ernesto en la otra habitación. En el cesto de los papeles había un revólver que salió y mató a Ernesto. ¿Salió?... No, el revólver no pudo salir solo. Lo sacaron. Pero ¿quién?... Unicamente dos personas en el piso y el revólver salió del cesto. Unicamente dos... ¡Dios mío!

Se levantó como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Miró hacia el agujero y en seguida hacia la chimenea. Su actitud me hizo comprender que se hallaba en camino de encontrar la solución y le vi dirigirse a la cama, acostarse en ella y volver la cabeza en dirección a la chimenea. Luego se incorporó y repitió el movimiento. Saltó al suelo, sacó el reloj del bolsillo, lo puso sobre la chimenea y apagó la luz.

Encendió de nuevo la lámpara momentos después y miró a su alrededor. La volvió a apagar para encender la de la cocina a través de cuya puerta, por la mirilla, pasaba un rayo de luz que iba a dar sobre el borde de la chimenea, en el punto preciso en que se hallaba el reloj. Comprobado esto, Guillermo se levantó otra vez y encendió la luz del dormitorio. Entonces vi que estaba temblando de excitación.

— Pedro — dijo con voz ronca y agitada. — Haz el favor de telefonar a la Jefatura y di que vengan Bromey, Moreno y Kelly... Cuanto antes... Y esperadme... Estaré de regreso dentro de una hora...

La última palabra la pronunció estando ya en el umbral. Después le oí bajar apresuradamente las escaleras.

Y me quedé solo... solo en aquella estancia con la inquietante imagen, cuyo ojo perforado me electrizaba, me fascinaba... Jamás he experimentado una sensación de soledad tan profunda, jamás me he sentido tan impotente para sobreponerme a un estado de inercia, jamás — digámoslo de una vez — sentí tanto miedo...

Paso a paso, sin separar mis ojos de aquel otro, turbador y fantasmagórico, me acerqué al teléfono que estaba sobre el secreter y descolgué el auricular. Me pareció tardar un siglo en ponerme al

habla con la Jefatura y cuando lo conseguí me contestaron que ninguna de las personas que buscaba estaba presente y que habría de esperar mientras las buscaban... Esperar... esperar... Otro siglo de angustiosa espera. Había conseguido desviar la mirada del ojo fascinador, pero la sentía en la nuca, viva y potente, aguda y deslizante como un taladro. Todo estaba en silencio; la luz de la bujía proyectaba sombras inquietas en las paredes débilmente iluminadas de aquel recinto de maldición; todo parecía haberse confabulado para enloquecerme... Por fin, oí la voz de Kelly.

— Dentro de un cuarto de hora estaré ahí — dijo.

Y lancé un profundo suspiro y retrocedí a un rincón de la estancia, donde resolví pasar los últimos instantes de pánico que Kelly había de interrumpir con su llegada.

Transcurridos nada más que cinco minutos sonó el timbre del teléfono.

Me extrañó oír la voz de Guillermo.

— ¿Eres tú, Pedro? — preguntó.

— Sí.

— ¿Has telefoneado ya a la Jefatura?

— Sí. En seguida estarán aquí Kelly y sus compañeros.

— Pues comunica otra vez con ellos y diles que esperen hasta que tú vayas a buscarles. Llévatelos en un taxímetro y no les conduzcas ahí antes de una hora. ¿Entendido?

No me digné contestarle, pero puedo jurar que nunca obré con mayor rapidez. Les avisé por teléfono desde la droguería más próxima. A la puerta esperaba el coche y en él, cumpliendo las órdenes de mi amigo, les tuve dando vueltas durante una hora.

Naturalmente, cuando llegué con ellos a la casa, estaba profundamente intrigado y me preguntaba qué iríamos a hacer allí. Era evidente que Guillermo nos había preparado algo. De otro modo ¿a qué hacernos esperar una hora para entrar en la casa? Pero pronto se iban a desvanecer mis dudas. Ya estábamos en el umbral, ya pisábamos la escalera...

De pronto, nos detuvimos todos sorprendidos por lo que se ofreció a nuestra vista. Allí, en lo alto de la escalera, estaba Guillermo. Pero no el Guillermo que nosotros conocíamos, sino otro cuyos ojos despedían extraños fulgores y aparecían desmesuradamente abiertos en el fondo de sus ojeras azuladas; otro cuya boca estaba torcida por una sonrisa de sarcasmo y de triunfo, y cuyos revueltos cabellos coronaban una frente pálida y sudorosa. Nos miraba fijamente, y la punta de sus dedos crispados temblaban de modo apenas perceptible, pero denotando claramente su excitación.

Cuando comprendió que nuestro estu- por había llegado a lo más que podía llegar, nos invitó a que le siguiéramos y, dando media vuelta, entró en el vestíbulo. Tras él lo cruzamos nosotros andando de puntillas, pues así lo hacía Guillermo y así lo requería nuestro estado de ánimo, muy semejante al que nos domina cuando somos presa de un sueño angustioso.

Cuando llegamos a la puerta de la primera habitación, la abrió Guillermo, pero no sin antes recomendarnos mucha cautela con gestos exagerados, y todos entramos en el lugar del crimen. El recinto estaba obscuro y nos fué imposible distinguir nada hasta que nuestros ojos se acostumbraron a la falta de luz. Sin embargo, me pareció sentir la presencia de un ente fantasmagórico en aquella estancia, lo cual comprobé en seguida,



LOS AMORES DE CHOPIN

por Carmela Eulate

Esta bellísima obra es la novela de la vida sentimental del artista polaco, y su lectura es imprescindible para cuantos deseen gozar y penetrar más íntimamente en el sentido de las obras del gran compositor.

Un tomo de 254 páginas 5 ptas.

Publicado en la colección
EL ARTE DE LA MÚSICA

en la que también figuran los siguientes títulos:

La religión de la música, por Camilo Maclair. 4 ptas.

Historia de la música moderna, por Camilo Maclair 5 >

Para entender y saborear la música, por Arturo W. Pollitt. . . 4 >

Perfiles y recuerdos, por Camilo Saint-Saëns 4 >

Dicen los músicos..., por José M.^a Borrás . . . 5 >

De venta en todas las librerías de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 dup. — MADRID

ALGO

SEMANARIO ILUSTRADO ENCICLOPÉDICO

Se publica los sábados

Cada número reparte entregas encuadernables de

La Tierra y sus pobladores

Geografía Universal del Dr. Willi Ule, ilustrada con numerosas fotografías y láminas en colores.

Panorama pintoresco

Gran portfolio de vistas de todo el mundo, impresas en hueco-grabado.

Teatro clásico

La más extensa y escogida colección de obras teatrales que se ha publicado desde hace muchos años.

Una novela

finas e interesantes de las que usualmente se venden a cuatro o cinco pesetas.

Todo por 30 cfs. número

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

pago anticipado de un semestre como mínimo

Un semestre..... 7 pesetas

Un año..... 14 pesetas

Si quiere estar al corriente de todos los progresos modernos EXPLICADOS SIEMPRE PARA QUE USTED LOS ENTIENDA no deje de suscribirse hoy mismo a ALGO

Solicite muestras gratis, por tarjeta postal, utilizando o copiando este cupón:

Pedido de muestra gratis (Depart. AL.)

Nombre.....

Dirección.....

Población.....

Provincia.....

desea recibir una muestra gratis de la revista «ALGO», sin compromiso de ninguna especie por su parte.

cuando mis ojos fueron penetrando la obscuridad, que no existía sino en mi imaginación ofuscada por el miedo.

Guillermo no nos dejó llegar al fondo de la habitación, sino que nos detuvo junto a la pared y cerca de la puerta del dormitorio. Desde allí, conteniendo el aliento, miré hacia el cuarto y vi que estaba también sumido en sombras. Sólo un rayo de luz procedente de la cocina lo iluminaba muy débilmente y, siguiendo la dirección que indicaba este rayo, vi sobre la chimenea un objeto blanco y brillante que retuvo mi mirada como si me hubiera fascinado. Era un revólver... un revólver... ¿No podía ser el mismo que sirvió para dar muerte a Burleson?...

—Silencio — dijo de súbito Guillermo; — no se muevan ustedes y presten mucha atención a lo que va a ocurrir.

Inopinadamente, resonó sobre nuestras cabezas el timbre de la puerta, cosa que me sobresaltó. Después reinó un profundo silencio. Nosotros mirábamos atentamente, ávidamente a un lado y a otro, pero nada ocurrió en la estancia, nada se movió, nada turbó la quietud de las sombras.

Otra vez resonó el timbre de la puerta y otra vez me sobresaltó el metálico y vibrante sonido. Pero ahora no continuó todo como estaba, sino que me pareció percibir un movimiento en el lecho del dormitorio. Un escalofrío de terror zigzagueó en mis espaldas y me volví a mirar a Moreno, en cuyo rostro percibí señales de que también había visto lo que yo vi. Se oyó entonces un débil lamento en el dormitorio. Estuve tentado de huir escaleras abajo para poner término a aquella angustiosa situación, pero por tercera vez resonó el timbre de la puerta y entonces mi terror fué tan profundo, que di un salto y me así al brazo de Moreno, el cual temblaba como yo nunca había visto temblar a un hombre.

Lenta, pero resueltamente, una figura encogida, deforme, que se parecía mucho al fatídico Buda, cruzó la estancia en dirección a la chimenea. Se detuvo al lado de la repisa y vi como una mano flaca aparecía en la franja luminosa del rayo procedente de la cocina y se apoyó en el revólver.

Quise gritar, pero la voz no me salía de la garganta. El corazón me latía violentamente y también mis sienes palpitaban, dándome la sensación de que la cabeza me iba a estallar.

Sin embargo, no podía apartar la mirada de aquella mano esquelética que había asido el revólver, y vi como su índice rodeaba el gatillo y lo oprimía.

Sonó el disparo. El estampido me hizo cerrar los ojos y cuando los abrí advertí que en la estancia no había nadie. La extraña figura había desaparecido.

Alguien encendió la luz. Guillermo y Kelly se apresuraron a entrar en el dormitorio. El primero se arrojó sobre la cama y, al incorporarse, tenía entre los brazos un montón de revueltas ropas. Y entre éstas, frotándose los ojos con naturalidad, como si acabara de despertar de un tranquilo sueño, vi al idiota Félix Sims. En el suelo, junto al volcado cesto de los papeles, estaba el revólver.

—Ignoro por qué había un revólver sobre la chimenea el día del crimen — dijo Guillermo en cuanto le fué posible hablar — pero éste fué quien disparó y todo ocurrió entonces como ha ocurrido ahora.

—Ernesto lo puso ahí — dijo el idiota

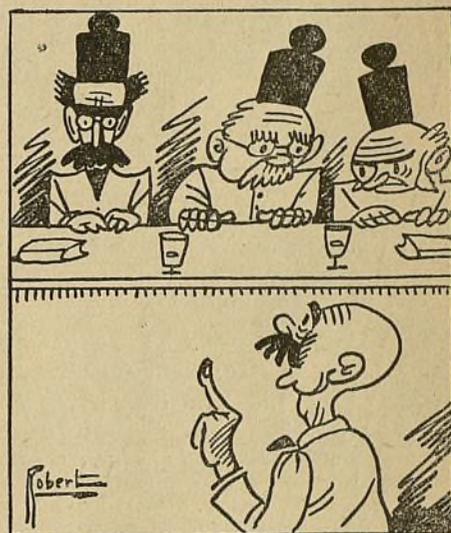
haciendo una mueca, y añadió echándose a reír: — Yo le vi cuando estaba poniendo unas cosas pequeñitas en el revólver, pero entonces sonó el timbre de la puerta y Ernesto, dejando ahí el arma, salió.

Y dicho esto, se echó nuevamente a reír a carcajadas.

Aquel objeto brillante, gracias al rayo de luz que recibía de la cocina, hipnotizó al idiota como ahora le había fascinado. Es decir que disparó el arma de su hermano como había disparado ésta que preparó Guillermo con un cartucho sin bala. Y en ambos casos escondió el revólver, después de dispararlo, en el cesto de los papeles.

¿Qué se propondría Ernesto Burleson antes de morir? ¿Qué significaría aquella nulidad secreta de su matrimonio? Eso sólo Dios lo sabe.

—Oiga usted, Harrison — dijo Moreno. — Burleson fué muerto en la habitación vecina y no me parece posible que...



—Señor presidente, puesto que no ha venido mi defensor, suplico se aplace la vista.

—Pero si ha sido usted cogido in fraganti, ¿qué va a decir el letrado en abono de usted?

—Eso mismo digo yo, y tengo curiosidad en oírle.

Entonces Guillermo les mostró cómo estaba la pistola sobre la chimenea y también el agujero que había en la pared y en el ojo de Buda.

—No notaron ustedes el olor de pólvora en el dormitorio, porque accidentalmente se volcó la estufa de petróleo. Y encontraron ustedes aquí a Susana con la puerta cerrada y la llave en la mano, porque su instinto de madre la trajo al dormitorio en cuanto su inteligencia dejó de obrar. Los otros detalles que les sorprendieron se explican del modo más natural... He hecho sonar el timbre repetidamente para producir el ruido que tal vez despertó a Félix aquella noche. Gracias a Dios, ha ocurrido como esperaba y deseaba.

Como dije a Guillermo y a Susana la otra noche, por más que hayan nacido en Denver y se casen conforme a la religión cristiana en Nueva York, lo cierto es que un dios exótico se interesó mucho por ellos hasta el punto de que probablemente nada turbará la paz de su vida.

Entretenga sus ocios con amenas lecturas

Para ello ninguna publicación más indicada que "LA NOVELA ROSA"

Tiene la experiencia de sus siete años de contacto continuo con el público. Tiene montado un cuerpo de asesores literarios encargados de seleccionar las mejores novelas que aparecen en España y en el extranjero.

Ha tenido el acierto de familiarizar entre el público de habla española nombres como los de Muñoz Pabón, Aguilar Catena, Berta Ruck, Concordia Merrel, María Sepúlveda y otros prestigiosos novelistas. Observe como anualmente renueva sus aciertos descubriendo a nuevos autores.

Tiene el aliciente de publicar libros para todos los gustos, que pueden llevarse al hogar y pueden ser leídos por toda la familia.

Desde este año, "LA NOVELA ROSA" publica cada quincena, además de la novela inédita, una reimpresión de gran éxito. Pida a su librero que le reserve las reimpresiones que Ud. no conozca, pues todas ellas son novelas de gran éxito que se agotaron rápidamente.

Le ofrecemos nuestro nuevo departamento de ventas a plazos



Libros publicados en los que va de año

Precio: 1'50 ptas. volumen corriente

- | | |
|---|---------------------|
| N.º 227* - Corazones que no se encuentran | Berta Ruck |
| N.º 39 - El secreto de Julia Godoy | A. Marín Alcalde |
| N.º 152 - El alojado | Berta Ruck |
| N.º 80 - Afortunada en amores | Berta Ruck |
| N.º 151 - Las veleidades de Consuelo | Carmela Eulate |
| N.º 150 - El ama de llaves | Henry Greville |
| N.º 112 - La sin nombre | Concordia Merrel |
| N.º 226* - Camino difícil | Concordia Merrel |
| N.º 103 - La millona | J. F. Muñoz y Pabón |
| N.º 148 - Justa y Rufina | J. F. Muñoz y Pabón |
| N.º 36 - Yo... no era yo | Berta Ruck |
| N.º 147 - El heredero | Francis H. Burnett |
| N.º 101 - El Amor y Diana | Concordia Merrel |
| N.º 146 - La estatua velada | M. Maryan |
| N.º 145 - Error | María Sepúlveda |

Los números señalados con * se venden a 2 pesetas.

Pida la lista de los 156 títulos publicados. Entre ellos encontrará las mejores obras de sus autores favoritos. Tenemos existencias de todos los números atrasados.

"LA NOVELA ROSA" se vende en las buenas librerías y en algunos quioscos. Si no la encuentra en su localidad, pida los títulos que desee a los editores que le enviarán los libros contra reembolso.

EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - PROVENZA, 216 - BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

B O C Q U E T.

El Camarero Millonario

(Continuación de la página 14.)

El otro se quedó mirándole con expresión estúpida y se encogió de hombros.

— *Non capisco* — contestó en italiano, disponiéndose a seguir su camino.

Artz se interpuso ante él; acababa de reconocerle.

— ¿Desde cuándo ha olvidado usted el inglés? — le preguntó con acento que reflejaba su absoluta convicción.

El interpelado, ante la capciosa intención con que se le formulaba la pregunta, dejó traslucir una alteración en su semblante. La redada le sorprendía en plena ausencia de serenidad. Intentó balbucir algunas palabras más en italiano. El periodista se aproximó aun más a él, inalterable.

— ¿Se figura que le dejaremos marchar o que va a engañarnos con ese subterfugio infantil?

Le cogió por un brazo.

— No hemos venido precisamente de tan lejos para eso, Ponzi. Venga con nosotros sin replicar.

El extranjero, a quien las palabras de Artz inmutaban más de lo que fuera prudente para él miró de hito en hito al periodista. En sus ojos se reflejaba ya toda la inútil desesperación del hombre que se ve irremisiblemente perdido.

A esto, Lacy, que había permanecido a alguna distancia, se aproximó a su vez al extranjero y le conminó, enérgico:

— ¡Basta de farsa! Sabemos ya que eres Ponzi y tienes aquí la circular en que se ordena tu prisión. Síguenos por las buenas si no quieres hacerlo por las malas.

Mientras hablaba, Lacy le había apremiado por el otro brazo. Al verse reducido de esta manera, Ponzi intentó forcejear; hubo un conato de brega entre los tres hombres; algunos curiosos habíanse acercado, atraídos por la escena.

Durante sus desesperados esfuerzos Ponzi logró libertarse de la mano con que le aprisionaba el periodista e intentó agredir al agente; pero en el instante volvió a caer sobre él Artz, le atenzó

también Smith y entre los tres pudieron introducirle en un taxímetro y se lo llevaron a un hotel.

Artz, Smith y Lacy examinaron entonces detenidamente la situación que les creaba aquella captura. El agente confesó que no tenía autoridad para llevárselo a Tejas, aunque, por otra parte, los italianos eran muy mal vistos en Nueva Orleans, por las dificultades que ocasionaban a las autoridades.

— De modo, Ponzi — terminó diciéndolo Lacy — que lo mejor será que te resignes a acompañarnos de buena gana, porque, de lo contrario, habré de buscar la manera de fastidiarte, de un modo u otro.

Discutieron algo más y después de algunas horas Ponzi comprendió que le era inútil la resistencia, pues en aquella situación, tarde o temprano, tendría que ser detenido.

Una vez en Tejas, el *sheriff* telegrafió a la Jefatura de Policía de Boston, preguntando si les interesaba hacerse cargo de Ponzi, y Mitchell le telegrafió dándole instrucciones para que le retuviese preso y transmitiéndole, al mismo tiempo, la ficha antropométrica del reclamado.

Ponzi había sido detenido de nuevo, pero se hallaba todavía a dos mil millas de Massachusetts, tierra que juró no volver a pisar.

EN el despacho de Mitchell resonó el teléfono y al ponerse al habla le comunicaron que le llamaban de Tejas.

— ¿Es el inspector Mitchell? — preguntó una voz.

— Sí — contestó éste.

— Soy Carlos Ponzi. ¿Quiere permitirme que vuelva a Massachusetts, bajo la custodia del *sheriff* de Houston?

Mitchell hizo una pausa antes de contestar. Comprendió que Ponzi trataba de salir del Estado de Tejas, para, una vez fuera de él, eludir la acción de la justicia (1). Por esta razón se apresuró a contestar en sentido negativo y colgó el receptor del aparato.

Ponzi luchó cuanto pudo para continuar en Tejas. Cuando comprendió que no podría lograrlo, empezó a expedir telegramas al Gobernador de Massachusetts pidiendo clemencia y en vista de la inutilidad de este recurso, telegrafió incluso a su país natal, solicitando la intervención del gobierno.

Mientras tanto, en Boston, el inspector Mitchell luchaba por conseguir la autorización necesaria a fin de ir en busca del criminal. Tras largas dilaciones, en las que incluso intervino la política, logró lo que deseaba y a toda prisa se encaminó a Houston en donde se hizo cargo del preso con gran oportunidad, pues éste había fraguado un plan para escaparse junto con otros presos de la cárcel.

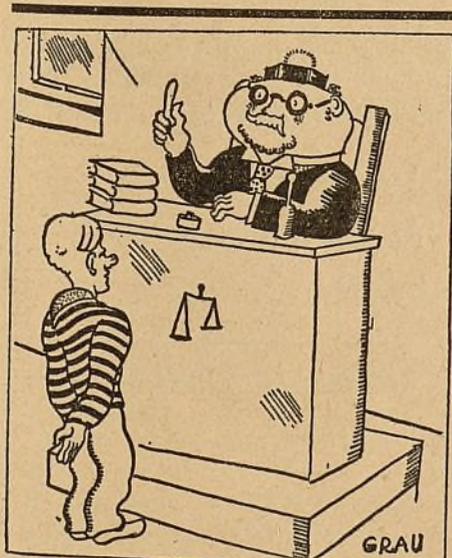
Sin embargo, cuando se vió a solas con el inspector Mitchell en un compartimiento cerrado del tren que los conducía a Boston, acabó por confesar su derrota.

Mitchell le aseguró que el resultado de sus fechorías era lógico a más no poder, porque en el mundo no se ha cometido todavía un crimen sin dejar huella, ni ha habido tampoco criminal alguno lo bastante hábil para atar todos los cabos.

Carlos Ponzi, que robó los millones del público, está ahora encerrado en la prisión del Estado de Charleston (Massachusetts) ocupado en coser botones en el taller de géneros de punto que hay en la prisión.

Y cuando haya cumplido su condena y se vea de nuevo en libertad, será expulsado para siempre de los Estados Unidos.

(1) Es preciso advertir que la policía de los Estados Unidos tan sólo tiene jurisdicción dentro del Estado respectivo a que pertenece; por esto, Ponzi, una vez fuera de Tejas, podía haberse negado a seguir a los agentes tejanos.



—Espero no volverle a ver por aquí.
—¿Cómo! ¿Va usted a dimitir, señor juez?

Una obra de amena lectura
para el hombre de negocios

Memorias de un industrial de nuestro tiempo

por Pedro Gual Villalbí

En este libro se exponen, en forma sugestiva, los incidentes de la azarosa vida de los industriales de hoy. La psicología del fabricante español, la época de grandes negocios y especulaciones absurdas, la crisis económica y el desastre bancario tienen un comentarista desapasionado.

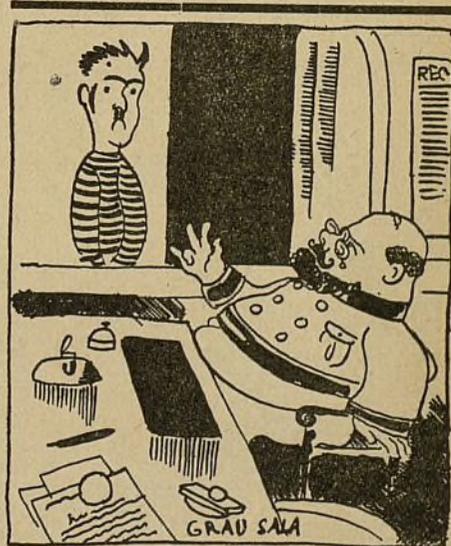
Un tomo de 249 páginas. . 6 pesetas

EDICION DE

**Sociedad General de
Publicaciones, S. A.**
Diputación, 211, Barcelona

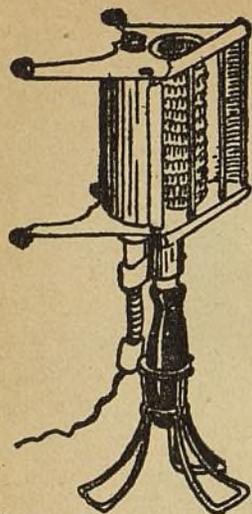
De venta en todas las librerías
de España y América

EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 21 dup.º, Madrid



—Y, ¿no sintió usted miedo al robar la cartera?

—Sí, señor. Tuve miedo... de encontrarla vacía.



Estufa

DIXRAM

*Appareil
electrique de VARIOUS USSES*

¡Gran éxito! ¡Más de DOS MIL vendidos en un mes!

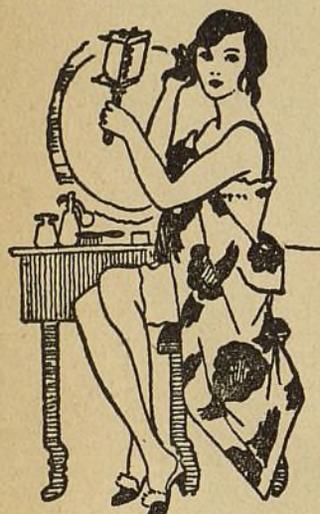
Sirve para freír, cocer, asar, tostar, calentar la plancha y las tenacillas, como secador del pelo y como estufa

Consume de 350 a 400 wats hora (de 25 a 30 céntimos) y alcanza la temperatura útil en 6 a 8 segundos.

PRACTICO :: CÓMODO :: MANEJABLE

Construido para todas las tensiones y corrientes

La resistencia de este aparato es de tal calidad, que no se estropea ni sumergiéndolo completamente en agua fría. Cuando conviene cambiarla, es de construcción tan sencilla, que hasta un niño sabe hacerlo.



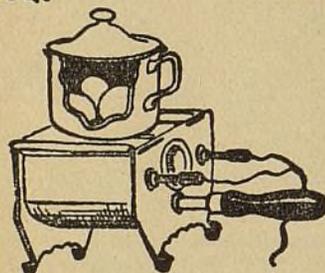
Para secar el pelo

Lo servimos para corrientes de 100, 110, 120, 125, 150 y 220 voltios

Si no lo encuentra en su localidad, llene el boletín que va al pie, mándenoslo y a vuelta de correo recibirá el aparato del voltaje que desee.

Aparato completo, a punto de funcionar 25 ptas.
Trípode y cordón con enchufes 2 »

En Barcelona se vende en los principales establecimientos del ramo, en el Palacio de Comunicaciones de la Exposición de Barcelona (Stand n.º 404 bis) y en casa del representante exclusivo para España, Portugal y Norte de Africa

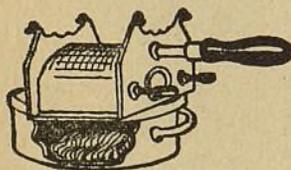


Guisar

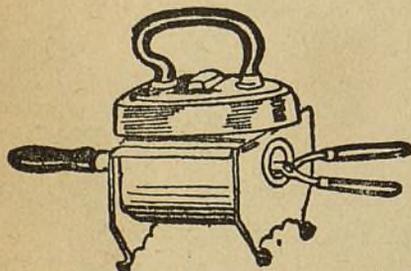
CARLOS F. DE LA REGUERA

Arbau, 130, pral., 2.ª :: Teléfono 72923

BARCELONA



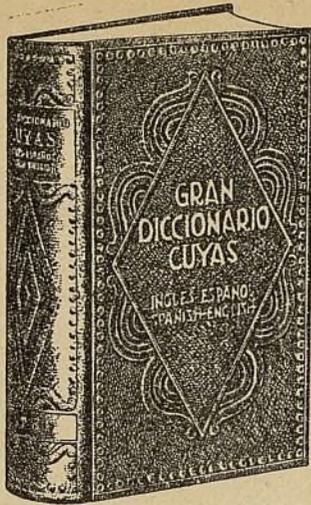
Asar



Calentar tenacillas y planchas

BOLETIN a recortar y enviar a Carlos F. de la Reguera, Arbau, 130, pral., 2.ª

D.
Calle N.º
Población
Desea recibir aparatos DIXRAM para corriente de voltios, cuyo importe Ptas. envía por giro postal.
Fecha



GRAN DICCIONARIO CUYÁS

INGLÉS - ESPAÑOL
SPANISH - ENGLISH

REDACTADO POR EL FILOLOGO
Arturo Cuyás Armengol

REVISADO Y AUMENTADO POR
Antonio Cuyás Armengol

EN COLABORACION CON
Alberio del Castillo Yurrifa

Doctor en Historia y Letras, Profesor de la
Universidad de Barcelona.

Según los grandes léxicos: Oxford
Webster, Standard, etc., y la última edición
del de la Real Academia Española

CONTIENE:

Vocabulario completo, científico y moderno, con todas las acepciones posibles de las palabras; pronunciación figurada de cada vocablo; verbos reflexivos e irregulares, con los tiempos fundamentales de estos últimos; terminología técnica y científica especializada; nombres propios; millares de modismos y refranes, como no se hallan en ningún otro diccionario de esta clase; habla popular inglesa y norteamericana; diferencias ortográficas entre Inglaterra y los Estados Unidos; compendio de gramática inglesa.

Más de 150,000 palabras. — Más de 100,000 frases y modismos. — Más de 1.000,000 de acepciones. — Más de 1,300 páginas de texto.

Un tomo lujosamente encuadernado en tela y piel. . . . 25 pias.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

EDITORES

Diputación, 211. — BARCELONA

De venta en las principales librerías de España y América

Librería EL HOGAR Y LA MODA

Valverde, 21 duplicado. — MADRID

Robo y Falsificación

(Continuación de la página 16)

Además, aquella lista muchacha impuso el secreto a Jorge, pues deseaba que su tío no se enterase de nada.

— Pero es de suponer que su tío conocía sus relaciones — insinuó.

A Jorge le temblaron las manos y sus ojos evitaron los míos.

— Sí, señor. Eso lo sabía. Es decir, sabía que nos queríamos. Pero creo que no estaba enterado de que yo sabía lo de la herencia de Rosa.

— Y el tío y la sobrina ¿abandonaron el pueblo, hace cosa de un mes, sin decirle a usted a dónde se dirigían?

— Así es.

— ¿Cómo se arregló usted para robar el papel? — le dije cuando menos lo esperaba.

Involuntariamente se sobresaltó.

— No tengo nada que ver con eso — dijo enojado. — Demasiados chismes corren de Rosa y de mí, para que ahora se me atribuya calumniosamente ese robo.

Pero Jim y yo empezamos a acusar al muchacho para obligarle a confesar. Sin embargo, Symons nos desafiaba a que le probásemos el robo. Después de haberle sometido a un estrecho interrogatorio, nos vimos obligados a dejarle que se volviera a su trabajo.

Mientras tanto habíamos mandado a la Jefatura una descripción detallada del tío y de la sobrina, algunas muestras de su escritura y los pocos enseres que dejaron en la casita. Al fin resultó que Flemming era Roger Smith, ex presidiario y que su «sobrina» era, en realidad, una mujer criminal muy lista, conocida en el mundo del hampa con el apodo de «Condesa» Lucía Morris. Pero como ambos estaban ocultos, no pudieron ser presos.

Cuando las cosas estaban así fui llamado a Londres, substituyéndome otro detective en el pueblo. Mientras mis compañeros continuaban vigilando la fábrica y sus empleados, Scotland Yard hizo cuanto pudo para prender a la «Condesa» Lucía y a Roger Smith, mas pasaban los días sin que se supiera su paradero.

Entretanto los billetes falsos de cinco libras esterlinas continuaban presentándose al Banco de Inglaterra. Como habían pasado ya por muchas manos era imposible averiguar quién fué el primero que los dió. La situación era muy desagradable, porque la falsedad de los billetes no podía comprobarla nadie más que los peritos. Al parecer se habían robado 11,520 hojas de aquel precioso papel y por lo menos un millón de libras esterlinas empezaron a circular antes de que los criminales, asustados, cesaran en sus operaciones.

— No cabe duda, — dijo un día el inspector Lawson, uno de mis colegas, — de que el impresor de estos billetes falsos es el rey de los falsificadores. Incluso desafió al Gobierno, pues nos arroja el dinero falso al rostro.

Desde luego Scotland Yard no había perdido de vista al joven Symons, pero no teníamos pruebas bastantes contra él, quien, por otra parte, seguía asegurando su inocencia. Pero, aprovechando un momento de distracción de los detectives, desapareció de Whitchurch.

El Departamento de Investigación Criminal fué más listo que él, porque poco después le detuvo en Londres y le llevó

a Scotland Yard. Aquella vez le interrogamos a fondo y acabó por confesar.

— Se lo diré todo, todo — sollozó el pobre muchacho. — Fui engañado por Rosa. ¡Pero yo la quería tanto!

Y se echó a llorar.

— Ella — continuó — me dijo que le interesaba mucho mi trabajo; que yo tenía mucha suerte en gozar de un empleo de confianza y que estaba orgullosa de mí. Más tarde me obligó a referirle con detalle las operaciones de la fábrica. Una noche me dijo: «Mira, Jorge, cuando nos hayamos casado, ya no tendrás que trabajar, pero sería muy agradable poder guardar un recuerdo. Tráeme unas cuantas hojas de este papel en que se imprimen los billetes.» Como es natural — añadió Symons gimiendo — a mí me horrorizó tal idea y le manifesté que no haría semejante cosa. Además le indiqué que todas las hojas estaban contadas, por lo cual me sería imposible obtener la más pequeña cantidad de dicho papel.

«No seas tonto» me respondió «si te empeñas lo conseguirás. Además ¿qué daño resultará de eso? Yo no quiero más que algunas hojas para guardarlas y recordar tu trabajo.»

Yo no quise seguir hablando del asunto y nos peleamos. Durante unos días anduvo detrás de mí. Parecía ser víctima de una manía.

«Fué sólo un capricho» me dijo, «pero nunca me figuré que fueses tan tímido. Ahora, a pesar de que la cosa no me importa nada, insisto en que me traigas algunas hojas de papel para probarme que me amas.»

Jorge pronunció estas palabras de un modo casi ininteligible.

— En fin, el caso es — prosiguió — que yo me propuse demostrarle que la quería mucho, aun arriesgándome a ser sorprendido mientras robaba el papel. Un día vi la posibilidad de que se presentase una oportunidad favorable. Y creí lograr el éxito, porque conseguí ocultar algunas hojas, pero me sorprendió Guillermo Gurry, quien me reprendió y amenazó con denunciarme.

— Ese Guillermo — observé yo — ¿es uno de los obreros de la fábrica?

— Sí, señor. Pero cuando le hablé de Rosa él me prometió que me dejaría llevar las hojas de papel si yo, a mi vez, le presentaba a Rosa y a su tío.

Ya de acuerdo Jorge y Guillermo llevaron el papel robado a casa de Flemming. La muchacha los recibió, llamó a su «tío», quien convino con los dos empleados de la fábrica que robasen una cantidad mayor de papel, aunque en pequeñas partidas y cuando les fuese posible. Flemming les convenció de que aun cuando se descubriese la falta del papel, nadie podría probarles que ellos lo habían robado, en el supuesto de que trabajasen los dos a la vez.

— Lo más raro del caso — añadió el joven — es que el señor Flemming sabía cómo se guardaba el papel en la fábrica y de qué modo era vigilado. Incluso nos indicó la manera de apoderarnos de él.

Como se comprende, esta información quedó cuidadosamente anotada. Jorge confesó que él y Guillermo fueron tentados por la enorme suma que les prometió Flemming y que, trabajando jun-

tos, pudieron convencerse de que les sería muy fácil procurarse mucho papel. Y así, en pocas semanas, robaron la cantidad indicada. Entonces fué cuando, satisfechos con los resultados obtenidos, el «señor Flemming» y «su sobrina», es decir, Smith y la «Condesa» Lucía, abandonaron la población, sin que Jorge supiese a dónde se habían dirigido.

Inmediatamente se procedió a la detención de Guillermo, que no pudo añadir nada a la declaración de Jorge. En aquel asunto no fueron más que instrumentos de los malhechores principales, cuyo paradero se ignoraba todavía.

Continuaron afluyendo los billetes falsos al Banco de Inglaterra y por fin, ya desesperado, uno de los altos funcionarios de Scotland Yard propuso un plan al presidente del Banco. Consistía en que el Banco entregase mil quinientas libras esterlinas a Scotland Yard y nosotros haríamos circular entre los amigos de Smith la noticia de que se daría una recompensa de mil quinientas libras esterlinas a quien indicase el paradero de Smith, alias Flemming, y otra de quinientas libras esterlinas al que facilitase la prisión de la «Condesa» Lucía.

El Banco accedió de muy buena gana, pero al querer hacer circular la noticia de las recompensas, Scotland Yard se encontró en una situación muy delicada. Era evidente que si Smith y Lucía se enteraban de las recompensas ofrecidas se ocultarían más, y sería difícil encontrarlos, sin contar con que pocos criminales se resuelven a traicionar a sus compañeros.

Pero la condición de que no se harían preguntas facilitaba el asunto. Así, pues, en muy pocas horas quedaron pagadas ambas recompensas. Smith y Lucía vivían en un piso sórdido del sur de Londres.

El silencio hízose a su alrededor, sin que ellos lo sospechasen, porque Scotland Yard no estaba aún dispuesto a proceder a su captura. Sabíamos que Smith y Lucía representaban sólo parte de la organización. Scotland Yard se mueve a veces con lentitud y espera hasta que los malhechores relacionados con el crimen puedan ser cogidos con las manos en la masa. Por esta razón se dió orden de seguir a Smith y se encargó de este trabajo, no a un agente, sino a la hija de un inspector que, a su vez, era seguida por uno de nuestros hombres. Aquella joven siguió a Smith hasta la tienda de un carnicero de Westminster, llamado Tomás Jacobs. Se vió a Smith entregar con disimulo un pequetito a Jacobs, el cual fué seguido hasta una tienda de New-Cross, en la cual entró. Esta tienda sospechosa estaba a cargo de una tal señora Stockwell. Esperamos a que saliera Jacobs y mientras nuestros hombres le seguían a su propia tienda, yo dije a otro empleado de Scotland Yard que entrase en la de aquella mujer y la acusara de recibir y hacer circular billetes de banco falsos. A pesar de sus indignadas negativas, hicimos un registro en su casa y encontramos algunos billetes.

— ¿De dónde los saca Jacobs? — pregunté.

— No lo sé — contestó de mala gana aquella mujer.

— Sí lo sabe usted y miente y eso le resultará peor — la avisé.

Pero no lo sabía o no quiso decirlo, asegurando que ignoraba el hecho de que los billetes fuesen falsificados. Por fin confesó, aunque repitiendo que ignoraba en absoluto dónde se hacían los billetes.

— Se lo aseguro, señores — gritaba. — Lo ignoro, lo ignoro en absoluto.

Y nos rogaba que no la acusásemos. Nosotros no le prometimos cosa alguna. Sin embargo, le dijimos que no la detendríamos en el acto si consentía en recibir otra partida de billetes de Jacobs mientras nosotros vigilábamos por un agujero que hicimos en la pared.

No tuvo más alternativa que obedecer y cuando Jacobs hizo otra visita, nosotros presenciábamos la entrega. Aquella mujer, sabiendo que la estábamos observando, no nos hizo traición con señales o con palabras y así probamos, sin ningún género de duda, que el carnicero de Wetsminster sólo era un distribuidor.

Pero seguimos vigilando encargando el mayor secreto a la tendera. La situación era muy delicada, pero Scotland Yard ya está acostumbrado a ellas. El Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard trabaja como un solo hombre, pues los subjeses, a las órdenes del comisario ayudante, vigilan todos los movimientos de sus subordinados y se esfuerzan en rodear por completo al enemigo, con objeto de coger a todos los comprometidos en caso de que concierten algún golpe combinado.

El criminal habitual parece tener un sexto sentido que le advierte el hecho de que le vigilan. Como los hombres de Scotland Yard lo saben, toman las mayores precauciones.

Por ejemplo, cuando Jacobs dejó a la señora Stockwell, era casi seguro que se volvería a su tienda. Sin embargo, le siguieron algunos agentes y, al mismo tiempo, se vigilaban los dos establecimientos, así como a Smith y a Lucía, en el sur de Londres. Y en todos los momentos el jefe inspector Matthews y sus superiores estaban enterados de cuantos movimientos se llevaban a cabo.

Pero Jacobs pareció advertir que le seguían. Al dar la vuelta a una esquina se detuvo para ver si la persona sospechosa (yo mismo) también seguiría el mismo camino, con la esperanza de encontrarlo más adelante. Pero en vez de volver la esquina yo continué marchando en línea recta. Su reflejo en un escaparate me descubrió que se había detenido. El agente que me seguía a mí, fué el que dió la vuelta a la esquina, pero, al mismo tiempo, un tercer agente precedió a Jacobs a gran distancia, utilizando un espejito de mano.

Así, cuando yo pasé por su lado, el carnicero se sintió libre de sospechas y se encaminó directamente a su tienda. A la tarde siguiente salió para ir a buscar otro paquete de billetes falsos. Le siguieron discretamente hasta el piso de Smith, pero ni éste ni su hermosa compañera fueron detenidos aún, porque sabíamos que, como Jacobs, sólo se ocupaba en distribuir los billetes.

A partir de aquel momento se observaron los movimientos de Smith, tarea que necesitaba gran paciencia y extraordinaria astucia. Se trataba entonces de un ex presidiario, que ya sabía lo que era el presidio y que, además, tenía los ojos muy abiertos. Seis de nosotros nos relevábamos en seguirle. Por cierto que nos hizo correr bastante por calles y callejuelas. Poco tardamos en darnos cuenta de su maniobra, pues trataba de convencerse de si lo seguían o no.

Varios años antes yo seguía a otro criminal a quien no queríamos prender todavía. Aquel individuo nos hizo pasear, a tres de nosotros, durante horas enteras y por fin se detuvo en una calle-

LA CANASTILLA DE LABORES

Los álbumes de esta colección contienen variadísimas labores, en todos los gustos y estilos, dibujadas siempre en tamaño natural, para que puedan fácilmente calcarse sobre la ropa, sin necesidad de recurrir al dibujante.



Álbumes publicados

- Núm. 1.—Alfabetos para ropa blanca.
- Núm. 2.—Trabajos de rafia.
- Núm. 3.—Labores de malla.
- Núm. 4.—Labores en cañamazo.
- Núm. 5.—Labores de crochet.
- Núm. 6.—Labores de calados.
- Núm. 7.—Bordados richelieu.
- Núm. 8.—Labores de festón.
- Núm. 9.—Encaje inglés.
- Núm. 10.—Cordoncillo, cadeneta y pespunte.
- Núm. 11.—Letras y adornos para pañuelos.
- Núm. 12.—Bordado inglés.
- Núm. 13.—Abecedario y adornos para punto de cruz.
- Núm. 14.—Dibujos para camisas, enaguas y pantalones.
- Núm. 15.—Dibujos y adornos para manteles.
- Núm. 16.—Abecedarios, escudos y caprichos para pañuelos.
- Núm. 17.—Puntos de adorno y labores varias.
- Núm. 18.—Medallones y escudos para diversos usos.
- Núm. 19.—Aplicaciones y cenefas.
- Núm. 20.—Bordados sobre tul.
- Núm. 21.—Motivos decorativos para bordar.
- Núm. 22.—Nuevos abecedarios para lencería.
- Núm. 23.—Nombres y adornos para pañuelos.
- Núm. 24.—Monogramas (enlaces de letras) para pañuelos y lencería.
- Núm. 25.—Figuras aplicables a distintas labores.
- Núm. 26.—Nuevos abecedarios para manteles y toallas.
- Núm. 27.—Dibujos y cenefas para manteles y toallas.
- Núm. 28.—Pájaros, flores y frutas aplicables a varias labores.
- Núm. 29.—Bordado battemberg.
- Núm. 30.—Abecedarios y aplicaciones estilo imperio.
- Núm. 31.—Alfabetos góticos para bordados variados.
- Núm. 32.—Bordado noruego.
- Núm. 33.—Labores variadas para objetos del hogar.
- Núm. 34.—Deshilado y malla.
- Núm. 35.—Bordados con cordón o sutás.
- Núm. 36.—Dibujos para alfombras y tapices.
- Núm. 37.—Bordados de Lagartera.
- Núm. 38.—Emblemas religiosos.
- Núm. 39.—Pequeños monogramas y enlaces de gusto moderno.
- Núm. 40.—Dibujos para lencería de mesa.
- Núm. 41.—Juegos de lencería de cama.
- Núm. 42.—Bolsos y carteras de lencería.
- Núm. 43.—Dibujos modernos para camisas y pañuelos.
- Núm. 44.—Dibujos para tapetitos.

Precio del álbum: Una peseta



De venta en librerías, mercaderías y bazares, y en la
: : Administración de : :

EL HOGAR Y LA MODA

Diputación, 211.—Barcelona
Valverde, 21 dup.—Madrid

Puede remitirse el importe por giro postal o en sellos de correo certificando la carta.

NUEVA OBRA
DE LA
DOCTORA FANNY

**RECETARIO
DEL HOGAR**

(Enciclopedia abreviada
para la vida práctica)

Colección de 4.000 recetas
útiles recopiladas, explica-
das y ensayadas por la

DOCTORA FANNY

MATERIAS PRINCIPALES
TRATADAS EN ESTA OBRA:

Habitación. — Economía do-
méstica. — Higiene privada (la
alcoba, el tocador y el baño).
Puericultura. — Cuidados a los
enfermos y convalecientes.
Alimentación (la cocina, el co-
medor, la despensa y la bode-
ga). — Floricultura. — Cría y
cuidado de animales domés-
ticos. — Destrucción de ani-
males perjudiciales o molestos.
Avicultura. — Perfumería. — Fa-
bricación de vinos, licores,
refrescos, aperitivos, pon-
ches, etc.

Un tomo en tela, 12 pesetas

De venta en todas las librerías
de España y América.

Para pedidos, directamente a

EL HOGAR Y LA MODA

utilizando el siguiente cupón
que le da derecho a recibirlo
franco de portes.

EL HOGAR Y LA MODA

Diputación, 211, Barcelona
Valverde, 21 dup., Madrid

Agradeceré me remitan un
ejemplar del Recetario del Ho-
gar, por la Doctora Fanny, cuyo
importe de 12 pesetas remito
por giro postal n.º..... —
acompañando en sellos de correo
(certificando la carta).

Nombre.....
Domicilio.....
Población.....
Provincia.....
Fecha.....

juela, apoyando la espalda en la pared y así me sorprendió cuando, al dar la vuel-
ta a la esquina, fui a tropezar con él.

— Buenos días, Garrison — me dijo
sonriendo. — Un hermoso día para pa-
sear, ¿no le parece?

Nunca me olvidaré de aquel caso.

Como Smith estaba observando muy
receloso, nuestro papel consistía en tran-
quilizarle sin perderle de vista. Lo con-
seguimos, y al anoecer, Smith regresó
muy tranquilo a su casa al lado de Lucía.

A la mañana siguiente, muy temprano,
tuve que saltar de la cama, porque el
inspector Matthews me llamaba por telé-
fono.

— Ahora están desayunando, Enri-
que. Al parecer Smith se dispone a salir
temprano. Vaya usted en seguida allá.

Me vestí a toda prisa, en tanto que mi
mujer llamaba un taxímetro y me pre-
paraba comida para el camino. Siete
minutos después de haber llamado Mat-
thews ya estaba en la calle y en el sur
de Londres, cerca de la casa de Smith y
de Lucía, dando órdenes a mis subordinados.
Poco después Smith salía de la
casa y creyendo, sin duda, que no le
seguía nadie, se fué a la estación en
donde adquirió un billete para Birmin-
gham.

Me puse en comunicación con Scotland
Yard por medio del teléfono y telegrafía
a la Jefatura de Policía de Birmingham,
mientras dos de mis hombres tomaban
el mismo tren. Yo apenas tuve tiempo de
subir al convoy cuando éste empezaba
a marchar.

Era evidente que Smith estaba con-
vencido de que nadie le había seguido.
Durante todo el viaje permaneció en el
mismo compartimiento.

Una vez en Birmingham, bajó del tren
y se encaminó a la tienda de uno de los
mejores grabadores de la ciudad, llama-
do Francisco Campbell. Como es natu-
ral, el detalle fué luminoso y definitivo
para nosotros. Allí, por fin, estaba el
final de la pista.

No tuvimos por qué aguardar más. Los
agentes locales, a quienes había telegra-
fiado desde Londres, estaban con nos-
otros; constituíamos un número suficiente
para proceder a la captura aun cuando
dentro de la tienda del grabador se pre-
sentaran complicaciones inesperadas. Si-
tué convenientemente en la entrada a
varios de los agentes de la ciudad y con
el resto y mis dos hombres de Londres,
penetré en la tienda. Contra mis pre-
visiones, la detención se llevó a cabo sin
la menor violencia. El grabador y Smith
charlaban en una antesala visible desde
el vestíbulo de la tienda. Unas frases de
intimación y ambos quedaron en nuestro
poder.

El registro que hicimos seguidamente
demostró sin género de duda que Camp-
bell, a pesar de ser un hombre que goza-
ba de inmejorable reputación, se había
dedicado a fabricar los billetes falsifica-
dos y que Smith era su cómplice. Encon-
tramos varias resmas del preciado papel
de Laverstoke y las planchas usadas
para la falsificación.

Dado este primer golpe, cerramos la
red por completo. Reintegrados a Lon-
dres, detuvimos a Jacobs, a la señora
Stockwell y a la «Condesa» Lucía, y to-
dos, incluso Smith y Campbell, confe-
saron por completo. Sin embargo, al
principio este último no fué bastante
franco y sólo cuando se le acusó de la
falsificación de doce billetes del Banco
de Inglaterra, realizada algunos meses
atrás, se decidió a referir la historia en-
tera de su carrera. Era muy notable y

digna de mención. Además, la declara-
ción de Campbell provocó un epílogo
dramático.

— He practicado durante muchos
años — dijo — y si yo hubiese esperado
un poco más, guardando escondido este
papel Laverstoke, podría haber perfec-
cionado mis planchas de tal modo que
incluso hubiese engañado a los peritos.
Mas, por desgracia, perdí la paciencia.
Como es natural, el mayor obstáculo que
existe en la falsificación de billetes es
imitar el papel. Durante cinco años hice
experimentos, usando para ello verda-
deros billetes del Banco de Inglaterra
que reducía a pasta, extrayendo luego
la tinta por medio de un proceso que he
perfeccionado. Así destruí billetes legí-
timos por valor de unas 75 libras esterli-
nas, en mi deseo de analizar el papel
Laverstoke y de imitarlo. Por fin, pude
fabricar un papel muy parecido al legí-
timo. — Se encogió de hombros y aña-
dió: — Desde luego yo no estaba satis-
fecho, pues comprendí que los peritos
descubrirían la falsificación, pero, como
ya saben ustedes, imprimí una docena
de billetes y los mandé a cambiar al
banco. El mensajero fué detenido.

No se imaginaba él las preocupaciones
que aquellos billetes dieron a los emplea-
dos del Banco y a Scotland Yard.

— Poco después asistí a una conferen-
cia que dió el profesor Noyes en la Socie-
dad de las Artes, en Londres, referente
al grabado y a la manufactura del papel.
Detalló cómo se guarda el papel en la
fábrica de Laverstoke, asegurando que
sería imposible que nadie pudiese robar
la menor cantidad.

Al decir eso Campbell nos miró con
burlona sonrisa.

— Pocas cosas son imposibles — aña-
dió. — Inmediatamente decidí obtener,
de un modo u otro, algunas cantidades
de aquel papel. Smith — dijo mirando
el rostro serio de su compañero — se
encargó de obtener papel para mí y
después de caracterizarse para conver-
tirse en el pintor Pablo Flemming, fué
a Whitchurch con la «Condesa» Lucía,
que aparecía como su sobrina. Esta es
una muchacha — añadió bromeando —
que, como Scotland Yard, siempre se
apodera del hombre que desea.

Los ojos de Lucía se llenaron de lágrimas.
Yo me pregunté si se arrepentiría
de haber engañado al joven Symons y
si habría llegado a amarle.

— Lucía — continuó diciendo Camp-
bell — logró apoderarse de ese hom-
bre.

La joven se puso en pie con los ojos
centelleantes.

— ¡No puedo soportar eso! — exclamó.
— ¡No quiero!...

Un policía la obligó a que se sentase
de nuevo. Smith, lívido en extremo, la
miró mientras temblaban sus labios. Allí
se estaba desarrollando un drama de
amor, para el cual ninguno de nosotros
estaba preparado.

— ¡Maldita seas! — exclamó Smith
encolerizado. — Veo que no puedes olvi-
dar a ese imbécil.

— ¿Olvidarle? — replicó la joven con
frialdad y mirando a su pseudo tío con
ojos fieros. — Yo representé el papel que
me encargó usted. ¿No es verdad? Usted
me aseguró que al muchacho no le ocurriría
nada. ¡Ya se ve! Ahora está en la
cárcel y yo fui quien le metió allí.

Tratamos de calmarla, pero ella se
negó a recibir consuelo. Las facciones
de Smith estaban contraídas y una son-
risa se dibujaba en sus labios.

— Continúa, Roger Smith — le dijo

ella. — Sigue. Diles que soy una mala mujer. Todo el mundo lo sabe, y yo también, pero todavía tengo corazón.

Smith se echó a reír irónicamente.

— ¡Corazón! — exclamó con desdén.

— Sí — replicó ella agarrando con fuerza el brazo del sillón. — Tal vez es un corazón que nunca se conmovió por ti. Sin embargo, he amado una vez. — Su voz llena de emoción se convirtió en un murmullo y añadió: — No amé a Jorge como las mujeres pueden amar a los hombres. Es un muchacho ignorante. Él me quería con toda su alma. ¡Pobre muchacho! Y, sin embargo... — se rió amargamente y añadió: — No soy tan mala como se dice o como creen Smith y quizás Jacobs y Campbell.

Este último parecía divertirse mucho y en sus labios había una sonrisa sardónica. Ella se fijó y clavó los ojos en aquel maestro de falsificadores.

— ¡No soy mala del todo! — repitió. — A todos os rogué que salvarais a Jorge y tú te reíste de mí.

— Sin duda te impulsaba un instinto maternal — exclamó Campbell. — Eso es muy extraordinario en una mujer como tú, que...

En un instante Lucía se puso en pie y le agarró por el cuello. Dos policías contuvieron a la furiosa muchacha.

— Yo contribuí a que salieras adelante con la falsificación, Campbell — dijo la «Condesa» cuando la obligaron a sentarse de nuevo. — Eres un infame. Cuéntale ahora a Roger lo que me dijiste y explícale que te proponías engañarle. ¡Oh, si yo...!

No acabó la frase, pero Smith, con el rostro lívido, saltó hacia Campbell, disponiéndose a golpear el rostro de éste con las manos esposadas. Lo cogieron y juntamente con Jacobs le hicieron salir de la sala. Campbell, impávido, les miró con desdén:

— Para terminar, señores — añadió fríamente — Lucía se apoderó de aquel muchacho a pesar de ser tonto. Ella le tentó y le obligó a robar el papel que yo necesitaba. Me figuré que el asunto terminaría entonces y que tan sólo quedaría el recuerdo y que acabarían por casarse. Pero la mala suerte quiso que uno de sus cómplices, Guillermo, fuese un juguete en nuestras manos. Guillermo no tenía escrúpulos tontos y entre él y Smith obligaron al muchacho a que les ayudase. Se rió y continuó diciendo — A él le animaba la idea de ganar fácilmente

mucho dinero, lo mismo que a Guillermo. Lo malo es que continuamente temía ser cogido con las manos en la masa, en el momento de robar el papel. Incluso la «Condesa» Lucía, a pesar de sus instintos maternales, estaba disgustada con él, aunque le juraba que no le cogerían y que después de aquel pequeño robo podría llevar una vida decente porque los dos se irían a América. Tal vez, en definitiva, se lo propusiera así. Smith no lo cree, pero en cuanto cogieron ustedes al muchacho, ella nos suplicó que hiciéramos cuanto pudiéramos para ponerlo en libertad. En cuanto él hubo escapado del pueblo, nosotros podíamos haberlo ocultado en Londres, pero apenas sabía nada de nuestras operaciones. Por otra parte Lucía y Smith se peleaban sin cesar por causa de él. No pude comprender cómo lograron ustedes encontrarlos — añadió frunciendo el ceño, — pero si no hubiera sido por el sentimentalismo de Lucía, Smith hubiese estado bastante más despierto.

El inspector Matthews hizo señas a dos policías y oprimió el botón del timbre.

— Por ahora ya basta, Campbell — dijo. — Llévenselo ustedes.

El rey de los falsificadores fué llevado a su calabozo y entonces entró la señora Stockwell. No pudo añadir cosa alguna a sus declaraciones anteriores y después de un extenso interrogatorio fué conducida de nuevo a su calabozo y entró Guillermo.

Este tenía también muy poco que decir. Sólo maldijo al imbécil de Jorge Symons. Creía que éste dió las indicaciones necesarias para coger a todos los demás. Era notable su sangre fría, teniendo en cuenta que aquella era la primera vez que había delinquido y pensaba con la mayor indiferencia en la condena que le esperaba. (En cuanto salió de la cárcel llevó una vida criminal siendo condenado numerosas veces.) Entonces le devolvieron a su calabozo y entró Jorge Symons, pálido y tembloroso.

Tartamudeando contestó a las preguntas que se le hicieron, pero no mintió y pronto pudimos advertir que le impresionaba otra cosa además del miedo.

— A lo hecho pecho. Pero no es eso lo que me apura. Yo amaba a Rosa... y todavía...

— Quiere usted declir a Lucía — le observó Matthews.

— No importa — contestó el desgraciado con voz temblorosa. — Yo la quería y aun la quiero a pesar de todo. — Levantó el rostro y sus ojos examinaron los nuestros impasibles: — Yo no habría hecho lo que hice, a no ser por Lucía. Pero no habrían podido obligarme a eso, si yo no hubiese estado convencido de que correría la misma suerte que ella. Más tarde...

— Dígame, Symons — preguntó el inspector con acento bondadoso. — ¿Se proponía usted casarse con ella?

El joven se le quedó mirándole. — Naturalmente, señor. Siempre y cuando ella me hubiese querido.

La cara de Matthews no daba a entender la simpatía que nosotros, que le conocíamos, podíamos leer en sus ojos.

— Y si me quiere después que hayamos cumplido nuestro castigo, me considerará feliz — dijo el joven. — Ella me prometió casarse conmigo una vez terminado este asunto. Entonces iríamos a Nueva York y volveríamos a empezar la vida.

— ¿Le prometió, acaso — preguntó Matthews — que a pesar de la natura-

leza criminal de sus operaciones, usted no sería nunca acusado ni preso?

El prisionero fijó los ojos en el suelo.

— Sí, señor — murmuró — aunque ella no podía asegurarlo. De todos modos no la condeno, sino que yo solo soy el culpable. Ya está hecho.

Matthews llamó a un policía y le ordenó:

— Qúitate las esposas, Tim.

Así lo hizo el funcionario y el joven se quedó mirando al inspector con la boca abierta.

— ¿Debo entender que...?

— ¿Que está usted libre? No, hijo mío — contestó Matthews tomando un papel escrito a máquina que había en su escritorio.

El preso obedeció temblando y se acercó al jefe.

— Pagará usted el crimen de haberse asociado con esos criminales — dijo Matthews con severidad. — Es probable que la sentencia sea de seis meses tan sólo. Durante este tiempo podrá reflexionar sobre lo que ha hecho, resolviéndose a portarse como un hombre digno. ¿Me comprende?

— Sí, señor — contestó Symons impresionado por la personalidad de Matthews.

— Volverá usted hecho un hombre. Podrá ser dueño de sí mismo y pensar con calma acerca de la vida. No vacilará en condenar las acciones pasadas que su conciencia y su inteligencia le indiquen como malas, y eso a pesar de la lucha que para ello tenga que sostener.

— Sí, señor.

— Pues bien, tome eso — añadió Matthews entregando al joven la hoja escrita a máquina. — Esa es la biografía criminal completa de Lucía Morris. Procure armarse de valor antes de leerla. Pero léala.

El joven tomó la hoja con dedos temblorosos. Matthews hizo una seña a los agentes, que sacaron al preso.

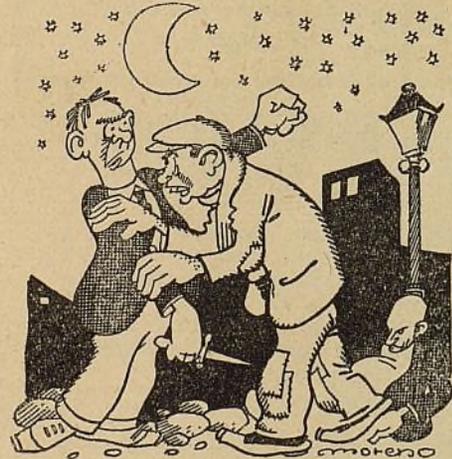
— ¡Pobre muchacho! — murmuró Matthews. — Seguramente que al principio no va a creerlo, pero luego la odiará. De todos modos, le pasará y luego... — se encogió de hombros y añadió: — Es posible que eso le haga un hombre.

El inspector tenía razón. Todo ocurrió según Lucía habría deseado, por que ella, Smith y el rey de los falsificadores fueron condenados a presidio. A los demás les correspondieron seis meses de cárcel. Así se disipó en el aire aquella fortuna de billetes falsos.



— ¡Guardia, guardia! ¡He matado a mi mujer!

— ¿Y a mí qué me cuenta? No quiero meterme en asuntos de familia.



— ¿Por qué ha clavado usted el cuchillo a este hombre?

— Porque no tenía otra cosa a mano para matarle.

GRAN PROYECTOR

regala a sus *dos mil* primeros suscriptores una de las siguientes novelas, a elegir, de la

COLECCIÓN AVENTURA

publicada por

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

Calle Provenza, núm. 216. — BARCELONA

James Oliver Curwood

El regreso. El fósforo. La fuerza de los hombres. El ratón. Corazones de hielo.



Peter B. Kyne

Los tres padrinos. El valle de los gigantes. El solitario. El más feo. El Sheriff.

Sapper

El capitán Drummond.

Frank L. Packard

De ahora en adelante.

C. N. y A. M. Williamson

La dama del aire.

Henry Allorge

El gran cataclismo.

Zane Grey

Tappan y su burro. Cazando Pumas. Tigre. El Santa Rosa.

Gouraud d'Ablancourt

El drama de Maison Dieu.

Francis Lynde

Un legado original.

Alfred Machard

El fugitivo.

Hans Richter

El canal.

Paul D'Ivoi

Los compañeros del loto blanco. Un viaje extraordinario.



El suscriptor, al hacernos el envío del importe de su suscripción, puede indicarnos el título de la obra que desee, y la recibirá a vuelta de correo, franca de portes, en su domicilio.

Para mayor comodidad, utilícese el siguiente cupón.

GRAN PROYECTOR

Calle de la Diputación, 211

BARCELONA

Agradeceré me suscriban por meses a la revista

GRAN PROYECTOR (7'50 ptas. semestre)

PROYECTOR semanal y GRAN PROYECTOR (12 ptas. al semestre) (1)

cuyo importe de ptas. remito por giro postal núm. adjunto en sellos de correo (certificando la carta), debiendo remitírseme como regalo la novela

Nombre

Domicilio

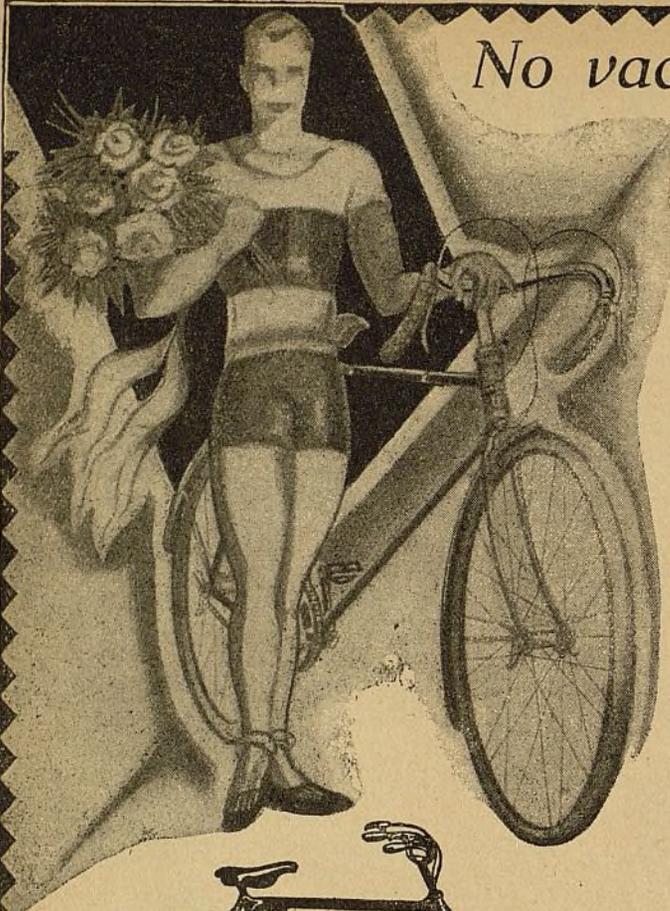
Población

Provincia

Fecha

(1) Táchese lo que no interese.





No vacile! Adquiera hoy mismo una

BICICLETA "QUILLET"

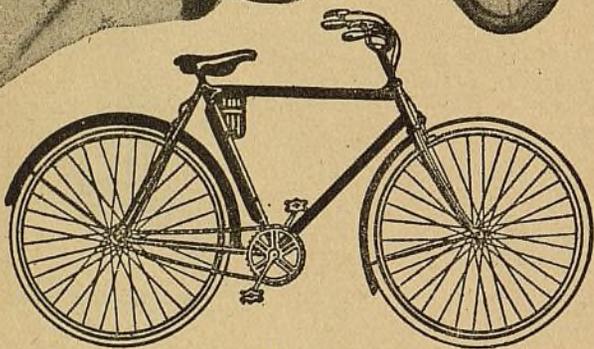
MODELO 1930

La bicicleta de los campeones

20 MESES DE CREDITO 13 PESETAS AL MES

NADA DE PAGO ADELANTADO

Nuestros modelos han sido objeto de una fabricación esmeradísima a fin de que puedan satisfacer las exigencias del aficionado más escrupuloso. La esbeltez de líneas, suavidad en los engranajes y el temple insuperable de sus diferentes piezas hacen que nuestros ciclos sean los preferidos por toda persona inteligente. Desconfíese de la calidad de las bicicletas de bajo precio por estar éste en relación con su deficiente construcción y escasa duración y, como consecuencia, resultan *infinitamente más caras*. El ideal consiste en encontrar una bicicleta en la que, normalmente, no sea preciso efectuar reparaciones que originan el doble perjuicio de verse imposibilitados de usarla y de pagar el crecido coste de ellas. Estos graves inconvenientes no existen en nuestros ciclos.



N.º 1 - TIPO TURISMO

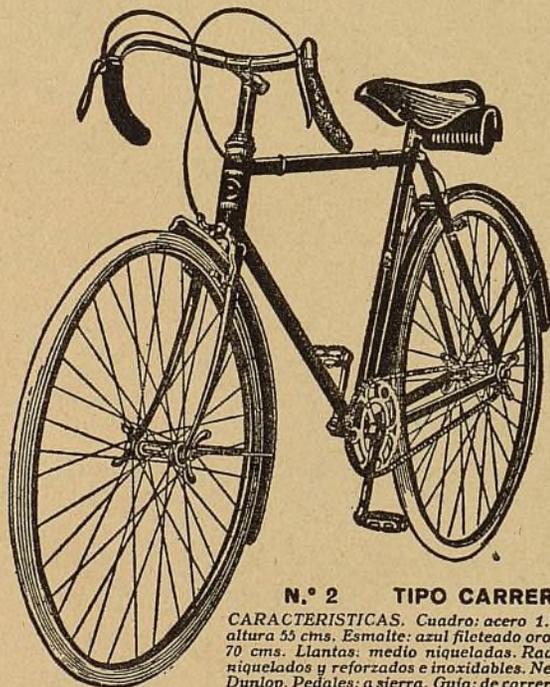
CARACTERISTICAS: Cuadro: acero extrafino, altura 55 cms. Esmalte: negro fileteado en oro. Ruedas: de 70 cms. Biela y pedales: a sierra, extraligeros e indesarreglables. Llantas: de acero medio niqueladas. Radios: extraniquelados e inoxidable. Neumáticos: Dunlop. Guía: tipo inglés. Guardabarros: esmaltados, negros y fileteados. Frenos: a rueda trasera y delantera, sobre llanta. Sillín: de 1.ª calidad. Bomba: de cuadro esmalte negro. Cartera: con accesorios. Horquilla: extrafuerte de tubos cónicos y extremos reforzados.

Precio del modelo 1. - TURISMO

260 ptas. en 20 mensualidades de 13 ptas.

Al contado: **230** ptas.

QUILLET es la marca de bicicletas que más se vende en toda España.



N.º 2 TIPO CARRERA

CARACTERISTICAS. Cuadro: acero 1.ª calidad, altura 55 cms. Esmalte: azul fileteado oro. Ruedas: 70 cms. Llantas: medio niqueladas. Radios: extra niquelados y reforzados e inoxidable. Neumáticos: Dunlop. Pedales: a sierra. Guía: de carrera. Frenos: a rueda trasera y delantera. Sillín: de carrera 1.ª calidad. Bomba: de cuadro esmaltada. Cartera: con accesorios. Rueda: libre. Mariposas: para cambiar rápidamente la rueda libre y convertirla en piñón fijo. Guardabarros: esmaltados en azul y fileteados en oro. Horquilla: extrafuerte de tubos cónicos y extremos reforzados.

Precio del modelo 2. - CARRERA

270 ptas. en 20 mensualidades de 13'50 ptas.

Al contado: **240** ptas.

Una buena bicicleta se paga pronto a si misma con el ahorro que proporciona.

BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A. una bicicleta «QUILLET» Modelo N.º por el precio de ptas. que me comprometo a pagar en Barcelona, a plazos mensuales de ptas., el primero a la recepción y los otros cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no haya satisfecho el importe total la consideraré en calidad de depósito en mi poder.

AL CONTADO PTAS. FIRMA

Nombre y dos apellidos

Edad

Profesión

Dirección del empleo

Calle

Población

Provincia

Estación

Móvil de 15 cts.

ENVIO INMEDIATO FRANCO DE EMBALAJE

Córtese el boletín y mándese a los ESTABLECIMIENTOS QUILLET, S. A., Apartado de Correos 476. Barcelona

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis-Barcelona

El Caso de los 60,000 Dólares por un Pinchazo

Si Mabel esperaba que, después de la representación, podría tener un útil *tête-à-tête* conmigo, debió de quedar defraudada, pues yo insistí en llevar, ante todo, a la señora Clinton a la estación del Metro. Luego, en vista de que nuestra conversación era muy interesante, invité a Mabel a tomar el té en un hotel cercano. Y, como al descuido, le hice saber que me alojaba en el Hotel Densmore.

— Me gustaría mucho aceptar, y sería muy agradable ir a un lugar donde pudiéramos bailar un poco — contestó —. Pero estoy muy incómoda con estos zapatos. Son demasiado grandes.

— Esto se arregla fácilmente, querida niña — le dije con acento alegre —. Iremos a comprar otros zapatos. ¿Dónde se calza usted? —

Me indicó la zapatería más cara de toda la ciudad y yo di las señas al *chauffeur*.

Era una tienda muy lujosa. Mabel, sin dar importancia a la cosa, eligió un par de zapatitos de satén con hebillas de cuarzo del Rhin que costaban 75 dólares. Quiso llevarse también los zapatos viejos, pero ordené que se los mandasen a su casa. Guardé cuidadosamente el *ticket* para usarlo más adelante (como prueba de que aquella muchacha de tan inocente aspecto era muy capaz de aprovechar las gangas).

Después de tomar el té y bailar, le recordé que tenía un compromiso y le ofrecí acompañarla hasta su casa. Me dió sus señas y el número de su teléfono, pero me rogó ordenar al *chauffeur* que se detuviese media manzana antes de llegar a su domicilio.

— Es mejor no acercarse demasiado a la casa — explicó — porque las vecinas son unas chismosas terribles. —

Al día siguiente tomé unas habitaciones en el Hotel Densmore, magnífico establecimiento situado entre la Quinta y a Sexta Avenidas. Luego, durante cuatro días, estuve ausente del hotel, ocupado en otros asuntos, dando así a Mabel el tiempo necesario para soñar en el tesoro que iba a conquistar de aquel rico individuo del Oeste.

Al quinto día, cuando volví al Hotel Densmore, el telefonista me dijo que una señora había preguntado varias veces por mí, aunque sin dar su nombre.

Subí a mis habitaciones y desde allí llamé a Mabel por teléfono, invitándola a almorzar conmigo. Le expliqué, mintiendo, que Elena tenía un fuerte resfriado, y por eso esperaba que no tendría ella inconveniente en acompañar a un pobre hombre que estaba muy solo.

— No puedo ir ahora — contestó con voz prudente —. Tal vez dentro de media hora podré llamarle otra vez y comunicarle lo que resuelva.

A pesar de estas palabras, transcurrieron dos horas y media antes que me llamase de nuevo al teléfono para decirme que no tenía inconveniente en venir a verme.

Tan pronto como entró en el saloncito que formaba parte de mis habitaciones, me advirtió que teníamos que ser muy prudentes en nuestras conversaciones telefónicas, pues el encargado del teléfono de su casa tenía la costumbre de escuchar las conferencias de los vecinos, además de que su tío no quería que ella

(Continuación de la página 25.)

tuviese amigos en la situación en que se hallaba. Por esta razón convinimos en una clave a fin de ponernos de acuerdo para los encuentros sucesivos.

Como no había ninguna *matinée* teatral y, por otra parte, ya era demasiado tarde para almorzar, propuse ir a un cinematógrafo.

— Las películas me hacen mucho daño a la vista — dijo ella con acento mimoso y volviendo sus grandes y aterciopelados ojos hacia mí —. Vámonos a una casa de modas — sugirió —. Es muy divertido. No es que quiera comprar nada, pero me gusta mucho probarme trajes.

— A mí me parece una cosa bastante aburrida — contesté riéndome —. Pero, en fin, su capricho es ley para mí. —

ENTRAMOS en una de las tiendas más caras de la calle Cincuenta y siete y en otra de la Quinta Avenida, en donde Mabel se hizo mostrar pieles y trajes de corte sastrero. Se los puso todos sucesivamente, y luego vino a mostrármelos esperando que le compraría algo. Pero yo no tenía deseo de gastar innecesariamente el dinero de mis clientes con una muchacha como aquélla, que ni siquiera era lo bastante inteligente para explotar con gracia a un hombre bonachón.

Cuando llegamos a la calle la felicidad por su garbo y buena disposición en probarse trajes.

— Sería muy agradable comprarle a usted trajes, y cuando tenga más tiempo la acompañaré para comprarle alguno que realmente le sienta bien. No me ha gustado ninguno de los que se ha probado. Elena se viste en una casa excelente. No recuerdo cómo se llama. Pregúntesele usted cuando la vea. —

Aquella noche llamé por teléfono a la señora Clinton y le rogué que hiciera alguna indicación a Mabel con objeto de que no me comprometiese a comprarle cosas, según ya estaba insinuando con tanto atrevimiento.

Además, la joven empezaba a mostrarse impaciente. Llamé por teléfono a la señora Clinton y la invité a tomar el té.

— ¡Qué hermosa pulsera lleva usted! — exclamó casi a las primeras palabras de su conversación.

— Sí, es muy bonita — convino la señora Clinton —. ¿Se acuerda usted de que el señor Anderson dijo que me reservaba una sorpresa? Pues bien, es ésta. La otra noche, en el teatro, vi a una señora que llevaba otra igual y él ha recorrido toda la ciudad hasta encontrarla idéntica. —

Hizo una pausa y continuó, sonriendo:

— Es un hombre muy especial. Si alguna vez le pidiese que me comprara algo, estoy segura de que no me haría caso. Pero, en cambio, es el hombre más aficionado a dar sorpresas. Cuando está de buen humor, es capaz de comprarme una joyería en peso, si sabe que ese es mi gusto.

— Me parece que no le ve usted mucho — observó Mabel, pensativa —. ¿Y cómo ha llegado usted a interesarle de este modo?

— Pues, verá usted; la cosa no deja de tener gracia. Aunque sé muy poco de valores, el caso es que casi anualmente llevo a ganarme siete mil quinientos dó-

lares. Yo traté de vender al señor Anderson algunas acciones, pero mi amigo resultaba demasiado inteligente para mí, y creo que lo que más admira en mí es la habilidad que tengo para vender acciones a esos tipos que andan siempre dispuestos a desprenderse de los valores que poseen. —

Era evidente que Mabel tomó consejo de sí misma, pues, durante las tres semanas siguientes en que nos encontramos con alguna frecuencia, tan sólo una vez tiró el anzuelo, y el cebo que usó me dió a entender que había digerido muy bien las advertencias de la señora Clinton.

— Elena me mostró el otro día aquel magnífico brazalete que le regaló usted — me dijo con cierta timidez —. No hay duda de que es una muchacha de suerte. —

ESTO ocurrió cosa de cinco semanas después de nuestro primer encuentro. Yo le había telefoneado, para invitarla, unas cuatro veces. Era una muchacha alegre, con la que se pasaba muy bien el rato y hacía cuanto le era posible para causar buena impresión. Varias veces me dejó entrever que deseaba en gran manera hacer más íntima nuestra amistad, pero la fría respuesta que le di le causó extrañeza y a la vez le picó el amor propio.

— ¿Por qué no alquila usted un piso amueblado? — me preguntó en una ocasión como si acabara de ocurrírsele tal idea —. Le resultaría mucho más barato que el hotel. Además, siempre temo que alguien me vea venir aquí. —

Pero yo hacía oídos de mercader a todas estas indicaciones misteriosas que me hacía con objeto de excitar mi curiosidad.

— Tal vez no lo creerá usted, pero soy una cocinera magnífica y podría ayudar a la criada a preparar exquisitas comidas... para usted. Piense, nada más, en los ratos deliciosos que podríamos pasar sin que apenas nos costaran nada. —

Y mientras hablaba así daba vueltas por la estancia señalándolo todo.

— Es usted muy amiga de la economía, querida niña — exclamé riendo y dándole palmaditas en el hombro —. Bien, no estará de más que busquemos algo, porque espero vivir en Nueva York todo el verano. —

En una agencia me proporcionaron una lista de varios pisos disponibles y empleamos una tarde en visitarlos. El nido amoroso que encontramos y que mereció la aprobación de mi compañera, que se disponía a explotarme, se hallaba precisamente en la Quinta Avenida y podía obtenerse por la módica suma de seiscientos dólares mensuales.

— Es una casa lindísima — exclamó —. Mire usted estos asientos en el hueco de las ventanas. En cuanto al dormitorio, es sencillamente maravilloso, con sus armarios forrados de cedro y todos los demás detalles. Vamos a ver la cocina. —

Por un momento me quedé solo con el encargado. Deslizándole una moneda de diez dólares en la mano, murmuré:

— Esta muchacha quiere que tome un piso para ella, pero no estoy dispuesto a hacerlo. Sin embargo, no quiero que se desanime todavía. Por consiguiente haga usted el favor de ayudarme. —

El buen hombre hizo una mueca de

asentimiento. Luego, nos fuimos los dos al encuentro de Mabel.

— Es una casa magnífica — gorjeó con los ojos brillantes de entusiasmo —. ¿Cuándo podrá usted trasladarse?

— Hay que esperar por lo menos un par de semanas — dijo el encargado —. Aunque el antiguo inquilino se ha llevado sus muebles, el alquiler no expira hasta el día quince. —

Esto fué algo muy triste para Mabel, que hizo un puchero y estuvo a punto de que se le saltaran las lágrimas.

— No se preocupe, querida mía — dije consolándola —. Así como así, mañana he de marcharme y estaré ausente un par de semanas. Cuando regrese, el piso estará ya disponible y yo le reservaré una sorpresa. —

ESTAS palabras le contuvieron las lágrimas y le hicieron resplandecer los pequeños y agudos dientes en una radiante sonrisa. A pesar de que en todos nuestros encuentros siempre di a entender mi preferencia por Elena, no me fué difícil advertir que Mabel estaba persuadida de que, al final, triunfaría ella.

— Usted considera a Elena extraordinariamente lista — me dijo antes de separarnos. — Sé que juzga usted sus operaciones comerciales como algo sencillamente maravilloso. Pero eso no tiene ningún mérito. Si usted supiera... —

De pronto se contuvo, y yo fingí estar distraído, comprendiendo que el asunto aun no había madurado bastante.

Diez días más tarde le telefoné y le rogué que fuese a encontrarme a una famosa joyería, a la una de la tarde.

Llegó con la mayor puntualidad, con los ojos brillantes y la voz temblorosa de excitación.

Nos sentamos ante un mostrador e inmediatamente se nos acercó un hombre alto y distinguido. En su mano llevaba un estuche de terciopelo.

— ¿Está listo, eso, Morrison? — le pregunté.

— Sí, señor — contestó. — Es un duplicado exacto.

— Pues dáselo a esta señorita, para que ella misma abra el estuche. —

El lo entregó a Mabel, que se apresuró a tomarlo. Oprimiendo el botón del muelle pareció como si sus ojos fuesen a desorbitarse al ver un círculo de brillantes cuyas facetas resplandecían fantásticamente.

— ¡Oh! — exclamó con éxtasis. — Es completamente igual que el de Elena.

— ¿Le gusta, querida niña? — pregunté. — Déjemelo ver. —

Casi de mala gana me lo entregó, y examiné cuidadosamente la montura de los brillantes y el dorso de la pulsera.

— Se han equivocado — gruñí —. Dije que lo quería en platino y ustedes han puesto oro blanco. Me sorprende. ¡Parece mentira en una casa como esta! —

Y empecé a gritar, furioso en extremo, hasta que, por fin, arrojé la joya — que, sea dicho de paso, pertenecía a la señora Clinton — en las manos del empleado. Morrison no podía comprender cómo se pudo cometer aquella equivocación. Pidió mil perdones y prometió remediar el error en muy pocos días.

El empleado que recibió la joya era uno de los detectives de la joyería. En varias ocasiones yo le había prestado algunos servicios y por consiguiente no tuvo ningún inconveniente en representar conmigo aquella pequeña comedia.

Al salir de la joyería fingí estar enfurruñado. Mabel que había empezado a

protestar, no sólo disimuló su enojo, sino que hizo cuanto le fué posible para calmarme el mío y devolverme el buen humor.

— No nos acordemos más de eso — dijo —. El responsable de la equivocación será despedido. No tengo la menor duda — añadió con rencor —. ¿Qué va usted a hacer esta noche?

— Un amigo mío está visitando Nueva York y habíamos convenido en pasar la noche juntos — contesté en tono áspero —. Creí que Elena iría con nosotros, pero está ocupada en una de sus operaciones comerciales. Yo la admiro mucho, pero me gustaría más que arreglase sus asuntos de manera que estuviese libre cuando yo llego a Nueva York. ¿Quiere usted acompañarnos y llevar a alguna amiguita? Mañana he de marcharme otra vez y estaré ausente durante varias semanas. En cuanto a lo del piso, tendremos que aplazarlo por algún tiempo. Cuando vuelva, mis asuntos estarán algo más arreglados y podremos convenir algo definitivo. De todos modos, a mí no me gustan los muebles alquilados. Durante mi ausencia, podrá usted buscar por ahí.

— Me gustaría mucho ir esta noche con ustedes — contestó fingiendo un entusiasmo que no sentía —. Por mi parte creo que Elena no le trata bastante bien, teniendo en cuenta lo que ha hecho usted por ella. Traeré conmigo a Elisa Danson, una muchacha muy agradable. —

El taxi se detuvo ante mi hotel y Mabel se dispuso a bajar para marcharse.

— Esta tarde voy a tener mucho que hacer — le dije —, de modo que tendrá usted que dispensarme. El *chauffeur* la llevará a su casa y ya nos veremos esta noche a las ocho.

Creía llegado ya al momento psicológico para tratar del caso. A medida que se desocuparon tomé dos habitaciones independientes situadas a ambos extremos de las que ya tenía. Después de una larga conferencia con el propietario del hotel y mediante el pago de una buena suma, telefoné a mi oficina y ordené a un empleado que viniera inmediatamente al hotel para instalar dos fonógrafos registradores. También di instrucciones a la señorita Wylie para que contratase a dos taquígrafos de los tribunales y les transmitiese las instrucciones convenientes para el desarrollo de mi plan.

Cuando a las ocho de la noche llegaron Mabel y su amiga Elisa, ya las esperábamos Harvey Garson — empleado de la Compañía de Seguros — y yo en la salita donde habían preparado un lujoso servicio para la cena.

Las dos muchachas se presentaron magníficamente vestidas.

A partir del segundo coctel, empezó Mabel a prescindir de toda discreción y, apenas se mentó a la señora Clinton, hizo algunas observaciones sobre ella verdaderamente mordaces.

Garson fingió que también admiraba la inteligencia y astucia de la señora Clinton, y entre ambos logramos darle la sensación de que nos gustaban las personas listas.

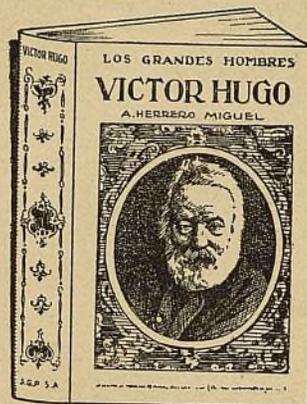
Mabel empezó a vanagloriarse de su astucia refiriéndonos varios casos en que había salido triunfadora, para probarnos que podía competir sobradamente con la señora Clinton.

— Es una muchacha estupenda — dije a mi compañero con tono jocoso —. Desde luego, no lo es tanto como Elena, pero se la puede admirar por su extraordinaria imaginación.

— ¿De modo — exclamó — que ustedes se figuran que Elena es muy lista?

VICTOR HUGO

por A. HERRERO MIGUEL



Nueva e interesante biografía publicada en la colección

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura de Victor Hugo ofrece en la historia de la literatura un interés excepcional por su doble aspecto de incomparable escritor y de plasmador del espíritu romántico francés. Por eso una biografía suya es un medio eficazísimo de conocer más profundamente la recia personalidad que le hace sobresalir sobre todos sus contemporáneos.

A través de los nueve capítulos de este tomo va desarrollándose la vida íntima del genio con una nitidez de acción realmente notable. Desde la accidentada infancia, con los inquietos viajes por Italia y España, hasta la serena ancianidad, con los triunfos literarios y las intervenciones políticas, toda la vida de Victor Hugo nos la presenta Herrero Miguel como un esfuerzo sublime del que lucha por la patria y por las letras, dando en cada caso el preciso análisis de las causas que motivan el hecho o el esquema del fin a que tienden.

Un tomo ilustrado con 32 artísticas fotografías:

En tela y oro. 4 ptas.

En rústica. 3 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 dup. — MADRID

Pues se equivocan, porque todas sus especulaciones no son más que asuntos de cuatro cuartos. Por mi parte, tengo una combinación que va a procurarme sesenta mil dólares. ¿No es verdad, Elisa?

— ¡Vaya! — contestó ésta. — Y a mí me corresponderán diez mil.

— Siga usted, querida Mabel, pero no diga estas cosas — añadió en cuanto ella empezó a pisar el terreno peligroso: como es natural, yo no quería aparentar el menor interés por sus cosas —. Ya sabe usted que Garson y yo no somos tan tontos como para creer en todos esos cuentos de hadas. —

Mabel, picada ya en su amor propio, empezó a referir una historia asombrosa que le hizo perder por completo su reclamación de daños y perjuicios; pero aun fué más allá y nos relató un pequeño plan de *chantage* de que hizo víctima al socio principal de la Compañía Importadora Blanc, al cual llamaremos Barker. —

Garson y yo nos reíamos y burlábamos un poco de ella en voz queda, a fin de evitar que nuestras voces pudieran apagar la de Mabel al ser registradas en los fonógrafos. Algunas pequeñas indicaciones y exclamaciones escépticas sirvieron para sonsacarle detalles muy importantes que ella incluso trataba de dorar cuanto podía.

En resumen, el plan que expuso era el siguiente: Mientras trabajaba en un club nocturno de Nueva York, contrajo un envenenamiento de la sangre a causa de una desdichada asociación con su pareja de baile. Este hombre y ella decidieron hacer recaer la responsabilidad en algún patrono rico procurando, además, sacarle alguna suma de dinero por medio del *chantage*.

Apareció Barker en escena. Vió a Mabel y se enamoró locamente de ella. Más tarde, cuando su amistad ya fué muy íntima, ella le reconvinó por el mal estado de su salud. El protestó, declarando de todo punto imposible tal responsabilidad por su parte, y hubo algunas escenas violentas. Ella le aseguró que iba a obligarle a indemnizarla con quinientos mil dólares y el pobre hombre perdió la cabeza por completo. Díjole que tal reclamación judicial le arruinaría social, familiar y comercialmente sin contar con que no podía pagarle la enorme suma que ella pedía.

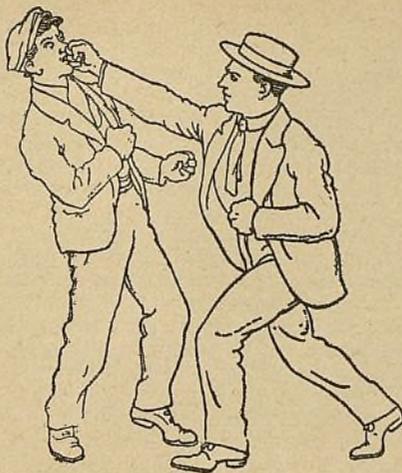
Por aquellos días una amiga de Mabel se causó un arañazo con un alfiler oxidado y la pequeña herida se infectó. Esto sugirió al astuto cerebro de Mabel el plan de entrar a trabajar en la Compañía Importadora Blanc. Barker convino en ello, sabedor de que los daños y perjuicios que ella pretendía serían pagados por la compañía de seguros cuya póliza cubría a la Importadora Blanc de toda clase de riesgos.

Primero contrataron los servicios de un abogado barato para que la Compañía de Seguros estuviera confiada; luego, en cuanto ya estuvo próxima la vista del pleito, Barker adelantó el dinero necesario para contratar a Corday.

Mientras la modelo hacía estas revelaciones tan comprometedoras, Garson se dedicaba a *flirtear* con Elisa, que bebía champaña como si fuese cerveza. De cuando en cuando, se interrumpía para corroborar la historia de su amiga. Hacia el final yo me hundí en uno de los profundos sillones y me cubrí el rostro con las manos.

— ¿Qué ocurre? — exclamó Mabel acercándose a mí y obligándome a levan-

NUEVA EDICION DE



MODOS DE DEFENDERSE EN LA CALLE, SIN ARMAS

Lecciones prácticas de boxeo, jiu-jitsu, lucha grecorromana, etc.

por el Doctor SAIMBRAUM

PRINCIPALES PUNTOS TRATADOS EN ESTA OBRA:

PUÑETAZOS. — ZANCADILLAS. GOLPES CON LOS PIES. — TORCEDURAS. — GOLPES DADOS CON LA CABEZA. — REGLAS GENERALES PARA DEFENDERSE EN UN COMBATE. — OBSERVACIONES GENERALES SOBRE EL CUERPO A CUERPO. GOLPE CON LA RODILLA. — GOLPE DE LA HORQUILLA. — GOLPE CON EL SOMBRERO O LA GORRA. PARADAS EN UN CUERPO A CUERPO. — ALGUNOS GOLPES DE APACHE. — DEFENSA EN EL SUELO, etc.

Un tomo con profusión de fotografías y dibujos 2 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración de

Gran Proyector

DIPUTACIÓN, 211, BARCELONA
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID

Utilice el siguiente cupón, que le da derecho a recibir la obra en su domicilio, libre de gastos de envío.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de la nueva edición de la obra *Modos de defenderse en la calle, sin armas*, por el Dr. Saimbraum, cuyo importe de 2 pesetas remito por giro postal n.º — adjunto en sellos de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

tar la cabeza hasta verme los ojos vidriosos y el rostro congestionado por la bebida —. Me parece que no ha escuchado usted una palabra de cuanto acabo de decir. Estoy segura de que si estuviese aquí Elena...

— Oye, pequeña — contesté en tono conciliador —. Escúchame bien. Hemos pasado una noche muy agradable. Ahora, precisamente, estaba pensando que así como nosotros lo tenemos todo, dinero, comida, vino y dos hermosas muchachas por compañeras, en este hotel hay, en cambio, dos jóvenes muy desgraciados. Esta mañana, cuando fui al *comptoir* para dejar mi llave, estaban estos dos muchachos pidiendo una habitación. Les dijeron que era preciso pagar por anticipado, pero ellos no tenían dinero alguno. Son unos pobres chicos que han sufrido ya mucho, a pesar de ser muy jóvenes. Yo ordené que les dieran una habitación y que me la cargaran en cuenta. Así lo hicieron. Luego les dije que fuesen a comer al restaurante, que firmasen vales y que yo los pagaría hasta que encontrasen trabajo.

Hice una pausa y meneé tristemente la cabeza. Era preciso prolongar aquella triste historia a fin de que no se malograra ni un solo punto del plan preparado.

— Y la verdad es que parecen dos chicos muy dignos y apostaría cualquier cosa a que no han comido por vergüenza, o se han quedado con hambre. Tal vez no se atrevieron a entrar en el restaurante. Hazme el favor de llamar a Cutie, el cajero, y pregúntale si ha recibido vales del restaurante firmados por Chester Ballin y Hugo Taylor de la habitación 19-11.

Así lo hizo y averiguó que no se había recibido ningún vale.

— Ya lo sospechaba — exclamé meneando tristemente la cabeza. — Y, en cambio, fíjate en todo esto que no nos hemos comido. ¿No te parece un caso de conciencia? Es muy doloroso que ocurran tales cosas a unos muchachos así. Me acuerdo de cuando yo era joven y tenía que luchar... El hambre es cosa terrible. Lo sé por experiencia... —

De nuevo apoyé la cabeza en mi brazo y al parecer me perdí en los recuerdos de mis tiempos difíciles. Mis compañeros parecían haber recibido una ducha fría con mis lamentaciones.

— Tal vez están ahora desesperados, sin saber a dónde ir, ni qué comer y sin esperanzas de encontrar trabajo. ¿No les parece horroroso, queridas niñas?

— ¿Por qué no mira usted si están en el hotel y les invita a que vengan con nosotros? — insinuó Mabel, realizándose así mi esperanza de que una de ellas lo hiciese.

— Excelente idea, niña — exclamé poniéndome en pie, y acercándome a ella, le acaricié la cabeza —. Aunque no tengas la inteligencia de Elena ni su habilidad para ganar dinero, posees, en cambio, un corazón de oro.

— ¿Qué quiere usted decir con eso de que no sé ganar dinero? — exclamó exasperada. — ¿No acabo de referirle...?

— Sí, ya lo sé — contesté con acento de incredulidad —. Pero preocupábanme mucho estos dos muchachos y, por otra parte, tal vez no he oído bien lo que has dicho. Haz el favor de llamar para que vean si están en el hotel Ballin y Taylor. No te muevas del aparato hasta que los hayan encontrado y les digan que les invito a subir. —

Obedeció mis instrucciones y mientras telefoneaba, Elisa me reconvinó por no haber creído a su compañera.

— Esa historia que ha referido es absolutamente cierta — aseguró —. Mabel ha dado el gran pego a la compañía de seguros.

— ¡Bah! ¿Cree usted que una muchacha como Mabel es lo bastante lista para engañar a una compañía de seguros? — repliqué con cierto desdén y tratando de cambiar de conversación —. Ni siquiera Elena sería capaz de eso.

Así conseguí sostener la conversación hasta que llegaron los jóvenes.

— Quiero pedirte un favor — dije a Mabel cuando vino a sentarse sobre el brazo de mi sillón —. No digas nada de lo que he hecho en favor de estos dos muchachos y, sobre todo, no se lo cuentes a Elena. Por mi parte no te lo habría comunicado a ti, pero de pronto me sentí tan preocupado, que no quise que, ni por un momento pudierais creerlos responsables, tú y Elisa, de mi mal humor. Ya sabes que Elena es una mujercita listísima, la más inteligente que he encontrado en la vida. La admiro mucho, pero no me convence en su modo de pensar de que todo el mundo debe ayudarse a sí mismo. En esto se muestra algo dura, aunque sería más apropiado decir que es una mujer práctica, libre de sentimentalismos.

Mabel me escuchaba con impaciencia, mientras yo hablaba en aquel tono.

En cuanto callé, tomó ella la palabra para decir una vez más:

— Le aseguro, señor Anderson, que esta historia que le acabo de contar sobre la compañía de seguros es absolutamente cierta.

En aquel momento oímos llamar a la puerta. Elisa fué a abrirla y mientras los taquígrafos entraban, Mabel siguió hablando.

— Dispénsame un minuto, querida niña — dije levantándome y acercándome a los recién llegados. — Aquí estamos celebrando una pequeña fiesta — les dije — y creímos que a ustedes les gustaría ser de los nuestros. Niñas, os presento a Chester Ballin y a Hugo Taylor. Jóvenes, aquí tienen ustedes a Mabel Harris y Elisa Donson. —

Ya sabía yo que esta presentación me sería muy útil ante el tribunal, pues, en realidad, los dos jóvenes necesitados no eran más que los taquígrafos judiciales contratados. Éstos habían tomado nota de todas las palabras de Mabel, pero su testimonio sería insuficiente para el tribunal, ya que éste necesitaría identificar a la joven que refería la historia. Mis únicos testigos eran la amiga que trajo consigo, quien, naturalmente, trataría de proteger a Mabel, y el representante de la Compañía de Seguros, que era parte interesada en el litigio. Era preciso valerse de un ardid para hacer entrar a los dos jóvenes en la sala y así pudieran luego actuar como verdaderos testigos de vista.

ELISA hizo de dueña de casa con respecto a los dos jóvenes y, al observar que Mabel estaba triste, yo también me senté a la mesa y bebí unas copas.

Mabel entonces volvió a su cuento repitiéndolo y aumentando los detalles. Dijo que el médico que hizo un análisis oficial de su sangre era amigo de su tío y que no tuvieron más remedio que interesarle también en el asunto.

En cuanto nos hubo referido el caso con todos sus detalles, yo fingí admirarla de un modo extraordinario y declaré que incluso era mucho más lista que la misma Elena.

Durante el resto de la noche la puse en los cuernos de la luna y ella, de cuando en cuando, añadía algunos detalles a su historia y solicitaba de Elisa la confirmación de sus palabras.

Esto era todo lo que yo deseaba. Los taquígrafos habían tomado nota de sus afirmaciones y la oyeron repetir la misma historia, de manera que estaban en situación de actuar como testigos.

Cuando a las dos de la madrugada me despedí de ellas, advertí cariñosamente a Mabel:

— Ya sabes que mañana me marchó, pero cuando regrese volveré a verte. Te preparo una gran sorpresa que te hará abrir los ojos mucho más que la pulsera. —

Resplandecieron sus pupilas con avidez y apenas pude evitar el abrazo que quiso darme mientras la acompañaba al ascensor.

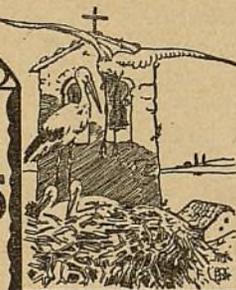
CUANDO, tres semanas más tarde, me vió acompañado de los dos taquígrafos y del alto empleado de la compañía de seguros ante el tribunal, tuvo, seguramente, la sorpresa mayor de toda su vida.

Como es natural, perdió su pleito. No hubo pruebas suficientes para comprobar su declaración de que Barker fué su cómplice en su tentativa de estafa contra la Compañía Importadora Blanc. El juró que había obrado de buena fe y se aceptó su afirmación.

Elisa desapareció cuando, después de acudir al tribunal, fué testigo del hecho asombroso de que los dos muchachos muertos de hambre, el ricachón conquistado por su compañera y su amigo del Oeste se sentaban en los bancos de la defensa judicial.

NIDO DE CIGÜEÑAS

DE
S. GONZALEZ ANAYA



LA ORACIÓN DE LA TARDE convirtió a González Anaya en autor de gran público. (En seis meses se han vendido 8.000 ejemplares). LAS BRUJAS DE LA ILUSIÓN le acreditó de gran novelista.

Pero sólo

Nido de cigüeñas

ha satisfecho plenamente a críticos, público y al propio autor. De este libro que todos unánimemente proclaman novela excepcional, acaba de ponerse a la venta una nueva edición vestida con lujoso ropaje, como LA ORACIÓN DE LA TARDE, al precio usual de 5 ptas.

UN BUEN LIBRO

nada de sueños disparatados.

los viajes interplanetarios son posibles y no tardarán en realizarse.

l e a :

un disparo al infinito

de otto willy gall

nueva e interesantísima novela de la «colección aventura», y comprenderá que el dominio del universo por el hombre será pronto una bella realidad

precio del libro:
2 pesetas

editorial juventud, s. a.
provenza, 214 barcelona

Cargamento Humano

(Continuación de la página 33.)



Obras recomenda- bles para la educa- ción de los hijos

Escritas con la competencia, veracidad y concisión que requiere tan delicada materia para ser verdaderamente provechosa y útil.

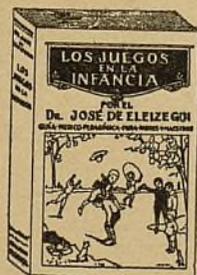
HACE FALTA UN MU- CHACHO, por Arturo Cuyás	5 ptas.
SUEÑOS DE TRIBILÍN, por Arturo Cuyás.	4'50 »
LOS HIJOS BIEN EDU- CADOS, por el Dr. Saimbraum	2 »
COMO SE CRIAN SA- NOS NUESTROS HI- JOS, por el Dr. Vázquez Yepes	2'50 »
PARA EDUCAR AL NIÑO, por el Dr. Elei- zegui	2'50 »
LOS JUEGOS EN LA IN- FANCIA, por el Dr. Eleizégui	2'50 »

De venta en todas las librerías de España y América.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.
EDITORES

DIPUTACIÓN, 211, - BARCELONA

Librería «El Hogar y la Moda»
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID



Díjome que era cubano, y me fijé en que era de corta estatura, moreno, robusto, guapo y de tipo semejante a Rodolfo Valentino. Vestía muy bien.

Aquella noche seguí a Andrade. Cenó solo en un buen restaurante, luego fué a un cabaret donde permaneció algunas horas, aunque sin fijar su atención en ninguna tanguista. A la una de la madrugada regresó al hotel para acostarse.

Al día siguiente precipité un poco el asunto entablando relaciones con él. A la media hora de servirle el desayuno en su habitación, cerca ya del mediodía, llamé a su puerta. Me anuncié como viajante de licores.

— ¿Y qué puede usted ofrecer? — preguntó Andrade incorporándose en la cama sobre el codo.

— Ron Bacardí de primera calidad.

— ¿Bacardí? No. Ya tengo.

— Seguramente se habrá usted traído una buena provisión de su país.

— ¿Ha estado usted en Cuba?

— Sí, señor. Pasé tres semanas en la Habana, a donde fui a buscar a un cajero infiel. ¿Le conviene un poco de whisky?

Meneó la cabeza y me preguntó:

— ¿Le da a usted mucho dinero el negocio de los licores?

— No mucho — conteste. — Mi principal ocupación es la representación de un caballero cubano, el señor Pedro García, que quiere abrir un *dancing* cerca del Prado, en la Habana.

— Esto es interesante. ¿Y qué hace usted en Nueva York para don Pedro García?

— Buscar artistas norteamericanas bonitas que sepan bailar bien y que no sean demasiado escrupulosas en su conducta. El está dispuesto a pagarlas espléndidamente.

— ¡Ah! — Andrade se tendió en la cama, encendió un cigarrillo y me observó detenidamente.

¿Sospecharía de mí?

De pronto sonrió y me dijo:

— Me parece usted una buena persona. Tal vez pueda ayudarle. Le llevaré a ver algunas muchachas y, si hacemos negocio, espero que su jefe me dará buena comisión.

— Muy bien — contesté, complacido.

— Pues vamos ahora mismo.

Andrade saltó de la cama, me ofreció un cigarro y se metió en el cuarto de baño para afeitarse, pero como dejó la puerta abierta, no pude practicar un registro, limitándome a fumar un magnífico puro habano.

Pronto estuvo listo. Llevaba traje oscuro, sombrero de fieltro, botines y bastón. Del hotel nos fuimos a pie a la Plaza de la Unión. Aquí decidió:

— En la esquina hay un garage en donde guardan mi coche. Lo tomaremos para ir a recoger a un amigo que desea conocer a esas muchachas.

No me gustó la intromisión de otra persona, pero era imposible protestar. Me llevó al garage que hay en la Plaza Irving. Una mirada me bastó para reconocer el automóvil, el mismo en que entró Natalia Godard. Aun se conocía que la ventanilla de la derecha acababa de ser reparada.

Andrade se dirigió rápidamente a una casa de la calle Cristóbal, en donde recogió a un individuo llamado Gómez, español — al menos esa lengua hablaba

— cuyas maneras no eran tan corteses como las suyas. No me sentía a gusto bajo la mirada escrutadora de los ojos negros del señor Gómez, quien me pareció un hombre peligroso.

Al pasar a sentarse, me pisó. Luego sus rodillas me molestaban bastante, pero no protesté. En pocos minutos llegamos a una casa de ladrillos de la Calle Diecisiete, Oeste, entre las Avenidas Séptima y Octava.

Subimos a un piso. Andrade tiró tres veces del cordón de la campanilla. Abierta la puerta, entró en el recibimiento. Al no ver a nadie, insinuó:

— Vamos arriba.

Al subir la escalera iba entre el cubano y Gómez. El asunto tomaba mal cariz, aunque no podía decir qué peligro me amenazaba. Así, pues, me llevé la mano al bolsillo interior en que guardaba la pistola automática.

Ya en el piso último, Andrade abrió a duras penas la puerta de una habitación posterior, por ser la cerradura de seguridad.

Si Gómez no hubiera estado cerca de mí yo hubiera hecho uso de mi pistola a fin de hacerme dueño de la situación.

Entonces el cubano oprimió un botón eléctrico que inundó la estancia de luz, sin duda para inspirarme confianza. Examiné rápidamente la habitación que hasta entonces permaneció a oscuras porque sus ventanas estaban muy bien cerradas. Observé que tenía las paredes almohadilladas y vi a dos jóvenes sentadas en un diván, a otra en una silla y a la cuarta de pie, apoyada en el respaldo del diván. Todas vestían traje de calle. Los rostros de las muchachas, cuando me miraron parecían asombrados. Las del diván estaban sin duda alguna narcotizadas.

— Espero que estas señoritas dispondrán...

No terminé la frase, porque Gómez me cogió por el cuello en tanto que Andrade me asestaba un tremendo golpe en la sien. Caí al suelo, pero no perdí del todo el conocimiento. Me di cuenta de que me sacaban a rastras. Oí el ruido de la puerta al cerrarse y los gritos de las jóvenes.

Cuando se aclararon mis ideas, vi que estaba aún en la habitación almohadillada, pero las muchachas estaban en un extremo, en donde apenas podía distinguirlas. Mientras Gómez me ataba de manos y pies, Andrade sentado a horcajadas en una silla, con la barbilla apoyada en el respaldo, mirábame con ira.

— Es usted un detective imbécil — exclamó —. ¿Acaso se figura que podría dedicarme a mi negocio si me dejara coger con tanta facilidad? Conozco a todos los agentes de su sección. En cuanto le vi, le reconocí: es Pat Kinsella, me dije.

No contesté porque Andrade tenía mi chapa en su mano izquierda y mi pistola automática en la otra. Estaba completamente indefenso.

— ¿Por qué no le matamos ahora? — preguntó Gómez.

— El asesinato de un detective — razonó Andrade meneando la cabeza — y en esta casa sobre todo tendría resultados desagradables. Y además, ¿qué haríamos con su cadáver? Cuando ya estén fuera las muchachas venga usted

a buscarle a cualquiera hora de la noche. Llévelo al río y échelo al agua con una piedra atada al cuello.

Me metieron una toalla en la boca a modo de mordaza y me ataron tan bien, que no podía moverme. Así me encerraron en un cuartito.

Andrade obró con gran lógica al llevarme a aquella casa, único sitio en que podía retenerme preso sin correr el menor riesgo.

Pasé la tarde con grandes angustias. Es terrible estar muchas horas atado, porque las articulaciones duelen, la carne quema, la circulación queda en parte detenida. Como tenía los ojos libres, los aproveché cuanto pude. En las paredes vi colgadas varias prendas femeninas: un abrigo adornado con pieles de color castaño en el cuello y en las mangas y una toca de terciopelo que ostentaba un precioso broche. Natalia Godard llevaba aquellas prendas dos noches antes cuando fué raptada. Era casi seguro que estaba allí.

De vez en cuando oía débiles gemidos procedentes de la habitación contigua, pero si las jóvenes hablaban no pude entender una sola palabra de lo que decían.

Ya empezaba a perder toda esperanza de salvación cuando advertí que alguien deslizaba un papel por debajo la puerta. Me acerqué arrastrando con el menor ruido posible. Cuando tuve el escrito al alcance de mi vista leí:

«Nos marchamos esta noche. Barco frutero *Bachimba*. Sale a las nueve. Sálvanos».

Los barcos frutereros destinados a las Indias Occidentales nunca salen por la noche, de modo que la hora indicada para el *Bachimba*, debía de ser las nueve de la mañana. En cambio, era muy posible que llevaran a las jóvenes a bordo aquella misma noche, por no llamar la atención. Incluso podía darse el caso de que, de acuerdo con el sobrecargo, las tuvieran escondidas hasta que el barco se hallase en alta mar.

De todos modos, el hecho era muy raro. No podía explicarme cómo un raptor podía transportar a sus víctimas en un barco de pasajeros. Sin embargo, la nota decía claramente «Sálvanos».

Con esfuerzos supremos conseguí aflojar mis ligaduras, pero me convencí de que, sin cortarlas, no lograría libertarme. Pero ¿cómo?

De pronto, al oprimir mis codos contra el cuerpo, me di cuenta de que no me habían quitado el trozo de cristal de la ventanilla del automóvil.

¡Lo que son las cosas! Aquel objeto tan inútil para seguir una pista, era entonces mi única esperanza de salvación.

Sería muy largo de contar cómo logré sacar el cristal del bolsillo, y cómo pude, sobre todo, cortar con él la cuerda que me sujetaba las muñecas. Mi empeño requirió varias horas y un esfuerzo supremo de la voluntad.

Poco después de obscurecer, Gómez abrió la puerta para observarme. Me estuve quieto, ocultando el cristal con la cabeza y fingiendo estar desmayado.

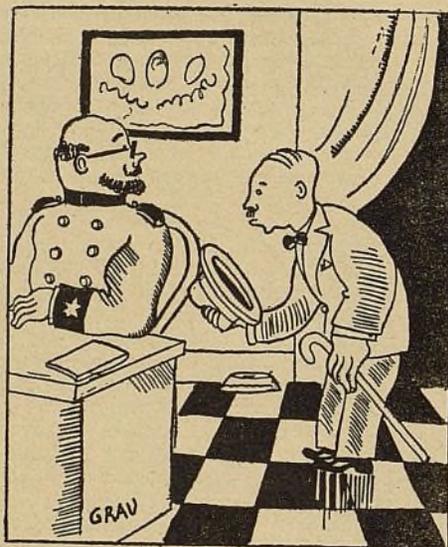
Después de proyectar sobre mí la luz de una lamparilla eléctrica de bolsillo, se marchó.

Dos horas más tarde deduje, por el ruido, que las jóvenes de la habitación inmediata se disponían a salir. Me pareció raro que nadie viniese en busca del sombrero y el abrigo de Natalia.

Pronto me persuadí de la salida de las mujeres, pues en la casa reinaba sepulcral silencio.

El dolor y el cansancio me tenían medio muerto. Me resultaba imposible alcanzar el resultado apetecido con el trozo de cristal, dada la obscuridad que me rodeaba. Al amanecer — serían las siete de la mañana — quedé libre por completo, aunque pasaron veinte minutos sin que pudiese moverme de allí. El retraso me ponía frenético, sabiendo que el *Bachimba* saldría a las nueve de la mañana.

Cuando me sentí con fuerzas para intentar la aventura, mi fuga resultó



—¿En cuánto valora usted el traje robado?

—Verá usted, señor. Cuando lo compré, hace tres años, me costó cincuenta duros; este verano lo mandé teñir y me costó seis duros más, y por dos veces que lo mandé recoser y planchar me llevaron cuatro duros. De modo que, con los gastos de tranvía para venir aquí a hacer la denuncia, valoro el traje en sesenta duros con veinte céntimos de peseta.

relativamente fácil. Rompí un candado de la ventana, bajé al patio posterior de la casa, por la escalera de salvamento para caso de incendio y salté la tapia. Sin embargo supuse que me habrían visto y que avisarían a Andrade por teléfono.

No me entretuve en explicar los motivos de mi llegada al inquilino de la casa de la calle Dieciocho en que entré, sino que gané la calle rápidamente. En la esquina inmediata me enteré por teléfono de que el *Bachimba* estaba atracado al muelle Joralemon, en Brooklyn. Me puse en contacto con la Dirección para que me mandaran dos agentes al muelle y tomé un taxi.

Quince minutos antes de la salida del barco, con los otros dos detectives entré a bordo. Mostré mi insignia al oficial que nos recibió al frente de los marineros que habían de izar la escalera.

—¿Están a bordo cuatro o cinco muchachas americanas, que viajan acompañadas de un cubano? — le pregunté.

—No tendría sitio para ellas — contestó el oficial, dudoso. — La lista de pasajeros es pequeña, pues no pasarán

de veinticinco. Si hubiesen llegado a bordo yo lo sabría.

—Presénteme al capitán. Será preciso aplazar la salida, porque he de registrar el buque. Las personas que busco llegaron a bordo seguramente anoche.

Estas palabras iluminaron la mente del oficial con el recuerdo de un detalle en que seguramente no había pensado, porque contestó:

—Anoche entraron unas jóvenes misioneras, que fueron instaladas en sus respectivos camarotes. ¿Se refiere a ellas tal vez?

—¿Misioneras? — interrogué yo, asombrado.

—Sí, señor. Cinco o seis, no recuerdo el número; lo que sí sé es que nunca vi mujeres más feas. Llevaban faldas largas, cuellos altos, velos pasados de moda. Parecían unas verdaderas momias deambulantes.

—Llévenos usted a sus camarotes — interrumpí, comprendiendo perfectamente el plan.

Aunque un poco extrañado, pues seguramente no se explicaba qué podíamos investigar cerca de unas «humildes misioneras», el oficial se apresuró a complacerme.

Uno por uno fuimos recorriendo los camarotes ocupados por las supuestas religiosas. Estaba todo descubierto. Las pobres muchachas, disfrazadas con aquellos trajes horribles y narcotizadas con veronal, aun no se habían dado cuenta de dónde estaban. Entre ellas, naturalmente, estaba también la que había sido objeto original de mis pesquisas, Natalia Godard.

Informados por el capitán, que había llegado junto a nosotros, nos enteramos de que el cubano había sido inscrito a bordo como médico al servicio de la fingida misión, declarando que aquellas jóvenes corrían a su cuidado. Le prendimos en su camarote, quizás cuando la satisfacción de su impunidad era más perfecta, porque estaba fumando tranquilamente uno de aquellos habanos de precio, a los que, tal vez por patriotismo, se mostraba tan aficionado.

Desmenuzados, por último, todos los detalles del asunto, resultaron exactas mis primeras deducciones. Andrade confesó durante la vista que había escogido a sus víctimas por haber sido ya juzgadas de acuerdo con la ley contra la trata de blancas. Le costó muy poco adquirir influencia sobre ellas. Después de raptarlas las metía en la casa de la calle Diecisiete donde las narcotizaba hasta destruir casi su voluntad. Y una vez en Cuba las vendía con fines inmortales.

Natalia Godard fué quien escribió la nota y la introdujo por debajo de la puerta del cuarto en que yo estaba encerrado. Como era la última que había llegado allí, aun conservaba el valor suficiente para salvarse. Por suerte, pudo enterarse gracias a la conversación de Andrade y de Gómez del nombre del barco que habían de tomar y de la hora de la salida.

Pero si yo no la hubiese visto entrar en el automóvil de Andrade, no se habría podido intervenir el cargamento humano del *Bachimba* y con toda seguridad jamás se hubiese sabido cosa alguna de Natalia Godard ni de las demás muchachas.

Hoy el autor de este tráfico inhumano, agravada su responsabilidad por las varias reincidencias que le fueron probadas, cumple una condena de treinta años.

El Esqueleto de la Calle de Vaugirard

(Continuación de la página 37.)

R. — No lo he sabido.

P. — ¿No le prestó a usted dinero?

R. — En diferentes veces, unos 10,000 francos. Pero yo no le pedí nunca nada, eran regalos que me hacía.

P. — ¿No pretendió usted que se declarase la interdicción de dicha señora?

R. — Como que así lo quería mi tío Lebrun, para conservar la fortuna de mi suegra.

P. — ¿Y creéis que haya sido asesinada?

R. — No puedo creerlo.

P. — Únicamente usted tenía interés en que desapareciera. Después hizo usted diligencias para la interdicción de su hijo Huet. ¿Quién escribió la solicitud?

R. — No sé..., no sé..., ocurrieron una serie de intrigas...

P. — No querrá usted hacer creer que se siguiera el pleito sin su conocimiento.

R. — Es que todo se hacía sin contar conmigo.

P. — Cuando desapareció su suegra, ¿estaba usted arruinado?

R. — Nunca lo he estado.

P. — Es la primera vez que dice usted esto. Usted creyó sin duda que iba a percibir el importe de la parte que le correspondía por la sucesión de su suegra, pero estaba el asunto arreglado de una manera, que no le pudieran dar a usted posesión hasta diez años después de haber desaparecido la citada señora, y con 1,500 francos de pensión que le daba el administrador de la sucesión. Así las cosas, suscribió usted 20,000 francos a favor de Bastien. ¿Por qué?

R. — Voy a declarar la verdad. Ante lo que me quedaba de mi negocio de vinos, le dije a Bastien que con el dinero que sacara, pondría una fábrica de esmalte, de cuyo asunto ya me había hablado él. Pero como yo no me decidía, me propuso que comerciáramos con billetes. En esto nos encontramos con un señor a quien Bastien saludó, y al poco con dos personas más. Me aseguró Bastien que uno le daba 6,000 francos y el otro 3,000. Cuando llegó la noche me quise marchar y él me dijo que aun era temprano. «Son las diez», aseguró yo. «Yo apuesto a que no». «Y yo a que sí». «Quinientos francos». «10,000». «Como si quieres 20,000», añadí yo, sin tener la intención de apostar. Momentos más tarde empezó a gritar y me llamó estafador ante muchas personas. Al día siguiente me buscó con la pretensión de que le firmase un vale de 20,000 francos. «No lo haré», exclamé. «Pues caerán tres cabezas». Al oír esto bajé y él me siguió. «No me hagas caso», me dijo, «no tengo razón». «Pues culpa confesada, culpa perdonada». «Pero es el caso que necesito algún dinero; he comprado algunas cosas y...» «¿Cuánto necesitas?» «3,000 francos». Y acabé por firmarle lo que pedía para librarme de él.

P. — ¿Pero hubo o no hubo apuesta?

R. — No reclamó más que 3,000 mil francos.

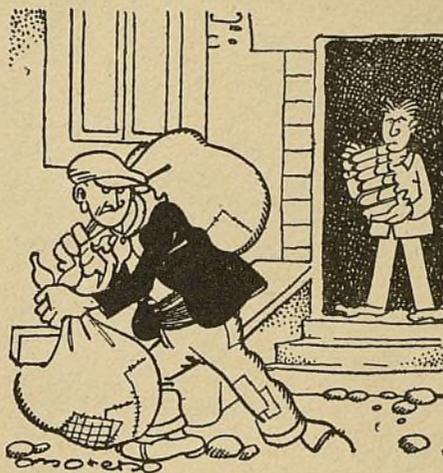
P. — ¿Se los debía usted?

R. — Yo lo creía así.

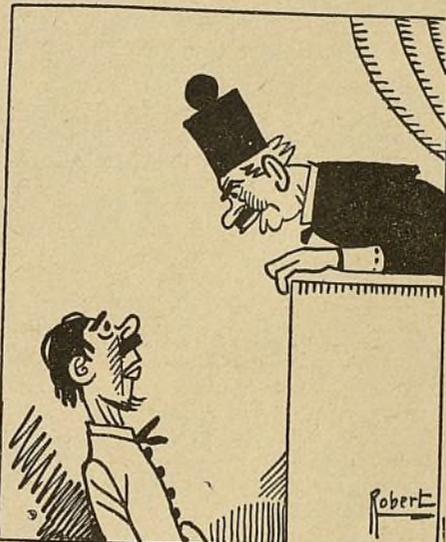
P. — Eso no es verosímil.

R. — Pero yo iba de buena fe.

P. — ¿Cuando estuvo usted con Bastien en casa del comisario, reconoció usted la deuda?



El estudiante. — ¡Eh! ¡Pchs...! ¡Señor ladrón, que se deja usted aquí mis libros de texto!



—¿Por qué mató usted a aquel pobre hombre?

—Porque era un imbécil.

—¡Los imbéciles son personas como usted y como yo, acusado!



—No busque usted más, detective. Los diamantes que creíamos robados, han sido encontrados en un cajón de la cómoda.

—¿Qué lástima! Ahora que había encontrado el rastro del ladrón.

R. — Bastien le hizo una seña al comisario indicándole que era de la banda de Vidocq. Yo lo creí y el comisario le dijo que era muy duro con sus clientes. Después nos despidió.

Un jurado. — ¿Y por qué le pedían 20,000 francos cuando usted no debía más que 3,000?

R. — Aseguré que no me pediría más.

P. — ¿Por qué le dijo usted: «aunque le dé cuanto poseo, ¿quién me asegura que no me delatará a la policía?»?

R. — No he dicho eso nunca.

P. — Hay testigos que lo prueban. Vamos a ver, ¿cometió usted el crimen, o mandó que lo hicieran?

R. — No... no... de ningún modo.

P. — ¿Y por qué tenía usted miedo?

R. — Porque esas gentes eran de la policía.

P. — ¿Qué gentes eran esas?

R. — Ya lo he dicho: Bastien y Gobernant son de la banda de Vidocq.

Bastien protestó furioso.

P. — El día de la desaparición le vieron a usted en acecho. ¿Qué hizo de siete a nueve?

R. — Bebía leche detrás de la puerta cochera.

P. — ¿Mandó usted dinero a Bastien cuando estaba en la cárcel?

R. — No.

P. — ¿Es verdad eso, Bastien?

Bastien. — Recibí una vez veinte francos, otra diez y otra cien.

Después de esta respuesta se pasa al examen de los testigos.

Monsieur Vincent, propietario de Versailles, el cual recibió la carta en la que la viuda Huet decía en términos ambiguos que se quería suicidar. No le quiso dar crédito, hasta que le causó bastante inquietud una visita que recibió días después del joven Huet, el idiota.

—¡Madre mía! — sollozaba el imbécil profundamente conmovido. — ¡Está aquí mi madre! — Y la buscaba por todo los rincones.

No hubo más remedio que sacar de allí al pobre muchacho, pero sin que dejase de gritar llamando a su madre.

Más tarde se le presentó Robert, contando a monsieur Vincent que no cesaba de hacer investigaciones para dar con el paradero de su suegra.

Cuando monsieur Vincent fué a París a dar su declaración, se encontró con el idiota que se le arrojó al cuello queriéndole ahogar y reclamando a su madre.

Aquí pide la palabra el joven Huet. Es de elevada estatura, los ojos casi sin movimiento y aire vergonzoso.

— Quiero declarar — habló. — A las diez de la noche, cuando desapareció mi madre, vino un hombre a casa, y como no estaba mi madre quiso que yo fuera a buscarla; y no me dejaron. Otro día vino Robert y quiso llevarme por fuerza. Me quería poner con ella.

Esta escena produjo en el auditorio enorme emoción.

El Presidente. — ¿Se acuerda el testigo de lo que ocurrió el 13 de octubre?

R. — Sí. Mi madre dijo que se le avisara a Robert... ¡ah, Robert! ¡Yo fui a llamarle!

P. — ¿Se mostraba triste su madre?

R. — No.

P. — ¿Jugaba a la lotería?

R. — Pocas veces.

El Presidente. — Ya ve usted, Robert, todos le acusan.

Robert. — Es una desgracia. Comprendo que hice mal; pero lo tenía todo... hasta el incendio.

P. — ¿Le amenazó Bastien?

R. — Sí.

P. — ¿Le pegó usted, Bastien?

R. — Yo no le he pegado a nadie. Me bastaba con decirle: acuérdate de la calle de Vaugirard, para que se pusiera a mis órdenes.

Robert. — Yo estaba seguro de mi inocencia.

Bastien. — ¡Calla, malvado!

Bernard el posadero refirió la entrevista de los dos acusados a las tres de la mañana y dijo lo que ya sabemos, sin quitar ni un detalle.

Bastien sostenía un animado diálogo con el posadero tratando de defenderse.

En seguida declararon un agente de negocios y un escribano, que Bastien trató de tomar prestado sobre una obligación de 17,000 francos contraída a favor suyo por Robert. Monsieur Marron a cuya casa se fué a adquirir noticias les dijo: «No os metáis en estos asuntos.» «Pero si se trata de un trabajo hecho por Bastien...» «¡Bonito trabajo! Estos títulos son la recompensa de un crimen o sea, el precio de la sangre de la suegra.»

Después de estas declaraciones fué llamado Gouvernat, el hombre de negocios de contrabando, el que teniendo como abogado y consejero, hizo concebir a Bastien esa seguridad providencial que ha permitido quitar el velo a un crimen por tanto tiempo impune. Gouvernat tiene unos treinta y cinco años y se da el título de hombre de negocios. No puede prestar juramento porque ya había sido condenado a una pena infamante. Habla con seguridad y hasta con osadía.

Dice que en 1821, estaba arrestado al mismo tiempo que Robert y Bastien. El primero entabló relaciones conmigo, me hizo algunas confianzas y me pidió consejos. Entre Bastien y Robert se suscitaban disputas muy a menudo, y Bastien acababa siempre insultando al otro. Un día vi que el citado Bastien le sacaba dinero. Cuando se hicieron los reconocimientos, me dijo que conocía el crimen y a su autor y que éste era Robert, y añadió: Tengo una obligación de 17,000 francos, ¿será nula? Yo le contesté que sí. Entonces Bastien añadió: Si se acercan por cierto sitio del jardín, lo diré todo; si no llegan hasta allí, nada.»

Sigue diciendo el testigo que después perdió de vista a estos señores, y que en 1827 volvió a encontrar a Bastien y le dijo que había perdido la honra y la fortuna en el asunto Robert. También me propuso que lo acompañara a Ville-neuve-le-Roy con objeto de amenazar a Robert, a lo que yo accedí. Para que tuviera pruebas me trazó un plano con lápiz indicando con una cruz roja hecha con una gota de sangre de conejo, el sitio donde estaba enterrada la viuda Huet. Con esta prueba para amedrentar a Robert, hablé con él y le dije: «Habéis asesinado, ¿sí o no?» «No sé lo que usted me quiere decir» contestó con sangre fría. «Pues lo va usted a saber». Y le presenté el plano. «¿Qué quiere usted que haga?» dijo entonces verdaderamente tranquilo. «Cumplir con Bastien». «Es que aunque le diciera cuanto poseo no me dejaría tranquilo». Robert terminó pidiéndome una hora para reflexionar.

Pero a todo esto gritaba Bastien en la calle: «¡Robert es un asesino!». Y no

contento con esto escribió sobre la puerta de la casa:

Robert asesinó a su suegra el 13 de septiembre de 1821.

Después de estos incidentes permanecimos algún tiempo sin vernos Bastien y yo. Hasta que me volvió a buscar para que le asegurara que la justicia no podría proceder contra él, cosa a la que yo no le contesté categóricamente.

P. — ¿Cuál era la opinión de Bastien?

R. — Que no tenía nada que temer; pero yo le aseguré que se comprometía, comprometiéndolo a Robert. «Pues yo le denunciaré a él y a su mujer, añadió, porque los dos son culpables. Y si al exhumar el cadáver ha desaparecido el anillo, yo me encargo de que aparezca otro.»

La sensación en el público fué grande.

Presidente. — ¿Y cómo sabía usted que había un anillo en la fosa, Bastien?

Bastien. — Sin duda me lo debió de decir Robert. Además, ¿no se puede presumir que llevara una señora un anillo?

Gouvernat. — Yo pedí a Bastien detalles sobre el crimen y me dijo: «Usted no conoce a Robert. Tiene una sangre fría extraordinaria. Su suegra debió de ser estrangulada o asfixiada.»

Presidente. — Bastien ¿cómo pudo usted hablar de estrangulación, antes de que se hubiera descubierto el esqueleto?

Bastien. — Me lo debió de decir Robert. También me dijo que la condujo para que hablara con un hombre que le debía prestar dinero.

P. — ¿La llevó por la mañana?

R. — Sí, señor.

P. — ¿A pie?

R. — Sí.

P. — ¿La esperaba un hombre?

R. — No lo sé.

P. — ¿Os dijo que la estranguló él mismo?

R. — Sí.

P. — ¿Y también hizo la fosa?

R. — Ya la había hecho el día antes. Movimiento de horror en el público.

Presidente. — Es la primera vez que habla usted de esto.



—¿Cuántos años tiene usted?

—Quince.

—¿Quince años y ya se dedica al robo?

—Señor juez, ¿no le parece a usted que ya estoy en edad de elegir una profesión?

Robert. — Es falso... yo no pido gracia; pero aseguro que Bastien y Gouvernat se entienden.

Gouvernat. — No puedo tomar en serio las palabras de ese hombre.

Robert. — Todos contra mí (llora).

Presidente. — El hecho grave, en todo esto, es este anillo que se debía encontrar en la fosa.

Un testigo ya oído, Dienil aumenta más la gravedad del incidente, diciendo que Gouvernat le había asegurado que Bastien llevaba en el dedo meñique la sortija de la mujer asesinada.

Monsieur Irambert, procurador encargado en otro tiempo de defender la demanda de interdicción contra Huet, refiere que en 1823 dió Bastien un paso singular respecto de él. «Queréis que me den dinero?», le dijo. Yo procuraré la prueba de la muerte de la viuda Huet». Monsieur Irambert hizo retirar a Bastien.

Robert demuestra deseos de hablar, y una vez se le concede la palabra, hace una historia de su vida, concretándose en todo a aparecer como víctima inocente, y termina diciendo que siempre fué honrado y trabajador, aunque desgraciado en los negocios.

Y acaba con estas palabras:

— Finalmente fué arrestado y aquí estoy. Ya veis si soy hombre interesado; y aun podría dar más pormenores, sobre mi persona y la de mi suegra.

El Presidente presentó la sortija de la señora Huet.

P. — ¿Conoce usted este anillo?

R. — ¡Oh! sí, es el mismo; y además llevaba la llave y una cadena de plata.

P. — ¿Conoce usted a Bastien?

R. — Lo he visto algunas veces.

Al llegar a este punto y aunque el Presidente quiso hacer más preguntas a Huet, hubo de suspenderse el interrogatorio porque cada vez se embrollaban más las ideas del pobre idiota.

La criada Jusson declara que Robert pedía a su suegra dinero, muy a menudo.

También declara *Mad. Esprit*, costurera, y dice, que la viuda Huet no tenía amistad con su yerno y que en ciertas ocasiones la oyó asegurar que moriría a sus manos.

— Después vino a verme Robert — siguió la testigo — y me pidió noticias sobre su suegra.

P. — ¿Y usted qué le dijo?

R. — Que él era el que me las tenía que dar a mí. Después viendo que yo sospechaba algo, me suplicó que hablara en voz baja.

Mad. Huet, esposa del joven Huet, asegura que Bastien estuvo en casa de su suegra.

Bastien lo niega rotundamente.

El portero de la casa en que vivía Robert también le hizo cargos muy fuertes.

Robert. — Yo soy incapaz... mi conducta me abona.

El Presidente. — Hable más alto... apenas se le oye.

Robert. — No puedo... me rinde la fatiga.

Mad. Lecocq dice que vió a Robert atisbar el umbral de la puerta el día de la desaparición. Cuando se le dijo que la señora no estaba, murmuró: «ya sé lo que son esas sierras de mujeres.»

P. — ¿Qué quería decir con la palabra sierras?

Testigo. — Que hay mujeres que hablan mal hasta quitar la piel.

P. — ¿Vió usted a Bastien con Robert?

R. — Antes de la desaparición. Después no.

Robert. — Se equivoca... no es cierto.

En seguida declararon los peritos calígrafos juramentados, Miret y Oudard, diciendo que las firmas de las dos cartas ofrecen una gran semejanza con la de la viuda Huet y que pueden ser de dicha señora.

Aquí hizo observar el abogado a monsieur Oudard, que nueve años antes fué de opinión contraria.

Una señora, llamada Sainton, declara que sólo entró una sola vez con Bastien en el jardín de la casa de Vaugirard, pero el jardinero asegura haber visto varias veces a la señora vieja y baja.

Bastien. — Juro por lo más sagrado que no fui allí más que una sola vez con la señora Sainton.

El abogado Hardy. — En el acta de acusación se señalan relaciones culpables entre Bastien y la esposa de Robert. ¿Quiere usted que las diga públicamente?

El jardinero. — Yo afirmo que vinisteis cuatro veces al jardín con una señora con la que comisteis fruta.

Ahora se levantan los médicos peritos. Dos mozos toman el esqueleto y le quitan el lienzo que lo cubre. La agitación es grande entre el público.

Los acusados permanecen impassibles, pero sin mirar los huesos.

Presidente. — Mirad estos pobres restos, acusados. ¿Reconocéis estos despojos?

Bastien (en voz baja). — Los hemos visto.

Robert se empeña en mirar hacia otro lado.

El dictamen de los médicos, no pudo ser más acertado ni más contundente afirmando que hubo estrangulación.

Después siguió el examen de testigos.

Veron declara el primero diciendo que era amigo de Robert en 1823. Dijo la lucha que se había empeñado entre Robert y Bastien y que éste le reclamaba siempre 20,000 francos. Un día, después de una acalorada disputa, salió Robert con Veron, y una vez en la calle, le dijo que podían citar a Bastien a la calle de Montreuil, y que una vez allí le asesinarían y le enterrarían en el jardín. El público acogió horrorizado estas declaraciones.

Veron continuó:

— Yo le dije que nuestras mujeres necesitaban el apoyo de sus maridos; y además, que el delito no quedaría impune. Pasaron días y encontrándome sólo con Bastien, me dijo que sospechaba que Robert había asesinado a su suegra. Todo esto me pareció muy extraño. Más tarde, en casa del comisario convino Robert en que por una apuesta le debía dinero a Bastien.

El Presidente. — ¿Y después de proponerle el asesinato, siguió usted siendo amigo de Robert?

R. — Yo seguía unos trabajos comenzados por él.

P. — Ya lo oye usted, Robert.

R. — Todo es falso.

P. — Lo declaran también los testigos.

R. — No lo niego, señor presidente; pero en cuanto a Veron, ya dije quién es.

Y empieza a hablar tan bajo y tan embrollado que no se le pudo sacar ni una palabra en limpio.

Noguet, contratista de obras, declara que un día en que trabajaba en Versalles en una casa de la sucesión Huet, vió venir a Bastien el cual se informó sobre quién era el propietario de la casa; y cuando supo que a Robert no le pertenecía más que una parte, exclamó: «¡Ah! Yo creía que era toda suya.» En esto llegó Robert y al ver a Bastien se fué sin hablarle, pero seguido de éste.

Añade el testigo que Veron le dijo que

no debían dejar solos a Robert y Bastien, porque el segundo era muy capaz de escamotearlo.

De aquí el que Noguet mandase detener a los dos hombres, llevándolos ante el comisario, donde ocurrió la escena que ya hemos descrito.

De nuevo en la casa de Versalles, donde se hacían los trabajos, intervino *Monsieur Marron* que era el que dirigía la faena, diciéndole a Robert, que se dejara de disgustos y que almorzara.

«¡Ea, le dijo, vamos a comernos una chuleta. Ya sé que este hombre le hará morir y morirá él después, pero no importa... almorcemos antes.» Entonces Marron puso sobre la mesa una servilleta que había bajado Robert y que no era otra cosa que una camisa de la viuda Huet. «¡Atíza!, dijo el tío Marron. ¡Esto es una camisa de vuestra suegra!» «¡Basta!, murmuró Robert, no desenterréis a los muertos!»

La sensación fué grande entre el auditorio.

La viuda Marron. — Mi marido creía que Robert había hecho aquello.

P. — ¿Y qué es aquello?

R. — La desgracia. Un día le preguntó mi marido a Robert, si sabía qué había sido de su suegra; y el yerno respondió con voz trémula: «¡Quién lo sabe mejor que yo!...»

Presidente. — Es inútil.

Aquí le fué concedida la palabra al abogado general.

Este, dirigiéndose al jurado, describe el crimen con repugnantes colores, diciendo que una madre, una mujer buena había sido arrebatada a algunos pasos de su morada a la siete de la mañana, cerca de donde estaban sus hijos. Fué sin sospecharlo a que la estrangulara su yerno o persona por él inducida.

Y añadió:

— La Providencia ha castigado a los criminales antes que la justicia de los hombres, puesto que les ha hecho vivir en un infierno durante doce años. Asesinaron por el vil interés y no han podido gozar ni un solo día del producto que les ofreció su infamia.

Empezó para ellos el suplicio el mismo día del crimen.

Lentamente ha marchado la justicia, es verdad, pero por eso han sido sus pasos más seguros.

Los culpables han sido los encargados de suministrar, dada la ceguera que padecían.

El brillante discurso continuó cada vez más conmovedor y convincente, dejando anonadados tanto a Bastien como a Robert.

En uno de sus momentos más emocionantes se oyó la voz del idiota Huet el cual exclamaba vertiendo abundantes lágrimas:

— ¡Madre, madre mía!

No hubo más remedio que hacerle salir de la sala.

Respecto a Bastien hace el abogado resaltar todas las pruebas que le abrumaban.

Pero la parte verdaderamente sólida de la requisitoria descansa en los reconocimientos de los médicos. El esqueleto encontrado no podía ser otro que el de la viuda Huet.

* *

Pasadas dos horas y media se volvió a presentar el jurado, declarando su jefe que estaba probado el hecho de asesinato.

Bastien fué reconocido culpable de haberlo cometido con premeditación. Robert fué absuelto en cuanto a la cues-

tión de participación, y declarado culpable de haber inducido al crimen con donativos y promesas; pero se admiten circunstancias atenuantes en favor de los acusados, con admiración del público y hasta de los mismos jueces.

Aquí se hizo entrar a Bastien y a Robert.

El primero demuestra calma. Robert escuchaba la sentencia con ansiedad grande.

En uno de estos momentos se le acercó su abogado y le dijo que tenía salvada la vida, noticia que le reanimó un poco.

Bastien y Robert fueron condenados en vista de la declaración del jurado a trabajos forzados y a la exposición pública.

Cuando el presidente pronunció la sentencia, hizo Bastien un movimiento brusco, pero sin que se le alterase ni un músculo de la cara.

Y los condenados fueron conducidos a la Conserjería.

De pronto se vió a Bastien palidecer y su cuerpo se desplomó en el corredor; mas al examinarlo se le notó que tenía ambas manos apretadas contra el pecho.

Había tratado de suicidarse clavándose unas afiladas tijeras junto a la tetilla izquierda; mas como la herida era ligera, no tardó en curar.

Después explicó la tentativa de suicidio diciendo que su inocencia le había llevado a tal extremo, si bien poco después explicó la manera cómo se había cometido el crimen.

Dijo que Robert había llevado a su suegra engañada a la casa de la calle de Vaugirard para que un prestamista le diera dinero. Primero la aturdió de un fuerte puñetazo después la estranguló; acto seguido, quemó sus ropas y ocultó de momento el cadáver en un tonel de agua. A la mañana siguiente la sepultó en la fosa, sin acordarse de quitarle el anillo.

Ambos condenados interpusieron recurso de casación que fué desechado, y el 26 de noviembre, sufrieron Bastien y Robert la exposición pública en la Plaza del Palacio de Justicia.

La multitud que rodeaba el cadalso gritaba sin cesar al ver a los condenados:

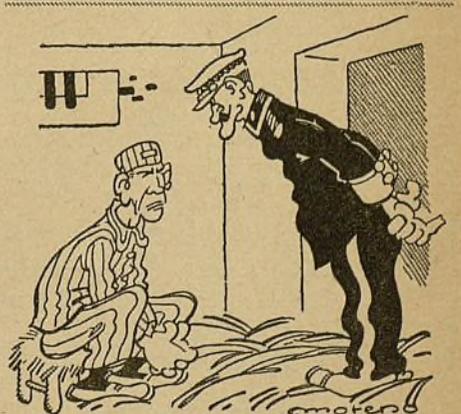
— ¡Abajo los asesinos!

— ¡Los debieran haber guillotinado!

— ¡La ley es demasiado suave!

Los dos criminales confundidos ante el pueblo que les acusaba parecía que no daban señales de vida. Tal era su completa inmovilidad.

Esta fué la opinión general sobre el célebre crimen de la calle de Vaugirard.



—El jefe me ha dicho que, si quiere, puede usted trabajar en la profesión que tenía antes.

—Bueno. Dígame que fui aviador.

La Firma de los Criminales

(Continuación de la página 41.)

El negro negó rotundamente conocer el crimen, pero como no pudo demostrar satisfactoriamente el empleo del tiempo el día del crimen, fué detenido y llevado a la Jefatura, donde se acabaron de hacer las identificaciones digitales que demostraron la culpabilidad de Roberts en el asesinato de Vogel.

Cada persona tiene la costumbre de sostener las cosas de distinto modo. Cuando se encuentran impresiones que se corresponden, se observa que predomina la impresión de un dedo determinado. Esta peculiaridad es permanente durante toda la vida de una persona, y así se comprobó en el caso referido.

Veamos otro caso.

La oficina de detectives de la Jefatura de policía de Nueva York, estaba a punto de archivar el asunto del robo cometido en casa de J. Pierpont Morgan como uno de los misterios que no llegan a solucionarse, cuando se detuvo a un joven llamado John Bernauer en el momento en que trataba de vender una gran cantidad de joyas.

Tal detención produjo enorme sensación. En algunos objetos los detectives encontraron las iniciales J. P. M. y como es natural relacionaron eso con el robo cometido en la casa del financiero. Es de advertir que los encargados de investigar el robo no pudieron descubrir ni cómo entró ni cómo salió el ladrón.

Parecía que el robo fué cometido por algún empleado de la casa, pero no dejaba de ser muy aventurada esa afirmación. La única pista existente era una impresión digital que quedó en un encendedor que el ladrón había tenido en las manos, pero que no se llevó. Y se conservó aquella huella digital, aun sin encontrar en el archivo ninguna que correspondiese con ella.

Aunque las joyas que se hallaron en posesión de Bernauer habían sido robadas, las iniciales podían ser una coincidencia y nada más. Sin embargo, cuando llevaron a dicho individuo a la Jefatura y le tomaron las huellas digitales, se observó que éstas coincidían con la hallada en el encendedor. Eso demostró de un modo positivo que él era el autor

del robo y por este medio se descubrió su culpabilidad.

Luego resultó que había estado empleado temporalmente en casa de Morgan y que se enteró de que cierta puerta de la parte trasera de la casa no se cerraba nunca. También sabía que a determinada hora los criados se hallaban en la parte alta del edificio y así pudo entrar y salir utilizando aquella puerta, y cometió el robo durante la ausencia de los criados. Bernauer fué juzgado y condenado a cinco años de cárcel por ser aquel su primer delito.

En otro caso se cometió un robo en un almacén y desapareció una gran cantidad de sedas. El ladrón logró entrar quitando un cristal.

Éste fué envuelto con el mayor cuidado y llevado al departamento de identificación. Se hallaron dos o tres huellas digitales de los dedos de cada mano que



El guardia. — Acompáñame a la Comisaría.

El borracho. — ¿Armado y todo, y no se atreve a ir solo? ¡Qué gallina!

el ladrón imprimió al quitarlo. Esparcimos un polvo gris que desarrolla las huellas sobre cristal. Los detectives interrogaron sin resultado positivo a varios empleados. Mas inspeccionando nuestro fichero en la sección correspondiente a los ladrones de almacenes, observamos que las huellas coincidían con las de César Cella, alias Crispy. La policía sabía dónde vivía y le prendieron inmediatamente.

Al ser interrogado, Crispy negó conocer el robo, a pesar de que en el cristal estaban sus huellas digitales de tal modo impresas, que no podía haberlas dejado allá sino quitándolo de su marco.

Al ser juzgado, continuó negando y presentó la coartada, que se comprobó mediante la declaración de testigos, de que aquella noche había ido al teatro con su mujer y con sus cuñados y hasta mostró las entradas que había adquirido.

El jurado quedó impresionado por la prueba de las huellas digitales, mas por otra parte los cuñados del acusado eran personas de excelente reputación y su testimonio produjo gran efecto en el tribunal.

Pero como el juez estaba convencido de la culpabilidad del acusado, ofreció a Crispy condenarle a un encierro muy corto, siempre que confesara la verdad, y, aconsejado por su abogado defensor, el preso dijo que, en efecto, aquella noche asistió al teatro. El y su esposa se retiraron a casa hacia las doce, pero a las dos de la madrugada mientras su esposa dormía se levantó y realizó el robo sin que ella se hubiese despertado.

Las huellas digitales jamás mienten ni pueden ser destruidas más que por las úlceras, las quemaduras o las cicatrices. Las excrescencias fibrosas como las verrugas no llegan a destruirlas y si se extirpan estas excrescencias los surcos recobran su aspecto acostumbrado sin que quede siquiera huella de cicatriz.

Los únicos casos en que se lucha con algunas dificultades ocurren al tratarse de una persona que haya muerto ahogada y su cadáver haya permanecido largo tiempo en el agua, porque entonces se arruga la piel de las manos. Pero también puede remediarse esta dificultad, inyectando un fluido apropiado en las arterias de los brazos, hasta que las yemas de los dedos quedan redondeadas y en su condición normal.

NOVELAS DE CINCO PESETAS A PRECIOS ECONOMICOS CON ENCUADERNACIÓN ESPECIAL EN RÚSTICA

El rosario, por Florencia L. Barclay. **3'50 ptas.**

Lil de los ojos color del tiempo, por Guy Chantepleure **3 ptas.**

Dosia, por H. Greville **2 ptas.**

Mi primo Gerardo, por Guy Chantepleure **3 ptas.**



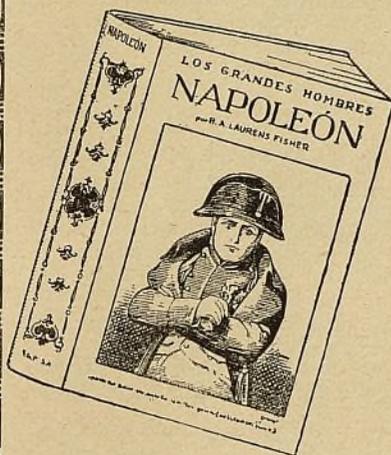
De venta en todas las librerías de España y América

Ediciones de Colección Novelas Hogar publicadas por **Sociedad General de Publicaciones, S. A.** Diputación, 211. — BARCELONA

Librería "El Hogar y la Moda" Valverde, 21 duplicado. — MADRID

NAPOLEÓN

por H. A. LAURENS FISHER



Interesante Biografía

PUBLICADA EN LA COLECCIÓN

Los Grandes Hombres

La gigantesca figura del caudillo, que llenó con su grandeza todo un siglo de la historia de Francia y aun de Europa entera, y cuya sombra sigue proyectándose todavía en nuestros tiempos, aparece magníficamente descrita por la pluma de Laurens Fisher. Este escritor inglés, en una versión notablemente documentada, nos cuenta la vida del ambicioso emperador, su juventud, sus amores, sus heroicidades, su ambición misma que, como imparcial y acertadamente señala en esta excelente obra Laurens Fisher, tuvo que detenerse ante dos enemigos peligrosos que le salieron al paso: la Iglesia católica por una parte, y el espíritu de nacionalidad por otra, sintetizado en el alzamiento español.

Un tomo ilustrado con
32 artísticas fotografías

En tela y oro 4 ptas.
En rústica 3 ptas.

Otros títulos publicados en la colección **LOS GRANDES HOMBRES**

DANTE, por I. Vázquez Yepes.
CERVANTES, por M.^a Luz Morales.
MOLIERE, por José Escofet.
BISMARCK, por A. Herrero Miguel.
GOYA, por T. Gutiérrez Larraya.
VICTOR HUGO, por A. H. Miguel.
BÉCQUER, por J. Andrés Vázquez.
KUBÉN CARIO, por G. Díaz Plaja.

De venta en todas las librerías
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S.^a
EDITORES
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

El Cuarto de las Sombras Olvidadas

(Continuación de la página 45.)

En aquel momento llamaron a la puerta. Entró la dueña de la casa y me entregó una tarjeta en la que vi el nombre de Federico A. Henderson.

— Que entre — dije recordando que aquél era el nombre de la señora que acompañaba a la esposa del doctor cuando realicé la investigación.

Henderson era hombre corpulento, de mirada franca y jovial, es decir, un tipo corriente de los viajantes de grandes casas comerciales.

— Supongo que recordará usted a mi esposa, que estaba en casa de los Albersson el día de la muerte del doctor — dijo sentándose.

— Sí, señor — contesté, curioso de saber el objeto de su visita y recordando que la investigación que practiqué en aquel caso resultaba muy poco satisfactoria a mis ojos.

— Hay un detalle que mi esposa no le comunicó — continuó diciendo Henderson. — En su excitación momentánea lo olvidó y, al recordarlo luego, temió mencionarlo. Tenga usted en cuenta que mi esposa es muy tímida y no se vió con fuerzas para aparecer como testigo del caso. Pero desde entonces ha estado muy preocupada, e incluso pasó algunos días sin confiarse a mí. Pero esta mañana, al leer el periódico, hemos comprendido ella y yo la importancia del detalle en cuestión.

— Y ¿qué tiene que ver con el asunto lo que hoy dice el periódico?

— ¿No ha leído usted, acaso, que el testamento de Albersson ya ha sido abierto? — exclamó Henderson con acento de sorpresa.

El periódico estaba en el suelo y yo no lo había leído aún. Lo tomé y lo entregué a mi visitante, quien me señaló un párrafo en el que se decía que las propiedades de Albersson se habían tasado en 225,000 dólares y que la esposa era la única heredera.

— Muy bien. Le escucho. ¿Qué fué ello? — pregunté algo nervioso temiendo que la cosa fuese peor de lo que me había imaginado.

— Verá usted. Cuando Margarita llamó a la ventana de mi mujer, poco después de las seis de la mañana, era todavía de noche, pues ya recordará que ello ocurrió a mediados de diciembre. Mi esposa reconoció la voz de la doncella y se asomó a la ventana. Según habrá observado usted, el cuarto de baño de los Albersson se halla frente a la ventana del dormitorio de mi mujer. Margarita volvía la espalda a la casa de sus amos y no pudo ver lo que presencié mi mujer, es decir, la sombra de un brazo que se proyectaba sobre la cortina del cuarto de baño — añadió Henderson bajando la voz como si temiera ser oído de alguien. — Aquella sombra atravesó la cortina, descendió un poco y se retiró inmediatamente.

Me quedé asombradísimo. Luego pregunté:

— ¿Era el brazo de hombre o de mujer?

— Precisamente eso mismo pregunté a mi esposa — replicó Henderson —, pero ella no está segura, porque el movimiento del brazo fué rapidísimo.

— Y usted qué opina? — pregunté a Henderson evitando que mi interlocutor se diera cuenta de mis impresiones.

— Pues yo creo que la equivocación fué por parte de la esposa, o que, con toda intención, cambió de sitio las dos botellas la noche anterior y que mientras Margarita iba a avisar a mi esposa, las volvió a poner en su sitio. Tenga usted en cuenta que en aquellos momentos no había nadie más en la casa. Hemos sido vecinos durante años enteros y nos consta que, a excepción de Margarita, los Albersson no tenían otros criados. Una vez por semana iba una mujer a hacer limpieza general y cada quince días un hombre inspeccionaba la caldera de la calefacción. Es, pues, seguro que no había en la casa nadie más que el matrimonio y la criada. Y como esta última estaba junto a la ventana de mi mujer y el doctor Albersson se hallaba moribundo, sólo la esposa era la que podía mover el brazo como le he dicho, a no ser que se hubiese introducido en la casa alguna persona extraña, cosa que, por otra parte, no parece probable.

— ¿De modo que según usted cree — resumí — la señora Albersson se propuso matar a su marido?

— Eso es.

— ¿Y usted sabe si su esposa está dispuesta a atestiguar lo que vió, para corroborar esta creencia?

— Todavía no — contestó Henderson.

— Por esto he venido a verle. Es preciso probar antes la verdad para que mi mujer se decida a declarar. Ya comprenderá usted que conquistaríamos muy mala fama en la vecindad si resultara que mi mujer se había equivocado.

Deseo que usted proceda en silencio a examinar el asunto y en cuanto se haya convencido de que la señora Albersson quiso envenenar a su marido, mi mujer estará dispuesta a declarar en caso necesario.

Obedeciendo a un impulso momentáneo, tomé el auricular del teléfono y llamé a casa de los Albersson.

Me contestó la doncella.

— ¿Está en casa la señora Albersson? — pregunté.

— No, señor. Ha salido a dar un paseo con una señora amiga.

Dejé a Henderson en su propia casa y me dirigí a la del doctor Albersson. La doncella Margarita me recibió algo alarmada.

— Quisiera hacerle algunas preguntas, Margarita — le dije sin dar importancia a la cosa. — Ya recordará usted que me fué muy útil cuando ocurrió la muerte de su amo.

— Y ¿qué desea usted? — me preguntó tranquilizada en parte.

— Había olvidado preguntarle algo acerca de las luces. ¿Me permitirá visitar de nuevo al cuarto de baño?

— No hay inconveniente — replicó tomando el camino que conducía a la habitación indicada.

Encendí las dos luces, que estaban situadas a ambos lados del espejo del armarito del botiquín. Situándome de cara al armario, la ventana que daba al piso de los Henderson se hallaba a mi derecha. Bajé el *store* y levanté el brazo hacia el armario, observando, al mismo tiempo, la sombra que pudiera proyectar mi brazo sobre la cortina, pero en ésta no apareció ninguna. Las luces, que estaban a cada uno de los dos lados

de mi brazo, no ocasionaban ninguna sombra. Entonces me volví a Margarita.

— Vamos a ver — le dije. — Esfuércese en recordar. ¿Estaban encendidas las dos luces cuando llegó usted al cuarto de baño, la mañana en que oyó el grito de la señora Alberson?

— No me acuerdo — dijo la joven frotándose la barbilla y mirando de soslayo.

— Procure recordar — insistí. — Usted me dijo que en cuanto sacaron el cadáver se dedicó a limpiar la habitación. Al entrar, con objeto de hacer la limpieza, ¿se acuerda de si encendió o no una de las luces?

Se iluminó el semblante de la joven.

— Ahora me acuerdo — dijo. — Al entrar, estaba apagada la luz de la derecha y yo la encendí con objeto de alumbrar el rincón que hay más allá de la cómoda.

— Muy bien — le dije mientras apagaba la luz inmediata a la ventana, es decir, la que la joven dijo que estaba apagada poco después de la muerte de su amo.

De nuevo extendí el brazo hacia el estante superior del armario y la luz que entonces había en el lado izquierdo proyectó una sombra muy clara de mi brazo sobre la cortina de la ventana. Hice los movimientos necesarios para bajar una botella desde el estante superior y ponerla en el inmediato inferior y entonces la sombra de mi brazo realizó el ligero movimiento de descenso descrito por Henderson.

— Ahora, Margarita, procure volver a recordar. Cuando encontró a su señora en el umbral de esta puerta ¿adónde estaba dirigida su cabeza, hacia el baño o hacia el dormitorio?

— Tenía los pies hacia el dormitorio y la cabeza en dirección al cuarto de baño, apoyada, precisamente, en el umbral de la puerta.

— Me ha proporcionado usted un auxilio valiosísimo — le dije — y como a mí me pagan por todo eso, también merece usted una recompensa.

Y sin más le entregué un billete de diez dólares, que la joven tomó con intensa alegría, reflejada en sus grandes ojos.

— Y ahora dígame, Margarita, ¿recuerda usted si el doctor y su señora se disputaban a veces?

— No se puede decir que en realidad disputaran, pero algunas veces discutían sobre su hijo.

— ¿Su hijo? — exclamé asombrado. — ¿Tienen uno?

— No, no quiero decir eso — protestó la joven. — Me refiero al hijo que no tenían. Una vez, y cuando ellos no se figuraban que yo estaba escuchando, pude oírles. Yo me hallaba en la despensa y ellos en el comedor, y oí que el doctor decía: «Mira, Guillermina, sé razonable. Puesto que tú no puedes tener hijos, deberás ayudarme para conseguir nuestro divorcio.» Perdí algunas palabras y luego oí que mi amo añadía: «Esta propiedad se ha transmitido de padres a hijos, por espacio de cuatro generaciones y yo quiero seguir la misma tradición.» Siguieron otras palabras que no pude oír, y poco después la señora replicó: «No consentiré nunca en divorciarme de ti, ni nos separaremos hasta la muerte de uno de los dos.» «Pues en tal caso — replicó el doctor — cambiaré mi testamento y a mi muerte te quedarás sin un céntimo.» «No, no harás eso» contestó la señora. «Sí, lo haré — insistió el doctor — y tan pronto como mi abogado vuelva de su viaje.» Esto fué cuanto pude oír — terminó diciendo Margarita.

— Es suficiente — le dije, sintiendo grandemente no haberme informado de eso cuando ocurrió la muerte del doctor.

La experiencia resultante fué para mí una lección excelente. En adelante, cuando ocurriese una muerte debida, al parecer, a un accidente, sospecharía de todos los que estuviesen relacionados con el muerto.

— Ahora no diga usted una palabra a nadie de mi visita de hoy — le recomendé.

— Oh, no hay cuidado, señor.

Entonces me dirigí a casa de los señores Henderson, quienes con ansiedad esperaban mi llegada.

— Le ruego, señora Henderson, que me aclare el detalle de si cuando encontré desvanecida a la señora Alberson el día de la muerte de su marido, estaba con la cabeza hacia el cuarto de baño o en dirección al dormitorio.

— Con la cabeza en dirección al dormitorio — se apresuró a contestar.

— Y cuando Margarita acudió al grito que ella había proferido — añadí yo — su posición era opuesta en absoluto, es decir, con la cabeza hacia el cuarto de baño.

— Eso prueba mi sospecha — replicó con cierto aire de triunfo Henderson. — Y ¿qué ha descubierto usted con respecto a la sombra de la cortina de la ventana?

— Estoy persuadido de que en eso acertó usted — contesté. — Supongo que ahora no tendrán ustedes inconveniente en que prosiga poniendo en claro este asunto.

— ¿Qué se propone hacer? — preguntó, recelosa, la señora Henderson.

— Detener a la señora Alberson por el asesinato de su marido — exclamé. — Es lo único que se puede hacer.

— ¡Oh, todavía no! — dijo la señora Henderson con los ojos dilatados por el temor. — ¿Está usted seguro? ¿No podría hacer algo más con objeto de tener la certeza absoluta?

— Estoy bastante persuadido — replicó impaciente.

— Espere usted un poco, señor Kirby — rogó Henderson. — Le he dado esta información con carácter confidencial y no estoy dispuesto todavía a liberarle de esta confidencia.

— Continuamos discutiendo el asunto durante varios minutos.

— Pues bien — dije por fin exasperado ante tanta testarudez. — En obsequio a ustedes haré lo siguiente: visitaré a la señora Alberson como si yo no su-

piese nada más que lo que resultó del sumario abierto inmediatamente después de la muerte. Si puedo obligarla a declarar algo que la comprometa, espero que ustedes no tendrán ya ninguna objeción que hacer.

— Con este proyecto estoy de acuerdo — contestó Henderson.

Y su esposa también asintió.

Hacia las tres de aquella misma tarde fuí a llamar a casa de la señora Alberson. Me recibió la doncella y encontré a la señora tendida en un diván de la habitación delantera de la casa. Si la molestó o la preocupó mi visita no lo demostró en nada. Se recostaba en unos almohadones de satén y se tapaba con un cobertor de seda que le llegaba casi a la barba. Se le veían las manos y los brazos por debajo de la fina tela, y observé que aquéllas se removieron un momento antes de que yo empezara a hablar.

— Señora Alberson — dije. — He estado investigando algunos detalles relacionados con la muerte del doctor y quisiera que usted me dijese si estoy equivocado con respecto a alguno.

Esperé un momento, pero ella no replicó.

— El doctor — continué diciendo — deseaba tener un hijo a quien pudiera legar sus propiedades, según había ocurrido durante varias generaciones anteriores. Después de diez años de matrimonio comprendió que no podría tener ningún hijo. Empezó a tratar con usted de su deseo de divorciarse y le rogó que le ayudase a obtener su separación legal, con objeto de poder casarse otra vez y realizar lo que tanto ambicionaba. Usted se negó. El la amenazó con cambiar su testamento en caso de que usted no le diera su consentimiento. Dentro de pocos días había de regresar su abogado y usted temió que se alterase el primer testamento, mediante el cual era la heredera universal de su marido.

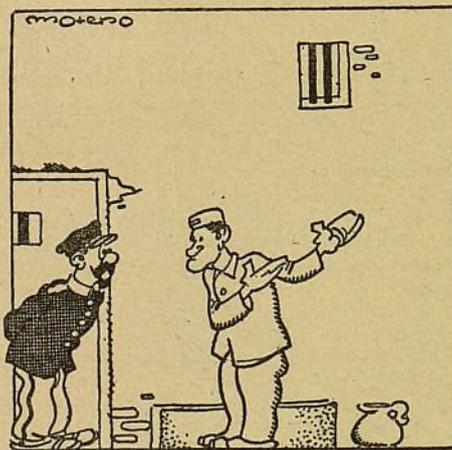
— Tiene usted una fantasía desbordante — replicó la señora Alberson. — ¿Por qué no se dedica a escribir novelas?

— Muchas gracias por el cumplido — dije con frialdad — pero si eso se parece a una novela lo que sigue se parecerá también a una página vivida. Usted estaba tendida con la cabeza hacia el cuarto de baño cuando la encontré Margarita, pero al entrar la señora Henderson había dado media vuelta y estaba con la cabeza cerca del dormitorio. En el intervalo que hubo entre su cambio de posición se proyectó la sombra de su brazo en la cortina de la ventana cuando quitó usted la botella de listerina del estante superior del armario, donde la dejó la noche antes al cambiar de posición las dos botellas. Volvió a dejar, pues, en su sitio del segundo estante la botella de listerina, y...

Hice una pausa.

Aquella mujer palideció hasta ponerse blanca como el papel. Temblaron sus labios y sus manos realizaron un rápido movimiento al acercarse a su corazón. Se oyó un estampido apagado que interrumpió el silencio. Cayó su cabeza hacia adelante, se estremecieron sus miembros, luego se envararon y por fin quedaron en lastimosa relajación. Un pequeño revólver de mango de nácar se deslizó por debajo del cobertor de seda y humeante fué a caer sobre la alfombra de terciopelo.

El alma de una asesina hallábase ya en presencia de su Hacedor para ser juzgada ante el Tribunal más grande que existe en el Universo y cuyas sentencias no tienen apelación.



El preso recién llegado. — Esta ventana me parece de poca ventilación. ¿Me podría dejar la puerta abierta esta noche?

Colección de Novelas



WILLIAM J. LOCKE

El novelista más leído en todo el mundo, por lo humano de los caracteres de sus personajes, por su fino humorismo y por sus acertados detalles de observación de la vida real. Sus obras están traducidas a todos los idiomas.

OBRAS PUBLICADAS

LA GLORIA DE CLEMENTINA
EL AMADO VAGABUNDO
SÉPTIMO
EL VENDEDOR DE FELICIDADES
MOORDIUS Y COMPAÑÍA
LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE ARÍSTIDES PUJOL
UN JOVEN AFORTUNADO

EN PRENSA

STELLA MARIS

PRECIOS DE CADA VOLUMEN
Encuadernado en cartón, 5 ptas.

Solicite el catálogo, que se envía gratis.

EDICIONES DE
Sociedad General de Publicaciones, S. A.
Diputación, 211. — Barcelona

De venta en todas las librerías
de España y América

Librería "El Hogar y la Moda"
Valverde, 21 dup. — Madrid

El Enigma de la Ley del Talión

(Continuación de la página 48.)

Un hombre entró en la oficina, mientras yo examinaba el antepecho de la ventana. El se quedó a un lado, observándome. Yo me daba cuenta de su presencia, pero fingí no advertirlo hasta que levantando los ojos sorprendí su mirada. No podría describir la expresión de su rostro cuando se alejó. Pero me dejó pensativo.

Una persona sorprendida en el acto de demostrar interés se queda avergonzada por inocente que sea. Al fin, no pudiendo olvidar el incidente, resolví averiguar qué hombre era aquél.

Supe que era un tal O. G. Rudell, solterón de cuarenta años, agente de la Pacific Coast Insurance Company. Vivía como huésped en una casa de las suburbios.

Después de ganarme la confianza de Davies, el jefe de los agentes, le referí el asesinato de Jaffe y lo que observé en Rudell. Entonces Davies me confió que tal vez fuera esa la buena pista, porque sus sospechas también habían recaído en Rudell a causa del interés inexplicable que demostró en el asunto. Además de leer con avidez el relato de los periódicos, algunos agentes productores que trataban con él observaron una extraña reserva cuando se trataba del crimen.

Cuanto más profundizaba en esta dirección, más me convencía de que Rudell era el culpable. Después de penosas investigaciones supe que aquel hombre, de poderosa constitución, había estado empleado muchos años como remachador de planchas de acero en una empresa constructora del Oeste. Para realizar el ejercicio que llevó a cabo el asesino de Jaffe, era precisa una constitución semejante a la de Rudell. Además era muy extraño que hubiera dejado su oficio para convertirse en agente de seguros. Con todos estos hechos me decidí a dar el golpe.

Rudell venía al centro de la ciudad todas las mañanas en el tren eléctrico de las ocho y cuarto. A fin de parecer que residía en aquel suburbio, me arreglé para tomar todas las mañanas el mismo tren que Rudell. Este solía sentarse en el departamento de los fumadores, con otros cuatro o cinco viajeros, que siempre eran los mismos. Cuando ya alternaba con ellos familiarmente, llegué una mañana al vagón con una caja de cigarros irradiando satisfacción.

— Señores — les dije — como soy el orgulloso papá de un niño que pesa cuatro kilos y medio, estoy dispuesto a regalar un cigarro a los primeros cincuenta hombres que encuentre esta mañana. Hagan el favor de fumar a mi salud.

Me felicitaron todos efusivamente. Bromeando y fumando hizosenos el viaje más corto que de costumbre. Bajé en mi lugar habitual. Atento a los resultados de mi estratagema, observé que Rudell me seguía. Unos metros más abajo me alcanzó:

— Caballero...

Me volví.

— Aunque nos tratamos todos los días — formuló — seguramente ignora usted quién soy...

— En efecto, señor; no tengo el gusto...

— Me llamo Eduardo Rudell — re-

puso — estoy empleado en la Compañía de seguros de vida Pacific Coast... He pensado, al conocer su noticia, que como nuevo padre, le interesará seguramente un seguro adicional de mi Casa...

— ¡Caramba! — exclamé. — No había pensado en ello. Ya tengo una póliza de seguros en una Compañía, por dos mil dólares. No obstante, explíqueme. ¿Cuáles son las condiciones en que opera su Compañía?

Rudell, alentado por la conquista fácil del cliente, fué explicándome durante el camino pormenores y detalles relativos al asunto. No preciso decir que mi atención estaba por completo ausente de lo que él hablaba.

Sin embargo, al pasar por delante del café Savoy, le dije:

— Ha logrado usted interesarme, señor Rudell. Comprendo que me debo a esta previsión tan natural en todo padre y me decido por contratar un seguro adicional de cinco mil dólares. ¿Cuándo quiere usted que extendamos la solicitud?

Miró un momento en derredor.

— ¿Lleva usted mucha prisa? — preguntó.

— Aun me quedan tres cuartos de hora.

— Entonces, ¿quiere usted que entremos al escritorio de este café? — propuso.

Accedí, naturalmente, y entramos. Sentados frente a frente, Rudell empezó a rellenar el impreso de la solicitud. Mi corazón latió de alegría al observar que el agente de seguros tomaba la pluma estilográfica con la mano izquierda.

Una a una, fuí contestando verazmente a sus preguntas. Unicamente, como es lógico, le engañé en la que se refería a mi profesión, contestándole que viajaba por cuenta de un almacén establecido en una ciudad cercana.

Cuando concluyó de llenar el documento le extendí a mi vez el cheque del primer pago.

— Como es natural — dijo él mientras me daba el recibo — tendrá usted que someterse a un examen médico.

— Desde luego.

— Nuestro médico — siguió — es el doctor Turret, que vive en el edificio de la Compañía Nacional. No está en su oficina hasta más tarde, pero telefonaré a su secretaria para que me guarde el turno. ¿Le conviene a las once de la mañana?

— Muy bien — accedí.

— Para asegurarlo más, llamaré ahora a su oficina.

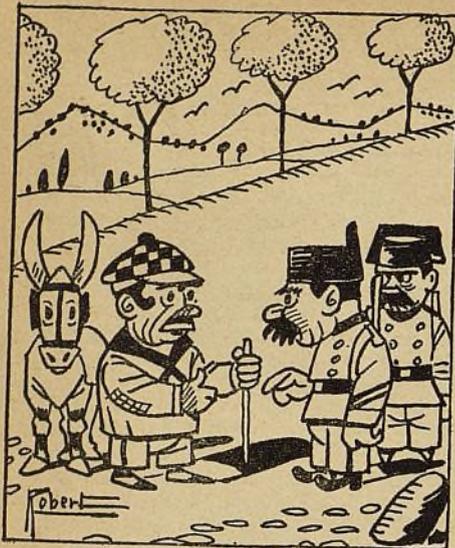
Y metiéndose en una de las cabinas telefónicas situadas en el extremo del vestíbulo, poco después volvió, diciendo: — Ya está anotado para las once. Le veré de nuevo en el despacho del señor Turret.

Nos despedimos.

A las once entré en el despacho del doctor donde Rudell ya me esperaba. Hablamos unos diez minutos antes que la señorita nos hiciera pasar a la sala de consulta. Pero al entrar vimos a una persona que no era el doctor.

— Aquí debe de haber algún error — balbuceó Rudell. — ¿Dónde está el doctor Turret?

— Le han llamado urgentemente del hospital y me ha rogado que yo aten-



—¿Que le presente la factura de la compra del borrico?... La he perdido.
—Ya me lo figuraba yo.
—Pero, ¿qué tiene de particular? ¿No se pierde un trasatlántico...?

diese a las visitas — informó el que le sustituía. — Hagan el favor de tomar asiento.

Lo hicimos así. Entonces el desconocido mirando con fijeza a Rudell, le informó sin rodeos:

—Dígame quién mató a Luis Jaffe.

Con la mano izquierda Rudell se puso en pie al mismo tiempo que sacaba del bolsillo un revólver. Pero antes de que pudiera disparárselo, le sujeté por los brazos mientras el fingido doctor le quitaba el arma. Había ocurrido exactamente lo que nos imaginamos.

—Este señor es el capitán Burke, de la policía — le dije a Rudell al obligarle a sentarse de nuevo. — Ahora cuéntenos su historia. ¿Por qué mató a Jaffe?

—No quiero admitir esta suposición injuriosa — protestó. — Si he sacado el revólver ha sido precisamente para defenderme contra esa calumnia.

—Vamos, hombre — deseché. — Hemos estado reuniendo pruebas contra usted durante semanas enteras, pero ninguna tan contundente como esta de querer disparar con la mano izquierda. Es inútil que se esfuerce en mentir; su propio acto le ha delatado.

Rudell calló, palideció y miró a lo lejos vagamente. En su actitud, se vio la cruel lucha del hombre que vacila ante el momento irremediable de la caída.

—Pues bien — habló por último, volviéndose hacia nosotros, tras una larga pausa — cumplido mi juramento, mi vida ya no tiene ningún valor. Me figuré que podría continuar dedicado a mis negocios como de costumbre, pero... Hace diez años llegué a esta ciudad donde obtuve un empleo de tenedor de libros de la Oficina de Jaffe. Me porté bien y él me pagó con generosidad. Luego encontré a Gracia, la única mujer a quien he amado. Nos casamos y compramos una casita cerca del Parque del Sur. El trabajo de la oficina era entonces bastante pesado y Gracia tenía la costumbre de ir a ayudarme algunas horas.

Un día — prosiguió — Jaffe nos encontró trabajando juntos. Le presenté a mi mujer con la que estuvo charlando amablemente durante unos minutos. Pocas semanas después me dijo que nece-

sitaba otra mecanógrafa y me preguntó si a mi esposa le convendría el cargo. Después de hablar del asunto, Gracia y yo convinimos en aceptar el ofrecimiento para estar juntos todo el día y terminar antes el pago de nuestra casa. Empezó a trabajar en la oficina de Jaffe el cual la nombró su secretaria particular, dictando su correspondencia personal en su propio despacho.

Como Jaffe era de mucha más edad que mi mujer, no había motivo para que yo me mostrara celoso. Pero Gracia empezó a mostrarse poco satisfecha de nuestro modo de vida. Necesitaba más dinero para trajes y chucherías de todo género. Yo no sabía qué hacer, porque, además de pagar muy buenas sumas por nuestra casa, vivíamos con bastante comodidad.

Por fin pidió que le devolviese su libertad. Yo me negué, pero unos días más tarde, cuando llegué a la oficina, me encontré a otro empleado sentado ante mi mesa. Con los libros abiertos se disponía a trabajar. Cuando le pregunté quién era y qué ocurría, me contestó que era un contable nombrado por Jaffe para examinar todos los libros de la oficina, pues Jaffe echaba de menos dos mil dólares. Desde luego todo eso era un ardido. Mis libros estaban correctos, pero con ayuda de aquel contable, Jaffe pudo fingir que yo me había apropiado tal suma.

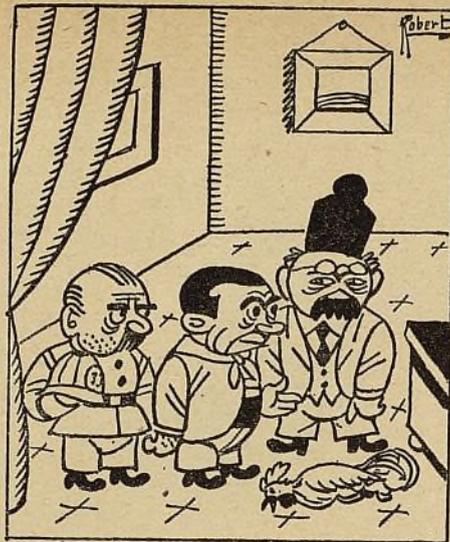
Me vi despedido, con lo cual Gracia pudo obtener el deseado divorcio. No intenté siquiera oponerme. Deshonrado como estaba, no pude encontrar trabajo en la ciudad. Cambié de nombre yendo durante unos años de un lado para otro. Por fin me coloqué en una compañía de construcción. Mi ocupación consistía en sentarme a horcajadas en una estrecha viga de hierro, a grande altura, sobre un río o un valle, o a través de una garganta rocosa, haciendo funcionar un martillo de aire comprimido, lo cual me dió una constitución fuerte como el acero que trabajaba. Ignoraba lo que podía haber ocurrido en la ciudad en donde quedó Gracia, pero un día en un periódico atrasado me enteré de que había muerto.

Los ojos de Rudell miraron iracundos y sus dientes se cerraron con el ruido de un cepo de acero. Sus manos agarraron con tal fuerza los brazos del sillón que quedaron exangües.

—Durante todo aquel tiempo — continuó amargamente — y en obsequio a ella, contuve mi deseo de matar a ese hombre, pero al saber que había muerto...

El pobre hombre no pudo acabar la frase. De su bolso viejo de cuero sacó un recorte de periódico.

—Aquí dice — continuó — que murió del corazón. Sí, es lo que ocurre cuando se tiene el corazón destrozado. Como me amaba, sé que estaba arrepentida de haberse casado con Jaffe, pero... En fin, día tras día, cuando el martillo



—Vamos a ver: ¿por qué se ha apoderado de este gallo sin permiso de su dueño?

—Pues lo hice siguiendo los consejos de un libro de cocina que dice: "Para hacer pepitoria se coge un gallo...", y yo lo cogí.

de aire comprimido resonaba en mis oídos, parecía repetir un antiguo versículo de la Biblia que oyera años atrás: «Ojo por ojo, diente por diente».

Entonces concebí el plan de su muerte que me costó madurar siete años. Primero tendría que cambiar de tal manera, que nadie pudiese reconocerme en la ciudad. Luego procuraría evitar las sospechas. Al fin, me decidí a emplearme en la Pacific Coast Life. Lo único que temía era que Jaffe acabase de muerte natural, sustrayéndose a mi venganza, porque no gozaba de buena salud.

Llegó la ocasión. Ocurrió todo según lo había planeado. Esperé hasta fin de otoño, porque entonces se cierran las oficinas mucho después de anochecer. Y como no hay ningún edificio alto en frente del Empire, me sentí doblemente seguro. Todo lo que necesitaba era una escalera de cuerda y un trozo de tubería de gas. Me proporcioné ambas cosas y mi venganza quedó cumplida. Maté a Jaffe con la exactitud matemática del que ha madurado un plan durante tantos años. Al volver al despacho de Verry limpié con cuidado el antepecho de la ventana con un trapo preparado al efecto. Arrollé la escalera de cuerda y el tubo de plomo; lo envolví todo en un trapo y luego lo arrojé al río.

El capitán Burke, muy pensativo, golpeaba la mesa de escritorio con su lápiz.

—¿De modo que usted encontró en la Biblia el derecho a vengarse?

—Sí, señor.

—Lo malo — continuó Burke — es que su conocimiento de la Biblia es incompleto. Usted no ha tenido presente aquel otro versículo que dice: «La venganza es mía y yo daré la debida recompensa, dijo el Señor». Esta es la solución del enigma de la antigua ley. Esta es la respuesta. La venganza pertenece al Señor, no a usted ni a mí — añadió Burke. — Ahora, o mucho me equivoco, tendrá tiempo de sobra para reflexionar acerca de eso, una vez haya oído el veredicto del jurado y la sentencia del juez.

DICCIONARIOS MANUALES CUYÁS

Francés-Español	3 ^o - ptas.
Español-Francés	3 ^o - ptas.
Los dos tomos en uno	5 ^o 50 ptas.
Inglés-Español	3 ^o - ptas.
Spanish-English	3 ^o - ptas.
Los dos tomos en uno	5 ^o 50 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

CÓMO DEBO COMPORTARME EN SOCIEDAD

MANUAL DE PRAC-
TICAS SOCIALES

por la

DOCTORA FANNY

Utilísimo manual para el trato en bodas, bautizos, lutos, invitaciones, comidas de etiqueta, bailes, cambios y ofertas de domicilio, reuniones, correspondencia y, en general, para cuanto se refiera al trato de sociedad.

La educación. — El traje.

Las modas. — La habitación.

Los criados. — En la calle.

En viaje. — En la mesa, etc.

Un tomo de cerca de 200
páginas 2 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América y en la Administración de

GRAN PROYECTOR

Diputación, 211.—BARCELONA

Valverde, 21 dup.—MADRID

Si no lo encuentra en su localidad, utilice el siguiente cupón, que le da derecho a recibirlo franco de portes en su domicilio.

GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de *Cómo debo comportarme en Sociedad*, por la Doctora Fanny, cuyo importe de 2 pesetas remito por giro postal n.º — adjunto en sellos de correo (certificando la carta).

Nombre
Domicilio
Población
Provincia
Fecha

Los Ratas de los Pantanos

(Continuación de la página 53.)

— Confieso que vales un Potosí.
— No tanto como tú, pero no me quejo de la suerte.

— ¿Y qué habéis tratado durante el viaje?

— Hombre, ya te lo puedes figurar. Este imbécil quería asociarme en sus negocios.

— Te has portado como un maestro. ¡Lástima que esta hazaña no sea conocida por los policías de Nueva Orleans!

— ¿Y por qué no la han de conocer?

— Muerto este hombre, todo quedará en el misterio.

— Hay un medio de dar al asunto la publicidad que merece.

— ¿Cuál?

— Muy sencillo: el amigo Dunn escribirá dos cartas, una para su jefe y otra para la prensa, y en ellas describirá su última aventura y su enorme fracaso. ¿Verdad que lo harás? — preguntó golpeándome en el pie.

— No — contesté secamente.

— Eso ya lo veremos cuando llegue el caso.

Después se dirigió a La Rocque:

— Por aquí todo bien ¿eh, Jaime?

— *Oui, oui.*

— ¿Os habéis librado ya de...? — y dejó sin terminar la pregunta, aunque comprendí que se refería al cadáver del viejo Vollet.

El jefe hizo una señal afirmativa.

— Está ahí detrás, en ese cenagal. Ahora tráete al policía — ordenó La Rocque.

— ¿Qué haremos con él? — preguntó Palmer.

La Rocque, por toda contestación, pasó rápidamente un dedo por su garganta y luego señaló al cenagal. El gesto de La Rocque indicaba bien a las claras que me cortarían el cuello y luego me enterrarían en el lodo.

Yo me esforcé en afectar un valor que no sentía.

Metido en una cabaña, me ataron fuertemente con una cuerda.

En el centro de la rústica estancia había una mesa basta y alrededor de ella unas cuantas sillas y taburetes mugrientos.

— ¿Quién quiere encargarse de este asunto? — preguntó Palmer en tono resuelto.

La Rocque se echó a reír.

— Lo decidirá la suerte — añadió cogiendo una baraja de la mesa. — El que gane podrá divertirse.

Yo estaba aterrorizado, pues no me cabía la menor duda de que aquellos bandidos llevarían a cabo su amenaza.

— Oye — dije volviéndome a Palmer.

— Estás equivocado. Me confundes con otra persona...

— Tú te callas — replicó levantando su enorme pie como si quisiera darme un puntapié en la cara. — Te conozco desde que estuve trabajando en Nueva Orleans.

— Yo también me acuerdo de ti — confirmó La Rocque con maligna sonrisa. — Estando yo en la cárcel, tú fuiste a hablar conmigo. Sí, eres Dunn.

— Pues ódme, muchachos: La policía de Nueva Orleans sabe dónde estoy, de modo que esta vez os va a costar caro lo que hagáis conmigo.

Estas palabras no les atemorizaron. Las celebraron con carcajadas horri-

nas. Luego se sentaron en torno de la mesa para empezar aquel maldito juego. Palmer ganaba todas las partidas.

— ¡Caramba! Me parece que te estás cobrando muy cara la diversión — dijo La Rocque. — Yo sería capaz de acabar con ése por la mitad del dinero que tienes delante.

— Aun no he pedido ningún sustituto — replicó Palmer reanudando el juego.

Yo empecé a pensar.

Mi situación era desesperada. En veinte años de detective, no me había visto en otra semejante. Indudablemente, mi fin había llegado. Lo único que podía intentar era luchar con aquellos forajidos para que la muerte no me resultara tan penosa. La idea de sufrir indefenso la muerte inferida por aquellos cuchillos afiladísimos me helaba la sangre en las venas. Mi única esperanza estaba en que el juego durase bastante, pero eso era dudoso, porque Palmer ganaba casi continuamente.

— Oye, condenado — le dijo La Rocque. — ¿Te has propuesto dejarme más pobre que las ánimas?

— Todo cuanto gano se me figura poco.

— ¿Después de lo que te correspondió hace unos días?

— Es que ahora he pensado normalizar mi situación.

— ¡Hola! — dijeron a la vez los bandidos.

— Sí; necesito mucho dinero para que no le falte nada a mi mujer.

— ¿Te has casado?

— Yo no; ella sí.

— ¡Vaya un lío!

— Se trata de mi antigua novia, la hija del tío anticuario.

Al oír esto me olvidé de mi situación y vino a mi memoria el recuerdo de la joven madre cuando acariciaba a sus pequeñuelos.

A la infeliz la amenazaba un gran peligro que yo era impotente para conjurar ni prevenir en aquellas fatales circunstancias.

La Rocque continuó la charla, pero sin dejar las cartas de las manos:

— ¿Y esa chiquilla está casada ahora?

— Sí, pero no importa. El marido puede desaparecer fácilmente, y de casada pasa a viuda.

— ¡Eres un infame, Palmer! — grité sin poder contenerme.

— ¿Y a ti quién te da vela en este entierro? — me preguntó el bandido dejando de jugar.

— Mi deber.

— ¿Pero no te has dado cuenta de que ya no eres más que una miserable piltrafa?

— Mientras viva, no.

— Pues espera a que termine el juego.

— Te propongo otro más noble.

— ¿Contigo?

— Sí.

— ¿Y con la baraja?

— No; con dos cuchillos.

— ¿Un duelo a estas horas? ¡Vamos, ahora sí que veo que estás loco de remate!

— Me tienes miedo — insistí para exasperarle.

Pero el bandido se encogió de hombros invitando a sus compañeros para que siguieran jugando.

— ¡Llévete el diablo — exclamó uno de los jugadores levantándose. — Me

has dejado sin un cuarto. ¿De dónde sacas estas cartas? — añadió mirando a Palmer.

— Regístrate — contestó Palmer mirándole con enojo.

Aquel individuo se alejó, y luego otro, de manera que sólo quedaron cuatro jugadores. La terminación del juego se acercaba. Cuando La Rocque hacía una apuesta, Palmer la aumentaba. Otros dos dejaron sus naipes sobre la mesa y esperaron, de modo que ya sólo jugaban los dos jefes.

— Voy a jugar una carta — dijo Palmer.

Pero cuando La Rocque jugó a su vez, Palmer empujó un fajo de billetes al centro de la mesa. La Rocque los contó, puso igual cantidad de su propio dinero y añadió otra apuesta.

— ¿Quieres apostar más, querido Palmer?

— *Oui, oui* — replicó el otro con alegre acento.

Palmer depositó a su vez el dinero necesario y después de haber tomado los naipes correspondientes examinó su juego, y fanfarroneó:

— Esta vez has perdido. Y no solamente me llevo el dinero, sino que además tengo el derecho de acabar con ese idiota.

En este momento se abrió la puerta. Volvió la cabeza para mirar, esperando ver a alguno de los jugadores que se habían retirado, pero no; eran el corpulento Jorge Kling, José Rogan y media docena más de compañeros míos de Nueva Orleans.

— ¡Manos arriba! — ordenó Kling apuntando con dos pistolas a la vez.

Y entró en la estancia seguido de sus compañeros, que iban armados de igual modo.

— ¿Estás bien, Eduardo? — me preguntó Kling sin volver la cabeza.

— Perfectamente, Jorge.

La Rocque medio había levantado sus manos. Frente a él estaba Palmer con las suyas levantadas. Los demás miraban con expresión de incredulidad, con las manos en alto y la boca abierta de asombro por lo repentino del ataque.

Uno de los detectives se acercó a mí y cortó las cuerdas que me sujetaban.

— Bueno — dije. — En este mundo he pasado muchas aventuras, pero nunca hasta hoy fui la apuesta de un juego.

— Por suerte aquel capitán de barco es un hombre inteligente — dijo Kling. — Se apresuró a avisarnos en cuanto recibí tu nota y así pudimos seguirlos por el río a distancia prudente. Sin embargo, hemos estado a punto de extravíarnos en esta red de corrientes.

Los detectives iban recogiendo armas. Mientras tanto volviéndome a mi compañero Palmer, le dije:

— Me parece que habrías sido capaz de cortarme el cuello, ¿verdad?

— Algún día lo haré — replicó con los ojos ardientes.

— ¿Te figurabas, acaso, que te seguiría sin antes comunicarme a mis compañeros mi paradero? — le pregunté.

— ¿De modo que ese capitán trabajaba de acuerdo contigo? — añadió después de proferir una horrenda maldición.

— De ninguna manera. No me conocía para nada. Tan sólo dejé caer una nota en el puente cuando fuimos a bajar la escalera. Además, la demora, a causa de la ligera avería del motor, fué una circunstancia favorable para mí.

Palmer soltó un torrente de injurias

y de maldiciones; La Rocque, en cambio, guardó silencio.

— ¿De qué se nos acusa? — preguntó.

— Del asesinato de Francisco Vollet — me apresuré a contestar. — También de robo con fractura.

— ¿Dónde están las pruebas? — preguntó el jefe.

— Ante todo — repliqué, — Palmer tiene en su equipaje el modelo de barco que había en casa del viejo. Y sé que habéis arrojado en el cenegal el cadáver de éste. Ya lo encontraremos.

Y, en efecto, a la mañana siguiente se encontró el cadáver y una parte del dinero robado.

Cuando emprendimos el regreso a Nueva Orleans en el bote de la policía hice una pregunta a Palmer.

— Vamos a ver — le dije. — ¿Por qué te llevaste ese barco de casa del viejo Vollet?

Se encogió de hombros y me contestó:

— Le faltaban algunos detalles, porque, cuando se lo regalé a su hija, no estaba terminado. Por eso aproveché la ocasión para llevármelo. Si salgo con bien de esta, ya se lo devolveré a la muchacha.

— ¿Aun piensas en ella?

— Sí, no lo puedo remediar. Tanto la chiquilla como el padre me despreciaron, y para mí no hay placer tan grande como el de la venganza.

Mientras esperaba la sentencia en la cárcel, tuvo Palmer la sangre fría de terminar el modelo, que me fué entregado en nombre de Palmer al día siguiente que fué ahorcado.

Todos los que lo ven sobre un mueble de mi despacho dicen que es un magnífico modelo de un velero de los que ya no navegan.

Gran Proyector Mensual

publicará, entre otros interesantísimos trabajos, en su número de julio:



El galeote inocente (Historia de un lamentable error judicial)

El misterioso robo del collar Loftus (Investigación policíaca)

Sobre la pista del "Rata" (Captura de una banda dedicada a la trata de blancas)

¿Quién secuestró a Gumina? (Descubrimiento del secuestro de un niño)

Los crímenes de Ajax (El ladrón que, después de

cometido el robo, se encargaba de avisar a la policía)

El misterio del Teatro Carleton (Asesinato de una artista de circo)

La pista del gemelo (Un crimen cometido en la persona de un rico prestamista)

La máquina de identificar (Formidable organización de la policía alemana)

Concurso, novela en folletín, fotografías cinematográficas, historietas, comentarios cómicos, etc.

En todos los quioscos

1'25 ptas.

EJEMPLAR

Todos los hechos sensacionales del mundo

ESTA ES LA EXPRESIÓN MÁS CONCRETA Y MÁS EXACTA DEL PROGRAMA DE

PROYECTOR

gran revista semanal, impresa en huecograbado, dirigida por MIGUEL CAPUZ

Los grandes crímenes. — Los pleitos sensacionales. — Los procesos ruidosos. — Los grandes errores judiciales.

De todo ello informan al público en las páginas de PROYECTOR los mejores reporters de España y del Extranjero. Proyectan todas estas informaciones de actualidad sobre la pantalla de PROYECTOR y, además, revelan al lector ciertos

secretos sensacionales

que mantiene ocultos la tela de araña de los intereses creados.

Como complemento de tan interesante y sensacional revista se publica el suplemento

GRAN PROYECTOR

MENSUAL

espléndido magazine de lujo, impreso en huecograbado, con vistosa cubierta a todo color, y más de 100 páginas de texto.

En cada número presenta al público una selecta cantidad de

historias reales y emocionantes

Narraciones detectivescas. — Aventuras del que vive fuera de la ley. — Actuaciones policíacas. — Procesos famosos. — Errores judiciales. — Los crímenes de la Historia, etc.

Narrado todo ello por sus mismos protagonistas, en forma realmente sugestiva, e ilustrado con fotografías documentales.

Historietas cómicas. — Fotografías cinematográficas. — Folleín de una interesante novela — Ingeniosos concursos con premios en metálico y en objetos de gran valor, etcétera.

PRECIOS DE VENTA

PROYECTOR, número semanal corriente	0'20 ptas.
PROYECTOR, número semanal extraordinario	0'30 »
GRAN PROYECTOR MENSUAL, ejemplar suelto	1'25 »

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: ESPAÑA Y POSESIONES

GRAN PROYECTOR MENSUAL, por un semestre	7'50 ptas.
Id. id. id., por un año	15'00 »
PROYECTOR y GRAN PROYECTOR MENSUAL, por un semestre	12'00 »
Id. id. id. id., por un año	24'00 »

AMÉRICA Y PORTUGAL

GRAN PROYECTOR MENSUAL, por un año	19'00 ptas.
PROYECTOR y GRAN PROYECTOR MENSUAL, por un año	30'00 »

DEMÁS PAÍSES

GRAN PROYECTOR MENSUAL, por un año	25'00 ptas.
PROYECTOR y GRAN PROYECTOR MENSUAL, por un año	40'00 »

(NOTA: El semanario PROYECTOR solo no admite suscripción.)

Pídalo en todos los quioscos de periódicos

PARA SUSCRIBIRSE, RECORTE EL
ADJUNTO CUPON Y REMITALO A

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

Calle Diputación, núm. 211. — BARCELONA
Calle Valverde, núm. 21 dup. — MADRID

PROYECTOR

Agradeceré me suscriban a la revista PROYECTOR y su suplemento GRAN PROYECTOR MENSUAL por el plazo de _____ meses, cuyo importe de ptas. _____ adjunto en sellos de correo (certificando y lacrando la carta) — remito por giro postal núm. _____ impuesto en _____

Nombre _____

Domicilio _____

Población _____

Provincia _____ Fecha _____



BÉCQUER

NOVÍSIMA BIOGRAFÍA POR
JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ

La vida brevísima del espiritual poeta de las *Rimas* no abunda en hechos trascendentales que subyuguen con el atractivo de lo novelesco. Pero sí tiene en cada episodio, en cada anécdota, en cada uno de sus pasos, un mundo infinito de ideas y sentimientos, que sólo un espíritu delicado y puro como el suyo era capaz de percibir. Y José Andrés Vázquez, en esta obra, ha sabido ir descomponiendo ese mundo becqueriano del sentimiento y de la idea con una precisión y delicadeza dignas del respeto que merece el incomparable poeta sevillano.

OBRA PUBLICADA EN LA COLECCIÓN
LOS GRANDES HOMBRES
UN TOMO CON 32 ARTÍSTICAS ILUSTRACIONES

En rústica, 3 ptas.

En tela y oro, 4 ptas.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

EDITORES

CALLE DE LA DIPUTACIÓN, NÚM. 211. — BARCELONA

Librería "El Hogar y la Moda"

CALLE VALVERDE, NÚM. 21 DUPLICADO. — MADRID

El Hogar y la Moda

REVISTA FEMENINA DECENAL (SE PUBLICA
LOS DIAS 5, 15 Y 25 DEL MES) DIRIGIDA POR
Tomás Gutiérrez Larraya

Está considerada esta revista como la más popular de España y la más moderna en su clase, al mismo tiempo que la más recomendable para la madre de familia, tanto por la información que le ofrece sobre las modas más recientes, como por las ideas que le proporciona para la vida en el hogar.

Los principales temas que en sus diversos números van desarrollándose son:

LECCIONES SOBRE LA MODA.—LA CASA GRATA Y BELLA.—PARA EDUCAR EL NIÑO.—MUJERES DE AYER Y HOY.—LABORES FEMENINAS.—PLANTAS, FLORES Y PÁJAROS.—HIGIENE Y BELLEZA.—LA COCINA PRÁCTICA.—COMENTARIOS DE ACTUALIDAD.—LA VIDA Y LA PANTALLA.—SERVICIO DE PATRONES.—«DE TODOS A TODOS.»—«DICEN QUE...» (miscelánea).—Caricaturas, &



GRAN PROFUSIÓN DE FIGURINES DE PARÍS Y LONDRES. PÁGINAS DE FIGURINES A TODO COLOR.—PRECIOSOS MODELOS DE LABORES Y BORDADOS. MULTITUD DE ILUSTRACIONES PARA TODOS LOS TRABAJOS.—PUBLICACIÓN EN FOLLETÍN DE INTERESANTES OBRAS PRÁCTICAS.—ORIGINALES CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS.—A CADA NÚMERO ACOMPAÑA EL SUPLEMENTO INFANTIL «KI-KI-RI-KI».

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . 0'40 pta.
Por un mes . . . 1'— pta.
Por un semestre. 6'— ptas.
Por un año . . . 12'— ptas.

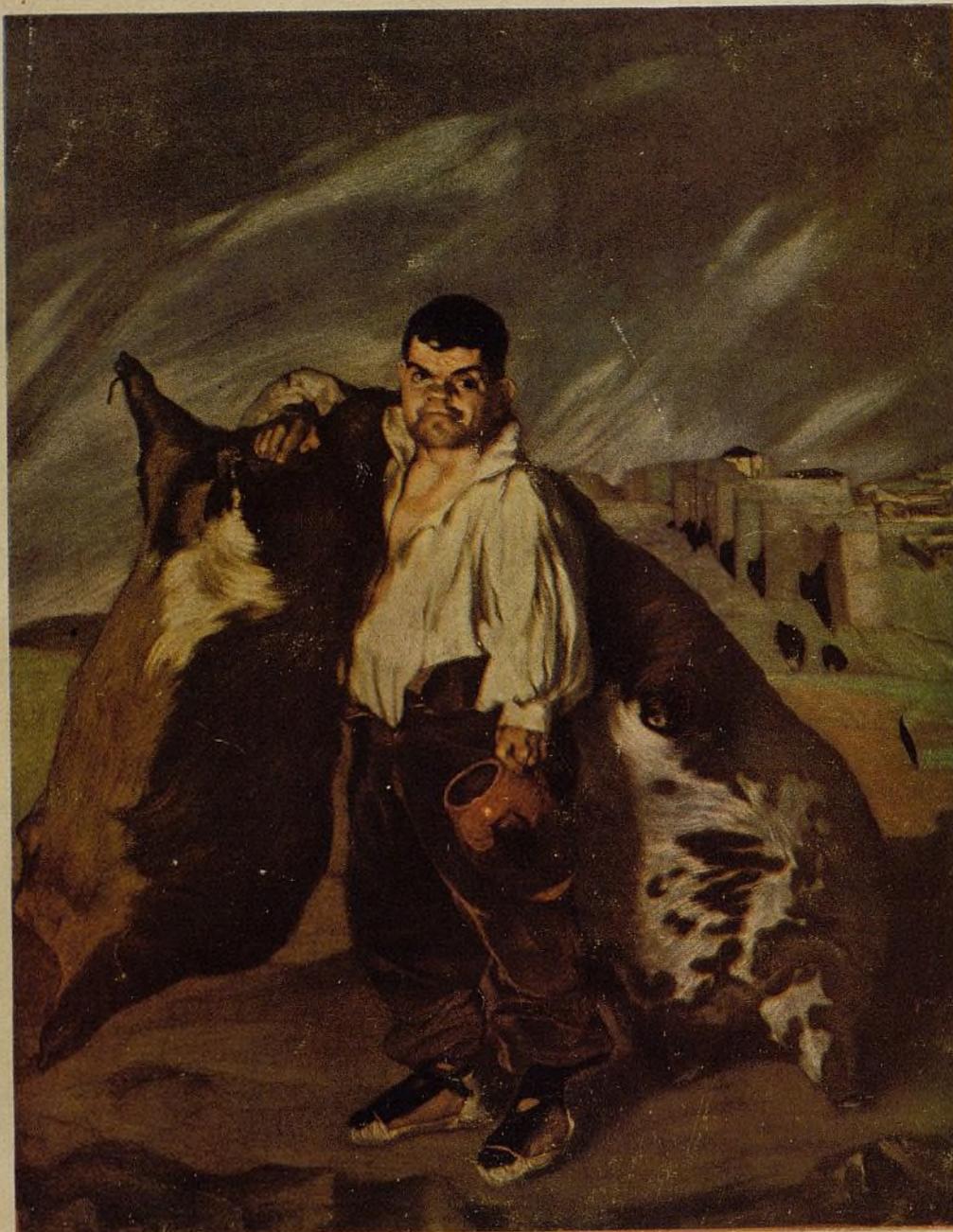
Para suscripciones dirijase a
El Hogar y la Moda

Diputación, 211 Valverde, 21 dup.
BARCELONA :: MADRID ::

ENCICLOPEDIA COLUMBUS

EDICIÓN DEFINITIVA

REDACTADA POR REPUTADOS ESPECIALISTAS BAJO LA DIRECCIÓN DE
DON ALBERTO DEL CASTILLO YURRITA
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA



C U A D R O D E Z U L O A G A
MUESTRA DE LAS ILUSTRACIONES EN COLOR DE LA OBRA
Ayuntamiento de Madrid

5 GRANDES TOMOS, 5

ENCUADERNADOS EN TELA Y ORO

En más de cinco mil páginas
de texto el resumen de todos
los conocimientos humanos.

|||

Gran profusión de ilustraciones

|||

Láminas en negro y color

|||

Última edición puesta al día

|||

Precio de la obra
completa, 180 ptas.

|||

**VENTAS AL CONTADO
Y A GRANDES PLAZOS**

PIDA HOY MISMO FOLLETO
EXPLICATIVO GRATIS

**SOCIEDAD GENERAL
DE PUBLICACIONES, S. A.**

Diputación, 211 Valverde, 21 desp
BARCELONA MADRID